



PONSON DU TERRAY

CLARA DE AZAY



7
22224

CLARA DE AZAY



Tip. Moderna; Aribau, 60

R192039

CLARA DE AZAY

PCR

PONSON DU TERRAIL

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

F. LUIS PBIOLS



BARCELONA

Casa editorial MAUCCI, Consejo de Ciento, 296

1899

La única casa que en España edita las obras de Ponson du Terrail, es la Casa editorial Maucci, Consejo de Ciento 296, Barcelona.—Y en Buenos-Aires, Maucci hermanos, Cuyo, 1070.



CLARA DE AZAY

Segunda y última parte de

LAS MÁSCARAS ROJAS

I

UN VIAJERO Y UN MENDIGO

Amanecía el día, el cielo presentaba ese gris azulado, esfuminado por esa niebla que anuncia las bellas mañanas de otoño bajo las latitudes algo frías.

Continuaba el terrible año de 1794.

Un jinete remontaba el curso de Lyonne siguiendo un ancho sendero, mitad carretera y mitad camino de herradura.

—Las cinco y media,—dijo el hombre consultando su reloj.—Los días de Octubre son cortos, y aun me queda buen trecho de camino por hacer. No podré llegar á Azay antes de que se hayan levantado: debía haber salido más pronto de Coulanges.

Espoleó el caballo morvandés que montaba, y lo puso al trote.

Aquel hombre era alto, ancho de pecho, frente jo-

ven y cabellos á los cuales las pasiones y las tempestades de la vida habían puesto prematuramente grises.

Caminaba respirando con fuerza el aire frío y húmedo de la mañana, y de vez en cuando se escapaba de su pecho un gran suspiro tan bien.

—¡Ah!—murmuró.—¡Cuánto tiempo hace que no había respirado.

A orillas del camino hallábase una reducida aldea, cuyos techos de paja y cuyos muros de tierra se reflejaban en las tranquilas olas del Jonne. El caballero atravesó la única calle del pueblo cubriéndose el rostro con la capa, como si temiese ser reconocido. Pero en el pueblo estaban casi cerradas todas las puertas: únicamente estaba abierta la tienda del herrero.

En ella se detuvo el jinete, no sin haber lanzado una furtiva mirada al obrero que manejaba la cuerda del fuelle y encendía el fuego de la fragua.

—Es joven,—pensó:—debe ser un compañero que da su vuelta por Francia. No me conoce.

Hízole una seña, y el herrero acudió.

—Amigo mío,—dijo el jinete poniendo pie á tierra,—llevo mucha prisa y no puedo perder ni un minuto. Acabo de notar que mi caballo tiene un pie desherrado, sólo que la herradura se aguanta aún un poco. ¿Puedes ponerle enseguida los tres clavos que le faltan?

—Sí, ciudadano,—contestó el obrero:—voy á llamar al amo, que duerme aún.

—No es menester, amigo mío, yo mismo aguantaré el pie de mi caballo: déjale dormir á tu amo.

—Como queráis,—dijo el herrero levantando la pata del caballo y apretando ligeramente el tendón:—es cosa de pocos minutos.

Y mientras el herrero arrancaba con las tenazas la herradura, la ponía en la fragua y arreglaba la pezuña

del caballo que se mostraba muy dócil, el viajero contemplaba pensativo las casas de la aldea.

—Sí, se decía,—eso es, esta es la provincia tranquila, monótona que nada cambia ni conmueve: cinco años he pasado sin venir aquí, todo está en el mismo sitio. Han quemado los castillos, pero han respetado las chozas. ¡Con tal que encuentre aún algunos escombros del castillo de Azay!

El herrero acodó la herradura, la templó, la aplicó humeante á su sitio, y el viajero aguantó el pie del animal con el despejo del hombre que ha vivido largo tiempo en provincia.

Volvió luego á montar, entregó al herrero una moneda de treinta sueldos, ocultó de nuevo su rostro, y partió precipitadamente, como si hubiese temido que se abriesen todas á la vez las ventanas de las casas vecinas. Sólo á un cuarto de legua de distancia, cuando volvió á hallarse en el camino desierto, aflojó el andar de su caballo.

Entonces, echándose atrás la capa y soltando la rienda sobre el pomo de la silla, sacó del bolsillo un papelito cubierto de cifras. Esas cifras correspondían á las letras del alfabeto, cuya clave poseía sin duda, pues se puso á leer á media voz lo siguiente:

«En la noche que precedió á su fuga, el señor de Azay y su hijo escondieron una suma de setenta y cuatro mil libras en oro y en billetes de caja del Estado de Inglaterra, en las bodegas del castillo. El escondrijo está muy ingeniosamente practicado en el subsuelo de una cueva.

»Es casi seguro que, á pesar del incendio del castillo, no se ha descubierto el tesoro. Cuéntase con el hombre que ama á la señorita Vérinières para recobrar esta suma, ya que ninguno de los que se interesan

por la familia de Azay puede aventurarse sin peligro en el país.

»Véanse las indicaciones: las bodegas tenían una entrada única, á la cual daban tres corredores, uno que conducía á los antiguos calabozos del castillo, otro que bajaba hasta el Jonne y que durante las guerras de la religión, sirvió varias veces de salida misteriosa; y por último, el tercero, que conducía simplemente á la despensa, vasta rotonda abovedada, debajo de la cual hallábanse los lagares y barriles, y que ha podido contener hasta tres mil moyos de vino. En este último punto, es donde se hallan las setenta y cuatro mil libras, encerradas en un cofre á tres metros de profundidad.

»Como entonces creían volver pronto á su morada, los señores de Azay habían tomado sus precauciones para dar con el sitio exacto donde estaba enterrado el cofre. Habían fijado una cuerda á la entrada de las cuevas, y la habían desarrollado hasta que, deteniéndose, hubieron hecho un corte en el suelo con una azada: una vez enterrado el cofre, midieron la cuerda, y dió una longitud de ciento veinte y nueve pies. Empleando este mismo procedimiento, al hombre que ama á la señorita de Vérenières, le será fácil dar con el cofre.»

El caballero guardó en el bolsillo el papel, recobró su rienda, y dió un ligero espolazo á su caballo que se puso á trotar de nuevo.

Hizo todavía un cuarto de legua de camino; luego, como el río formaba un recodo y el camino se torcía bruscamente, se detuvo.

—¡Qué niño soy—murmuró con voz trémula.—Me late el corazón como si tuviese veinte años.

La emoción que el caballero acababa de experimentar era debida á la vista de una casita blanca, construída á la izquierda del camino, y que acababa de surgir ante sus ojos de entre una espesura de árboles, cuyo

follaje empezaba á palidecer bajo el álito de los vientos de otoño.

—¡Pobre tía!—se dijo.—¿Te volveré á encontrar?

Y dominando su emoción, lanzó su caballo al galope, y no se detuvo hasta llegar á la puerta de la casa blanca, puertas y ventanas estaban cerradas.

Preso de vaga ansiedad, tanto temía hallar desierta aquella casa, que de momento no se atrevió á poner pie á tierra.

Afortunadamente se dejó oír en el patio el ladrido de un perro.

Respiró entonces el caballero y con voz llena y sonora, llamó:

—¡Eh! ¡Sulpicio!

Poco á poco percibióse algún ruido en la casa. Abrióse una ventana y apareció en ella una cabeza abultada, soñolienta y coronada de un matorral de cabellos, y luego una voz sorprendida exclamó:

—¡Dios del cielo! ¡Es el tío de la señora!

—Querrás decir ciudadana, imbécil,—contestó riendo el viajero.—¿Quiéres que te tomen por aristócrata?

Pero había desaparecido ya aquella cabeza, y el hombre á quien pertenecía corrió á abrir la puerta del patio. Entró en él el caballero y echó la rienda á Sulpicio, apresurándose á preguntarle:

—¿Cómo está mi buena tía?

—Está muy vieja,—contestó Sulpicio,—tanto, que se ha vuelto casi niña, pero sigue bien.

—Vaya,—dijo suspirando el viajero, lleva el caballo á la cuadra y tráeme una brazada de gavilla para encender un poco de fuego, pues estoy helado. No hay necesidad de hacer levantar á mi buena tía.

—No hay cuidado,—repuso Sulpicio mientras frotaba al caballo á la puerta de la cuadra con un puñado

de paja,—la señora no se levanta hasta las ocho: Jaquelina es quien sube á vestirla.

—Pues no despiertes á mi tía ni á Jaquelina. Enciéndeme lumbre y trae un vaso de aguardiente de Orujo.

Penetró el viajero en la casa como hombre que conocía perfectamente, llegó á la cocina, y se puso á remover con las tenazas los tizones que cubría la ceniza en el hogar, mientras aguardaba la llegada de Sulpicio.

Era éste un muchacho gordo, de cabellos rubios y crespos, cara rubicunda, ojos redondos y labios gruesos. Mitad servidor y mitad pariente, era una especie de primo lejano que había sido educado en la casa y que desempeñaba en ella las funciones de mayordomo.

Volvió, encendió fuego, cogió una botella y un vaso del armario, colocándolos encima de una mesa junto al viajero, y quedó inmóvil frente á él. Pero notando que éste estaba profundamente distraído y no se fijaba en él, salió de puntillas y se volvió á la cuadra.

Cosa de doce horas después, al anochecer, el caballero estaba sentado en el arrabal de la casita, junto á una anciana que le miraba con cierto asombro: ésta era la pobre tía que se había vuelto niña.

Sulpicio, sentado en el escalón del umbral, estaba desplumando un pato.

—No me reconoce,—decía con tristeza el viajero.

—La revolución es quien la ha puesto en tal estado.

Una nube pasó por la frente del viajero.

—Ha pasado casi un año,—prosiguió Sulpicio,—gritando cada noche que le querían asesinar.

—¡Pobre tía!

—Y decía luego: ¡Miradles: aun queman el castillo!

—¡Ah!—dijo el viajero,—¿han quemado el castillo?

—Sí, señor; no quedan más que las cuatro paredes.

—Me gustaría verlo.

—Ya sabéis el camino; sólo que de aquí á allá arriba hay una legua buena, y es tarde ya.

—Sin contar con que la cena estará lista en diez minutos,—agregó una voz en el interior, la voz de la cocinera Jaquelina, á través de la ventana del piso bajo.

—Bueno: iremos después de cenar.

—¿De noche?—exclamó con terror Sulpicio.

—¿Por qué no?

—Es que nos hallamos en luna nueva y no hace claro.

—¿Qué le hace?—yo soy algo como los gatos, veo de noche.

Cuando acababa de decir esto, oyóse resonar en el camino un paso lento, inseguro y que denunciaba la fatiga. Después se vió dibujarse una silueta, y por último en el claro obscuro del crepúsculo. Sulpicio y el viajero vieron distintamente á un joven alto, delgado, de rostro pálido, mirada calenturienta, traje harapiento y gorra roja en la cabeza.

Cuando se halló junto á ellos, detúvose y dijo con voz trémula:

—Ciudadana, ¿queréis compadeceros de un pobre viajero que muere de hambre y de cansancio?

—Dale una limosna á ese muchacho, Sulpicio,—dijo el sobrino de la anciana, que seguía balanceando la cabeza de izquierda á derecha con una mirada donde brillaba la fiebre y la locura.

Sulpicio fué á la cocina y volvió con medio pan.

—¡Ah, ciudadanos!—repuso el joven con plañidera voz,—hace tanto que ando y estoy tan cansado que me atrevo á pedirnos me dejéis pasar la noche en el pajar.

—Bueno, déjale dormir ahí, Sulpicio.

Encogióse éste de hombros y gruñó:

—El sobrino de la señora está loco... Sabe uno lo que son todos estos vagabundos.

Más el viajero estaba hablando con el mendigo, y no oyó la reflexión de Sulpicio.

—¿De donde venís?—le preguntó.

—De Nevers, ciudadano.

—¿Tenéis oficio?

—Soy carpintero.

—¿Y no encontráis trabajo?

—No, ciudadano.

—Pues bien; cenaréis aquí, se os dará cama, y mañana veremos de ayudaros.

—El sobrino de la señora es siempre el mismo,—murmuraba Sulpicio;—con el corazón en la mano y generoso. Pero algo me dice que eso hoy no le traerá suerte. Ese muchacho tiene mal aspecto.

—Señor,—gritó Jaquelina desde la cocina—la sopa está en la mesa; dad pues el brazo á la señora y venid á comer.

La anciana idiota se dejó coger sin resistencia por el brazo y conducir al interior de la casa. Su sobrino la colocó en su sillón provisto de una almohada de cuero, y se sentó á la mesa frente á ella.

El mendigo había seguido á la cocina á Sulpicio y á Jaquelina.

Era un muchacho de unos veinticinco años, flaco, casi descarnado, con pies largos y manos cortas casi cuadradas. Tenía la mirada esquiva y sumamente movable, y eran tan delgados sus labios, que se habría dicho que si había sido cortada la boca con un cuchillo.

Fué á sentarse sin decir palabra en un rincón de la cocina, adoptando una actitud humilde y sufrida que tocó el corazón de Jaquelina.

La cocinera era una robusta joven del Morvan, inteligencia obtusa y buen corazón á quien no le gusta-

ba ver sufrir á nadie, y se apresuró á servir al *compañero* sin trabajo una buena taza de sopa, diciéndole:

—Comed y calentaos, porque parece que estáis vestido muy á la ligera.

El *compañero* miró su blusa hecha girones, y suspiró.

Jaquelina era, naturalmente, habladora.

—Casi es una dicha para vos el que os hayais detenido aquí,—repuso.

—!Oh, sí!—contestó el joven devorando la sopa,—porque sois muy buenos conmigo.

—No es por eso,—prosiguió la cocinera,—es porque el sobrino de la señora es más generoso de lo que parece, y si se intesesa por vos... ¡en fin, nada!

—¡A ver si te callas!—interrumpió Sulpicio mirando á la cocinera.

Y para poner término á las indiscretas confidencias de Jaquelina, añadió.

—Bebed un buen vaso de vino, muchacho.

Al decir esto, sirvió de beber á éste, y cuando hubo bebido y comido, le dijo:

—Voy á acompañaros al pajar. Allí hay buena paja y dormiréis como un príncipe.

—¡Ya lo creo!—murmuró sonriéndose el mendigo,—porque me estoy durmiendo ya de pie.

Y siguió á Sulpicio; que se había ya provisto de una lámpara.

El pajar estaba situado encima de un cuadra. Subíase á él por una escala de mano, y no tenía más que una puerta, que Sulpicio cerró prudentemente con llave, haciéndose esta juiciosa reflexión:

—Ese tunante podría muy bien tener ganas esta noche de venir á la casa para jugar alguna mala pasada.

El *compañero* se había tendido en la paja y había oído perfectamente el ruido de la llave al dar la vuelta

á la cerradura, y luego el de los pasos de Sulpicio al bajar de nuevo la escalera, atravesar el patio y entrar de nuevo en la casa.

Entonces, en vez de entregarse al sueño, que parecía agobiarle, se sacudió, salió de la paja y recorrió á gatas el granero.

Un ruido sordo que se percibió debajo de él, le guió: era el caballo que pifaba.

Encima del rastrillo había un escotillón por donde se echaba el forraje. Hacia aquella abertura se dirigió el compañero. El escotillón era bastante ancho para dejar pasar el cuerpo de un hombre.

—¡Imbécil!—murmuró el compañero aludiendo á Sulpicio que había cerrado la puerta del pajar.

Y pasó por el escotillón al rastrillo y de éste pasó á la cuadra.

II

CAMINO DE LAS RUINAS

Cuando estuvo fuera ya el mendigo, Jaquelina y Sulpicio se habían puesto á censurar.

—Lo que no entiendo,—decía Sulpicio,—es la venida del sobrino de la señora.

—Pues me parece natural,—contestaba Jaquelina,—eso de que un sobrino venga á ver á su tía.

—Es que tú no sabes,—replicó Sulpicio,—que el sobrino de la señora es uno de los principales del gobierno.

—¿Y qué?

—Que si vuelve es que aquello debe ir mal.

—Tanto mejor que se caiga ese gobierno de incendio, pillaje y guillotina.

—La verdad es que no comprendo como el sobrino de la señora, que es tan bueno y que á mi entender no haría daño á un pollo, ha podido enredarse con esas gentes.

—De eso se volvió loca la señora,—murmuró en voz baja la cocinera.

—¡Silencio!—dijo Sulpicio.

Abrióse la puerta de la cocina y entró el viajero.

—Jaquelina,—dijo,—mi tía se ha amodorrado: cógela, llévala á su cuarto y hazla acostar.

La cocinera salió sin replicar.

—¿Qué has hecho de ese muchacho?—preguntó el viajero yendo á sentarse junto al fuego al lado de Sulpicio.

—Le he llevado al pajar, y allí le he encerrado.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Me parece que es un mal sujeto.

—No creo que haya gran cosa que robar aquí,—dijo el viajero encogiéndose de hombros.—Mi pobre tía no es rica.

—¡Quién sabe! Tal vez á su muerte os encontréis una buena hucha.

—Mi pobre Sulpicio,—repuso suspirando el viajero,—vivimos en unos tiempos en que los jóvenes no pueden alabarse de servir á los viejos.

Sulpicio se estremeció sin contestar.

El viajero había cogido las tenazas y atizaba distraidamente el fuego.

—¿A qué hora sale la luna?—preguntó.

—A las tres de la mañana.

—¿Y es de día á las cinco?

—Sí, señor.

—Entonces nos pasaremos sin luna, Sulpicio.

—¿Para qué, señor?

—Para ir á ver las ruinas del castillo.

Sulpicio le miró con una especie de estupor.

—Pero si hay más de una legua de distancia,—observó.

—Ya lo sé.

—Y hay que atravesar los bosques.

—¿Tienes miedo?

—No, pero se tienen con frecuencia malos encuentros.

—Tomaremos tú, tu fusil y yo mis pistolas.

—De todos modos es una idea muy original.

—Sea, pero nos iremos en cuanto Jaquelina esté acostada.

Calló Sulpicio, y el viajero volvió á caer en su ensimismamiento.

Unas dos horas transcurrieron, durante las cuales Jaquelina acostó á su ama y arregló la casa.

Después dió las buenas noches á su futuro amo y se fué á su cuarto.

Entonces el viajero cogió su capa y se puso en el cinto las pistolas.

—¿De modo que va de veras?—preguntó Sulpicio.—
¡Vamos al castillo!

—De veras, y vas á llevar, además de tu fusil, una cuerda, una linterna y una azada.

Sulpicio comprendió entonces que no era para contemplar una casa destruida por el fuego á lo que quería ir el viajero, y de consiguiente se limitó á preguntar:

—¿Ha de ser larga la cuerda?

—A lo menos debe tener ciento treinta pies.

—Entonces voy á tomar el cordel de la puerta.

—Y no metas ruido,—agregó el viajero;—no hay necesidad de que Jaquelina sepa que salimos de la casa.

—Pasaremos por el jardín, atravesando el patio.

El viajero siguió á Sulpicio, que había cogido una linterna sin encenderla.

Salieron del jardín por una puerta cancela y tomaron por un sendero que, alejándose del Jonne, subía hacia los bosques que dos años antes formaban aún el parque del castillo.

La noche era oscura; destacábase, sin embargo, el sendero blanquecino sobre la tierra oscura de los barbechos.

—¿Pasaréis algún tiempo con nosotros?—preguntó Sulpicio en voz baja.

—No.—¿Os volvéis?

Mañana al despuntar el día, y como nadie me ha visto llegar y no he salido de la casa, desearé que Jacqueline y tú guardéis silencio.

Sulpicio hizo con la cabeza una seña de asentimiento.

—¿No has ido con frecuencia al castillo?—preguntó el viajero.

—¡Oh, sí! mi difunto tío, el padre Thibert, estaba allí de guardabosque.

—¿Y dices que lo quemaron todo?

—No quedan más que las cuatro paredes.

—¿Y... las bodegas?

—Estaban llenas, pero ya podéis figuraros que estarán vacías.

—¿No las quemaron?

—Porque no pudieron.

—¿Hicieron excavaciones en ellas?

—No,—contestó Sulpicio.

El viajero volvió á encerrarse en su mutismo.

Así anduvieron una hora larga, Sulpicio, delante con su azada y su fusil al hombro, el viajero llevando el cordón arrollado en una estaca.

Habían dejado los campos y entrado en el bosque.

De repente Sulpicio se detuvo en seco.

—¿Qué tienes? preguntó el viajero.

—¿No habéis oído...?

—Nada.

—Es raro, me ha parecido que andaban detrás de nosotros.

—Nada he oído... sigamos nuestro camino.

Sulpicio volvió á andar. Pero el silencio le pesaba.

—Dispensadme señor,—dijo—¿podrías decirme para qué vá á servirnos esta azada?

—Para hacer un agujero.

—¿Y luego?

El viajero pareció indeciso, mas al fin dijo:

—Oye, Sulpicio; tú eres un servidor fiel, un pariente adicto, y puede fiarse en tí ¿no es verdad?

—Sin duda,—contestó Sulpicio con sencilla buena fe.

—¿De modo que puedo decirte lo que voy á hacer al castillo?—Naturalmente.

—Pues bien; voy en busca de un tesoro.

Sulpicio se detuvo otra vez.

—¿Te admira eso?—preguntó el viajero.

—No, pero...

—A ver, habla.

—Señor,—dijo friamente Sulpicio—yo soy el resobrinno, al estilo bretón, de vuestra señora tía, y cuando ella tenía seso, me permitía hablar con franqueza.

—¿Y qué?

—Pues bien, yo soy claro como el agua, y lo que tengo en el corazón tengo en la boca.

—Bueno, habla; á mí me gustan los que dicen lo que piensan.

—¿Vais á desenterrar un tesoro enterrado de las ruinas del castillo?

—Sí.

—¿A quién pertenece ese tesoro?

—A la familia de Azay,

—Señor,—dijo bruscamente Sulpicio— aun cuando tuviesen que hacerme guillotinar, como amigo de los aristócratas, os juro que no os ayudaré á cometer u... robo.

Estas palabras hicieron dar un salto al viajero y le arrancaron una especie de rugido.

Sus ojos despidieron centellas.

—Creo que estás loco,—dijo poniéndole una mano en el hombro.—¿Has olvidado quien soy yo?

—Es que... señor.

—¡Robar yo! ¡robar!

—Entonces,—repuso Sulpicio, con sencilla confusión—¿qué queréis hacer de ese tesoro?

—Quiero devolverlo á la familia de Azay.

A su vez ahogó Sulpicio un grito.

—Señor,—dijo,—si no os explicáis acabaré de justificar lo que acabáis de decir, me volveré loco.

—Sí,—contestó echándose á reir el viajero,—comprendo que te sorprende verme perseguir por un lado á los aristócratas, como enemigos encarnizados de la República, y protegerlos por otro lado.

—Naturalmente.

—Pues bien, oye. ¿Te acuerdas de la señorita Armanda de Vérinières?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!—contestó Sulpicio; y bajando la voz añadió:—me parece señor, que cuando os encontrábais con ella en aquellos tiempos, os daba fuertes batacazos el corazón.

—¡Cállatel

—¡Ay!—suspiró Sulpicio que no ocultaba sus opiniones anti-republicanas,—¿qué ha sido de ella? Dicen que ha sido condenada á muerte y guillotínada.

—Condenada, sí; guillotínada, no... Yo la salvé.

Sulpicio prorrumpió en una especie de explosión de entusiasmo.

—¡Ah!—dijo,—bien sabía yo que erais un hombre honrado.

—Y la señorita de Vérinières,—prosiguió el viajero,—es prima de la señorita Clara de Azay, ¿comprendes?

—Ni una palabra más; os seguiré hasta el fin del mundo.

—Sólo que,—murmuró el viajero,—juego en eso mi cabeza.

Cuando pronunciaba estas últimas palabras que hicieron estremecer al buen Sulpicio, la tenebrosa bóveda de verdor que descubría, se ensanchó bruscamente, apareció el cielo estrellado, y á través de los elevados árboles del antiguo parque, dejáronse ver las ruinas del castillo.

—Ya estamos,—dijo Sulpicio.

Detúvose de nuevo el viajero como poseído de irresistible emoción.

—¡Ah!—dijo en voz baja,—¡cuan bella estabais, mi querida Armanda, cuando pasabais á caballo por debajo de los elevados árboles de este parque!

—¡Silencio!—murmuró Sulpicio montando de improviso su fusil.

—¿Qué hay?—preguntó el viajero.

—¡Cómo!—¿no habéis oído?—¿Qué?

—Andan detrás de nosotros; nos siguen,—repuso Sulpicio lanzándose en la espesura é intentando atravesar las tinieblas con su mirada.

—¡Está loco!—murmuró el viajero.—Nada he apercibido y eso que tengo el oído fino.

Y llamó á Sulpicio.

—Pues os juro que nos seguían,—dijo éste reuniéndosele.

—¿Y quién quieres que nos oiga?

—No lo sé.

—Tal vez sea algún aldeano que venga á robar ramas verdes.

—No, señor; desde que vino la República, no hay necesidad de ocultarse para robar en el bosque.

—Sulpicio, —dijo severamente el viajero,—sois un aristrócata.

Y volvió á avanzar hacia las ruinas, donde el fuego había realizado su obra de destrucción. En efecto, sólo quedaban las cuatro paredes: techos, pavimientos, artonados, todo estaba hundido, todo había desaparecido.

—Ese pueblo á quien tanto quiero, no sabe tener cordura en nada. Sabe destruir... ¿sabra fundar?

Sulpicio seguía llevando la delantera.

—¿Decís, señor...—preguntó volviéndose,—que el tesoro está enterrado en las bodegas?

—Sí.

—¿En cual? porque hay tres...

—Pero me han afirmado que no hay más que una entrada.

—Es cierto.

—¿Dónde está?

—Miradla, allá abajo.

—Pues enciende la linterna.

Picó Sulpicio el eslabón, brotó de él una chispa, y encendió una mecha azufrada.

—Guíame,—dijo el viajero.

Sulpicio andaba á través de las ruinas como hombre conocedor del terreno. Encaminóse en derechura á una especie de abertura negra y ancha, desprovista de puerta, y que dejaba ver en su fondo los primeros peldaños de una escalera bastante espaciosa.

—Hay que bajar sesenta escalones,—dijo Sulpicio.

—Y después se encuentra una especie de rotonda, á donde dan tres galerías, ¿verdad?

—Eso es.

Pues baja y alúmbrame.

Sulpicio llevaba la linterna de modo que proyectaba la luz hacia adelante: el viajero le seguía diciendo entre sí.

—En eso están algo obscuras las indicaciones que me han dado: no habla de los sesenta escalones y no sé si los ciento veinte y nueve pies han de contarse desde el primero ó desde el último.

Llegado al pie de la escalera, Sulpicio dejó la linterna en el último peldaño, y quedó visible la entrada de las tres galerías.

—¿Cuál es la que lleva al Jonne?—preguntó el viajero.

—La de la izquierda.

—¿Y la que va á la despensa?

—La del centro.

—Bueno. Y tu cordel ¿qué longitud tiene?

—Debe tener unos ciento cincuenta pies.

La tierra estaba en aquel sitio blanda y friable.

El viajero hundió la estaca con un golpe de plano de la azada y luego desarrolló la cuerda, diciéndole á Sulpicio:

—Sigue adelante.

Cuando ya solo le quedó en la mano una poca de cuerda, detúvose el viajero y dijo:

—He contado mis pasos y el paso del hombre tiene como tres pies de largo; estoy al sesenta y dos y aquí debe ser... Manos á la obra, Sulpicio.

—¿Hay que cavar aquí?

—Sí.

—Entonces aguantadme la linterna.

Sulpicio cogió la azada y se puso á esçarbar con ar-

dor la tierra: el viajero le seguía atentamente con la vista, y latándole el corazón.

—Sí;—dijo de pronto Sulpicio,—aquí debe ser.

—¿Cómo lo conoces?

—Encuentro la tierra blanda, y eso quiere decir que no ha mucho tiempo que se removió.

—¿Quién sabe,—murmuró el viajero entreteniéndose,—si alguien habrá descubierto el cofre?

—Sulpicio seguía cavando.

—¡Alto! gritó de pronto el viajero.

—¿Qué hay?—preguntó Sulpicio obedeciendo.

—También yo acabo de oír ruido,—murmuró el primero, en cuya frente aparecieron algunas gotas de sudor.

Y apoderándose del fusil de Sulpicio, lanzóse hacia la escalera.

—Tiene razón en decir que juega la vida en eso,—murmuró Sulpicio sacudiendo la cabeza,—imagino que han enviado espías trás él. Eso acabará mal.

Y el buen hombre aguardó ansioso: mas el viajero volvió casi enseguida.

—Decididamente,—dijo riendo,—creo que a tí y á mí nos han zumbado los oídos.

—¿Nada habéis visto?

—Nada, las ruinas están desiertas y sale la luna.

—¡Ah!—dijo Sulpicio con aire pensativo.

Y se puso de nuevo á cavar.

III

EL ESPÍA

El mendigo, como se recordará, habíase deslizado á la cuadra. El caballo asustado había pegado un bote de lado y roto su ronzal; mas el joven le había pasado ja mano por el lomo, y se había puesto á acariciarle

con lo cual el caballo tranquilo ya, volvió á su sitio y se puso nuevamente á comer.

Entonces el mendigo, que parecía ver en la obscuridad, dió la vuelta á la cuadra y reconoció todos sus rincones.

La puerta estaba cerrada con llave como la del pajar; pero encima de la puerta había un tragaluz bastante ancho, para que pudiera pasar por él el cuerpo de un hombre.

Al cerrar la cuadra, Sulpicio únicamente había pensado una cosa, en impedir que robasen el caballo.

El mayordomo de la casa blanca había amontonado tres gavillas de alfalfa tierna.

—Excelente cama,—murmuró el mendigo.

Y se acostó en ella. Pero al mismo tiempo alargó la cabeza hasta á una hendidura de la puerta, y aplicó á ella un ojo. A través de aquella hendidura veía el patio, y más allá la luz de la cocina, cuya ventana estaba entreabierta.

—Perfectamente,—se dijo;—no podría desear mejor observatorio. Desde aquí sabré todo lo que me conviene saber.

El mendigo vió, sucesivamente, cuanto pasó en la cocina hasta el momento en que el viajero y Sulpicio cogieron sus armas y la azada.

Entonces abandonó su lecho de alfalfa y se encaramó con rapidez al tragaluz, y desde allí les vió salir de la casa, cruzar el patio y penetrar en el jardín.

Desde aquel momento ya no vaciló el mendigo.

Saltó el patio, detúvose un momento para dar tiempo á Sulpicio y á su compañero de que saliesen del jardín, y luego se puso á seguirles, diciendo:

—Ahora, aun cuando me llevaran al fin del mundo, ya no les dejo.

Habíase quitado los zapatos, y andaba á gatas, de-

jando entre ellos una distancia bastante considerable.

Tan grande era la obscuridad que, más de una vez, les perdió de vista; pero el viento que venía del Oeste, le traía algunas palabras y el ruido de sus pasos.

Cuando hubieron penetrado en la espesura del antiguo parque, aproximóse á ellos, y oyó distintamente casi toda su conversación.

Dos veces distintas, tropezó con un tronco de árbol y anduvo sobre hojas secas que crugían bajo sus pies. Entonces fué cuando, también por dos veces, detúvose Sulpicio bruscamente á su compañero:

— Nos siguen.

Afortunadamente para él, el mendigo se tendió en tierra boca abajo, y Sulpicio nada vió.

Llegado al límite del parque, frente al antiguo prado del castillo, detúvose el mendigo, y dejó que el viajero y su guía se aventurasen solos por las ruinas.

Mas aquel hombre tenía verdaderos ojos de lince que atravesaban las tinieblas, y sólo perdió de vista á Sulpicio y al viajero cuando éstos hubieron pasado el umbral de las cuevas.

No se habrá olvidado que Sulpicio había encendido su linterna antes de bajar los peldaños de la escalera, y la fugaz claridad de la chispa atrajo las miradas del mendigo.

Volvió á ponerse en marcha, arrastrándose como un reptil, y deslizándose á través de las piedras y de los matorrales hasta la entrada del subterráneo: allí se detuvo de nuevo.

Sulpicio y el viajero estaban hablando, y su voz subía de las profundidades de la galería.

El supuesto carpintero descendió á su vez los escalones, avanzando con precaución y comprimiendo el aliento: al llegar á los dos tercios de la escalera, divisó el círculo de la luz que proyectaba la linterna de Sulpi-

cofre que contenía setenta y cuatro mil libras, avivó el fuego que se estaba extinguendo, y echó en él una brazada de ramas.

Después consultó su reloj; eran las tres y media de la mañana.

—Ve a dar un pienso á mi caballo, — dijole á Sulpicio.

Este fué á la cuadra.

Relinchó el caballo al oír la puerta, y el mayordomo notó con extrañeza que había roto su ronzal; lo de que no se apercibió fué de que las gavillas de alfalfa estaban pisoteadas, y conservaban aún la impresión de un cuerpo humano.

Tomó avena de un saco y echóla en el pesebre; después ensilló el caballo, como para advertirle de que procurase almorzar con buen apetito.

Hecho esto, acordóse el mayordomo del fingido carpintero y se dijo:

Me gustará saber si aquel truhán está tan fatigado como decía.

Y cogiendo su linterna salió de la cuadra y subió al pajar.

El mendigo estaba enterrado entre el follaje y roncaba.

—Bien pensado, — se dijo, — tal vez soy desconfiado de sobra... Ese muchacho se estaba muriendo de hambre... ha comido y ahora duerme... ¿Qué mal hay en eso?

Y poseído de compasión, salió del pajar sin meter ruido, y cerró con precaución la puerta para no despertar al que dormía.

Cuando volvió á la cocina, encontró al viajero envolviendo el cofre con su capa, y atándolo todo con sus correas.

—Que me ahorquen, — dijo sonriéndose, — si hay al-

guien que adivine que va ahí dentro otra cosa que no sea ropa. Vamos á colocar eso en mi silla; pero antes, dame un vaso de aguardiente. Tengo frío en el corazón como si acabase de cometer una mala acción.

—¡Cómo, señor!— exclamó Sulpicio,—¿llamáis mala acción á eso de librar del peligro los bienes ajenos?

—Me parece que hago traición á la República,— murmuró con aire sombrío.

Y encogiéndose luego de hombros, añadió:

—Uno no es dueño de su carácter, y yo no soy como Robespierre, que no tiene ni entrañas ni corazón. A propósito,—dijo bruscamente y como si quisiera alejar la idea que acababa de ocurrírsele,—¿qué has hecho de aquel joven que pidió limosna anoche?

—Le he dado cena y cama.

—¿Dónde está?

—En el pajar.

—Pues anda á buscarle.

Sulpicio miró con extrañeza al viajero.

—Anda,—repitió éste con tono de autoridad.

El mayordomo obedeció: subió al pajar y gritó.

—¡Eh, amigo!

El mendigo dormía á pierna suelta; sacudióle Sulpicio, y entonces abrió los ojos, estiró los brazos é hizo como se volvía á dormir.

—¡Vamos! ¡en pie, muchacho!— dijo el mayordomo.

—¿Es de día ya?—preguntó éste con tono lastimero.

—No tardará en serlo.

—¡Ay, ciudadano! si fueseis tan caritativo, que me dejaseis seguir durmiendo y no me despidiéseis tan temprano...

—Es que no te despierto para despedirte.

—¿Pues qué queréis de mí?

—El amo te quiere hablar.

A estas últimas palabras, el mendigo se despertó completamente. Levantóse y siguió al mayordomo, que le condujo á la cocina.

El viajero le miró con atención: el joven bajaba los ojos como un culpable ante su juez.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó el viajero.

Simón, ciudadano.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte y dos años.

—¿Eres carpintero?

—Sí, ciudadano.

—¿De qué país eres?

—Soy de Arcis-sur-Aube.

Al oír esta respuesta, el viajero hizo un gesto de sorpresa.

—¿Y te llamas Simón?

—Simón Lanternet.

—¿No era carpintero como tú, tu padre?

—Sí, ciudadano: mi padre murió dejando cinco hijos en la miseria.

—Pues bien, muchacho,—repuso conmovido el viajero,—ayer hiciste bien en detenerte en el umbral de esta casa. Yo soy de Arcis-sur-Aube, como tú, y no se dirá que he dejado pasar á un compatriota sin socorrerle.

El mendigo juntó las manos.

—Voy á hacer un viaje de algunos días; tú me acompañarás en calidad de *oficioso*: ¿te acomoda?

El viajero creyó ver brillar una lágrima de gratitud en los ojos de aquel hombre. Sulpicio se encogió de hombros murmurando:

—Creo que el sobrino de la señora se ha vuelto loco yendo á enredarse así con un vagebundo.

—Sulpicio,—dijo el viajero—á ver si le proporcio-

nas á ese muchacho unos calzones, unas medias, unos zapatos y una blusa.

Y mientras Sulpicio salía gruñendo añadió:

—Voy á París, y tú vendrás conmigo: allí veré si te encuentro trabajo.

El mendigo se apoderó vivamente de la mano de aquel hombre, que se le aparecía como una Providencia, y la llevó vivamente á sus labios.

Volvió Sulpicio con lo pedido, y el viajero prosiguió:

—Toma muchacho; ponte todo eso y anda á cortarte un bastón bueno y fuerte en el soto. Yo voy á ver si mi caballo ha acabado su avena.

Púsose debajo del brazo el paquete que encerraba el cofre, y siguió á Sulpicio á la cuadra.

—Señor,—le dijo éste mientras acomodaba la balija sobre el coginete de la silla,—¿no podría permitirme daros un consejo?

—Positivamente mi buen Sulpicio.

—¿Vais á llevar con vos al mendigo?

—Sí, me servirá de criado.

—Pues yo, si estuviese en vuestro lugar, una vez en marcha, daría un par de escudos ó seis libras á ese muchacho, le pegaría un buen espolazo al caballo y me desharía de él.

—¿Y por qué?

—Porque ese muchacho tiene mala facha.

—Eres un tonto; ese muchacho es de mi país.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Y yo he conocido á su padre, el padre Lanternet, un hombre muy honrado.

—Eso no impide que vos llevéis dinero, y además una muy respetable suma.

—Razón de más para tener un compañero de viaje.

—¿Y si os roba?

—¿Y eso?—preguntó el viajero sonriendo desdeñosamente.

Al mismo tiempo, sacó las pistolas de su cintura, y las colocó en sus fundas, añadiendo:

—Y luego, mírame á mí. ¿Te parece que hay miedo de jugarle una mala partida tan facilmente á un hombre de mi talla y de mi fuerza?

—¡Dios os libre!—murmuró Sulpicio.

—Embrídame el caballo,—replicó el viajero mientras yo voy á depositar un beso en la frente de mi anciana tía.

Algunos minutos después, el viajero y el mendigo dejaban la casita, cuyo techo de pizarra y cuyas blancas paredes se reproducían en la transparente agua del Jonne.

El primero iba á caballo: el segundo caminaba junto á él con un nudoso bastón en la mano.

—Lo dicho,—murmuró tristemente Sulpicio mirándoles alejarse:—se me ha metido entre ceja y ceja que eso no ha de traerle suerte al sobrino de mi ama.

IV

ENTRE TRAIADORES

La posada de los *Tres Magos*, acababa de cerrar puertas y ventanas.

Eran las nueve de la noche, y aun cuando la República, según decían, había traído la libertad, Nicolás Berdin, el posadero, no se creía dispensado de sentir la antigua costumbre de la queda.

En esto era prudente, porque se le tenía por realis-

ta, y el Municipio de Auxerre no andaba con bromas con los que pasaban por partidarios de los aristócratas.

La posada de los *Tres Magos* estaba situada á la entrada de la plaza de las Fuentes, á la izquierda, entrando por la calle de París.

Durante la monarquía se titulaba la posada de los *Reyes Magos*, y era el punto de reunión de los nobles del contorno, mitad nobles, mitad cosecheros, todos algo payeses pero muy adictos al nuevo régimen.

Cuando hubo caído el rey, Nicolás Berdin tuvo miedo, y estuvo á punto de cambiar el título de antes por el de los «Tres Descamisados»; pero de ser borgoñés, es decir, hombre de genio, y Berdin había nacido en Migé, á cuatro leguas de Auxerre, de donde había venido con zuecos treinta años antes, y se limitó á borrar la palabra *Reyes* y puso simplemente:

«A los Tres Magos»

A pesar de este cambio y de las explicaciones que dió al municipio, los patriotas se decían al oído que Nicolás Berdin se mantenía realista de corazón y el circunspecto posadero se guardaba bien de infringir los reglamentos de policía. A las nueve en punto ponía en la calle á los bebedores, y solía exclamar:

—Al mismo ciudadano Robespierre, el hombre más grande de la República, que estuviese aquí, le obligaría á irse á dormir.

Acababa pues de cerrarse la posada de los *Tres Magos*, cuando dos hombres, uno á caballo y otro á pie que viajaban juntos, se detuvieron bajo aquel rótulo. Llegaban por la carretera de Coulanges-sur-Jonne, y habían entrado por la calle de Engliny.

—Llama recio, Simón,—dijo el jinete al peatón,— porque aquí tienen el sueño duro.

Simón, pues no eran otros los dos caminantes que los dos viajeros á quienes hemos visto salir por la mañana de la casita, á orillas del Jonne, obedeció la orden. Un perro ladró en el patio de la posada pero todo permaneció obscuro.

La noche lo era también y lloviznaba.

La calle de París, que es la más frecuentada de Auxerre, estaba desierta. ¿Era la lluvia ó era el régimen del terror en que se vivía, quien causaba esa soledad? Las casas estaban cerradas y los fuegos apagados.

Simón volvió á llamar y volvió á ladrar el perro, pero nadie se meneó en el interior.

Impacientóse el jinete y, poniendo pie á tierra, dió á la gran puerta de la posada un golpe de espaldas tan vigoroso, que esta vez dejóse oír en el interior un enérgico juramento, y se abrió una ventana.

—¿Quién hay?—preguntó una voz.

—Un viajero.

—Seguid andando es demasiado tarde.

Cerróse la ventana, lanzó el viajero una especie de rugido de cólera y gritó:

—Ciudadano, abre en nombre de la ley.

Era tan sonora su voz y tan imperioso su acento, que volvió á abrirse la ventana, y asomó por ella el rubicundo rostro de Nicolás Berdín.

—Dispensad, ciudadano,—dijo,—¿se trata de algún miembro del distrito ó del municipio?

—Tratas con un representante del pueblo, truhán, contestó el viajero que ya no era dueño de sí mismo.

Esta palabra fué mágica: el mismo Nicolás Berdín fué á abrir la puerta.

Simón había tomado el caballo por la rienda; Ni-

colás Berdín y él cambiaron una mirada furtiva: luego el posadero se quitó la gorra y dijo al viajero:

—Ciudadano, dignaos dispensarme si no os he abierto más pronto.

—La verdad es, —replicó mal humorado el viajero, —que no se entra fácilmente en vuestra casa.

—Son más de las nueve...

—¿Y qué?

—Y los reglamentos de policía no permiten que se tenga abierto toda la noche; pero cuando se trata de...

—¡Silencio!—interrumpió el viajero con imperioso tono.

Saludó de nuevo el posadero y condujo al recién venido á la sala grande que servía á un mismo tiempo de comedor y de cocina.

Encendieron fuego, y mientras Simón ponía el caballo en la cuadra y el viajero se instalaba junto al fuego, el maestro Nicolás puso la mesa, colocó encima de ella un trozo de carne fría, jamón y queso, y luego le dijo á su huésped:

—Voy á buscaros dos botellas del famoso vino de la Chainette. Ya me diréis que tal es.

Y se dirigió á la gruta: mas para ir allá tenía que atravesarse el patio y pasar delante de la cuadra, cuya puerta estaba abierta, y en cuyo interior, Simón arreglaba concienzudamente el caballo.

—¿Qué hay?—preguntó Berdín, entrando en la cuadra y mirando á Simón.

—Todo va bien,—contestó el mendigo.

—¿Tiene el cofre?

—Sí, ahí dentro, en la maleta.

Berdín lanzó un suspiro de satisfacción.

—Creo que es nuestro,—murmuró Simón.

—También yo.

—¿Habéis prevenido al municipio?

—Sí y no: he hablado vagamente. Pero el Marsellés está aquí.

—¡Ah! ha llegado.

—Sí, duerme arriba en el cuarto del primer piso.

—Pues id á avisarle.

—Es inútil, está dispuesto. Ven á cenar.

—Allá voy.

—Y cuando tu amo esté acostado, sal por la puerta de la cocina y ven á reunirme conmigo en el patio. Iremos juntos al municipio.

Dicho esto, Berdín bajó á la gruta murmurando:

—¡Oh! ¡Cuánto detesto á esos republicanos! Hoy sirvo á la República sólo porque quiero ayudarles á devorarse entre sí.

Entretanto el viajero se había sentado tranquilamente á la mesa y cenaba con apetito, como quien ha hecho un largo camino y desafiado la lluvia.

Simón vino á reunírsele.

Gracias á las ropas que le había proporcionado Sulpicio, el joven tenía el aire de un criado de buena casa y había desaparecido de su semblante la palidez de la víspera.

—Siéntate ahí,—le dijo con tono afable el viajero, —y come y bebe lo que quieras.

No se lo hizo repetir Simón. Mas un observador atento habría notado su escaso apetito. Visiblemente preocupado, sólo bebía y comía por cumplimiento.

Absorto en sus pensamientos, no lo observó el viajero: únicamente cuando hubo acabado de comer, le dijo:

—Ve á buscarme la maleta y tráemela enseguida.

Simón obedeció.

El maestro Nicolás Berdín se paseaba de un extremo á otro del patio fumando tranquilamente su pipa.

—Pide su maleta,—díjole Simón en voz baja,—y tiene allá el cofre.

—Bueno, se la llevas.

Y como Simón vacilase, añadió:

—¿Crees que los del municipio se privarán de inspeccionar su cuarto?

—Es verdad,—contestó el mendigo.

Y fué á buscar la maleta que estaba aún atada á la silla, porque según se acostumbraba entonces, no había sido desensillado el caballo.

—Haced que se acueste pronto,—murmuró Berdin en el momento en que Simón volvía á pasar delante de él con la maleta bajo el brazo.

—Eso depende de él.

—¿Pesa la maleta?

—Mucho.

—Entonces dentro está el dinero.

—Así lo creo.

Entró Simón en la cocina, donde el viajero saboreaba un vaso de aguardiente de orujo, mientras se calentaba la punta de los pies.

Cogió éste con avidez la maleta, y le dijo luego á Simón:

—Pregúntale al posadero si ha preparado mi cuarto.

—Ya está, mi amo,—contestó Simón.

—¿Sabes dónde?

—Lo sé.

—Pues coge esa bujía y guíame. Tengo necesidad de dormir, estoy horriblemente cansado.

Simón no se lo hizo repetir. Tomó la bujía y pasó delante de su amo.

El cuarto que se le había dispuesto hallábase en el primer piso, y sus ventanas daban al patio.

El maestro Berdín continuaba paseándose y fumando y seguía con la vista los movimientos de la luz que

Simón llevaba. Al fin se apagó aquella y el mendigo volvió á bajar al patio.

—Ya está acostado,—dijo.

—¿Dónde ha puesto la maleta?

—Debajo de su almohada.

—¿Te ha dado órdenes?

—Sí; que he de partir mañana al amanecer.

—No es cosa segura,—murmuró el posadero con maligna sonrisa.

—¿Tenéis mucha gente en la casa?—preguntó Simón.

—Un solo viajero y el Marsellés.

—¿Y ese viajero?

—¡Oh! es un ganadero que viene de la feria de Vezelay. Si el otro se resiste, no será él quien nos estorbe.

Sacudió Nicolás la ceniza de su pipa, metióse el gorro rojo de rigor, púsose la carmañola y abrió una puercecita que daba á un callejón y él y Simón salieron sin meter ruido.

La casa municipal estaba á dos pasos.

El Marsellés lo ha preparado todo,—dijo en voz baja el posadero, mientras entraba con paso rápido,—pero no sé si los ciudadanos se harán de rogar.

—¿De veras?

—¡Toma! es grave eso de buscar camorra al segundo personaje de la República.

—Pero si tienen á su lado al primero, al gran ciudadano Robespierre...—observó Simon.

—Es verdad, ¿pero estás bien seguro de que la maleta contiene el cofre?

—Sí.

—¿Y qué guarda el cofre?...

—El cofre contiene dinero de los aristócratas...

—¿Pero quién probará que este dinero les pertenece?

—En primer lugar,—dijo sosegadamente Simón,—yo atestiguaré que ese cofre ha sido desenterrado de las cuevas del castillo.

—Corriente.

—Y luego, no admite duda que los señores de Azay no lo enterraron sin dejar una nota, un papel cualquiera...

—¡Ah! si es así, la cosa andará sola.

Mientras decía esto, Nicolás Berdín llamaba á la puerta que daba acceso al patio de la casa municipal. Abrióse ésta, y un guardia nacional de centinela en el interior, cruzó la bayoneta preguntando:

—¿Quién va?

—El ciudadano Nicolás Berdín, propietario de la posada de los *Tres Magos*.

—¿Qué quieres?

—Hablar con el ciudadano alcalde.

—Se ha ido á acostar.

—¿Y sus adjuntos?

—Hay el ciudadano Santereau.

—¿Y dónde está?

—En la sala baja, calentándose junto á la chimenea.

—Voy á hablarle.

—¿De qué se trata?

—De la salvación de la República,—contestó Nicolás Berdín siguiendo adelante.

El rumor de la conversación había hecho asomar á un hombre á la puerta de aquella sala baja designada por el centinela.

Era el ciudadano Santereau.

A pesar de su modesto título de secretario de la alcaldía, el ciudadano Santereau, ex intendente de los

barones de Sainte-Pallays, era uno de los hombres más importantes de la revolución en Auxerre.

Más republicano que la República misma, más entusiasta que los patriotas más entusiastas, solía acusar de tibieza á Dantón, á Fouquier-Thinvilla y á todos los demás.

Únicamente dos hombres se habían conquistado su admiración: Saint-Just y Robespierre.

El ciudadano Santereau tenía mucha influencia en Auxerre, y hasta el mismo alcalde, un excelente hombre á quien el miedo hacía celoso, sufría su terrible ascendente.

—¡Hola!—dijo viendo á Berdín,—te estaba esperando, ciudadano, ¿qué hay?

—Novedades.

—¿Está en tu casa el hombre?

—Acaba de acostarse.

—¿Estás seguro de que es el que nos ha dicho el Marsellés?

—Seguro.

—Voy á buscar mi escarapela,—dijo Santereau:—cuando no están ni el alcalde ni los adjuntos, ejerzo de adjunto yo... ¡Ehl ciudadano Faniot.

Al pronunciar esta última frase, abrióse la puerta del cuerpo de guardia instalado en un ángulo de un patio, y apareció un ciudadano con uniforme de oficial de la guardia cívica.

Era un mocetón de ojos grises, cabello amarillo, nariz encorvada y labios delgados por entre los cuales se deslizaba una sonrisa cautelosa y falsa.

—¿Qué deseas, ciudadano?—preguntó.

—Hablarle, capitán.

El ciudadano Faniot, se adelantó con paso fanfarrón, con su tricornio atravesado y la mano arrogantemente apoyada en el puño de su espada.

—¿Qué tienes que decirme?—preguntó con tono desdefñoso.

El ciudadano Santereau se encogió de hombros, sin enfadarse, y se contentó con empujar al capitán dentro de la sala baja, y cuando estuvieron ya todos dentro, cerró la puerta y le dijo:

—Oye, ciudadano capitán, ¿no eres tú quien decías el otro día que la República, sólo á medias reconoce tu mérito?

—La verdad es,—contestó irguiéndose el capitán,—que no estoy en mi sitio.

—¿Qué quieres ser?

—Coronel de la guardia cívica del departamento.

—Pues no es difícil.

El ciudadano Taniot dió un paso atrás.

—Tal como suena—prosiguió Santereau:—mas para eso es preciso dar muestras de valor y pruebas que la República puede contar contigo.

—¿Hay que prender aristócratas?

—Algo mejor que eso: hay que prender á un representante del pueblo que hace traición á la República.

—¡Diablos!—exclamó Taniot á quien la proposición emocionó algo.

—Hay que prenderle por orden del ciudadano Robespierre.

—¿Y esta orden?

—Ahí está—contestó Santereau sacando de su bolsillo un papel en el cual el procónsul había escrito estas palabras:

«Se invita á los municipios y á los guardias cívicos á que presten sus auxilios al ciudadano Oliverio Brun, llamado el *Marsellés*.

»ROBESPIERRE.»

—Bueno,— dijo el prudente capitán—pero, ¿qué relación hay entre tú y el ciudadano Oliverio Brun?

—El ciudadano Brun aguarda en la posada de los *Tres Magos*.

—¿Y estás seguro de que ese representante...?

—Mira,—dijo Santereau con tono impaciente,—si no quieres ser coronel, cosa tuya es: voy á tomar un sargento y cuatro hombres.

—No, ya voy.

—Entonces manda un pelotón de ocho hombres, y oye lo que va á decirte ese muchacho.

Santereau designaba á Simón.

—Habla,—dijo Faniot á este último.

El ciudadano representante, cuyo oficioso soy,—dijo Simón,—viaja con el nombre de Constante Déverieux, comerciante en maderas. Es portador de un cofrecito que contiene una suma de setenta y cuatro mil libras, pertenecientes á los antiguos señores de Azay.

—¿Y ese cofre...?

—Lo tiene debajo de su almohada.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Nos lo dirá el Marsellés cuando le hayan conducido á la cárcel y haya quedado convicto de traición á la República y de inteligencia con los aristócratas:—contestó el ciudadano Santereau.

El capitán Faniot fué á buscar á sus ocho hombres.

—Adelante—dijo Santereau.

Y luego, inclinándose al oído de Nicolás Berdín, le preguntó:

—¿Crees que lo conseguirá?

—No sé,—contestó el posadero.—Es un mozo de fuerza.

—Pero, ¿dirá su verdadero nombre?

—No lo creo, porque si cogemos el cofre, decir su verdadero nombre es perderse.

—Ciudadanos,—dijo Simón Lanternet,—podéis tener la seguridad de que opondrá resistencia: tiene dos pistolas debajo de su almohada.

—¡Diablo!—murmuró algo desconcertado el capitán;—ya pondré delante de mí tres hombres.

—Pero tranquilizaos,—agregó Simón,—he quitado las balas, y la pólvora sola no mata.

—Ese chico tiene talento,—murmuró el honrado Nicolás Berdín.

—Vamos,—repitió Santereau, que había colocado en su abdomen una preciosa banda roja.

Y la patrulla, saliendo del municipio, se encaminó á la posada de los *Tres Magos*. Simón cerraba la marcha, con aquella modestia que tan bien le sienta á la virtud.

V

UNA JUGADA EN FALSO

Nicolás Berdín se había adelantado tomando por la callejuela y penetrando en la posada por la puerta falsa.

Subió á toda prisa y de puntillas al cuarto ocupado por Oliverio Brun, que había llegado de Auxerre el día antes, encargado de una misión misteriosa del Comité de salud pública.

El Marsellés no tenía luz, pero no dormía y estaba acostado vestido.

—Ya estamos,—dijo Berdín entrando en su cuarto:—ya vienen los guardias.

—¿Cuántos hay?

—Ocho.

—Hay bastantes, pero no sobran, porque se defenderá: es violento y fuerte, y además conoce la partida que se le juega.

—Parece que Simón ha quitado las dos balas de sus pistolas.

—Bueno, romperá dos ó tres cabezas con el mango.

—¡Diablos!—murmuró Berdín;—va á meter mucho ruido.

—Es la historia de la tortilla: para hacerla hay absoluta necesidad de romper los huevos.

—Pero, ¿no váis á venir vos con nosotros?—observó Nicolás.

—No.

—Id, pues.

—¡Qué!—dijo el Marsellés,—¿has olvidado ya tu lección?

—No.

—Cuando se haya encontrado el cofre, cuando se haya reconocido bien que este hombre es un agente de los aristócratas, tú dirás: «Cabalmente aquí en la posada hay un scñor de París que tal vez conozca á ese ciudadano.» Y entonces me vienes á buscar.

El Marsellés despidió á Nicolás Berdín con un movimiento autoritario.

Este, al irse, pasó por delante del cuarto ocupado por el viajero, que tenía apagada la luz y probablemente dormía.

La patrulla llamó á la puerta con la culata de los mosquetes.

Berdín abrió una ventana que daba á la calle y, según estaba convenido, preguntó:

—¿Qué queréis?

—Ciudadano,—contestó el capitán,—abre en nombre de la ley.

—En nombre de la República una é indivisible,

—añadió el ciudadano Santereau, — te mando que abras.

Esto bastó para despertar á toda la casa.

—Id á abrir,—gritó Berdín.

En el cuarto del extranjero siguió reinando el silencio.

Abriéronse las puertas y la patrulla entró.

—Ciudadano,—dijo en voz alta el secretario de la alcaldía,—¿tenéis viajeros?

—Sólo uno,—contestó Berdín.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿De dónde viene?

—De Caulanges.

—¿Sólo?

—Con su oficioso.

—¿A pie?

—No, á caballo.

—¿Dónde duerme?

—Ocupa el cuarto número 4.

—Vamos allá,—dijo el secretario de la alcaldía.

Todas esas palabras cambiadas en alta voz y en medio del patio, tenían por principal objeto despertar al viajero y poner á cubierto la responsabilidad de Nicolás Berdín, que no quería pasar por traidor. Pero el viajero no se movió ni se asomó á la ventana, ni encendió su bujía.

Los guardias precedidos de su capitán y de Berdín que llevaba una luz, subieron á la escalera del número 4.

—¿Quién va?—preguntó la voz del viajero súbitamente despertado.

—Abrid en nombre de la ley,—contestó el capitán.

Transcurrieron diez segundos, durante los cuales

el viajero encendió su vela: luego, abrió la puerta sin dejar la cama y se limitó á sentarse en ella.

Berdín fué el primero en entrar, y dijo:

—Dispensad, ciudadano, pero el municipio de Auxeire es muy quisquilloso, y esos señores vienen cada noche á pedir los pasaportes.

—Ya,—contestó tranquilamente el viajero.

Luego fijó su mirada de águila en los guardias, y éstos se estremecieron, y hasta el mismo Faniot, á pesar de su deseo de ascender á coronel, dió un paso atrás.

El único que no se desconcertó fué el secretario de la alcaldía. Entró en el cuarto, miró al viajero, y le dijo con sequedad:

—Vestíos.

—¿Para qué?—preguntó con altivez el viajero.

—Para seguirme. Estás acusado de complicidad con los aristócratas.

Sonrióse tranquilamente el viajero, saltó fuera de la cama y se metió los calzones.

Instantáneamente Sautereau se lanzó sobre la almohada, la levantó y cogió la maleta que el viajero había colocado allí.

—¿Qué hacéis?—reclamó con altivez el viajero.

Pero Santereau, en vez de contestar, desató la maleta.

Al mismo tiempo, Faniot hizo una seña, y los dos guardias se apoderaron del viajero.

La maleta contenía una capa y una bolsa.

La bolsa encerraba unos treinta luses y un papel doblado: en cuanto al cofre, había desaparecido.

Santereau y Berdín cambiaron una mirada de contrariedad, y el primero perdió algo de su aplomo.

—Vaya, ciudadanos,—dijo con aire tranquilo y ri-

sueño el viajero,—cuando se viene á despertar á las gentes, se les dice el porqué. ¿Qué queréis de mí?

—Queremos prenderos,—contestó el capitán encantado de ver que no se le ponía resistencia alguna.

—¡Prenderme! ¿y por qué?

—Porque conspiráis.

—Contra quién?

—Contra la República.

—¡Ah! ¿estáis seguros de eso?

—Completamente seguro, — contestó animándose Santareau.

—Vengan las pruebas.

—Vos viajáis con el supuesto nombre Déverieuse, y venís de Azay.

—De modo que,—replicó el viajero sin perder su tranquilidad,—venir de Azay y viajar con el nombre de Deverieuse, es hacer traición á la República?

—Sí, sí,—exclamó Faniot.

—Dispensad, ciudadano—dijo el viajero, cambiando subitamente de actitud y desembarazándose con un solo movimiento de hombros de los dos guardias que le sujetaban.

Al mismo tiempo centelleó su mirada, y apoyando su ancha mano en el hombro de Santereau, que se había puesto á temblar, díjole con voz potente y sonora:

—Te equivocas, ciudadano, cuando me das el nombre de Deverieuse: ¡tu me tomas por otro; porque yo me llamo Nicolás Dantón!

Este nombre vibró como el trueno, y el ciudadano Faniot, aterrado, lanzó un grito y cayó de rodillas.

Santereau se puso lívido, y Nicolás Berdín, el digno posadero, juzgó prudente escurrirse.

Dantón se había erguido, y parecía dominar con su altiva mirada á todos aquellos hombres trémulos y desatinados.

—Ciudadano capitán,—dijo—yo, Dantón, representante del pueblo y miembro del Comité de Salud Pública te mando que me obedezcas.

El capitán se puso de pie y tomó la actitud pasiva del soldado que espera órdenes.

Dantón le señaló al ciudadano Santereau, añadiendo:

—Prendedme á ese hombre.

El capitán tuvo un momento de vacilación.

—Ciudadano,—repuso Dantón—si no te pones á mis órdenes, te prometo á fe de representante del pueblo, que serás destituido de tus funciones de capitán de la guardia cívica.

El ciudadano Faniot estaba apegado á su grado. No habían tenido á bien ponerle del todo al corriente de la situación, y había creído tener que habérselas con un representante vulgar. El nombre de Dantón le había deslumbrado; la amenaza de destitución acabó de convencerle.

—Ciudadanos,—dijo volviéndose á los guardias,—si amáis la República y tenéis cariño á vuestras cabezas, os conjuro á cumplir mis órdenes.

Los guardias callaron: su silencio era una adhesión á las palabras del capitán.

—¡Prendedme á ese hombre!—gritó este señalando á Santereau.

El secretario de la alcaldía balbuceó algunas palabras y quiso resistir; pero dos municipales le cogieron por el brazo y le mantuvieron á raya.

En aquel momento apareció un nuevo personaje: era el Marsellés.

Oliverio Brun, oculto en su cuarto, sólo había oído ruidos confusos; por los gritos de Dantón, había creído comprender que éste se defendía, no que daba órdenes.

—Voy á acabar el conflicto,—dijo encaminándose allá.

Dantón le vió, le reconoció y le pulverizó con una mirada. Luego, avanzando hacia él, le cogió por el cuello, le sacudió con su poderosa mano, y le dijo:

—¡Miserable! de nadie necesito para mantenerte á raya. Yo mismo voy á llevarte á la cárcel.

Y el Marsellés tuvo miedo, porque comprendió que había perdido la partida.

Explicemos ahora como había resultado vencedor, súbitamente el hombre que parecía deber sucumbir.

El ciudadano Nicolás Dantón, miembro del Comité de Salud pública, una de las mejores cabezas de la República, y el hombre á quien el ciudadano Robespierre detestaba, estaba perdido y condenado á morir como traidor á la República, en cuanto quedase convicto de haber desenterrado de las grutas del castillo de Azay un cofre conteniendo una importante suma, destinada á ayudar á los antiguos señores de Azay en la emigración.

Pero el ciudadano Nicolás Dantón, detenido en Auxerre sin motivo plausible y no siendo portador del cofre, tenía el derecho de quejarse de un abuso de autoridad.

Entonces el procónsul cuya voz hacía temblar los ecos de la Convención, el gran orador, el hombre de Estado, se despertaba y oponía una frente serena á la tormenta que le amenazaba.

¿Qué había sido pues de aquel cofre acusador?

Es lo que vamos á indicar en pocas palabras.

Dantón, rendido de fatiga, acababa de acostarse y empezaban á cerrársele las pupilas, cuando percibió en su puerta un ligero ruido.

—¿Quién es?—gritó saltando de la cama.—¿Eres tú, Simón?

—Silencio,—dijo una voz detrás de la puerta,—en nombre de Armanda; abrid.

Dantón se sintió vacilar: el nombre de Armanda le desconcertaba.

Y aquella voz no la oía por primera vez.

Abrió y una forma negra se deslizó junto á él en medio de las tinieblas y empujó la puerta.

—¿Quién sois?—preguntó el procónsul.

—Antifaz rojo,—contestó la voz.

—¿Qué queréis?

—Salvaros.

—¿A mí? ¿qué queréis decir?

—Que dentro de un cuarto de hora vendrán á prenderos.

—¿A mí?

—A vos.

—¡No faltaba más!—exclamó indignado Dantón.

—¿Tenéis el cofre?—repuso la voz.

—Sí.

—Pues os han vendido, y los municipales de Auxerre van á venir á prenderos.

—Me daré á conocer.

—Esto os perderá, si os encuentran portador del cofre.

—¿Por qué?

—Porque además de las setenta y cuatro mil libras, contiene papeles comprometedores.

Dantón se estremeció.

—¿Dónde está el cofre?—repuso la voz.

—Ahí, en mi maleta.

—¡Dádmelo!

—¿Quién sois vos?—preguntó indeciso el procónsul.

—Antifaz rojo,—contestó la voz.

—¿Y quién me responde de él?

—¿No os basta el timbre de mi voz?

—No, quiero un nombre.

La forma negra se inclinó al oído del procónsul.

—Me llamo,—dijo,—el caballero de Rochemause.

Dantón no vaciló ya, deshizo á tientas su maleta, sacó de ella el cofre y lo entregó á la sombra negra.

—Adiós,—dijo ésta,—el cofre llegará á su destino, y en cuanto á vos, nada temáis, y daos osadamente á conocer á los que vengan á prenderos.

Volvió á acostarse el procónsul, y aguardó tranquilo la llegada de los guardias cívicos.

VI

TENTATIVA DE FUGA

Daban las ocho de la mañana en un reloj de alabastro colocado encima de la chimenea de una habitación de la calle de Saint-Honoré, entre dos jarros de porcelana llenos de flores artificiales. Un hombre dejaba su lecho medio oculto por cortinas de indiana, poníase los lentes, y retiraba del fuego una cafetera cuyo contenido estaba destinado á su barba cotidiana.

Ese personaje, en calzoncillos y bata multicolor, tenía algo de melancólico y de patibulario en la fisonomía, que parecía anunciar grandes y misteriosas penas.

Mas, á pesar de aquellas preocupaciones secretas, había conservado cierta majestad en el porte y algo de mesurado y solemne en el andar.

De vez en cuando, empero, aquel hombre que parecía convencido de su propio valor, dejaba adivinar á

veces una febril inquietud, y en dos ocasiones distintas suspiró profundamente mientras estaba afeitándose lo que hizo que se cortara ambas veces.

A la segunda vez, dejó la navaja encima de la chimenea y, con la mitad de la cara cubierta de jabón, aplicóse á la otra mitad dos retazos de tafetán engomado.

—¡Truenos y rayos!— exclamó.—¿Qué diablos se ha hecho de mi valor? Desde que esos hombres enmascarados me han tenido en su poder y me han hecho prestar un terrible juramento, amenazándome con denunciar los misterios de la noche del 27 de Enero, noche verdaderamente aterradora, es desde que tengo semejantes distracciones. Sólo duermo ya á medias, como sin apetito y cuando subo á la tribuna se me traba la lengua. ¿Qué dirían los electores del departamento del Var, si supiesen que su elocuente diputado, el animoso ciudadano, el valeroso Isnard...

Al pronunciar esta última palabra, había vuelto á cojer su navaja; pero ésta le cayó súbitamente de la mano. Al propio tiempo, su rostro palideció, y todo su cuerpo fué presa de un temblor nervioso.

Acababa de oír dar tres golpes en su puerta; tres golpes imperiosos.

Isnard tuvo tentaciones de volver á meterse en la cama; pero volvieron á llamar, y entonces preguntó con voz trémula:

—¿Quién es?

Al mismo tiempo acudía á sus labios el nombre de los Antifaces rojos.

—¡Durbo!—contestaron desde fuera.

Esta palabra era el imperativo del verbo provenzal que significa *abrir*.

La lengua materna tranquilizó algo al ciudadano Isnard. Supuso que sería algún compatriota inofensivo

algún provenzal simplón que iba á pretender algún destino y fué á abrir; pero al instante ahogó un grito de terror, y retrocedió precipitadamente hasta la chimenea.

Hubiérase dicho que se le aparecía la cabeza de Medusa.

Y sin embargo no era un antifaz rojo; era algo tan terrible, más terrible acaso... Era un hombre con carmañola y gorro rojo, cuyo aspecto tenía el privilegio de aterrar de una manera especial al gran orador; era el Marsellés.

—¿Tú?—exclamó Isnard con aire abatido.

—Yo,—contestó el Marsellés cerrando bruscamente la puerta;—yo que necesito de tí.

Apercibióse entonces Isnard de que su cómplice de la noche del 27 de Enero estaba tan trémulo y pálido como él. Y como el miedo de los demás á algunos les da valor, Isnard recobró su serenidad y su despejo, y le dijo:

—¿Y eso, bellaco? ¡Vaya una hora de venir á molestar á un representante del pueblo!

—Menos cháchara—dijo encogiéndose de hombros el Marsellés:—no tengo tiempo que perder. He venido, por de pronto, para privarte de que te cortes la mejilla, y luego, para que tú impidas que á mí me corten el cuello.

El ciudadano Isnard se estremeció.

—¡Oh!—prosiguió friamente el Marsellés—no te alegres en demasía, porque si no me salvas, me quedará tiempo para decirlo todo, antes de subir al patíbulo. Puedo ser detenido de un momento á otro. Si llego á serlo, mi asunto es claro como el agua, me guillotinan mañana.

—¡Cómo! ¿á tí, el angel malo de Robespierre, el jefe de la policía?

—A mí.

—¿Pero qué has hecho, desdichado?

—Una cosa muy sencilla. He jugado, por cuenta de Robespierre una partida en la cual iba apostada la cabeza de Dantón.

—¿Y has perdido?

—Justo.

—¿De modo que Dantón?...

—Dantón me ha hecho encerrar en la cárcel de Auxerre.

—¿Y has podido escapar?

—He aserrado un barroto con el resorte de mi reloj, y me he arreglado una escalera con mi sábana hecha tiras; pero un día ú otro me volverán á coger.

—Pero ¿y Robespierre?

—Robespierre me hará guillotinar, por la sencilla razón de que ya van dos veces que me fastidio: y además porque poseo el secreto de su odio hacia Dantón.

—Lo cual—murmuró Isnard—es bastante lógico.

Y sentándose ante su enemigo aterrado, recobró su osadía y adoptó un aire protector.

—Y bien, hijo mío, —díjole—¿qué puedo hacer por tí? ¿Quieres que vaya á ver á Robespierre?

—No tal.

—¿Quieres que vea á Dantón? En el fondo es generoso y sabe perdonar.

—Sí,—contestó el Marsellés,—pero haría mal en perdonarme, porque yo no le perdono el haberme humillado como á un simple principiante de agente de policía.

—¿Pues qué quieres que haga?

—Una cosa muy sencilla.

—Dí.

—Tú tienes un amigo que vive en Mantgereu, el ciudadano Pascual Tabais,

—Sí.

—Pues vas á hacer una maletita, envias á buscar un coche, me haces traer un traje de haragán, como los que llevan los criados, y á acompañarme á Mantgereu. Durante el camino seré tu oficioso.

—¿Y te quedarás en Mangereu?

—No, allí pedirás un pasaporte para el ciudadano Antonio Joloy, tu criado, que tiene que ir á Grasse para asuntos tuyos personales.

—Empiezo á comprender.

—Durante el camino no habrá quien se atreva á detener á un representante del pueblo tan inofensivo como tú.

—¡Bribón!—exclamó Isnard frunciendo el ceño:—necesitas de mí y...

—Y me chancoo ¿eh? ¡Bah! ya sabes que la noche del 27 de Enero me lo permite.

—¡Calla!—exclamó con angustia el ciudadano Isnard.

—Y bien ¿quedamos entendidos?

—Sí, mando á buscar un coche y partiremos.

—Corriente,—dijo el Marsellés.

Y murmuró entre dientes.

—Por deprisa que haya andado, Dantón no debe haber llegado á París hasta anoche. Positivamente Robespierre nada sabe aún. Tengo tiempo de largarme.

—Pero, una vez en Grasse,—observó el ciudadano Isnard,—¿qué harás?

—Pasaré la frontera, é iré á alistarme en el ejército austriaco.

—¡Miserable!—exclamó Isnard:—¿te atreverías á hacer traición á la República y á luchar contra ella?

—¡Qué tonto eres!—dijo riéndose el Marsellés,—¿Acaso tengo yo opiniones?

Y como el ciudadano Isnard hiciese un gesto de desagrado, añadió.

—Vamos, cómplice mío, vístete y démonos prisa.

Tanta prisa tenía el diputado del Var en desembarazarse del Marsellés, como la tenía éste en salir de París.

Acabó pues de afeitarse como pudo, vistióse y se hizo el tocado, y luego abrió el cajón de una cómoda donde había trajes de viaje de paño más basto y que en rigor podía llevar un criado.

—Ponte eso,—le dijo al Marsellés.

Vistióse éste, y se metamorfoseó en pocos minutos con la habilidad propia de un agente de policía.

Después para acabar de desfigurarse, cogió la navaja y se quitó aquella magnífica barba negra á través de la cual cuando sonreía, dejaba ver sus dientes agudos y blancos como los de los carnívoros.

—Ahora,—dijo,—vámonos; ni mis agentes me reconocerán.

Isnard llamó, pidió un coche al mozo de la casa, y descendió majestuosamente la estrecha escalera, seguido del Marsellés que le llevaba la maleta.

—¿Sale á viaje el ciudadano?—preguntó con inquietud el posadero.

—No,—contestó Isnard,—voy á pasar simplemente el día en el campo.

El coche estaba en la puerta: el diputado del Var y su oficioso subieron en él.

—¿A dónde vamos, ciudadano?—preguntó el cochero.

—Ahora á la barrera de Charenton.

—¿Y después?

—A Montgereau.

Partió el coche, y llegó á la calle Saint-Antoine.

En apariencia Isnard estaba sombrío; pero en el

fondo de su corazón se alegraba de poder desembarazarse al fin del hombre que tantas horas de sueño le había quitado.

¡Ah! ¡si hubiese podido librarse igualmente de todos los antifaces rojos!

El Marsellés, recostado en un rincón del coche, no se movía ni hablaba; pero se estremecía cada vez que veía arrimado á las paredes á un hombre de aire sospechoso con un resenque á guisa de bastón, y á quien reconocía como á polizonte.

Cuando se aproximaba á la barrera, rompió brusca-mente el silencio diciendo:

—A propósito; espero que no me dejaréis partir sin recursos.

—¿Cómo se entiende?

—Tengo quince escudos en mi bolsillo, y no poseo otra cosa.

—Bueno,—contestó el ciudadano Isnard,—le pediré una treintena de luses á mi amigo Pascual.

Llegaron á la barrera de Charenton.

Cuando el pueblo había tomado la Bastilla, se apoderó de las casillas de los guardas y rompió las barreras.

Durante seis meses se pudo entrar y salir libremente sin que se pagasen derechos. Pero, cuando el municipio hubo establecido algo el orden, se dió prisa á restablecer puertas y barreras, poniendo además en cada una un puesto de municipales.

Estos dejaban entrar fácilmente; pero eran más difíciles para la salida, registrando á todos los ciudadanos que salían hasta haber dado pruebas de su civismo.

—¡Vaya! Déjate ver,—murmuró el Marsellés cuando los municipales se aproximaron á la barrera,—y acuérdate que eres el animoso Isnard.

Este se dió ampulosamente á conocer por su nombre y por su cargo de representante del pueblo, y al

inclinarse éstos, añadió, saludándoles con aire protector:

—Y ahora ciudadanos, hasta la vista.

Pero los municipales no se movieron del sitio.

—Perdonad,—dijo uno de ellos,—todo el mundo conoce al ciudadano Isnard, pero el que os acompaña ¿quién es?

—Es mi oficioso.

—Ya,—repuso el municipal, sin dejar la portezuela.

—Es que tenemos orden de prender un tal Oliverio Brun, llamado el Marsellés.

El Marsellés palideció.

—No le conozco,—balbuceó Isnard con aire inseguro.

—¡Eh, *Dormilón!*—gritó el municipal,—ven á ver...

De la casilla salió un agente de policía y lanzó una ojeadá al interior del coche.

—¡Ah, mi amo!—dijo,—os habéis desfigurado bien, pero no estáis de suerte, porque yo soy el único capaz de reconocerlos.

El Marsellés saltó bruscamente fuera del coche, derribó de un puñetazo á uno de los guardias y quiso huir: mas el *Dormilón* con la agilidad de un gato, pegó un bote, le cogió por el pescuezo, y le dijo:

—Lo siento por vos, maestro, porque erais un buen jefe; pero hay que obedecer al ciudadano Robespierre... y me parece que ya habéis hecho vuestro negocio.

El Marsellés se puso lívido.

—Habéis hecho bien en quitaros la barba,—agregó con siniestra sonrisa el *Dormilón*;—así nada tendrá que hacer el verdugo cuando llegue la hora del tocado.

Y mientras se llevaban al Marsellés, el ciudadano Isnard, trémulo y pálido, se preguntaba con terror si no acababa de comprometer su propia cabeza al pre-

tender salvar la de un hombre que había perdido la amistad con Robespierre.

VII

OTRA GOTA DE HIEL

Retrocedamos algunas horas: acababa de dar la media noche, y las calles de París empezaban á quedar desiertas.

Un hombrecillo que andaba con paso rápido, salió del café Foy, cruzó el jardín del Palacio Nacional y se dirigió hacia la calle Saint-Honoré. Una vez allí, acortó el paso: de vez en cuando golpeaba el suelo con su bastón, con cierta gozosa impaciencia, y una risita seca se percibía en sus delgados labios.

Así llegó al número 866: era una casa de miserable apariencia, con seis pisos y puerta mezquina también.

El forastero recién llegado á París, al ver á aquel hombrecillo flaco y completamente vestido de negro y empolvado como un ex noble, llamar á aquella puerta, jamás habría adivinado que dicha casa tuviera el honor de albergar al primer personaje de la República, ó sea al ciudadano Maximiliano de Robespierre.

Así era, en efecto, y él era quien entraba después de haber jugado su partida de dominó con Julián de París, su secretario, y con el fogoso tribuno Camilo Desmoullins.

Al primer aldabonazo, se abrió la puerta.

—Soy yo, señora Bertrand,—dijo el procónsul.

El ciudadano Robespierre era un hombre muy cortés, y, entre sus íntimos empleaba los antiguos dictados de *señor* y *señora*, á pesar de haber sido abolidos por un decreto de la Convención.

Apenas hubo vibrado en el estrecho corredor su desagradable voz, vióse luz en el cuarto del portero: encendióse á toda prisa una vela, y una mujer de edad madura abrió la puerta, llevando un candelero de cobre en una mano, y una llave en la otra.

—¡Ah!—dijo la mujer,—perdonad, ciudadano: me había dormido...

—Ningún mal hay en eso,—contestó el gran ciudadano tomando su llave y su candelero,—Volveos á la cama, señora Bertrand; las noches están frescas... ¡des cansar!

Y subió sus tres pisos tarareando un aire de ópera.

Cuando estuvo en su casa, se encerró en su dormitorio; pero en vez de acostarse, se sentó delante de una gran mesa llena de papeles, encima de la cual distinguió una carta cerrada aún.

Soltó un ligero grito de alegría y rompió aquel sobre con una especie de febril agitación.

La carta estaba firmada con una M, lo cual quería decir el *Marsellés*, estaba fechada en Auxerre y decía:

«Ciudadano:

»Desde *su* partida de París, no le he perdido de vista ni un sólo día. He bajado siempre en las posadas de donde *él* acababa de salir. Conmigo venía un muchacho muy inteligente, llamado Simón.

»Creí prudente detenerme en Coulanges, desde donde he regresado á Auxerre, mientras *él* continuaba su camino hasta Azay; pero Simón le ha seguido.

»En el momento en que os escribo, *él* está de vuelta y Simón es *su* oficioso.

El cofre está en *su* maleta, que tiene atada á *su* silla. Aguardo á que la haya subido á *su* cuarto, para dar al posadero, que me es completamente adicto, orden de avisar al municipio; pero desde ahora, ciudadano, puedo aseguraos que dormiré en la cárcel,

»El correo sale á las diez de la noche: escribo estas líneas de corrido. Mañana enviaré un hombre á caballo que os traerá á escape el resultado de lo que haya pasado por la noche.—M »

—¡Al fin! —murmuró Robespierre, cuyo anguloso rostro tomó una expresión de falsa bondad;—al fin creo que está ganada la partida.

Y cayó en una meditación que duró cerca de un cuarto de hora.

—Sí, eso es, —murmuró:—encargaré á Desmoulin que tome la palabra en la Asamblea. Empezará por hablar vagamente de traición, anunciará que un representante del pueblo, un hombre investido de la confianza pública mantiene relaciones culpables con los aristócratas, y consultará á la Asamblea para saber si este representante puede ser llevado al banquillo del tribunal revolucionario. La Asamblea contestará afirmativamente, y entonces nos tocará, á Farquier y á mí, arreglar el asunto.

Una siniestra sonrisa pasó por los labios de Robespierre.

—¡Ah!—murmuró—tú me has humillado, me has casi pisoteado, te has burlado de mi cabeza empolvada y de mis medias de seda... Pues bien, pronto no tendrá necesidad de polvos tu cabeza ni necesitarás medias de seda ni de lana.

Mientras hablaba así á media voz, dando golpecitos con su tabaquera encima de la mesa, oyó llamar con bastante rudeza en la puerta de la calle.

—¡Cómo!—exclamó con impaciencia—¿no han vuelto todavía á casa todos los inquilinos? Será menester que mande despedir á los que se permiten semejantes desarreglos nocturnos; quiero vivir en una casa de orden.

Pero su sorpresa creció de punto cuando oyó vibrar la campanilla de su puerta: no era un inquilino era un visitante.

El grande hombre no tenía criado. La portera le arreglaba la casa. Veíase, pues, obligado á ir él mismo á abrir cuando llamaban á su puerta.

Cogió el candelero y pasó á la primera pieza en el momento en que sonaba un segundo campanillazo.

—¡Oh! ¡oh!—dijo—parece que llevan prisa; tal vez sea la estafeta del Marsellés.

Y abrió.

Inmediatamente penetró en la cámara con la impetuosidad del huracán, un hombre con botas de viaje, cubierto con una capa llena de polvo.

—¡Dantón!—murmuró Robespierre medio aterrado.

En efecto, era el ciudadano representante Nicolás Dantón, á quien su colega Robespierre creía prisionero en Auxerre.

—¡Vos!—exclamó éste con una especie de estupor.

—Yo,—contestó Dantón entrando el primero en el dormitorio de Robespierre:—dispensadme, pero llevo de viaje.

—¿A esta hora?—balbuceó Robespierre.

—Sí, querido colega.

--Y... ¿de dónde venís?

—De Borgoña donde tengo una anciana tía.

—Ya.

—Y figuraos que en Auxerre á poco me prenden.

—¿De veras?—murmuró palideciendo Robespierre.

—Tenemos unos magníficos espías de policía, mi querido colega,—repuso el tribuno con aire burlón;—hacen concienzudamente su papel.

—¿Pero?

—Dispensadme, luego os lo explicaré todo... Tenéis la casa muy caliente... necesito aire.

Dantón fué á abrir una ventana y se asomó á ella; la calle de Saint-Honoré estaba desierta.

—¿Sabéis, mi querido colega, —dijo volviéndose hacia Robespierre que seguía pálido y mudo,—que hacéis mal en vivir aquí. De noche este barrio es desierto, y os asesinarían en vuestra casa sin que nadie se apercibiera.

Robespierre se estremeció pero guardó silencio.

Dantón cerró la ventana, volvióse, acercóse á Robespierre y le puso una mano en el hombro.

—Miradme bien á la cara;—le dijo.

—¡Cómo! ¿Estáis loco?—exclamó Robespierre.

—No, miradme.—¿Y qué?

—¿Y qué?—repitió Dantón en voz sorda, comprimida, terrible:—estoy solo en vuestra casa, Robespierre, es más de media noche y todo el mundo duerme. Yo estoy dotado de una fuerza hercúlea y vos sois delicado como un niño. Pues bien, me dan ganas de cogeros entre mis brazos y de ahogaros... ¡porque sois un reptil!

Y de los ojos del tribuno brotaron tales chispas, que Robespierre creyó llegada su última hora.

Ante Dantón irritado, Robespierre experimentó la extraña sensación que debe experimentar el tigre cuando se halla frente á frente con el león.

Lanzó un grito ronco, grito de cólera y de terror á un mismo tiempo; Dantón contestó á este grito con una estridente carcajada.

—Tranquilizaos, amigo mío,—dijo,—no soy un asesino.

Y sus dos manos con que le habían rodeado el cuello, se aflojaron.

Después fué á sentarse en el sillón donde al llegar se había dejado caer.

Robespierre respiró, y recobrando su sangre fría y esforzando una sonrisa, díjole á su terrible enemigo.

—Creo que acabáis de tener un ataque de calentura. Dantón se encogió de hombros.

—Veamos, mi querido colega,—prosiguió Robespierre con tono meloso,—hablemos claro. ¿De dónde venís y á qué debo el honor de vuestra visita tan intempestiva?

Dantón, pasado su acceso de ira había recobrado su calma habitual.

—El objeto de mi visita,—dijo,—es muy sencilla. Vengo á traeros la paz ó la guerra.—No os comprendo.

—La paz ó la guerra,—repitió Dantón;—escoged.

—Pero si yo no deseo otra cosa que vivir en buena inteligencia con vos.

—Con la condición de hacerme prender en Auxerre.

—¿Estáis loco?—dijo impasiblemente Robespierre.

Dantón fijó en aquel rostro descolorido su mirada llena de fuego.

—Veo que no me queréis comprender,—repuso.

—¿Yo?

—Vos.

Reinó un momento de silencio, durante el cual aquellos dos hombres se miraron y trataron de penetrarse mutuamente.

—Vos y yo,—prosiguió Dantón,—somos tal vez los dos hombres más adictos á la República, y los únicos que podemos servirle útilmente.

—Así lo creo,—contestó Robespierre.

—Por desgracia, vos sois envidioso, celoso, de espíritu aborrecedor y mezquino...

—Os equivocáis.

—¡Vaya!—exclamó Dantón con voz nuevamente sonora;—tiempo ha que te he adivinado, puritano de cabeza empolvada y de mirada sombría. Tú sueñas en la dictadura...

Robespierre se estremeció.

—Y yo te estorbo,—añadió Dantón.

—¿Cómo podéis estorbarme si jamás se me ocurrió, esta idea?

Dantón comprendió que Robespierre, encerrado en un sistema de negativa constante, no se vendería.

—Perteneces á la raza felina,—dijo levantándose bruscamente,—y es inútil tenderte la mano; yo podría aplastarte bajo mis pies, mas prefiero jugar con tu odio. ¡Adiós!... ¡nos volveremos á ver!

Y Dantón se dirigió hacia la puerta.

—¿Pero estáis loco?—exclamó Robespierre corriendo hacia él,—¡loco de atar!

—Ya sabéis que no es así,—contestó Dantón.—Veamos, por última vez; ¿queréis la paz?

—Pero si yo jamás he pedido la guerra.

—Pues bien, miradme á la cara.

Robespierre intentó mirar á Dantón; pero aquel hombre jamás había tenido la mirada franca, y desvió involuntariamente los ojos.

--¡Adiós! -murmuró Dantón.

Y salió.

Robespierre permaneció un instante como aterrado. Le oyó bajar la escalera con un paso pesado que la hacía temblar en cada peldaño, y luego tirar bruscamente del cordón.

Entonces Robespierre se asomó á la ventana y le siguió con la vista por la calle.

Dantón se alejaba con paso rápido, desapareciendo en el ángulo del Palacio Nacional.

Una ligera espuma había acudido á los labios de Robespierre. Secó los bordes de su boca, y luego, cerrando la ventana, se encaminó á su cama.

--Este hombre,—dijo con voz sorda,—ha dejado

perder la ocasión; podía matarme aquí, y me ha perdonado. Esta generosidad le costará la cabeza. . . .

Robespierre se levantó al amanecer. ¿Había dormido?

De la manera tranquila y minuciosa con que hizo su tocado de la mañana, hubiérase jurado que sí. Pero tenía alrededor de los ojos algo rojo, que revelaba la fiebre.

Cada mañana, á las seis y media, un hombre llegaba á su casa y daba tres golpes en la puerta: era su secretario.

Como que sólo eran las cinco y media, Robespierre se sentó frente á su mesa de trabajo. Despachó varias cartas refunfuñando de vez en cuando con aire amenazador, algunas frases ininteligibles.

Al fin llegó el secretario: era Julián de París, un guapo mocetón á quien hemos entrevistado ya.

--Amigo mío,--le dijo Robespierre,--esta mañana **no** trabajaremos.

--¡Ah!--dijo sorprendido el secretario.

--Necesito que vayais al municipio.

Robespierre tomó de encima su pupitre una de las cartas que acababa de recibir, y se la entregó á Julián. Esta carta llevaba esta dirección: *Al ciudadano Robert, llamado el Dormilón, subjefe de policía.*

--Necesito inmediatamente á este hombre,--dijo Robespierre.--Si no está en el ayuntamiento, hacédle buscar.

El joven secretario cogió la carta y salió.

Al cabo de una hora presentóse el *Dormilón*, algo afectado por el honor que Robespierre le dispensaba enviándole á buscar.

--Ciudadano,--le dijo,--vas á poner en campaña tu personal.

—¿A quién hay que prender?—preguntó el *Dormilón*.

—A tu jefe.

—¿Al Marsellés?—preguntó estremeciéndose el jefe de policía.

—Sí.

Robert, el *Dormilón*, no pudo disimular su perplejidad.

—¿Te repugna este trabajo?—preguntóle Robespierre.

—No, ciudadano; pero...

—¿Pero qué?

—Necesitaría un detalle. El Marsellés está ausente de París; salió hace cinco días, diciendo que iba á cumplir una misión del ciudadano Robespierre.

—Es cierto...

—Pues bien, desearía saber...

—¿El nombre de la provincia?

—Sí.

—Es inútil. Como que su misión está terminada, va á regresar á París si no ha llegado ya.

El *Dormilón* fijó en Robespierre esa mirada interrogadora y astuta de los polizontes, una mirada que significaba: «Me parece que la primer cosa que el Marsellés debería hacer sería venir á dar cuenta de su misión.

--El Marsellés volverá á París,-- agregó Robespierre, --y como no ha sabido ejecutar mis órdenes, se esconderá.

—Comprendido,--dijo el *Dormilón*.

—Me lo traes en cuanto le tengas,--añadió con singular acento Robespierre.

Dos horas después como se ha visto, el Marsellés era detenido en la barrera de Charentón, en el carruaje del ciudadano Isnard.

Una vez en poder del *Dormilón*, y de sus hombres, el Marsellés se vió perdido, y lo mismo creyó el *Dormilón*.

--¡Ah! mi jefe,--le dijo éste, haciéndole subir á un coche,--creo que habéis hecho por allá abajo una mala campaña.

El Marsellés cayó en una especie de postración.

--¿A dónde me llevas?--preguntó cuando se hubo puesto en marcha el carruaje.

--A la calle Saint-Honoré: el ciudadano Robespierre quiere verte.

El Marsellés se estremeció de pies á cabeza.

Tres cuartos de hora después, mas muerto que vivo, Oliverio Brun, conducido por su segundo, entraba en casa de Robespierre.

Tranquilo, frío, con una ligera sonrisa en los labios el hombre que no se atrevía á mirar á la cara á Dantón, dirigió sobre el Marsellés sus ojillos grises, y le estuvo mirando por un rato.

--Al fin has venido.

--Se escapaba,--dijo el *Dormilón*, que no vacilaba en hacer valer sus servicios de relieve.

--¡Ah! ¿se escapaba?

--Sí, ciudadano.

--¿Dejaba París?

--Con el ciudadano Isnard, representante del Var.

--¡Bravo!--dijo Robespierre cogiendo un lapiz y escribiendo al margen de una hoja el nombre de Isnard.

--Otra cabeza que vacila,-- pensó el *Dormilón*.

--Vete;--dijo Robespierre haciéndole una seña,--pero quédate abajo cón tres agentes.

Salió el *Dormilón*, y entonces Robespierre le dijo al Marsellés que estaba trémulo y pálido:

--Cuando un perro de caza es malo, opino que hay

que desembarazarse de él. Ya van dos veces que pierdes una partida que no se podía perder, y juzgo que hay que acabar inmediatamente contigo.

—¡Perdón,—balbuceó el Marsellés.

—No has tenido destreza, de consiguiente eres inútil. Además, posees mi secreto y no me gusta ver mis secretos andando. Ya ves pues que lo más conveniente sería enviarte mañana por la mañana á la plaza de la Revolución con la primera remesa.

El Marsellés cayó de rodillas.

—Levántate y escucha, —prosiguió Robespierre fijando de nuevo sus ojillos grises en el agente de policía,—en Francia, cuando un comerciante desacertado se arruina y hace quiebra, le ponen en la carcel, y cuando ha sufrido su pena, se le vuelve la espalda y nadie acude ya en su auxilio. En cambio en Inglaterra, el negociante que ha hecho quiebra, encuentra dinero, amigos y todos los elementos necesarios para volver á empezar.

Aquí Robespierre hizo una breve pausa.

El Marsellés comprendió vagamente y empezó á respirar.

—Ahora bien,—prosiguió el procónsul,—yo prefiero imitar á los ingleses. Te vuelvo á perdonar esta vez y te concedo seis meses...

Oliverio Brun se estremeció.

—Te doy seis meses para cambiar tu cabeza por la del hombre que por dos veces se nos ha escapado; pero tenlo presente, el verdugo espera una; ¡y la tendrá!

—Tenéis razón, ciudadano,—contestó el Marsellés recobrando su audacia.—Dos veces he sido derrotado, pero á la tercera ganaré la partida. Sólo que...

—¿Qué? repitió Robespierre.

—Voy á pedir os una cosa enorme.

—Habla.

—Es preciso que la señorita de Vérinières vuelva á Francia.

—¿Armanda?

—Sí, y que esté libre y no corra riesgo alguno.

—Concedido,—contestó Robespierre,—haré anular el fallo que la condena á muerte. Pero ¿por qué me pides eso?

—Ciudadano,—replicó el Marsellés,—vos podéis enviarme al patíbulo; pero si me perdonáis, es preciso que me deis plenos poderes.

El Marsellés hablaba con aplomo.

—El único medio infalible de coger á un hombre,—agregó,—es emplear á una mujer.

—Es verdad.

—Estando Armanda en París, Dantón está perdido.

—Volverá Armanda.

—No es eso todo.

—¿Qué más quieres?

—No es á Dantón á quien ella ama.

—¡Ya!

—Es al caballero de Rochemause.

—Está fugitivo.

—Tiene que volver.

—Y si vuelve, ¿qué?

—Que la cabeza del ciudadano Dantón dejará de estar segura sobre sus hombros.

—Está bien,—dijo Robespierre abriendo la ventana y haciendo una seña al *Dormilón* que aguardaba abajo con sus hombres.

Robert subió, y Robespierre le dijo:

—Vas á obedecer como antes al ciudadano Oliverio Brun, que sigue siendo tu jefe.

Retrocedió estupefacto el *Dormilón*. Saludó después profundamente y salió llevando en su pecho una gran decepción. El ciudadano Robert, llamado el *Dormilón*

se había creído durante una hora jefe supremo de policía.

VIII

DE LA EMIGRACIÓN

Estamos muy lejos de Francia.

El Rhin, en su impetuoso curso, choca con un muro de colinas, retrocede, salta en torno de la *Mäuses Turm* ó Torre de los Ratones que se levanta en el centro de un islote; y luego se marcha gruñendo hacia la derecha, donde desaparece entre dos filas de ribazos cargados de nieve.

Ha llegado el invierno: Noviembre, el mes negro, extiende sus brumas sobre las dos orillas del viejo río. Es la estación de los pérfidos vientos que hacen zozobrar las naves; la dura estación durante la cual el pescador transido de frío no se mueve del rincón del hogar. El Rhin arrastra témpanos de hielo.

No obstante, allá abajo, en la orilla izquierda, levántase, serena y risueña, una casa blanca con ventanas verdes. Está construída á mitad de la costa, rodéala un jardín y un enorme ramo de abetos eternamente verdes, la resguarda del viento.

Durante toda la mañana, la bruma que sube del Rhin ha velado su techo; pero un rayo de sol, cuyo pálido ó sin color, pero lleno de esperanza, ha atravesado la niebla...

Entonces se ha abierto una ventana.

Y cuando una ventana se abre, no suele estar lejos una cara de mujer, y la mujer que se dejaba ver, lanzando á la vez una mirada al río que hierve y á la de-

sierta orilla, es joven y hermosa, y en sus ojos se pinta un sentimiento de profunda melancolía.

Es la señorita Armanda de Vérinières, la heroína de las primeras páginas de este relato.

Armanda se ha asomado á la ventana, contemplando el Rhin, las colinas, y á lo lejos, á poniente, los campanarios y los techos de la ciudad de Coblentz, perdidos entre la bruma. Después ha consultado el surco blanco de un camino que corre al borde del río, desde abajo para arriba: este camino está desierto.

Y Armanda pasa la mano por su frente y murmura con tristeza:

—¿Pero cuándo volverá?

Después va á sentarse ante una mesa, encima de la cual ha dejado una carta principiada, carta dirigida al doctor alemán Fritz Müller y concebida en estos términos:

«Mi querido doctor.

»Ya sabéis cuantas dificultades experimentamos los padres emigrados, para hacer llegar una carta á París. Hace dos meses que aguardo una ocasión, y ésta no se ha presentado hasta hoy.

»Un oficial republicano, hecho prisionero, acaba de ser cambiado con el marqués de Mirameuil, que estaba en poder del general Custine. Este oficial es un segundón de familia burguesa á quien la República encontró en el ejército y que se ha quedado en él. Es joven, amable y leal. En el ejército de Condé le han tratado bien: parte agradecido, y está dispuesto á encargarse de mi carta.

»Por eso quiero escribiros extensamente, mi querido doctor.

»Mas ante todo es menester que se hable de la que os debe la vida, de Clara de Azay, á quien salvásteis de las manos de un servidor infiel.

»Clara está aquí. Vivimos juntos á una media legua de Coblenz, donde se hallan el estado mayor de los príncipes y el centro del ejército de Condé.

»Nuestra casa, construída á media costa, domina el Rhin. Es triste en invierno, pero cuando llegue la primavera será deliciosa.

»Ya sabéis que Clara salió de Francia, protegida por la embajada española. Su padre y su hermano, que habían estado á punto de caer en un odioso lazo que les había tendido aquel infame Jerónimo, ha tenido la misma suerte, pudiendo volver á pasar la frontera bajo el mismo disfraz.

»Pues bien, Clara está aquí: ella, su padre, sus dos hermanos, el caballero de Rochemause y yo, hemos formado aquí una pequeña colonia.

»Pero hace ocho días el caballero nos dejó sin que sepamos á dónde ha ido, por más que me lo ha dejado adivinar una palabra que escribió con lápiz en la puerta. Una mañana, al levantarme, leí la palabra *Antifaces rojos*.

»El caballero había partido por la noche sin despedirse de nadie, ¡Ah! ya comprenderéis cuánto ha sufrido mi pobre corazón en estos ocho días.

»Está en Francia, no me cabe duda. ¿Volverá?

»Llevo ocho días, mi buen Fritz, soñando día y noche en la guillotina; y si me duermo, es para despertar sobresaltada, creyendo ver al caballero subiendo las gradas del patíbulo. Y sin embargo, esa misteriosa asociación de que forma parte es tan poderosa, ha realizado salvamentos tan maravillosos, entre otros el mío, que á veces me siento tranquila. Algo me dice, en el fondo del corazón que volverá.

»Ya sabéis cómo salí de Francia. Mi singular parecido con Farandola, que acababa de casarse con Mario Gratiet, me permitió seguir á este último, pasar por su

mujer y llegar con él al territorio alemán sin ser molestada: Desde entonces me hallo en Coblentz.

»El invierno ha suspendido las operaciones militares: el ejército de los príncipes se concentra y aguarda. Cada día viene á engrosar sus filas un noble escapado del patíbulo.

»Se tienen muchas esperanzas para la primavera próxima. Aquí, hasta dicen en alta voz que la República no se sostendrá hasta la primavera; pero yo creo que se mecen en ilusiones.

»Por lo demás, á esos pobres caballeros, ni la muerte de su rey, ni el incendio de sus castillos, ni la ruína de su fortuna y de sus privilegios, les ha modificado ni corregido. Siguen siendo bravos, ligeros, inconsecuentes y ciegos.

»Por la mañana se baten en las avanzadas, por la noche bailan. Se baila en casa de los príncipes, en casa del burgomaestre de Coblentz y en casa de los particulares, de todo el mundo. El otro día se bailó aquí. Una docena de locos, á uno de los cuales una bala republicana le había roto el brazo aquella mañana, llegaron á las ocho de la noche en una barca, siguiendo á mi primo el caballero de Azay.

»Tomaron al asalto mi casa y bailaron hasta la madrugada.

»Figuraos cómo tendría el corazón para gozar, yo á quien la República hizo huérfana, y que ya sólo tengo en este mundo un protector, cuya suerte ignoro en estos momentos.

»Ya adivinaréis que hablo del caballero.

»Y apropósito de él, mi buen Fritz, apuesto á que os dirigís esta singular pregunta: «Esos se aman, ¿porqué no se casan?»

»Pues voy á contestar á ella. En mi familia existe una tradición que hemos respetado siempre. En la Edad

Media vino á parar en nuestra casa un obispo. Aquel obispo estaba proscrito por el conde de Nevers, quien había puesto precio á su cabeza. Entonces los Vérinières no éramos más que unos hidalgüelos, sin tierras y sin castillo: sin embargo, por humilde que fuese nuestra casa, y por terrible que fuese la cólera del conde de Nevers, abrimos la una y desafiamos la otra, y el obispo se salvó. Al marcharse, mi abuelo le presentó una niña de cinco años, y le suplicó que la bendijese.

»El obispo cogió á la niña entre sus brazos, quitóse una cruz de oro del cuello, y la pasó al cuello de la niña, diciéndole á mi abuelo:

«Tomad, esta cruz hará feliz á vuestra hija y á vuestra raza.

»Quince años después, la niña, convertida en bella señorita, fué vista por el hijo del conde de Nevers, quien se enamoró de ella y la tomó por esposa.

»Ahí empiezo, mi buen Fritz, la fortuna de los Vérinières.

»Desde entonces, cada vez que una joven de la familia se ha casado, se le ha puesto en el cuello la cruz del obispo, conservada como una reliquia. Una Vérinières no se atrevería á casarse sin llevar aquella cruz encima.

»Y ved ahí porqué no me atrevo á casarme con el caballero, porque no tengo la cruz en mi poder, y me parece que si faltase á la tradición, nuestra unión iría seguida de una catástrofe.

»¡Ay, sí, amigo mío! no tengo esta cruz. ¿Dónde está? voy á decíroslo.

»Figuraos que la madre de Clara de Azay, era hermana de mi padre, y de consiguiente una Vérinières.

Eramos vecinos en Morran. Ella se había casado, con la cruz del obispo al cuello, y la cruz se había que-

dado en el castillo, debiendo devolvérsela tan pronto como yo me hallase en edad para casarme.

»Pero estalló la revolución, fué preciso esconder el oro, la plata, las joyas y los pergaminos, y la cruz del obispo se halla entre los objetos escondidos por el señor de Azay y sus hijos. ¿Comprendéis ahora, amigo mío? ¿No os parece como á mí, que la ausencia del caballero, su fuga misteriosa, podría tener por objeto la busca de esa reliquia?

»¡Oh, intrépido Rochemause! Estoy orgullosa, y tengo miedo; tiemblo y soy dichosa á un tiempo...»

Detúvose aquí la señorita de Vérinières, y dejando la pluma, se levantó y volvió á asomarse á la ventana. El sol atravesaba la niebla, y el Rhin resplandecía; pero el surco blanco del camino seguía desierto.

Y Armanda volvió á sentarse ante la mesa, y continuó así su carta:

»Me hallo aquí completamente sola, Clara está en Coblenz con su padre. Sus hermanos no dejan el campamento durante el día; pero vuelven casi todas las noches.

»No, digo mal, no estoy sola, puesto que estoy hablando con vos; con vos mi buen Fritz, corazón de rey, alma de oro, creyente y fuerte.

»La ciencia que perseguís en sus más profundos repliegues, que interrogáis en sus más misteriosos arcanos, estoy segura de que no os impide pensar en nosotros.

»Vuestro nombre está todos los días en nuestros labios...

»Os seguimos con los ojos en ese laboratorio donde trabajáis... Con tal que algún día, ¡Dios mío! esos mónstruos que hoy os protegen, no vayan á figurarse que conspiráis contra la República.»

La señorita de Vérinières se interrumpió bruscamente, y corrió de nuevo á la ventana.

Ésta vez dejóse ver un puntito negro a lo lejos, al extremo del camino; cuyo punto, á medida que se aproximaba, iba agrandándose y tomando forma, al mismo tiempo que se iba haciendo más distinto el galope de un caballo.

Armanda se llevó la mano al corazón, y una palidez mortal se extendió sobre su rostro.

El ginete se iba acercando.

De pronto un rayo de sol le envolvió, é hizo centellear, la lustrosa crin de un caballo blanco.

—¡Es él!—prorrumpió Armanda lanzando un grito.

Y luego quiso abandonar la ventana, precipitarse hacia la puerta, lanzarse afuera y correr á su encuentro. Pero la enérgica joven, la mujer de indomable valor, que no había temblado ni palidecido ante el patíbulo, se sintió vencida por la emoción.

Negáronse á sostenerla sus piernas, y extinguióse su voz; dejóse caer sin fuerzas en una silla apoyando ambas manos sobre su corazón, que latía con indecible fuerza.

Cinco minutos después, el caballero Rochemause, cubierto de polvo, entró como un huracán.

Nuevamente quiso ponerse de pie Armanda y no pudo; quiso lanzar un grito de alegría, y sus labios no produjeron sonido alguno.

—¡Prenda mía! — murmuró el caballero yendo á arrodillarse ante ella y cogiendo sus manos que se llevó respetuosamente á los labios.

—¡Ah, Raul!—exclamó al fin con desfallecido acento,—¡Raul!

—Ahí me tenéis,—dijo él.

Hizo Armanda un supremo esfuerzo, cogió entre

sus manos la bella cabeza del caballero, atrájola hacia sí y depositó en ella un beso.

—¡Cuanto he sufrido! exclamó.

—¡Armanda mía!

—Sufrido y temblado.—¿De dónde venís?—De París.—¡Dios mío!

—¿Por qué temblábais, Armanda mía? ¿No estaban allí para defenderme los Antifaces rojos?

—¿De modo que me dejasteis para obedecerlos?

—No,—contestó Raul sacudiendo la cabeza y sonriéndose.—¿Pues entonces?

—Armanda,—interrumpió el caballero,—¿queréis concederme vuestra mano?

—¡Ah, Dios mío! —exclamó la joven ahogando un nuevo grito;—para que me pidáis eso es menester...

—Es menester,—dijo sonriendo el caballero,—que tenga yo la cruz del obispo ¿no es eso?

La señorita de Vérinières estaba pendiente de sus labios.—Ahí la tenéis,—dijo el caballero.

Entonces Armanda recobró sus fuerzas: pudo ponerse de pie y lanzándose al cuello del caballero le contestó:

—¡Ah! Mañana seré tu mujer ante los hombres como lo soy ante Dios, hace tiempo.

Habia llegado la noche, una noche obscura, sin luna, condensada por la niebla.

Una barca descendía por el Rhin: deslizábase silenciosa, arrastrada por la corriente, sin dar un golpe de remo: su vela única estaba izada.

Un hombre sentado á popa, llevaba el timón. En el asiento del centro, frente á éste, estaba sentado otro hombre. Si la obscuridad de la noche lo hubiese permitido, habríase podido observar su traje. Llevaba la cabeza empolvada y la coleta encintada como un no-

ble: una casaca azul de faldones largos, chaleco verde, medias de seda y espada de acero, completaban su tocado.

Cuando la barca pasaba por delante de una de esas torres, en lo alto de las cuales se enciende fuego por la noche, el hombre del timón que por un segundo entró con su compañero en el círculo que formaba la luz que el faro proyectaba en el Rhin, se puso á reir.

—A fe de Marsellés,—exclamó—tienes un tipo de aristócrata capaz de engañar al mismo rey Capeto.

El que vestía de noble se echó á reir á su vez.

Y sin embargo,—dijo—me llamo Nicolás Petit-Jean á secas, y soy hijo de una frutera de la calle Saint-Denis.

—Ya, pero tienes tipo de aristócrata.

—Como que he sido sargento de las guardias francesas.

—¿Allá aprendiste esas buenas maneras?

—Cabal. Por desgracia tengo unos pies y unas manos enormes que denuncian mi origen plebeyo.

—¡Bah! en provincias hay nobles que tienen unas manos tan anchas como el lomo de un carnero.

—¿Pero á dónde vamos?—A Coblantz.

—Ya; pero ¿qué vamos á hacer allá?

—Escúchame á mí. Vas á ganar allá tus charreteras de coronel en el ejército del general Custine. ¿No eres ya capitán?—Sí.

—Se te ha citado varias veces en la orden del día.

—Es cierto.

—Pues bien; tus charreteras están en la punta de tu inteligencia, mejor que en la de tu sable.

—¿De qué manera?

—Te he proporcionado los papeles del vizconde de Blénure, ex oficial de marina. Tienes veintiséis años, la edad que tendría el vizcondesi viviese. —¡Ya!

--Por desgracia para los Blénure, y afortunadamente para tí, el vizconde fué asesinado al venir á París, en el bosque de Sénét, en la taberna del *Cuervo vivo*, hace unos seis meses.

Una mujer llamada la Mayotte, una buena amiga mía, fué quien me envió los papeles. Ahora bien, el caballero de Blénure, que partió de Tolón á los catorce años para las grandes Indias, á bordo de una fragata de guerra, no volvió á Francia hasta el 27 de Enero de 1793, y nadie le ha visto en París. De modo que estás bien seguro de que en Coblentz á nadie se le ocurrirá decirte: «Conozco al caballero de Blénure, y no sois vos.»

--De modo,—replicó el capitán Petit-Jean,—que estoy convertido en el caballero de Blénure, ex oficial de marina?

--Sí. Has atravesado la Francia arriesgando veinte veces tu cabeza, y vienes á ponerte á las órdenes de tus príncipes, quienes esperas no rechazarán el auxilio de tu espada.

--Muy bien, ¿y tú?

--Yo soy tu criado, un marino cumplido, un verdadero marino. ¿No te parece que me he desfigurado y ennegrecido lo bastante, y que tengo en la cara las huellas del sol de la India.

--Realmente,—contestó el capitán Petit-Jean,—que sería preciso mucha astucia para reconocer en tí al Marsellés. Pero á todo eso, no dices lo que vamos á hacer á Coblentz.

--Vas á reconocer las fuerzas del ejército de Condé, á levantar los planos de sus fortificaciones, á calcular el número de las tropas, sus medios de defensa, sus víveres, etc., á redactar, en una palabra, una excelente memoria á la Asamblea nacional, una memoria, hijo mío, que te cubrirá de gloria.

—Pero eso es hacer de espía; me parece que no se le puede dar otro nombre.

—Te equivocas. Eres un emisario y juegas tu vida. Si te cogen te fusilarán. El peligro ennoblece la profesión. Luego en el *Monitor* ó en el diario del ciudadano Prudhomme, se leerá un suelto concebido en estos términos:

«Un joven oficial, el capitán Fetit-Jean, ha tenido »la audacia de atravesar las avanzadas del ejército de »los tiranos, de aventurarse disfrazado entre los aristó- »cratas, y de levantar los planos de la ciudad y fortifi- »caciones de Coblenz, etcétera, etcétera»; habrás merecido bien de la pátria, te harán coronel, la Asamblea te declarará un digno patriota y... ¡que se yo!

—Pero, ¿y si me reconocen?

—Es imposible.

—De todos modos, supongámoslo.

—Te prenderán.

—¿Y después?

—Te pasarán por consejo de guerra, y te condenarán á muerte.

—Y me fusilarán.

—Eso no.

—De seguro.

—Entre los emigrados, hay dos personas que te salvarán.

—¿Cuales?

—El caballero de Rochemause y la sefforita Armanda de Vérinières.

—No los conozco.

—No hace falta.

—Pero ¿que interés tendrán en salvarme?

—Si yo no me meto ninguno; pero si les hago pasar un billete, lo tendrán inmenso.

—¿Y ese billete?

—Ese billete sin firma, contendrá estas palabras: «En nombre del ciudadano Dantón, salvad á ese hombre.»

—Confieso que no comprendo ni una palabra.

—Lo vas á comprender, porque es muy sencillo. El caballero de Rochemause y la señorita de Vérinières fueron condenados á muerte por el tribunal revolucionario. Ambos llegaron al pie del patíbulo, y si ambos conservan aún su cabeza, se lo deben á Dantón, ¿comprendes?

—Comprendo.

La barca seguía descendiendo arrastrada por la corriente.

La bruma envolvía las montañas y los caseríos, la obscuridad era completa. Mas de improviso aparecieron luces á lo lejos, en la orilla izquierda.

Después á través del silencio de la noche, llegaron sonidos armoniosos á oídos de los dos viajeros.

—¡Hola,—dijo el Marsellés,—me parece que oigo violines.

—Yo,—dijo el capitán,—veo una casa iluminada hacia la izquierda, á un cuarto de legua.

—¡Canallas de aristócratas—murmuró el Marsellés,—están bailando mientras los soldados de la República andan descalzos.

—¿Y si fuésemos al baile?—preguntó el capitán.

—Es una idea tanto más aceptable, cuanto que es un bonito medio de hacer tu entrada entre tus amigos políticos.

Y esto diciendo, el capitán dirigió la barca hacia la casa iluminada.

Pasaba esto tres días después del en que hemos visto á la señorita de Vérinières aguardar al caballero de Rochemause.

Si los dos amantes habían aguardado tanto tiempo la dicha, habían aprovechado bien el tiempo durante los tres últimos días.

Al siguiente de la llegada de Raul, había corrido por entre los emigrados el rumor de su matrimonio, y dos días después, monseñor de Besancón, que se hallaba en el ejército de los príncipes, les había dado la bendición nupcial. Esto fué por la mañana, y por la noche tenía lugar el baile de bodas.

La casa Merninale era su casa. Cien personas danzaban en el gran salón.

Armanda era dichosa, el caballero estaba radiante.

Aquel baile tenía algo de extraño y de febril. Los hombres iban vestidos de seda y de terciopelo, las mujeres cubiertas de encajes. Todos iban empolvados á la mariscala, y las más hermosas se habían puesto pecas á destajo.

Todas aquellas gentes, marquesas de veinte años y vizcondesas de treinta, habían perdido en el patíbulo, los unos padre y madre, los otros hermanos y hermanas. Todos sus castillos habían sido entregados á las llamas. Su patria estaba cerrada para ellos; ¡pero bailaban!

Bailaban porque era preciso desafiar á toda costa la República, los verdugos, y el tribunal revolucionario.

Al día siguiente los hombres irían á las avanzadas, de donde algunos no volverían; las mujeres con sus bellas manos perfumadas harían hilas. Entretanto, bailaban.

—Mi querida baronesa,—decía un joven que tenía el brazo en cabestrillo,—¿queréis hacerme una promesa?

La baronesa tenía veinticinco años y la República la había hecho viuda. Era bella y estaba triste, pero bailaba con frenesí.

—Hablad, caballero,—contestó.

—Mañana voy á correr una aventura,—repuso el joven.—El duque de Enghien me envía con treinta hombres á reconocer las avanzadas del general Curtine. Bien calculado no van á volver diez hombres de esta expedición; de modo que hay sesenta y seis probabilidades y una fracción, sobre ciento, de que estaré en el número de los veinte que mueran. Ahora, pensándolo mejor, como yo mando los treinta hombres, mi tercio de ventaja disminuye aún en otros dos tercios: es casi seguro que me matarán.

—¿Queréis callar?—dijo la baronesa.—Vais á ponerme luto en el alma, y yo quiero bailar aún.

—Pero dejadme explicar, baronesa. Digo pues que es casi seguro que me matarán. Pues bien, hacedme una promesa.

—¿Cuál?—De que si vuelvo, os casaréis conmigo.

—¡Qué locura!—No, es un empeño.

—Pero amigo mío, eso no tiene sentido común.

—¿Por qué?

—Yo soy muy rica y vos sois un segundón.

—Creo que tenéis tres castillos.—Cuatro.

—Sean cuatro. Los quemaron.

—Quedan las tierras.

—La República las ha confiscado.

—El rey me las devolverá.

—Pero amiga mía, si alguna vez el rey se halla en disposición de dar algo, á mí me dará un regimiento.

—Bueno, veremos entonces... Entretanto hacedme valsar.

—No,—dijo resueltamente el caballero:—prometedme que os casaréis conmigo, ó no valso.

—Pues mirad,—contestó la baronesa,—ahí viene el abate de Portmeirán que me hará valsar.

—Tampoco.

—¿Y por qué?

—Porque le pasaré con la espada.

—¡A un hombre de Iglesia!

—Esta mañana se ha batido á pistola con el barón de R, que le encontraba que tenía el aire afeminado.

—¿Y le ha herido?

—¡Toma! ya veis que el barón no está aquí: tiene una bala en el muslo.

—¡Vaya! valsemos.

—¿Me prometéis?

—Sí, pero valsemos.

Y la baronesa, que en el fondo de su corazón amaba al caballero, le arrastró hacia el torbellino.

Cuando terminaba el vals, prodújose de pronto un silencio absoluto.

Acababa de entrar en la sala un personaje bastante singular. Era un alemán, grueso, de cabellos amarillos, medio pescador y medio barquillero, y que estaba en la casa de Armanda como un especie de jardinero y conserje.

La aparición de aquel hombre anunciaba algo extraordinario, y por eso se interrumpieron todas las conversaciones, y se fijaron en él todas las miradas.

Fué en derechura hacia el señor de Azay, padre, quien en su calidad de tío de la novia, hacía los honores de la casa.

—Señor,—le dijo,—un extranjero pide hospitalidad.

—Pues que entre,—contestó el barón.

Y volviéndose hacia el grupo de curiosos que se había formado en torno de él, añadió:

—Me parece que es cosa original, señores, eso de que proscritos sin casa ni hogar, vayan á dar hospitalidad.

Pero nadie tuvo tiempo de contestar, porque en el dintel de la puerta se dejó ver un hombre: era el extranjero.

—Señoras y caballeros;—dijo con tono cortés,—recibís un proscrito como vosotros.

Y entró saludando como se saludaba en la corte. Y como le mirasen con curiosidad, añadió sonriendo:

—Me llamo el caballero de Blénure, y soy oficial de la marina real.

—Uno más,—dijo alegremente el bacón tendiendo la mano al recién venido, que era joven y apuesto;—sed bien venido, caballero; todos los nobles son iguales.

—Hasta ante el patíbulo,—agregó riéndose la señorita de Vérinières, convertida desde aquella mañana en señora de Rochemause.

Detrás del pretendido caballero de Blénure, un hombre de tez bronceada, vestido de marinero llevaba un saquito de viaje.

El caballero de Rochemause le miró con indiferencia.

—Vamos, no me reconoce,—dijo para sí el Marsellés—y es el único que podía reconocerme. Ya estamos en la plaza, y esta vez es cuando la cabeza del ciudadano Dantón está menos segura.

IX

EL HOMBRE DE LA PIPA

Siguiendo la corriente del Rhin, hallábase á la izquierda, entre la casa habitada por el caballero de Rochemause y la ciudad de Coblantz, una hospedería frecuentada por los pescadores y arrieros que iban de Mayence á Cologne. Esta posada era de siniestra apariencia; sus muros eran negros y sus puertas y ventanas estaban pintadas de rojo,

El Rhin pasaba espumante y rápido al pie de ella.

El posadero tenía mala fama. Por los contornos hasta se decía que más de un viajero llevando provista la escarcela, había sido estrangulado en su cama y arrojado al río en una noche sombría.

Allí fué, sin embargo, á hospedarse el caballero de Blénure al día siguiente de su llegada.

Los recursos de los emigrados eran modestos, y no había que pensar en ocupar palacios.

A la caída de la tarde de dicho día, el criado del caballero de Blénure se paseaba por las inmediaciones de la posada en el camino que conducía á Coblentz.

El cielo estaba gris, el camino desierto y sólo el Rhin turbaba el silencio universal con su murmullo.

—¿Pero qué hará en Coblentz?—murmuró el pretendido criado ó sea el Marsellés.—¡Dos horas que le espero! Le habrán presentado á los príncipes, á la nobleza y á toda esa gente que se figura representar á Francia á orillas del Rhin.

Mientras estaba monologando el Marsellés, dibujóse á lo lejos una forma negra.

El Marsellés apretó el paso.

Algunos minutos después, la forma negra se destacó más distinta, y Oliverio Brun reconoció á un jinete. Era el pretendido caballero de Blénure.

Al ver al Marsellés, apeóse, pasóse por el brazo la rienda y dijo á su compañero:

—Acabo de ser recibido por los príncipes que me han colmado de obsequios. El duque de Borbón me ha dicho: «Conocí mucho á vuestro padre que era capitán de caza del duque de Ventadour: era un hombre de un valor á toda prueba. . Y estoy seguro de que buena sangre no miente...»

Interrumpióse riendo el joven y dijo:

—Son divertidos esos nobles cuando hablan de su sangre; pues yo la tengo averiada.

—¿Y qué más?—preguntó el Marsellés.

—Me ha dicho—repuso el fingido caballero,—que puesto que venía á reunirme al ejército realista, tenía que distinguirme enseguida. De modo que esta noche formo parte de una expedición á las avanzadas enemigas.

—¿Esta noche?

—Es decir, se sale á las doce.

—¿Y á dónde se vá?

—No lo sé, pero lloverán balas.

—¡Diablos! procura no hacerte matar.

—Ya sabes que tengo suerte, siempre que entro en fuego.

—No se trata de eso,—interrumpió bruscamente el Marsellés;—lo que importa es que vuelvas, porque se te necesita.

Encamináronse á la posada y entraron enseguida, atraídos por la claridad rojiza del fuego de la cocina.

El Marsellés instaló al caballero junto á la lumbre, y le dijo al oído:

—Si vas hasta las avanzadas, hazte prender por un momento, el preciso para cumplir la misión que voy á darte. Con el salvaconducto de Robespierre que tienes en el bolsillo te soltarán, te reunirás á los emigrados y parecerá que te has escapado.

—¿Qué misión es esta?

—Una carta para Robespierre.—Venga.

—Voy á escribirla.

Mientras el supuesto caballero se calentaba tranquilamente, el Marsellés subió al cuarto que ocupaban juntos y escribió lo siguiente:

«Ciudadano: Llegamos ayer el capitán y yo. Las cosas marchan á pedir de boca, y la casualidad nos

ayuda esta vez. Figuraos que, mientras bajábamos por el Rhin, con una noche muy oscura, vimos una casa iluminada, oímos música y nos detuvimos resueltamente:

«Jamás adivinaréis, ciudadano, la causa de aquel baile: por la mañana había habido un casamiento, el de Rochemause con Armanda.

»El fingido caballero ha tenido una entrada soberbia, como dicen los ciudadanos cómicos del teatro de la República. Creo que hemos hecho bien en no ponerle absolutamente al corriente de nuestros proyectos, porque habría podido rehusar. Ha venido á Coblenz, persuadido de que la República necesita de él, y de que es de absoluta necesidad tener los planos de la ciudad, y datos seguros sobre las fuerzas del ejército realista.

»Todo eso, ciudadano, os lo daré yo mismo. Lo que más urge, es hacer que reconozcan por un espía al capitán y lo condenen á muerte. Entonces necesitaré un cómplice; no lo tengo aún, pero ya vendrá.

»Como no sé si esta carta llegará á vuestro poder, no entro en más detalles, y tengo el honor de repetirme, ciudadano, vuestro obedientísimo servidor.

»OLIVERIO BRUN.»

Escrita la carta, cerrada, la selló cuidadosamente y, abriendo la puerta de su cuarto, gritó:

—¡Eh, señor caballero!

El supuesto caballero subió.

—Esta mañana,—le dijo el Marsellés,—era aún peligroso para tí llevar ocultos papeles comprometedores; pero esta noche, después de la recepción que te ha hecho el príncipe de Condé...

—No, es el duque de Borbón.

—¡Es igual! Esta noche,—dijo,—llevarás encima los archivos de la República, y te dejarán pasar por todas

partes sin registrarte. Por lo tanto puedes ponerte tranquilamente en el bolsillo ese billete que habías ocultado tan bien, y que, firmado por Robespierre, dice: «Dejad pasar al portador sin preguntarle.»

El supuesto caballero puso ambas cartas en su bolsillo, y dijo:

—Ahora, vuelvo á Coblentz á esperar la hora de la partida. Hasta la vista.

Bajó el caballero y se hizo llevar el caballo. En el momento de montar, entró un hombre en el patio de la posada, miró maquinalmente al jinete y se estremeció como se estremece uno cuando cree conocer á alguien á quien se ha estado buscando largo tiempo.

El Marsellés sorprendió aquel movimiento de sorpresa, y se puso á examinar con curiosidad al recién llegado, mientras el jinete partía al galope.

Era un hombre de unos treinta años, de estatura regular y vestido como visten los habitantes de las poblaciones alemanas de las orillas del Rhin. Cubría su cabeza una gorra de piel de zorro y llevaba un ancho relingote. Llevaba una de esas colosales pipas de porcelana con dibujos, que forman lo dicho, y son los compañeros del estudiante de Hiedelberg.

El Marsellés, como agente de policía que sabe su oficio, olió enseguida el disfraz.

—Este hombre no es alemán,—pensó.

Y le dirigió la palabra en alemán, diciendo:

—Bien venido, señor extranjero.

—No soy extranjero,—contestó el hombre de la pipa en muy mal alemán,—soy del país y vivo en Coblentz, donde soy negociante en tabaco.

—¿Y venís á cenar aquí?

—No, vengo á ver al posadero que es amigo mío.

—Es raro,—interrumpió de pronto el Marsellés,—sois alemán y habláis como un francés.

—¿Por qué no?—contestó el hombre de la pipa mirándole con desconfianza.

—¿Queréis tomar un vaso de cerveza?

—Con mucho gusto.

Entraron en la sala baja de la posada, y, mientras el posadero bajaba á la gruta, el Marsellés preguntó bruscamente á su convidado:

—¿Conocéis al hombre que acaba de salir á caballo?

—Creo eonocerle.

—¿Sabéis cómo se llama?

—¿Por qué me lo preguntáis?—dijo con desconfianza el hombre de la pipa.

El Marsellés fijó en él una mirada investigadora y profunda.

—Os lo pregunto,—contestó,—porque he creído notar una emoción que habéis experimentado al verle.

—Puede ser.

—La vista de un indiferente no suele causar turbación.

—Podría ser que yo tuviese motivos para odiarle si fuese realmente la persona á quien he creído reconocer.

—¿Y pensáis que es ella?—Lo juraría.—¿Y la odiáis?—Sí.—¿Por qué?

—Ese hombre fué sargento en un regimiento donde yo era simple soldado, y me castigó injustamente.

A su vez se estremeció el Marsellés; pero dominándose, dijo con flema:

—No creo que ese hombre haya sido sargento en un regimiento alemán.

—Era en un regimiento francés.

—Eso ya es otra cosa, pero ¿no habíais dicho ahora mismo que érais alemán?

—He servido en Francia.

—¿Con el caballero de Blénure?

—No conozco ese hombre...

—Pues es el del hombre que acaba de salir de aquí á caballo.

—No lo creo.

—Puedo asegurároslo, pues estoy á su servicio.

—¡Ah! ¿sois su criado?

—Casi, casi.

—¿Y hace mucho tiempo que estáis á su servicio?

—Unos quince días.

—Entonces es mi hombre: habrá cambiado de nombre.

—¿Y cómo se llamaría según vos?

—No es caballero ni noble, y se llama Nicolás Petit-Jean.

El Marsellés sirvió un gran vaso de cerveza á su convidado, luego apoyó los codos en la mesa y le miró fijamente.

—Debéis ser muy rencoroso,—le dijo.

—Jamás he perdonado una injuria.

—Pues bien, si tenéis la prueba de que el caballero de Blénure y el sargento Nicolás son una sola y única persona, ¿qué haréis?

—No lo sé todavía, pero me vengaré.

—Creo tener al hombre que buscaba,—pensó el Marsellés.

En aquel momento, dejóse sentir el galope de un caballo.

Era el supuesto caballero de Blénure, que volvía y que gritó á su criado:

—¡Eh, Mateo! he olvidado las pistolas; bájanlas.

El Marsellés arrastró al hombre de la pipa al rincón más obscuro de la sala baja.

—Miradle bien,—dijo entreabriendo la puerta.

Fué á buscar las pistolas, cogió una linterna porque era de noche ya, y salió al patio, en cuyo centro se

había detenido el caballero sin poner pie á tierra, y dirigió la luz de la linterna hacia su rostro.

—¿Es él?—preguntó cuando el caballero hubo salido.

—Es él.—¿Le reconocéis?—En el rostro, en el aire y en la voz.—Veamos pues si nos entendemos,—murmuró el Marsellés con tono misterioso.

Y volvió á apoyar los codos en la mesa.

X

UN SUELTO DE PERIÓDICO

Entretanto el supuesto caballero de Blénure corría hacia Coblentz.

Como la noche era obscura, había prescindido de los hábitos elegantes y de las buenas maneras que exigían su nuevo nombre y su carácter de noble emigrado; había sacado del bolsillo una pipa con tubo de junco, y la había encendido como un simple soldado de los ejércitos de la República, proponiéndose apagarla y volverla á meter en el bolsillo al llegar á las puertas de Coblentz; pero la costumbre es una segunda naturaleza, y el hijo de la frutera, el ex sargento de las guardias francesas, se olvidó de que había transformado su individualidad.

La puerta de Mayence; en Coblentz, estaba guardada por un oficial francés y diez hombres. El oficial salió del cuerpo de guardia para reconocer al caballero que se presentaba.

El falso caballero de Blénure se olvidó de ocultar su pipa; y la luz de la linterna del puesto al dar en él, dejó ver al oficial francés estupefacto un hombre que, á pesar de su traje aristocrático, fumaba como un soldadote.

—¿Vuestro nombre?—preguntó con sequedad.

—El caballero de Blénure.

El oficial era un antiguo capitán de caballería ligera, el marqués de Montanden, un noble perfecto en las maneras y en el hablar.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido,—¿sois vos, señor caballero, quien habéis sido presentado hoy á monseñor el duque de Borbón?

—Sí,—contestó Nicolás Petit Jean.

—¡Es raro!—pensó el marqués mirando las manazas del capitán:—ese hombre tiene aire de matarife.

Y luego dijo en voz alta:

—Pasad, caballero.

Saludó éste; pero cuando había echado á andar ya, el marqués le llamó.

—Permitidme una palabra.

—Os escucho,—contestó Petit Jean,—volviéndose en su silla.

—¿Queréis un buen consejo?—repuso el marqués á media voz.

—Si es bueno...

—Pues antes de entrar en la ciudad, meteos la pipa en el bolsillo, si no tenéis el valor de tirarla.

El capitán, á pesar de su audacia habitual, se ruborizó hasta el blanco de los ojos, balbuceó, tiró su pipa, saludó con aire turbado y siguió adelante.

—¡Qué imbécil soy!—se dijo dando un espolazo á su caballo;—con dos ó tres bebidas como esta, no será difícil sostener mi papel de noble.

Dirigióse á la parte baja de la ciudad, donde había un café frecuentado por los emigrados: reuníanse allí para hablar, leer el *Monitor* de Francia y el diario de Prudhomme, y jugar al whist; allí se sabía por los periódicos de París el nombre de los nobles detenidos, condenados y ejecutados.

Pero había llegado á ser tan grande en aquella época, la abnegación de la vida, que apenas se dedicaba una frase de pésame al amigo ó al pariente que caía y cada cual reanudaba su tarea: los unos jugaban y los otros hablaban.

Cuando el caballero que había dejado encargado su caballo á la puerta, entró en el café, la reunión era numerosa y hallábase allí, entre otras personas, varias de las que habían bailado en casa del caballero Roche-mause, la noche anterior.

Acogióse, pues, al caballero con cordialidad:

—Caballero,—le dijo un joven,—¿jugáis al wist?

Nuevamente se encontró apurado el capitán.

—Muy mal,—contestó.

—No le hace,—dijo un anciano apasionado jugador:—poneos ahí y seréis mi compañero.

Púsose á jugar el fingido caballero, y volvió á ponerse de relieve su origen plebeyo. Jugaba mal, no sabía aguantar las cartas, y cuando le tocó dar, hasta se olvidó de mojar el dedo para hacer deslizar las cartas.

—Bonita educación para un noble,—murmuró un ex guarda de corps que había pasado su vida en Versalles y que frecuentaba entonces el juego de la reina.

Pero el ruido de las conversaciones hizo olvidar en breve al caballero.

—Señores,—preguntó un joven,—¿no hay periódicos hoy?

—La estafeta que va á buscarles á las avanzadas,—contestó un recién venido,—no ha llegado. Se habrá hecho matar sin duda.

—¡Pobre hombre!

—¿Sabéis quien estaba hoy de turno para eso?—No.

—Era el barón de Azay.

—¿El tío de la señorita de Roche-mause, nuestro huésped de ayer?

—Sí, ya sabéis que á cada cual le llegó su turno, y había llegado el suyo.

—¿Y creéis que le habrán matado?

—Acabo de encontrar á Rochemause que está muy intranquilo.

—¡Pobre Armanda,—dijo el anciano que jugaba con Petit-Jean.

—Tranquilizaos, señores y amigos,—dijo una voz en el umbral.

Y apareció en el café el señor de Azay, con botas de montar, con el rostro radiante y el traje cubierto de polvo.

—No he muerto, señores,—dijo:—pero poco me ha faltado. Debo tener tres balas en los faldones de la casaca: la cuarta me ha matado el caballo; pero solo tengo una luxación en la rodilla, por haberme cogido la montura al caer, la pierna.

—¿Y los papeles?

—Ahí está el *Monitor*. La República sigue haciendo de las suyas. Ha hecho prender á los diputados de la Gironda.

—¿Y qué más?

—El lunes guillotinaron á ese pobre abate de Bonachery y la marquesa de Villegnier. El primero tenía, como sabéis, setenta y cuatro años, y la marquesa diecinueve. En la misma carreta iba un droguero de la calle de Saint-Etienne, sospechoso de incivismo.

—¡Bonita palabra!

—Y un coronel de la República, culpable de haber perdonado á una aldeana bretona que tenía orden de quemar.

—Todo esto está bien,—dijo el anciano del wist; pero, señor de Blénure, no entendéis nada en eso, absolutamente nada.

—Procuraré aprender, señor marqués.

Todo el mundo se había echado sobre los periódicos y los devoraban.

—¡Toma!—dijo de pronto uno de los lectores,—ahí va un hecho bastante curioso. Lo hallo en el diario del ciudadano Carlos Villette, *desmarquesado*, con perdón sea dicho, por la República una é indivisible.

—A ver, á ver.

—¿Hay que leer en voz alta?

—Sí.—Pues ahí va.

Y el noble que tenía el periódico del marqués de Villette, leyó el relato siguiente:

«Hace algunos meses que en la selva de Sénart pasó un suceso misterioso, cuya última palabra empieza á tener la policía.

«Cerca de Montgeron, á una legua al sud de Licusaint, en la carretera de Melun, existía una posada que llevaba el original nombre de *posada del Cuervo vivo*. Poseía este bodegón un tal Nicolás Courju, que vivía con una mujer llamada la Mayotte, y con el padre de aquél, viejo septuagenario. Arrieros y buhoneros, eran la única clientela de aquella miserable posada...»

Interrumpióse aquí el lector, y volviéndose hacia el señor de Azay, le dijo:

—¡Toma! ¿os sonreís, barón?

—Yo no,—contestó éste—continúad; ya veremos después.

El lector prosiguió leyendo:

»En el país, los amos del *Cuervo vivo*, gozaban de mala reputación. Cierta mañana se halló la posada cerrada y la gruta abierta. En la gruta yacía el cadáver del posadero atravesado por dos balazos: la mujer y el viejo habían desaparecido. Positivamente eran los asesinos de Nicolás Gourju.

»Largas é infructuosas fueron las pesquisas de la po-

licia. Al fin, hace dos días, que se ha descubierto á la mujer en un cuarto amueblado de los arrabales: tiene rota una pierna y anda con muletas.

»Ha negado ser quien asesinó á Nicolás, pero la fábula que ha inventado es tan poco verosímil...»

—Tal vez sea cierta—interrumpió el barón de Azay.

—¡Cómo!—exclamaron varios con curiosidad.

—No fué ella quien mató al posadero, soy yo.

Prodújose un grito de asombro general.

—Señores,—prosiguió el barón—si me lo permitís, os referiré la singular y terrible aventura que mi hijo y yo tuvimos en la posada del *Cuervo vivo*.

Y en medio de la más viva atención, contó la manera como habían sido salvados por el Viejo.

—Pero aguardad,—dijo el lector cuando el barón hubo terminado su relato,—el artículo del ciudadano marqués de Villette, no está acabado aún.

—Seguid pues.

El lector continuó:

«La mujer de las muletas se llama la Mayotte. Aun cuando insiste en negar enérgicamente toda participación en el asesinato de Nicolás Gourju, y aun cuando acusa como autores al padre y á dos nobles que aquella noche se hallaban en la hostería, ha entrado en la vía de las confesiones respecto á varios crímenes que debían haberse cometido en la posada y la policía ha juzgado oportuno trasladarse á aquellos lugares.

»Las pesquisas y registros que ha efectuado, han proporcionado el descubrimiento de varios cadáveres. Uno de éstos, enterrado en la gruta, estaba perfectamente conservado, fué transportado á la Morgue... Allí fué reconocido por un marinero, con licencia en Paris, por el de un ex oficial de marina, llamado el caballero de Blénure...»

A estas últimas palabras, prodújose una expresión

de asombro en el café, y el capitán Petit Jean pegó un salto de su asiento.

—¡Buena es esa!— exclamó con un aire tal de sorpresa, que el barón de Azay hubo de preguntarle:

—¿No teníais ningún hermano ni primo en la marina?

—Es verdad tengo un primo,—dijo el falso caballero agarrándose desde luego á esta tabla de salvación,—pero no creo que haya muerto, porque pasó á Portugal.

—Señores,—dijo un oficial que entró en traje de campaña,—¿quienes son de entre vosotros los designados para acompañarme?

—Yo, yo,—contestaron varios jóvenes.

—Y yo,—agregó el falso caballero de Blénure.

—¡Pues, á caballo!

El capitán Nicolás Petit-Jean, salió del café con una prisa que llamó la atención del señor de Azay.

Cuando hubo salido, inclinose al oído del anciano que había jugado con el falso caballero, y le preguntó:

—¿Qué pensáis de ese joven?

—Empiezo por pensar que no sabe jugar al wisth.

—Bueno, ¿y luego?

—Y luego pienso que está mal educado.

—Y que fuma como un soldado,—añadió el marqués de Montanden, que acababa de entrar en el café.

—Señores,—dijo en voz baja un joven,—se me acaba de ocurrir una singular sospecha.

—¿Cual?

—La de que, si se ha encontrado el cadáver de un caballero de Blénure, podría muy bien no haber más que uno.

—¿Y ese?

—Ese sería un impostor.

—O un espía—agregó otro caballero.

—Cuidado, señores,—observó el barón,—vais demasiado léjos...

En aquel momento entró en la sala del café un nuevo personaje.

XI

UN HOMBRE QUE SE VENGA

Hemos dejado al Marsellés en la hostería de las orillas del Rhin, sentado en una mesa con el ex guardia francés, el hombre de la pipa.

El Marsellés había apoyado los codos en la mesa, diciendo:

—Veamos si nos entendemos.

—¿Sobre qué?—dijo con aire desdeñoso el desconocido.

—Sobre todo y sobre nada.

—Vago es eso.

—Los hombres,—prosiguió el Marsellés guiñando el ojo,—no son con frecuencia lo que parecen.

—Ya sucede eso.

—Por ejemplo, yo, tal como me veis, podría muy bien no ser marinero.

—¿Serías un emigrado?

—¡Oh, no!—exclamó el Marsellés con significativo acento. Y añadió:—Pero vos amigo, ¿sois realmente alemán?

—¡Tomal puede ser.

—Pues yo apostaría mi cabeza que sois francés.

—¡Vaya una ideal

—Y hasta hijo de París.

El hombre de la pipa perdió algo de su aplomo.

—Se me figura,—prosiguió el Marsellés,—que sois...
Pero ¡esperad!

Y dándose un golpe en la frente, añadió:

—Quitaos la gorra.

—¿Para qué?

—Quitáosla, os lo ruego!

—¡Sois un farsante!—dijo poniéndose de pie el hombre de la pipa.—Hace una hora que os estáis burlando de mí: prefiero pagar el escote y marcharme.

El posadero había salido, y los dos bebedores se hallaban solos en la sala baja. El Marsellés entreabrió su blusa y dejó ver el luciente pomo de una pistola.

—Mirad eso,—le dijo,—y sentaos, beberemos otro vaso de cerveza.

—Corriente, contestó el hombre de la pipa que, tras un momento de emoción, había recobrado su impasibilidad,—el aire del Rhin hace daño.

—Es que no estáis todavía acostumbrado á el.

—Pero siendo alemán yo...

—Bueno sí. Os decía pues que creía conoceros...

—Pues yo no lo creo, y hasta estoy seguro de que os veo por primera vez.

—Podrá ser, pero vuestras señas corresponden á las que me han dado.

—¿Os dan dado unas señas?—preguntó el hombre de la pipa estremeciéndose,—¿y por qué? ¿con qué objeto?

—Amigo mío, contestó friamente el Marsellés colocando su pistola encima de la mesa,—tal como me veis, soy el director de policía.

—¿De qué policía?—preguntó palideciendo el desconocido.

—De la policía de la República francesa, y tengo a seguridad de que no me descubriréis, sobre todo si escucháis mi historia hasta el fin.



El Marsellés iba jugando con el gatillo de su pistola.

—Os escucho,—dijo con tono resignado el de la pipa.

Ante todo, debo deciros que no he venido á Coblenz para vos, sino para asuntos de mucha mayor importancia. Ahora oidmè bien: Seis meses atrás, el general en jefe del ejército del Rhin me envió las señas de un subteniente, cajero, que se había escapado, llevándose una suma redonda de sesenta mil francos. Ese hombre tenía los ojos azules, los cabellos rubios y el aire... ¡vaya! el vuestro, porque vos mismo acabáis de venderos... ¡sois vos!

El Marsellés apoyó entonces la mano en el hombro del hombre de la pipa que balbuceó algunas palabras incoherentes.

—Tranquilizaos, buen hombre—prosiguió Oliverio Brun,—aquí no puedo prenderos... y luego tanto peor por el general que se deja robar. Os necesito y pago bien.

—¡Ya!—dijo el desconocido recobrando su flema.

—Si mal no recuerdo,—prosiguió el Marsellés, vos debéis llamaros José Savournin.

—Sí.

—Pero en Coblent, ¿qué nombre usáis?

—En fin,—contestó el hombre á quien en lo sucesivo llamaremos Savournin;—mejor será que os lo diga todo. El general se quejó con razón; yo me largué con la caja.

—¿Y vinisteis á Coblentz?

—¡Oh, nol enseguida no... Había aprendido alemán cuando estaba de guarnición en Lorena; me detuve en un pueblecillo cerca de Mayence, llamado Ludwigshofen. Allí conocí á una linda muchacha, con quien me casé, y vine á establecer mi negocio de tabaco en Co-

blentz. Ya comprenderéis que aquí me guardo muy bien de decir que soy francés, y menos aún ser desertor de la República.

—¿Os maltratarían?

—Y perdería la clientela de los señores emigrados, —añadió Savournin saludando.

—Bueno, pues ahora hablemos... ¿Quieres ganarte dos mil libras?

—Sí.

—¿Y garantizarte la tranquilidad para el resto de tus días? Porque si estás bien conmigo, la República cuyos ejércitos invadirán Coblentz el mejor día, te dejarán tranquilo.

—¿Qué hay que hacer?

—Una cosa bien sencilla: probar que el caballero de Blénure se llama el capitán Nicolás Petit-Jean, y que es un espía de la República.

Sovournin miró con aire sorprendido al Marsellés.

—¡Que raro! —dijo.—¿Cómo es que vos, el espía en jefe?...

—Lo vas á comprender,—interrumpióle Oliverio Brun;—si prenden á Nicolás, á mí me dejarán tomar tranquilo planes y notas.

—Bueno, eso se puede hacer; pero le fusilarán.

—Tal vez sí... tal vez no.

—¡Oh! no le perdonarán; lo cual por otra parte es lo que deseo.

—¿De modo que sigues odiándole?

—A muerte.

—Pues bien,—concluyó el Marsellés,—ya que entras en mi juego, déjame explicarte mis proyectos.

Ahora bien, el personaje que entró en el café de Coblentz en el momento en que un joven apuntaba con bastante osadía que el caballero de Blénure podía

muy bien ser un espía, no era otro que José Savourin, conocido en la ciudad con el nombre de Kauffmann.

El supuesto alemán poseía la tienda más acreditada de la ciudad y, como se lo había dicho al Marsellés, la clientela de los emigrados.

Era afable, atento, y tenía una mujer muy bonita de quien tenía el buen gusto de no estar celoso. De aquí que se le llamase el bueno de Kauffmann, el excelente señor Kauffmann.

Nada tenía de extraordinario su entrada en el café; se le veía ir cada noche poco antes de que se cenara.

—Buenos días, señor Kauffmann,— le dijo el barón de Azay,—¿sabéis que hace frío?

—A fé, señor;—contestó Kauffmann saludando humildemente,—que vengo de las orillas del Rhin, y el viento sopla de lo lindo allá. Buena noche para pasar en la cama.

—Pues nuestros amigos están á caballo,—observó uno de los jóvenes.

—En compañía del caballero de Blénure, cuyo honor acabáis de atacar de lo lindo,—observó el barón.

Kauffmann se había sentado en un rincón y volvía á beber cerveza.

Al oír el nombre de Blénure, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Con que, es verdad?

—¿El qué, señor Kauffmann?

—¿Que hay un caballero de Blénure en Coblantz?

—Acaba de salir de aquí.

—¿Yal—dijo Kanffmann con aire pensativo.

Y volvió á caer en su mutismo.

Pero el joven que había dirigido, con cierta ligereza, aquella terrible acusación contra el caballero de

Blénure interpeló directamente al negociante de tabaco.

—¿Conocéis al caballero de Blénure?—preguntóle.

—¡Vaya una respuesta más original!

—Señores,—dijo Kauffmann poniéndose respetuosamente de pie,—he tenido el honor de deciros que volvía de pasearme por la orilla del Rhin; añadiré además que llego de aquella hostería solitaria que hay en el camino, á un cuarto de legua de las puertas de la ciudad.

—Precisamente allí se hospeda el caballero de Blénure.

—Lo que hay, que en aquella hostería para un individuo que usa ese nombre y que me lo han mostrado.

—¿Y ese hombre?...—Le conozco yo.—¿Y no se llama el caballero de Blénure?—No.—¿No es antiguo oficial de marina?—Tampoco.

—Señores,—dijo el barón de Azay,—yo rogaría al excelente señor de Kauffmann que se explicase.

Es muy sencillo;—contestó el comerciante de tabaco.—Yo había ido á la hostería para un negocio, y me encontraba en el umbral de la puerta, cuando salió á caballo ese á quien llamáis el caballero de Blénure. Le he reconocido perfectamente; es tan caballero como yo. Es un teniente ó capitán del ejército Republicano.

Esas palabras produjeron una sensación extraña en las veinticinco ó treinta personas que se hallaban aún en el café.

—Cuidado, señor Kauffmann,—dijo el barón,—¿no os habriais equivocado?

—Señores,—contestó Kauffmann,—el año pasado me hallaba yo en Sarrebruch, cuando vinieron las tropas republicanas á ocupar aquella población. La primera compañía que entró, llevaba á la cabeza al oficial de quien os hablo.

—¿Pero le habéis reconocido bien?—Perfectamente.

—Es muy extraño esto,—murmuró el barón de Azay.

—Señores,—dijo el joven que había acusado ya al caballero de Blénure,—si ese hombre es un espía, no os quepa duda de que hallará medios de escapársenos... Volverá al campamento de Custine.

—Es muy probable.—Yo propongo una cosa,—dijo otro emigrado.—¿Cuál?

—Que se conduzca al señor Kauffmann ante monseñor el duque de Borbón.

—Y yo,—dijo el barón,—propongo esperar aquí el regreso de nuestros amigos... si vuelven.

—¡Ah!—dijo melancólicamente un joven,—no hay cuidado de que vuelvan todos.

Y pidiendo de nuevo las barajas que los criados habían retirado ya, se pegó fuego á un inmenso bol de ponche.

Al amanecer, al ruido singular de las patrullas, sucedió el precipitado galope de un caballo.

—Ahí viene uno,—exclamaron corriendo, todos hacia la puerta.

Un hombre con la cabeza envuelta en telas ensangrentadas, y con el traje destrozado, saltó á tierra diciendo:

—Dadme de beber; me ahogo...

Y se dejó caer en un banco, notándose que le corría la sangre por varias heridas.

Era el joven y esforzado caballero que había mandado el destacamento nocturno, y que la víspera, en el baile, le decía á la baronesa, á quien amaba: «Juradme que os casaréis conmigo si vuelvo.»

—¿Sólo?—exclamaron por todas partes.

—La muerte no me ha querido. Hemos caído en

una emboscada; nos hemos batido bien, pero inútilmente. Ha sido preciso rendirse.

—Pero, ¿y vos cómo habéis podido escapar?

—Largo rato hacía que estaba desmontado. Con mi último pistoletazo he matado á un dragón republicano, y he saltado encima de su caballo... ¡Beber!—repitió el caballero desvaneciéndose.

Mientras todos le rodeaban, oyóse resonar por segunda vez el galope de otro caballo, y como la vez primera, vino un jinete á detenerse á la puerta del café de los nobles.

Lo mismo que el caballero, estaba cubierto de sangre; lo mismo que él, le ahogaba la sed.

Era el hombre á quien se acababa de acusar de espía. Era el caballero de Blénure, á quien Kauffmann, el negociante de tabaco, acusaba de ser un oficial de la República.

—Señores,—dijo el barón de Azay,—me parece que esto es un mentís formal á las imputaciones calumniosas.

El caballero estaba cubierto de sangre; había recibido un sablazo en la cabeza, que, sin ser grave, había determinado una abundante hemorragia.

—Hemos marchado treinta,—dijo con voz contenida,—diez han sido muertos... dieciocho están prisioneros... volvemos dos.

Sentóse en un banco y miró en torno suyo. De pronto distinguió á Kauffmann, y se estremeció.

—Ese,—se dijo,—es mi antiguo cabo de guardias francesas. ¿Qué vendrá á hacer aquí?

Levantóse Kauffmann y se adelantó hacia él con aire cordial,

—Buenos días, capitán,—le dijo.

—Me parece que os equivocáis,—dijo con sequedad el supuesto caballero,

—No lo creo.

—Pues yo lo tengo por seguro,—replicó con altivez Petit-Jean.—¿Quién sois vos?

—Un hombre que vió entrar en Sarrebuch, á la cabeza de su compañía, al capitán Nicolás Petit-Jean.

—No le conozco.

—¿Cómo es posible, si sois vos mismo?

El supuesto caballero palideció.

—Señores,—dijo,—este hombre está loco.

—Pues yo sostengo,—replicó Kauffmann,—que sois un espía.

Y como el fingido caballero pegase un salto y llevase una mano en la espada añadió:

—Señores, apuesto á que, si se registrase á ese caballero de Blénure, se le encontrarían encima los papeles de Petit-Jean.

—¿Ese hombre es un impostor?—exclamó el capitán, víctima de un temblor nervioso.

—Caballero,—dijo interviniendo el barón de Azay,—si ese hombre ha mentado, se le castigará. Lo que ahora interesa es probarnos que miente. Os invito á que os dejéis registrar.

—¡Jamás!—gritó el falso caballero,—jamás soportaré semejante injuria.

Y desenvainó instantáneamente la espada.

Pero otras veinte espadas salieron al mismo tiempo de sus vainas. *

XII

CONDENADO

El capitán Nicolás Petit-Jean era hijo de París.

Lo que perdía en esencia aristocrática, lo compensaba en origen galo.

En cuanto vió las espadas desnudas ante él, sintióse en su elemento.

—No me registrarán,—dijo,—y espero que no me han de matar hasta después de haber agujereado la piel á todos. ¿Quién se adelanta?

Y se puso en guardia como un profesor de esgrima.

—Los dos,—dijo el joven que le había acusado de espía, avanzando el primero.

Y cruzó la espada con él.

Nicolás Petit Jean, á pesar de su herida, había conservado su fuerza hercúlea, manejaba su espada como el gigante Polifeno los troncos de los árboles. Pero su adversario era de escuela elegante y pérfida de Saint-Georges; tenía esta agilidad de movimientos, esa finura de juego que triunfan de la fuerza brutal.

El capitán le dirigió dos golpes de espada furiosos: el uno debía atravesarle y fué parado, el otro le alcanzó la espalda.

La vista de la sangre acabó de embriagar al capitán. Tiróse á fondo y resbaló, y en su caída le escapó la espada de las manos.

Al levantarse y querer cogerla, uno de los espectadores del combate le puso encima el pie. Al mismo tiempo cayóse sobre el capitán desarmado, y Kauffmann, que era vigoroso, le cogió con fuerza por los brazos.

—¡Canallas! ¡miserables!—rugió el falso caballero. ¡Infames aristócratas! ¡proveedores de la tiranía!

Estas últimas palabras le vendieron. Tendióse en el suelo, le agarrotó, amordazó y registró.

Indudablemente Kauffman estaba perfectamente enterado, cuando tanto había insistido á que se registrase al supuesto caballero.

No traía encima ya la carta que el Marsellés dirigía

al primer personaje de la República: pero poseía un billete concebido en estos términos:

«*Dejad pasar al portador, Robespierre.*»

—Señores,—exclamó el barón de Azay que fué el primero en desplegar aquel papel,—el señor Kauffmann tiene razón, ese hombre es un traidor.

En aquel momento Nicolás Petit-Jean dió una furiosa sacudida, y pretendió romper sus ataduras, y luego hizo seña de que quería hablar.

Quitósele el pañuelo con que se le había tapado la boca, y entonces se verificó en él un cambio súbito: á la cólera sucedió la calma, á las invectivas la ironía.

—Ya que me habéis cogido,—dijo,—es inútil que siga defendiéndome como á caballero de Blénure: prefiero ser lo que soy, el capitán Petit-Jean.

—¡Ah! confiesa—exclamaron todos.

—No creo que sea un deshonor llamarse Petit-Jean.

—¡Pero desgraciado!—exclamó el barón de Azay,—¿qué os proponíais?

—Muy sencillamente: quería tener los planos de la ciudad y noticias que el ministerio de la Guerra habría pagado con el grado de coronel.

—¿Y sabéis la suerte que os espera ahora?

—Sé que me fusilarán, de manera que si fuereis verdaderos nobles no me tendríais atado como un buey que se conduce al mercado. Ahora os juro, á fe de caballero, que no trataré ni de escapar ni de defenderme.

—Este hombre tiene razón,—dijo el barón—y si quiere ser mi prisionero bajo palabra, le haré desatar.

—Os lo juro—repitió el capitán.

El barón hizo una seña y fueron soltadas las ataduras.

—Ahora,—añadió el señor de Azay—mientras los príncipes deciden de vuestra suerte, voy á conducirlos

bien escoltado á mi casa, donde seremos varios que os vigilaremos.

Y volviéndose hacia sus camaradas, añadió:

—Ese hombre entró en mi casa ante todo, y á mí me pertenece como á prisionero. Luego la humanidad me impone deber de procurar se modifique el terrible castigo que le espera.

—¡Bah!—dijo con tono indiferente el capitán;—se me fusilará.

—Es probable,—dijo Kauffmann con tono burlón.

—¡Oh! - repuso desdeñosamente el capitán,—ya sé que me detestas; pero descuida que un día ú otro te llegará la tuya. , . . .

Nicolás Petit-Jean se colocó desarmado y con una completa indiferencia entre los ocho oficiales del ejército de Condé empuñando sus pistolas, y se dejó conducir en casa del barón, á aquella casita aislada donde Raul y Armada saboreaban su luna de miel. Se le señaló como cárcel una sala baja. Dos nobles se instalaron con él, para no perderle de vista ni un solo instante.

Al mismo tiempo el barón de Azay montó á caballo y corrió á la posada donde se hallaba hospedado el fingido caballero: quería apoderarse de aquel pretendido marinero, que debía ser también un espía. Pero éste había desaparecido, y el hostelero únicamente pudo decirle que había salido la noche anterior y no había vuelto.

El barón volvió á Coblenz: á las diez se hizo anunciar al duque de Borbón.

El duque estaba advertido ya. Los sucesos de la noche habían metido gran ruido, y ya toda la ciudad sabía que acababa de ser detenido un espía de la República.

—Voy á hacer reunir un consejo de guerra,—dijo el duque al barón:—el primero será juzgado y condenado hoy mismo y mañana se le fusilará.

El señor de Azay intentó abogar por la juventud del prisionero.

—Mi querido barón,—dijo severamente el príncipe, —¿no se guillotina á todo realista que cae en manos de la República?

—Por desgracia, monseñor.

—Pues bien, si indultamos á los espías, en tres meses nos habrán vencido veinte veces; é iremos todos á saludar con nuestras cabezas el pedestal sin estatua de la plaza de Luís XV. Es menester un ejemplo severo; es menester que los rebeldes sepan á que atenerse.

El barón no insistió. Volvió al lado de su prisionero, y le dijo:

—Si tenéis padre, madre ó hermanos, os invito á escribirles.

—¿Creeis que se me fusilará sin haberme juzgado?

—Eso no, vais á serlo ahora mismo.

En efecto, algunos minutos después llegó un piquete de dragones para encargarse del prisionero y conducirlo ante el consejo de guerra.

El consejo, reunido en la misma casa donde los príncipes tenían su cuartel general, se componía de ocho oficiales y cuatro voluntarios, todos nobles y que habían pertenecido al antiguo ejército.

Trájose al capitán Nicolás Petit-Jean: estaba algo pálido, pero ni su mirada ni su andar revelaban temor alguno.

Había hecho el sacrificio de su vida y se disponía á morir bien.

El presidente del consejo, era precisamente aquel marqués de Montalden que le había sorprendido, la

noche anterior, entrando en Coblentz, con una pipa en la boca.

—¿Cómo os llamáis?—se le preguntó.

—Nicolás Petit-Jean.

—¿Qué profesión es la vuestra?

—Capitán de granaderos.

—¿Convenís que os habéis introducido entre nosotros con el nombre del caballero de Blénure al objeto de sorprender los medios de defensa de la ciudad y de la guarnición, y de entregar el secreto al enemigo?

—Convengo en ello.

—¿De modo que erais un espía?

—¡Oh! permitid,—dijo altivamente el capitán,—no acepto el calificativo. Bajo vuestro punto de vista, he merecido la muerte: condenadme, pero no me insultéis.

Había adoptado una actitud altiva, y no le faltaba á su fisonomía cierta dignidad fría y casi aristocrática.

La deliberación no fué larga: el capitán Nicolás Petit-Jean fué condenado á muerte por unanimidad.

—Tenéis veinticuatro horas para reconciliaros con Dios y escribir á vuestra familia,—le dijo el presidente después de pronunciada la terrible sentencia.—Se os fusilará mañana á medio día frente á la puerta de Mayence.

Nicolás Petit-Jean saludó á sus jueces, y se retiró escoltado por dos dragones. Condújosele á la cárcel de la ciudad; viejo monumento feudal cuyos pies bañaba el Rhin, cuyas espesas murallas tenían sólo estrechas troneras guarnecidas con enormes rejas, y de donde era absolutamente imposible evadirse, como no se estuviese con inteligencia con los dependientes de la cárcel.

• • • • •
 Dos hombres se cruzaron con el condenado, cuando

éste, tranquilo y desdeñoso pasaba por entre la multitud que llenaba las cercanías de la cárcel. El primero era aquel excelente señor Kauffmann, ó sea el oficial ladrón llamado José Savournin. El segundo, vestido como un aldeano de la Frise, llevaba puesto un ancho sombrero, del cual se escapaban los bucles de una larga cabellera de un rubio rojizo: difícil habría sido reconocer en él al marinero que, la víspera, acompañaba al caballero de Blénure, y al feroz Marsellés tan temido, en París, como la misma guillotina.

—No está muy pálido,—murmuró el Marsellés al ver pasar al capitán.

—No tiene miedo,—observó Kauffmann.

—¡Oh! es valiente.—Pero le fusilarán.

—¿Qué sabes tú?—repuso el Marsellés fijando en aquel bueno de Kauffmann una mirada que le hizo estremecer.

—¿Os interesaríais tal vez por él?—preguntó con cierta sorna.

—¿Por qué no?—¿Y querríais salvarle?—Así lo espero. Kauffmann dió un paso atrás y creyó habérselas con un loco.

—Mi querido señor Savournin,—dijo sonriéndose el Marsellés—me parece que sois un imbécil.

—Podrá ser,—contestó Kauffmann,—pero en todo caso es una cosa que hallo muy extraordinaria.

—¿Cuál?—La de que hayáis desenmascarado y hecho prender al capitán, teniendo intención de salvarle.

—Mi querido señor Kauffmann,—dijo friamente el Marsellés,—¿queréis que os dé un consejo?

Kauffmann le miró.

—Cuando un hombre como yo emplea á un imbécil como vos, éste jamás debe hacerle preguntas.

El negociante de tabacos bajó humildemente la cabeza.

—Obedeced, pues,—prosiguió Oliverio Brun,—y no discutáis.

—¿Qué tenéis que mandarme?—preguntó sonriéndose Kauffmann.

—Quiero que hagas llegar este billete á la señora Rochemause, antes de una hora.

—¡He de ir yo mismo?

—No, hasta conviene que no sepa de dónde viene.

—Puedo disponer de un hombre,—dijo Kauffmann.

—¿Dónde está?—En mi casa.

—Pues vamos allá, y le explicaré la lección.

El billete que el Marsellés quería enviar á la señora de Rochemause, estaba concebido en estos términos:

«Si la señorita Armanda de Vérinières se acuerda de la manera casi milagrosa como fué salvada; si tiene un poco de gratitud hacia cierto personaje notable que jugó su cabeza para salvar la de ella, la señora de Rochemause hará todo lo posible para salvar al infeliz joven que debe ser fusilado mañana.

«Es un protegido del hombre del *cofrecito*; la señora de Rochemause, debe á este cofrecito su felicidad...»

Antes de cerrar este billete, el Marsellés lo había vuelto á leer.

Dantón mismo se equivocaría,—pensó.—En su misma letra. Decididamente, tengo un magnífico talento de imitación, y debería haberlo practicado fabricando billetes de banco.

XIII

LOS DOS BILLETES

Anocheía.

Una barca se deslizaba por el río, tripulada por un hombre y una mujer: Raul y Armanda.

A las últimas claridades del crepúsculo, se les podía

ver, sentados á popa, cogidos de la mano y contemplándose extasiados.

Empezaba á soplar la brisa nocturna, hinchando el trinquete, única vela de la embarcación.

Raul aguantaba el timón con la indiferencia de aquellos afortunados navegantes que han doblado el cabo de las Tormentas, y han entrado en el puerto.

Armanda apoyaba su hermosa cabeza, llena de gracia y melancolía, en el hombro del caballero.

—Pero, querido esposo de mi corazón,—decía,—¿sabéis que habeis estado muy ¡misterioso conmigo?

—¿Cómo se entiende, alma mía?—preguntó el caballero.

—Partísteis una noche sin prevenirme, penetrásteis en Francia donde la muerte nos amenaza siempre á todos, y habéis traído el cofre que contenía la cruz del obispo y los restos de la fortuna de mi tío.

—Hasta aquí,—dijo Raul,—no veo gran misterio.

—¿Pero cómo pudísteis alcanzar este cofre?

—No soy yo quien lo fué á buscar.

—¿Quién, pues?—preguntó Armanda sorprendida.

—Un hombre cuyo nombre va á haceros estremecer, un hombre que os ama siempre con ardor, mi querida Armanda.

—¡Oh!—murmuró ésta con cierto temor,—le adivino, ¡es éll!

—Sí,—contestó el caballero,—y arriesgó su cabeza.

—¿Pero cómo?

—Arriesgó su cabeza haciéndose portador de ese cofre que encerraba toda una correspondencia realista.

—¡Dios mío!

—Y estuvo á punto de ser detenido por los agentes de Robespierre, su más mortal enemigo. Afortunadamente fué prevenido á tiempo.

—¿Por quién?—Por mí.

Entonces el caballero refirió á su mujer lo que había ocurrido en Auxerre.

La barca iba descendiendo, y el Rhin empezaba á reflejar los campanarios de Coblentz.

—¿A dónde vamos, bien mío?—pregunto Armanda.

¿Queréis que viremos de bordo y remontemos la corriente?

—Me es igual, mientras estemos juntos. Sin embargo, quisiera volver á casa lo más pronto posible. Paréceme que nos roban en cuanto no estamos solos ya.

—Además,—agregó el caballero,—hoy no se hablará de otra cosa que de ese aventurero.

—¡Ah! aquel pobre diablo á quien han condenado á muerte.

—Paréceme entender en eso,—repuso el caballero,—y sin embargo habría jurado que era realmente un caballero.

—¿Y le van á fusilar?—Mañana.—¡Es terrible eso!

—¿Qué hay que hacer, mi querida Armanda? Los príncipes están irritados y quieren dar un escarmiento.

—¿No se le podría guardar simplemente prisionero?

—No, se le fusilará. La barca seguía descendiendo.

—¿Veis hasta allí,—dijo Raul, señalando aque monumento sombrío, cuyos pies lamía el Rhin.

Habíalo echo construir, en la Edad Media, un elector de Hesse, que, abandonado luego por la suerte y vencido por el emperador que veía un rival en él, había acabado por ser encerrado y morir en el.

—¡Terrible torre!—murmuró Armanda, pensando en la *Conserjería*, donde tan largas horas había pasado.

—¿Y está ahí?—Si.

—Quisiera poderle salvar.—Es imposible.

—¿Si yo pidiese su perdón?... Es joven, tal vez es amado, acaso tiene madre.

Y Armanda hablaba con voz conmovida.

--Alma mía,—contestó el caballero,—el príncipe de Borbón será inflexible.

—¿Y no podría escapar?

Una sonrisa melancólica asomó á los labios de Raul.

—Mirad esos muros llenos de troneras, esos barrotes... y el Rhin que murmura al pie...

Armanda suspiró.

—Y luego,—prosiguió Raul,—para escapar necesita ayuda, tener amigos como los teníamos nosotros en París.

—Realmente,—dijo Armanda,—nuestra evasión ha tenido algo de rara y milagrosa.

--Pero ese joven no tiene amigos en Coblantz; ¿quién se interesará por él si es un espía?

—Sí, pero un espía militar.

--Sea, pero nadie se interesa por él; por el contrario, hay un sentimiento general de indignación contra él. Nos ha tomado por tontos.

¡Pobre joven!--seguida murmurando Armanda.— Tiene apenas veinte años, y va á morir. ¡Oh! esto es terrible.

—¡Escapar!—prosiguió el caballero.—A más de que es casi imposible, se necesita tiempo, se necesitan más de veinticuatro horas para preparar una evasión, y ese infeliz no las tiene de vida.

Armanda seguía mirando con una especie de terror la torre.

—¿Conocéis el mayor prusiano Seldnitz?—dijo Raul.

—Sí, era un sabio, un arqueólogo; tiene la historia alemana en la punta de los dedos, y me contó una evasión curiosa que tuvo lugar aquí.

—¿De un prisionero encerrado en esta torre?

—Sí, era un oficial francés, y era en tiempo de la

guerra de los treinta años. El francés era muy joven, corneta, y había sido hecho prisionero en su primer campo de batalla. Rubio y sonrosado como una mujer, sólo tenía de varonil un bigotito naciente: Además era delgado, endeble y bajo. En su niñez le habían vestido á menudo de niña.

«Los imperiales estaban muy irritados contra los franceses, y el régimen que se imponía á los prisioneros era duro. El joven francés no había visto alma viviente desde su entrada en la cárcel, á excepción del gobernador y un carcelero que cada día le llevaba la comida.

»El gobenador era viejo, duro y feroz: pero tenía una hija joven, hermosa y sensible. ¿Cómo llegaron á verse y á amarse el prisionero y la joven? El mayor Seldnitz lo sabe solo vagamente. Pero lo que sabe es que una noche la hija del gobernador penetró en la celda del prisionero, llevando un envoltorio de ropa y navaja.

»—Tomad ese vestido de mujer, y cortaos el bigote, —le dijo ella,—vais á salir conmigo.

»—¿Pero cómo?

»—Desde anoche tengo una camarera nueva á quien nadie ha visto, ni los porteros.

»—Pero, ¿y el que me trae la comida?

»—Lo he sobornado á precio de oro.

»—¿Y vuestro padre?

«—Está ausente.

»El prisionero se vistió, se afeitó y salió detrás de la joven que iba á dar un paseo en barca por el Rhin».

—¿Y la barca?—preguntó Armanda sonriéndose.

—La barca se fué hasta Holanda.

—Donde se casaron, ¿no es verdad?

—Naturalmente.

Cuando Raul terminaba su relato, llamóle la aten-

ción un ligero ruido en el río. Al mismo tiempo divisó algo que se agitaba entre las aguas. Era un hombre que se dirigía nadando hacia su embarcación.

—¿Qué nos quiere ese hombre?—dijo la joven asustada.

—Será algún pescador cansado.

—No, mirad, nos hace señas... y llama.

En efecto, el nadador, que se hallaba lejos aún, gritó en alemán:

—¡Aguardad! ¡quiero hablaros!

Raul dió un golpe de timón y se dirigió hacia el nadador que hendía el agua y cortaba la corriente con energía.

Cuando sólo estuvo á dos pasos, Armanda y el caballero reconocieron con sorpresa que tenía el rostro ennegrecido y que entre sus dientes había algo blanco, una carta.

Llegó junto á la barca, enderezóse fuera del agua asiéndose con ambas manos en el bordaje, dejó caer la carta á los pies de la joven, y luego, soltó el bordaje, sumergiéndose y desapareció para reaparecer un instante después á veinte brazas más abajo.

Los dos esposos se miraron sorprendidos.

Era casi ya de noche, y un lince no habría podido descifrar los caracteres que cubrían la carta tan misteriosamente traída. Por fortuna brillaba una luz río arriba. Era una barcaza redonda, de esas que bajan de Mayence á Dusseldorf cargadas de sebo y de semillas oleaginosas, y que llevan en su proa una linterna.

El caballero llamó al patrón y éste echó una cuerda. Con el auxilio de esta cuerda, la barquilla se puso al costado de la barcaza y se halló en el círculo luminoso descrito por la linterna.

Entonces Armanda abrió la carta y la miró lanzando un grito.

—¿Qué es eso?—preguntó sorprendido el caballero.

—Tomad, leed,—contestó ella tendiéndole el billete: —¿conocéis su letra?—Sí.

—Es esa, ¿verdad?—Sí.

—¿De modo que es él quien nos escribe?—Realmente. exclamó Armanda—se le salvará.

—¡Pero si es imposible!

Armanda se sonrió con altivez y dijo:

—Lo que la mujer quiere, lo quiere Dios. Volvamos á casa.—¿Qué queréis hacer?

—Ir á vestirme, y luego ir á arrojarme á los pies del duque de Borbón y pedirle el indulto del prisionero.

—¿Y si os lo niega?

—Entonces veremos.

El caballero viró de bordo y orientó su vela. El viento soplabá del oeste y hacía fresco: hinchóse la vela; la barca remontó con rapidéz la rápida corriente del río, y en menos de una hora, iba á varar en una pequeña ensenada practicada al pie de los jardines en anfiteatro que rodeaban la blanca casa de Armanda.

Un criado les aguardaba en el umbral de la casa.

—Señor,—le dijo al caballero,—un jinete á quien no conozco ha venido ahora mismo.

—¿Qué clase de hombre era?

—Alto, fornido y ocultaba cuidadosamente su rostro.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dado ese billete para vos.

—¡Es muy raro todo eso!—murmuró Raul haciéndose traer un candelero.

La letra de la carta era igual que la de la que había recibido Armanda. Tampoco contenía firma y sólo contenía estas dos líneas:

«No pidáis el indulto del prisionero, pero procurad lograr un aplazamiento.»

—Sí, realmente es él quien ha escrito eso. Pero, ¿cómo alcanzar ese aplazamiento?

—Lo alcanzaré yo,—dijo Armanda.—Pero ¿cómo?

—¿No son mañana mis días?—Sí, pero...

—Pues aguardad y venid conmigo.

La señora de Rochemause se hizo vestir como si se hubiese encontrado en Versalles y hubiese tenido que asistir al juego de la reina. Puso especial coquetería en embellecerse más que nunca, y le dijo á su marido:

—¡Venid!—quiero seducir al duque de Borbón; quiero salvar al prisionero. ¡Partamos!

XIV

UN APLAZAMIENTO

Nada les había corregido, ni el patíbulo alzado á orillas del Sena, ni el incendio de sus palacios, ni el amargo pan del destierro. Versalles había emigrado, y eso era todo. En Coblenz como en Chantilly y en Versalles, seguían reinando las grandes tradiciones de la corte de Francia, mientras la República hacía frente á la Europa coaligada, con soldados harapientos y calzados con zuecos.

En vano acampaba el ejército de Condé á las puertas de Coblenz; en vano se hallaban las avanzadas del general Custine á cuatro ó cinco tiros de cañón. No por eso era más fácil llegar hasta los príncipes que cuando se hallaban en su suntuosa morada de Chantilly.

Cada noche se jugaba y se bailaba como si tal cosa en casa del señor duque de Borbón, que se hallaba entonces solo en Coblenz. Iban á casa de su Alteza Real en traje de corte. Las mujeres estaban deslum-

doras de diamantes. Había poetas, cortesanos de la desgracia que recitaban agradables madrigales. Estaba expresamente prohibido el hablar de política; debíase ignorar que existiese la República, creer que Robespierre era un mito, y Dantón un coco inventado para asustar á los niños.

La galantería francesa quería que los hombres que por la mañana se habían batido, calzasen por la noche medias de seda. En una palabra, la nobleza francesa, parecía hallarse en Coblenz como en una partida de caza.

A eso de las nueve de la noche, su Alteza Real jugaba tranquilamente al wisth. Tenía por compañero al marqués de Montendon, al joven duque de Chaiseul, y á un jovencito, el marqués de Epernay, que se ocupaba algo más de los bellos ojos de la señora de Rochemause, que del juego que tenía en las manos.

Como el príncipe tenía precisamente al joven marqués por compañero, y la partida estaba poco menos que perdida, gracias á las distracciones de éste, acabó aquel por notarlo, y le dijo:

—Mi querido señor de Epernay, rogad á la señora de Rochemause, que ni siquiera piensa en vos, que se ponga en vuestro lugar.

El marqués de Epernay, que sólo tenía diecinueve años, se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

—Así la miraréis á vuestras anchas,—prosiguió el príncipe,—y como ella no se ocupará de vos, estará por completo en mi juego.

La bella señora de Rochemause se levantó sonriéndose, y fué á colocarse de pie frente al príncipe.

—Creo,—dijo,—que Vuestra Alteza Real se hace algunas ilusiones.

—¿Sobre qué, querida?

—Sobre mi habilidad én el juego.

—¡Oh, no!—replicó el príncipe sonriendo,—según vuestra última partida de hace tres días, jugáis admirablemente.

—Pero esta noche perderé.

—¿Y por qué perderéis?

—Porque estoy triste, monseñor.

—¿Y qué motiva vuestra tristeza?

—Que mañana son mis días.

Era tan singular la respuesta, que el príncipe dejó caer sus cartas diciendo:

—Amiguita mía, jamás he jugado á adivinar charadas.

—Es que no es una charada, monseñor.

—¿Qué es, pues?—Una leyenda.—¡Oh! ¡oh!

—Una leyenda que revive y que por tercera vez llevará desgracia á mi raza.

—Decididamente, señores,—repuso el príncipe dejando las cartas,—creo que haremos bien en escuchar la leyenda de la señora de Rochemause; de seguro será más distraída que el wisth.

—Para qué?—dijo melancólicamente Armanda,—temería fatigar á Vuestra Alteza.

—No, querida, no. Sentaos ahí, cerca de mí y contadnos vuestra leyenda.

—Es una tradición de familia, monseñor.

—Pues explicádnosla.

Armanda cambió una mirada y una sonrisa con el caballero de Rochemause, y luego dijo:

—Monseñor, mi bisabuela vivía en tiempos del rey Luís XIII y había tenido por testigo de su casamiento á Su Eminencia el cardenal de Richelieu. Vuestra Alteza sabe que el terrible cardenal jamás perdonó á nadie.

«Mi abuela habitaba un castillo á orillas del Rhôme, más abajo de Lyon, al pie de las montañas del Virarais. Contaba veintidos años y un año de matrimonio.

»Cierta tarde, dos barcas remontaron el río y fueron á detenerse bajo los muros del castillo. Una de ellas conducía á dos jóvenes de noble aspecto, de frente pálida y de brillantes ojos; iban encadenados como bestias fieras. La otra transportaba á un viejo de ojos hundidos y ardientes, y de mejillas también hundidas, con un traje rojo.

»Aquellos singulares huéspedes, recibieron la hospitalidad en el castillo de mi abuela. A los dos primeros se les llamaba Cing-Mars y de Thou. El nombre del tercero hacía temblar: era el cardenal de Richelieu.

»Cuando mi abuela supo el objeto de aquel siniestro viaje, cuando se enteró del porqué la terrible Eminencia remontaba el Rhóne llevando tras sí á sus dos prisioneros, se arrojó á sus pies é imploró su perdón; mas el cardenal fué inflexible.

»Entonces ella le suplicó que aplazase por cuarenta y ocho horas la ejecución.

»—Monseñor,—decía ella,—mañana son mis días, y de seguro que me traerá desgracia eso de que unos hombres que han vivido bajo mi techo, piérdan su cabeza en semejante día.

»El cardenal fué insensible á las súplicas de la señora de Vérinières; las dos cabezas cayeron en Lyon al día siguiente, y aquella misma noche moría repentinamente mi abuela.»

—Penosa es vuestra leyenda,—observó el duque de Borbón.

—Aguardad, monseñor.

—¡Cómo! ¿no está concluída?

—Tiene una segunda parte.

—¡Ahl—murmuró el duque frunciendo el entrecejo.

—Pero,—repuso Armanda,—no quiero seguir entristeciendo á Vuestra Alteza Real!..

—Nada de eso, querida, continuad.

—¿Lo manda Vuestra Alteza?

—Os lo ruego.

—Mi abuelo,—prosiguió Armanda,—fué muerto en desafío á la edad de veinte años, en el día de sus días, porque aquel mismo día el caballero de la Barre fué descuartizado vivo por crimen de irreligión. El caballero de la Barre había sido el huésped de mi abuelo...

—Y bien, señora,—dijo el duque que empezaba á adivinar algo,—¿á dónde queréis ir á parar?

—Monseñor, yo creo en las tradiciones que persiguen á una raza.

—¡Qué locura!

—Mañana,—prosiguió animosamente Armanda,—se fusilará al prisionero francés que había tomado el nombre de caballero de Blénure. Mañana, día de mis días... Pues bien, monseñor, tengo la convicción de que matarán al señor de Rochemause en el primer encuentro de las tropas de Vuestra Alteza Real con los ejércitos de la República.

El duque se agitó en su silla; luego paseó en torno suyo una mirada tranquila y fría que heló á todos.

Únicamente Armanda sostuvo aquella mirada.

—Señora,—dijo al fin,—si me pidiéseis el indulto de ese miserable impostor, de ese espía, aun cuando debiese ver caer en torno mío, en el campo de batalla, á los mejores gentilhombres de Francia, os negaría esta gracia. Pero sí sólo se trata de un aplazamiento, consiento en concedéroslo.

Armanda cambió una nueva y rápida mirada con su marido. Esta mirada quería decir:

—¡Está salvado!

Casi á la misma hora en que la señora de Rochemause lograba que se retardase dos días la ejecución del capitán Nicolás' Petit-Jean, éste último discurría

muy melancólicamente en su encierro sobre las grandezas y miserias de este mundo.

¡Vamos!—se decía,—ya estás despachado. Mañana te fusilan. Bonita muerte, es verdad, pero que viene demasiado pronto. Ese diablo de Robespierre me ha bien fastidiado, y el Marsellés... ¡Oh! ¡qué cañalla!

El sitio donde Nicolás Petit-Jean aguardaba su última hora, era una celda de ocho pies cuadrados, situada en el tercer piso de la torre, á ochenta pies sobre el nivel del Rhin, y recibía luz por una ventana, única que daba al río, ventana con una reja de tres barrotes de hierro, gruesos como el brazo y profundamente clavados en la piedra de sillería.

Abajo murmuraba el Rhin con un ruido siniestro.

El prisionero había colocado su única silla debajo de la tronera, subiendo á ella y agarrándose á los barrotes para mirar al exterior. Pero no vió tierra; únicamente vió el cielo gris donde se cruzaban grandes cigüeñas blancas.

El ciudadano Robespierre,—prosiguió,—por más rey que parezca ser de Francia, no me sacará de aquí. Y es mañana... ¡Oh! es singular. He estado en los campos de batalla, donde llovían las balas, y me era indiferente: aun ayer en medio del combate, mi corazón no ha apresurado sus latidos... y ahora estoy conmovido, tengo miedo.

¿Tan dura cosa es morir? ¡Pobre buena madre mía! ¡qué bien hiciste de largarte!... Si vivieses aún y fuesen á decirte que tu Nicolás ha sido fusilado, derramarías todas las lágrimas de tu cuerpo. Esos miserables aristócratas me han negado una pipa y tabaco. Que me fusilen, están en su derecho; pero ¿por qué me privan de fumar? Yo no he vivido en Versalles; soy un pilluelo de París... ¿Y qué? Jamás he hecho la corte á las duquesas, ¿qué les importa, pues, que yo fume? Para un con-

denado á muerte, la vida tiene valor, ¡diablos! cuanto más disminuye, más vale. Una hora, cuando apenas os quedan doce, vale bien cuarenta libras... Pues bien, ¡doy ochenta! es decir, dos horas de vida, si se me deja fumar una pipa y se me fusila á las diez en vez de las doce!

Mientras monologaba así, oyó ruido detrás de la puerta de su celda. La llave daba vuelta en la cerradura, deslizándose los cerrojos en sus armellas, y al fin se abrió la puerta.

El capitán bajó de su silla y se volvió. Entró un hombre: era el carcelero. Aquel carcelero llevaba un gorro de lana que le bajaba hasta los ojos. Tenía en la mano un pan y un jarro de agua.

—Ahí tenéis vuestra cena, capitán,—dijo en francés.

Y como había cerrado la puerta al entrar, puso su farol encima de la mesa, que era el único mueble de la celda. Al mismo tiempo se quitó la gorra.

—¡José Savournin—gritó el capitán.

En efecto, era el oficial fugitivo y ladrón, metamorfoseado en comerciante de tabaco bajo el nombre de Kauffmann, y que ejercía entonces el cargo de carcelero.

—¡Tú!—dijo el capitán.

—Yo,—contestó Kauffmann saludando.

—¡Ah, miserable!—exclamó el condenado á muerte que intentó lanzarse contra él,—¡tú me has perdido!

—Yo te salvaré,—contestó el excelente Kauffmann.

Y sacó de su bolsillo por vía de precaución una pistola, añadiendo:

—No me gustan las disputas, y si mi antiguo sargento de la guardia francesa no es razonable, le abrasaré los sesos.

—¿Qué quieres?—preguntó el capitán lleno de ira,

—Hablarte.—Te escucho.

—Figúrate,—repuso Kauffmann con tono desembarazado,—que soy cuñado del portero de la cárcel, hermano de mi mujer, que me ha convidado hoy á cenar, cuando ha sabido que yo era quien te había hecho perder.

—¿Y qué?

—Entonces he querido hablar un poco contigo, y he venido en su lugar á traerte la cena.

—¡Ah! quieres hablar conmigo. ¿Con qué objeto?

—Tengo un encargo para tí, de tu antiguo criado.

—¿Del Marsellés?—Cabal.

—¿Y qué?—preguntó friamente el capitán.

—Tú crees que te fusilarán mañana.

—¡Toma! me parece...—Pues yo creo que no.

Estas palabras, pronunciadas con frialdad, hicieron latir el corazón del capitán.

—Cuando yo esté fuera—agregó Kauffmann—partes tu pan por la mitad y tal vez halles algo que te interese. Y cogiendo el farol, Kauffmann salió del calabozo.

XV

LA EVASIÓN

Apoderóse del pan el prisionero, dándole repetidas vueltas su mano antes de atreverse á partirlo. Al fin, notó que había sido arrancado un pedazo de la corteza y vuelto á colocar hábilmente. Aquel pedazo, que hizo saltar de nuevo, ocultaba un hueco, y de él salió un pequeño objeto blanco que cayó á los pies del prisionero.

Este dejó el pan encima de la mesa y se apoderó de aquel objeto: era un pedacito de papel que envolvía un

utensilio insignificante, que con el tacto reconoció ser un muelle de reloj.

—Bueno,—dijo—ya comprendo; tengo con qué aserrar un barrote. Pero se necesitará tiempo y no tendré bastante con toda la noche.

La obscuridad en que Kauffmann le había dejado al marcharse, no le permitía ver si el papel que envolvía el muelle tenía algo escrito; pero era probable que sí. Tal vez aquel papel le indicaba su salvación: tal vez le decía también que se diese prisa.

—Pero, ¿no le había dicho Kauffmann que no le fusilarían al día siguiente?

En aquel momento el capitán habría dado todo lo que poseía en el mundo por un cabo de vela ó por las chispas de un pedernal: pero no tenía ni pedernal ni vela. Había que esperar el día, esto es, cuatro ó cinco horas aún. Pero había tomado ya su resolución.

—Empecemos,—dijo—por aserrar un barrote. Cuando esto esté hecho faltará poco para amanecer.

Guardó el papel en el bolsillo de su chupa, colocó la mesa debajo de la tronera, puso la silla encima de la mesa y se colocó cómodamente en esta última. A dicha altura podía pasar uno de los dos brazos en torno de los barrotes, y hacer jugar con el otro su muelle de reloj. ¡Cortar un barrote de hierro del espesor del brazo con un muelle de reloj! Sólo los presos comprenden esto.

El capitán emprendió animosa y pacientemente esta tarea. Trabajó toda la noche sin detenerse más que para enjugar las gotas de sudor que aparecían en su frente.

Al fin, apareció en el horizonte un rayo de luz; ese rayo creció y vino el día.

El prisionero miró su obra. El barrote estaba cortado de sus dos terceras partes, pero resistía aún.

Apoderóse entonces del papel, y lo desdobló con avidez.

Era un billete del Marsellés, que decía:

«Se trabaja para salvarte: se logrará. ¿Por qué medio? No lo sé aún. Mas, puesto que dicen que el cielo ayuda á los que empiezan por ayudarse á sí propios, te mando este utensilio. ¡Sierra un barrote!

»Después ya veremos: mañana te escribiré.»

El prisionero volvió á emprender su tarea; pero un instante de prudencia le privó de terminarla.

—Si arranco el barrote,—se dijo;—y no es Savournin quien me lleve la comida, el carcelero que venga lo notará. Ahora no puedo saltar al río, porque los centinelas de las murallas harían fuego sobre mí. Si ese es mi único medio de evasión, será preciso aguardar la noche.

Habiendo discurrido así, el capitán sopló las arenillas de hierro esparcidas en torno del barrote, volvió á poner la mesa en su sitio habitual, y se echó en su cama.

Estaba rendido de fatiga y no tardó en dormirse, durmió más de cinco horas, y sólo despertó al ruido que produjo la puerta al abrirse.

Traíanle el desayuno, pero no era Kauffmann el portador; era el carcelero habitual, un alemán de cabeza cuadrada que no hablaba ni una palabra el francés, y esclavo de su consigna. Le habían mandado que fuese duro con el prisionero, y se mostraba brutal.

—Buenos días,—díjole el capitán, que hablaba el alemán.

—Buenos días,—contestó bruscamente el carcelero.

—¿Sabéis si me fusilan hoy?

—No lo sé.

El capitán respiró.

Consultó su reloj y vió que eran las ocho.

—Decididamente,—pensó,—si fuese para las doce, el carcelero sabría algo.

Este dejó, como Kauffmann, un pan y un jarro de agua, y se fué.

El capitán se apresuró á partir el pan en varios trozos; pero éste nada contenía, ni siquiera un billete.

—Y el Marsellés que debía escribirme,—murmuró.

Y volvió á acostarse tranquilamente, y esperó.

Al dar las doce en el campanario de Coblentz, oyóse ruido en el corredor que conducía á la celda del prisionero; era ruido de pasos y de culatas de mosquetes, el ruido de una patrulla.

Algunas gotas de sudor mojaron las sienas del capitán.

—¡Creo que vienen á buscarme!—se dijo.

Y con ser tan animoso, se estremeció.

—¡Es duro morir á los veinticinco años!

Abrióse de nuevo la puerta, y el carcelero dejó libre el paso á un oficial de gran uniforme que precedía á una docena de soldados.

Aquel oficial era el caballero de Rochemause.

—¿Venís á buscarme?—preguntó el capitán, que había dominado su emoción y no quería temblar ante un aristócrata.—Estoy dispuesto.

—Caballero, contestó sonriéndose Raúl,—hoy estoy de servicio y vengo á visitaros como á comandante de este puesto.

El corazón del capitán latió mas despacio.

—Vengo además,—añadió Rochemause,—á anunciaros que, gracias á la solicitud de una persona que se interesa por vos, ha sido suspendida vuestra ejecución.

El capitán creyó que se le tendía un lazo y juzgó deberse mostrar muy admirado de aquel aplazamiento.

—¡Cómo!—dijo,—¿hay aquí quien se interesa por mí?

—Así parece.

—Entonces ved que me alcancen el indulto; porque si solo debo retroceder para saltar mejor, prefiero saltar enseguida.

—Esto no depende de mí,—contestó el caballero.

Los hombres de la patrulla habían quedado á la parte de afuera; únicamente permanecía en el dintel de la puerta entreabierta el carcelero.

—Amigo mío,—díjole á éste el caballero,—ved si hay un centinela al extremo del corredor.

—Sí, caballero,—contestó el carcelero que se había vuelto de espaldas por unos diez segundos.

Pero durante estos diez segundos, Raúl había tenido tiempo de quitarse el sombrero, y dejar caer en la cama del prisionero un paquetito grueso como el puño. A su vez, el capitán había aprovechado la ocasión para sentarse en su cama y ocultar el paquete.

—Caballero,—le dijo Raúl,—permitidme que me retire con la esperanza de que después de haber suspendido vuestra ejecución, querrán los príncipes indultaros:

Y saludando se alejó.

Cuando estuvo solo, cogió el prisionero el paquete y lo examinó. Era un ovillo de bramante de seda muy apretado y muy sólido: en el centro había una bolita.

El capitán desdobló aquella bola, era un nuevo billete; pero la letra no era del Marsellés; era una letra pequeña, larga, que descubría la mano de una mujer.

El capitán leyó lo siguiente:

«Cuando sea de noche, atad este cordón á uno de vuestros barrotes, y dejadlo colgar sobre el río. Cuando oigáis cantar el *Banz des baches* en el río, retirad el cordón.»

El capitán aguardó con ansiedad la noche; no comprendía bién lo que se quería hacer.

Llegada la noche, siguió las instrucciones del misterioso billete; ató el cordón de seda á uno de los barrotes y lo dejó colgar por fuera. Después mientras esperaba la canción helvética, siguió aserrando su barrote.

Al cabo de una hora le bastó una sacudida para dejar pasar el cuerpo.

Casi al mismo tiempo, oyó el ruido de dos remos que azotaban bajo la tronera. Luego le pareció que el cordón de seda se agitaba nuevamente. Y por último una voz llena y sonora, una voz alemana, entonó el tamoso *Banz des baches*, y el ruido de los remos se perdió á lo lejos.

Entonces, el capitán recogió el bramante, que pesaba mucho más que antes, y comprendió que habíase atado algo á él. Ese algo que acabó por llegar hasta la tronera, era un paquete de ropas, y el centro de ellas otros tres objetos completamente distintos.

A fuerza de tentar aquellos objetos, porque estaba muy oscura la celda, Nicolás Petit-Jean reconoció una mecha azufrada y un pedernal: se le enviaba luz y la encendió.

Entonces pudo ver con gran sorpresa, ropas de mujer, una saya y una cofia de aldeana del Alto Rhin, y una cuerda de nudos.

El paquete encerraba el último objeto: una navaja.

—Bueno,—se dijo,— voy comprendiendo: he de afeitarme y vestirme de señorita; pero también podían haberme enviado un espejo.

Por último, acompañaba á todo eso un billete.

«Cortaos el bigote,—decía el billete,— vestíos y aguardad la media noche. Cuando suene ésta, ataréis la cuerda de nudos al barrote que no hayáis aserrado, y bajad por ella. Cuidado; sobre todo, con dejar la cuer-

da floja. Al llegar al último nudo, os encontraréis con una barca que acertará á pasar por debajo.»

—Vaya,—murmuró el capitán,—ese diablo de Marsellés tenía razón: me quería salvar.

Y se preparó á cortarse el bigote; mas al acercar la navaja á su labio superior, se detuvo.

—Si me hacen vestir de mujer,—se dijo,—es que no basta salir de aquí, y que deberé pasar por delante de gentes que tienen interés en no dejarme partir. Debo poner, pues, cuidado, en no cortarme la piel, lo cual es difícil sin espejo.

Pero de pronto se sonrió desdeñosamente.

—Para parisiense, murmuró,—soy bien estúpido.

El mobiliario de la celda, se componía de una cama, una mesa y una silla. Pero encima de la mesa había una jofaina de estaño y un jarro de agua.

—Con esto se hace un espejo,—dijose el capitán.

Y echando agua del jarro en la jofaina y aproximando á ésta su mecha encendida, pudo hacerle servir de espejo.

La operación fué corta: cortado el bigote, el capitán se volvió á mirar: era rubio y sonrosado como una mujer.

Vistióse, arrollóse el cabello que llevaba largo, púsose encima la cofia alsaciana, y sopló la mecha azufrada, que le podía perder si lo vieses desde fuera.

Para el cautivo que aguarda su libertad, las horas pasan lentas: el capitán esperó con el corazón palpitante y el sudor en la frente.

Después, á la primera campanada de las doce, encaramóse en la tronera y ató sólidamente su cuerda de nudos.

La noche era sombría. Oíase mugir el río á gran profundidad, pero no se le veía.

Sentóse el capitán á horcajadas sobre la tronera y

vaciló por un instante. Rodeábanle las tinieblas y tenía el abismo á sus pies. Pero en aquel mismo instante dejóse oír de nuevo, en la parte superior del río el *Ranx des baches*, acompañado del acompasado ruído de dos remos.

Entonces el capitán ya no vaciló; cogió la cuerda de nudos, agarróse á ella, y se dejó deslizar en el espacio.

XVI

¡SALVADO.

El peligro más terrible es el que no se puede medir: el miedo de lo desconocido, es el más violento.

Con ser tan animoso el capitán Nicolás Petit-Jean, sintió frío en el corazón y se le erizaron los cabellos, cuando hubo soltado el barrote de la tronera á que se había agarrado por un momento.

La noche era oscura, el Rhin rugía... El capitán tenía su vida pendiente de aquel cabo de cuerda á donde se apoyaban sus crispadas manos.

Cuando hubo bajado diez nudos, se detuvo é inclinó la cabeza... Nada vió más que tinieblas, nada más oyó que la imponente voz del río que azotaba las viejas murallas de la torre.

La canción del batelero suizo se había extinguido, ya no subía de las profundidades del abismo como una excitación y como un consuelo. Hubo un momento en que fué tan grande el terror del fugitivo, que pensó en volver á subir y á entrar en su calabozo.

Afortunadamente se acordó... se acordó de que estaba condenado á muerte, y de que si volvía á entrar, ya sólo saldría para ir al suplicio.

—¡Vaya!—se dijo recobrando algo su calma habitual,—¿voy á tener miedo ahora? Morir por morir, lo mismo da ahora que después.

Y siguió descendiendo.

Al vigésimo nudo se volvió á detener.

—¡Qué es raro!—murmuró—los parisienses tienen miedo de las tinieblas.

Y cuando permanecía de nuevo suspendido en el espacio, vacilante, emocionado y con los cabellos erizados, una voz subió hacia él. Era una voz de mujer, una voz que le gritaba:—Valór.

Esta voz le devolvió el ánimo y las fuerzas, y cuando ya hubo descendido treinta nudos, inclinó de nuevo la cabeza.

Esta vez, vió distintamente una barca debajo de él, y en aquella barca una mujer y un hombre. El hombre se puso en pie y cogió el cabo de la cuerda para sujetarla y dar mayor seguridad al capitán. Dejóse caer éste entonces, y el hombre le cogió en sus brazos.

—¡Vamos, José, deprisa!—dijo la mujer.

El hombre soltó la cuerda y la nave se alejó.

Entonces, sólo entonces, intentó el capitán penetrar con la vista la obscuridad de la noche, y ver con quien se hallaba.

Pero la mujer abrió de nuevo la boca para decirle:

—Silencio, no estáis á salvo aún, capitán.

—¡La señora de Rochemause!—Sí... callaos.

La barca torció á lo ancho, Armanda extendió la mano y señalando la torre que se destacaba vigorosamente sobre el negro cielo, añadió:

—Mirad; hay centinelas arriba y abajo, al menor ruido darían el alerta.

—¡Ah, señora!—balbuceó el capitán.—No sois una mujer, sois un ángel de Dios, y no sé por qué habéis podido interesaros por mí.

—Más tarde hablaremos de esto,—contestó Armanda:—ahora ocupémonos de vos.

Arrastró al capitán á la popa de la barca y le hizo sentar junto á ella.

Aquel á quien ella había llamado José, y que era un antiguo servidor que había seguido á sus amos al destierro, azotaba con precaución el agua. Se habría creído ver una barca fantasma deslizándose en un río de neblina.

—Escuchadme bien,—dijo entonces Armanda.—Arriba y abajo de Coblenz, el río está guardado por una línea de barcas, que no dejan pasar á nadie excepto á los que están provistos de un permiso del gobernador de Coblenz. Hace un mes trabé relaciones con una señora alemana, que reside en un castillo de la orilla derecha del Rhin, á tres leguas de aquí.

»Yo gozo de gran libertad en Coblenz y en la pequeña corte de los príncipes. Mis infortunios y mi cautiverio me han convertido en una heroína. Se me ha visto á menudo descender del Rhin en otra barca para ir á casa de la señora Kuntz, que así se llama la señora alemana, á todas horas de la noche y del día, sin otro compañero que mi criado convertido en batelero.

»Tengo, pues, un permiso del gobernador para mí, para mi camarera y para mi criado. ¿Comprendéis ahora por qué os he enviado ropas de mujer?»

—Lo comprendo, señora.

—Lo mejor que he sabido.

—Es de noche, y con las linternas no se vé muy claro... esperemos.

La barca, arrastrada por la corriente, se deslizó con rapidez suma.

—En Coblenz,—prosiguió Armanda,—hay alguien

que, como yo, se interesa por vos. Ese alguien á quien no conozco, pero con quien he estado desde ayer en correspondencia de una manera misteriosa, os aguarda á un cuarto de legua, hacia arriba del castillo de la señora Kuntz. Una vez allí, estaréis fuera de peligro.

Desaparecían los muros de Coblentz; la gran torre donde había estado prisionero el capitán Nicolás Petit-Jean, acababa de desaparecer. José encendió el fanal colocado á proa.

—Ahora,—dijo Armanda,—hay que tener audacia.

Miró al capitán en cuyo rostro daba un rayo de luz.

—Realmente,—dijo sonriendo,—con vuestra cofia alsaciana, tenéis todo el aire de una mujer.

El capitán estaba algo pálido, y su melancólico semblante no se hallaba desprovisto de dulzura.

—¡Pobre joven!—pensó Armanda,—tal vez hay allá abajo una mujer que le espera.

La barca seguía deslizándose.

Pronto el ojo perspicaz del capitán divisó una línea negra que parecía cerrar el río como con una inmensa jarcia. Era la hilera de barcas de que la señora de Roche-mause había hablado.

Al ruido de los remos de José, un hombre subió al puente de la que se hallaba en el centro, y un farol le alumbró.—¡Alto!—gritaron desde la barca.

José dejó caer los remos.

—¡Ah, de la canoa! ¿quién sois?—añadió el hombre de la barca guarda-costas.

—¡Francia! - contestó José.

—¡Arriba!—repitió el hombre.

José dejó derivar su embarcación hacia la barca, y el joven entró en ella.

—Señor marinero,—dijo Armanda con tono mo-hino,—es insoportable eso. Voy al baile de la señora de Kuntz con mi camarera que está ahí...

El marino apenas se fijó en el capitán que se ocultaba bajo su gorra alsaciana, y balbuceó algunas frases de excusa, contemplando á la señora de Rochemause.

—Es insoportable,—prosiguió ésta,—eso de que cada vez me detengáis; ahí está mi permiso.

El marino echó en el papel una ojeada y saludó.

—Y sed bastante amable,—agregó Armanda,—para retener en la memoria la voz de mi criado. Cuando llegaré allá, el baile estará terminado.

El marino, que contemplaba la radiante belleza de Armanda, dió una orden. Separáronse las barcas, y la de la señora de Rochemause atravesó la línea.

Cinco minutos después estaba lejos ya, y el farol del guarda-costas se había apagado.

—Ahora, caballero,—dijo Armanda,—estáis salvado.

—¡Ah, señora! balbuceó el capitán, doblando una rodilla ante ella y besando la orla de su vestido.

—Caballero,—repuso Armanda con voz grave,—vais á volver á ver nuestro país después de haberos librado milagrosamente de la muerte.

—Gracias á vos, señora.

—Pues bien, ¿queréis hacerme una promesa?

—¡Oh! hablad,—dijo el capitán con el entusiasmo de la juventud.

—Si alguna vez en París, podéis salvar del patíbulo á alguno de los míos, ¿lo haréis?

—Señora,—contestó conmovido el capitán,—vos habéis salvado mi cabeza; pero ella os pertenecerá siempre, y la daré con gusto en cambio de la que os sea cara.

—Tenéis corazón,—dijo Armanda cogiéndole la mano;—¡gracias!

José dirigió la barca hacia la orilla izquierda, cuyas colinas y grandes árboles se divisaban.

—En este sitio debo dejaros,—dijo la señora de Rochemause.

El capitán miró la orilla que estaba desierta aún.

—Vuestros misteriosos amigos,—añadió Armanda,—me han designado este punto: ahí deben encargarse de vos. Aguardarles.

La barca tocó á la orilla.

—¡Adiós, caballero!—repitió Armanda,—y no olvidéis vuestra promesa.

De nuevo quiso él besar su vestido; mas ella le tendió la mano, repitiendo:—¡Adiós!

El hijo del pueblo apoyó sus trémulos labios en aquella mano aristocrática, y sintió que le estallaba el corazón.

—¡Ah!—murmuró en voz baja saltando á tierra,—creo que habría hecho mejor en dejarme fusilar.

A una orden de Armanda, José empuñó los remos, y la señora de Rochemause se alejó dirigiendo con el pañuelo un postrer saludo al capitán. Este permaneció largo rato inmóvil, con la mirada fija en la barca y en el pañuelo.

Sólo cuando uno y otra hubieron desaparecido en la obscuridad, se pasó la mano por su empapada frente.

—¡Ah!—dijo,—parece ser un sueño.

—¡Un sueño de amor!—dijo una voz á su espalda.

—Volvióse estremeciéndose, y reconoció al Marsellés.—¿Tú?—exclamó.

—Naturalmente,—contestó Oliverio Brun, que se había vuelto á poner su traje de marinero.—¿Te figuras que no me ocupaba de tí?

—Sí, me has escrito...

—Y te he enviado un muelle de reloj.

—Es verdad, pero la señora Rochemause es quien me ha salvado.

—Esto es incontestable. Y por eso la debes una gratitud inmensa,—murmuró hipócritamente el Marsellés.

—Moriré por ella si es menester.

—Más puedes hacer,—dijo el Marsellés encogiéndose de hombros.—¿Qué?

—La señora de Rochemause y su marido están condenados á muerte, y si volviesen á Francia, les guillotinarían.

—Sí, pero no volverán.—Esto depende de tí.—¿Cómo?

—Me comprometo á obtener una audiencia solemne de la Asamblea nacional. Se te recibirá como á un embajador.—¿Y qué?

—Te felicitarán por haberte librado de todos los peligros, y por llevar á la Convención documentos preciosos sobre el ejército de los príncipes.

—Pero esos documentos no los tengo,—interrumpió el capitán.—Los tengo yo.

—¿Y quién te los ha proporcionado?

—Yo mismo, por algo soy polizonte.

—Es verdad.

—Llevas, pues, esos documentos á la Asamblea, te felicitan y te hacen cónsul.—¿Lo crees tú?

—¡Vaya! pero ahí llega el momento único de probar tu gratitud á la señora de Rochemause.—¡Ah!

—Pides la palabra, te diriges á la Asamblea, y dices: «Ciudadanos representantes, si me hallo aquí, si tengo el honor de contemplar este augusto senado, es porque una mujer heroica, digna de vivir bajo los auspicios de la libertad, ha protegido mi vida y me ha arrancado de los tiranos.» Entonces cuentas tu salvamento y añades:

»La ciudadana Rochemause no es una aristócrata, es una Romana, y vengo á suplicaros que me conce-

dáis, en lugar de ese grado que me ofrecéis, el indulto y la repatriación del ciudadano y de la ciudadana de Rochemause.» —¿Y crees que me lo concederán?

—Con entusiasmo. Inmediatamente se dará un decreto proclamando que el ciudadano y la ciudadana Rochemause han merecido bien de la patria.

—Pero... ¿volverán?

—¡Ah!—contestó buenamente el Marsellés,—eso depende completamente de ellos. Pero yo tengo una vaga esperanza de volverlos á ver en París... Y ahora, en marcha.—¿A dónde vamos?

--¿A dónde ha de ser sino á París?

—¿Pero cómo vamos á ir?

—Tengo dos caballos en ese bosque... Ven, antes de que amanezca, hemos de haber andado diez leguas.

Y el Marsellés arrastró al capitán: un cuarto de hora después, galopaban uno al lado de otro.

—Ese pobre capitán,—se dijo entonces el Marsellés,—viene siendo durante tres días un instrumento preciso, y no adivina ni una palabra de la comedia que ha representado tan bien. Si está vez mi amo, el ciudadano Robespierre no está contento, es que me tendrá mala voluntad.

XVII

UNA OFENSA

Ocho días habían transcurrido desde aquella sombría noche, durante la cual, la señora de Rochemause había favorecido la evasión del capitán Nicolás Petit Jean.

La fuga del prisionero había causado gran sensa-

ción en Coblentz, sensación proveedora por el profundo misterio en que estaba envuelto.

De momento habíase acusado de complicidad al carcelero, pero no tardó en reconocerse su inocencia.

—¿Quién había favorecido pues la evasión?

Unos pretendían que el fingido caballero de Blénure no había venido solo á Coblentz; otros afirmaban que se había evadido sin auxilio alguno, y que, sin duda en la previsión de un arresto, llevaba encima la cuerda de nudos que se había encontrado atada á la tronera, y la lima con que había aserrado su barrote.

El caballero de Rochemause y su mujer, tomando por pretexto su luna de miel, habían guardado prudente silencio.

Armanda había permanecido tres días en casa de la rubia señora Kuntz: Raúl no se había dejado ver en ninguna parte.

Además, si á alguien se hubiese querido acusar, de fijo no habría sido á él, pues todo el mundo conocía su terrible historia. ¿Cómo suponer la menor complicidad entre un oficial republicano y el caballero y su mujer, que, unos meses antes habían llegado al pie del patíbulo revolucionario?

El duque de Borbón se había irritado en gran manera por aquella fuga, habíase mostrado duro y brutal durante algunos días con sus oficiales. Después se había ido calmando. El duque pertenecía á su época, á la época de aquella generación dominada por la ligereza, hasta en presencia de la muerte.

Cierta noche, ocho días después, el caballero de Rochemause entró en casa del príncipe, á eso de las nueve, mientras estaba reunida la pequeña corte.

—Buenos días, Rochemause,—díjole volviéndose hacia él el duque que estaba jugando al wisth.

El caballero se inclinó.

—¿Y vuestra mujer?

—Siento tener que decir á Vuestra Alteza que ha estado delicada.

—Consecuencias de la luna de miel,—dijo maliciosamente el príncipe. Rochemause no contestó.

—¿Y dónde está?—prosiguió el duque.

—Ha vuelto esta mañana de casa de su amiga la señora Kuntz.

—¡Ah! ¿y la veremos esta noche?

—Debe venir á saludar á Vuestra Alteza.

—¿Por qué no la habéis traído con vos?

—Su tío el barón de Azay la acompaña.

—¡Ah! muy bien,—repuso el duque volviendo á su juego.

Un momento después, levantó la cabeza é interpe-
ló de nuevo al señor de Rochemause.

—¿Sabéis que tengo ganas de reñirle muy fuerte á vuestra esposa?—¿Por qué, monseñor?

—Porque es la causa primera de la evasión del prisionero.

—¡Oh, monseñor!—dijo estremeciéndose el caballero.

—¿No fué ella quien me pidió que aplazase la ejecución?—Es verdad, monseñor.

—Pues bien; si no se le hubiesen concedido estas veinticuatro horas, habría sido fusilado.

—Monseñor,—dijo gravemente Rochemause—la adhesión de mi esposa y la mía á la causa que tenemos la honra de defender, no podría hacerse sospechosa sin hacernos morir de dolor.

—Bueno, bueno,—dijo el príncipe—no os culpo de ella, Rochemause, y no se hable más.

Armanda entró dando la mano á su tío. La linda Clara de Azay les seguía.

Clara continuaba siendo la encantadora y tímida niña á quien hemos visto al principio de este relato, librada como por milagro del infame Jerónimo y de las redes del Marsellés.

Y, sin embargo, Clara no debía temer ya. ¿No estaba en seguridad, lejos de París y en medio de su familia?

A pesar de eso, la joven estaba pálida y triste, y su mirada expresaba una suprema melancolía. Hubiérase dicho que llevaba consigo un secreto mortal que la mataba lentamente.

Al entrar, desvió su mirada, que apesar suyo había buscado de momento á Rochemause. Mas el caballero sorprendió esta mirada y un abogado suspiro levantó su pecho. Indudablemente había adivinado el secreto que debía acabar por causar la muerte de Clara.

—¡Ah! ah!—dijo con tono amable el duque,—venid acá, que quiero reñiros.

Y dirigió una sonrisa á la señora de Rochemause.

—Ya sé el motivo de la repulsa, monseñor,—contestó tranquilamente Armanda.

—¿Y qué?

—Y aun cuando vuestra Alteza debiera echarme de su presencia, me atreveré á decirle que no soy culpable.—¡Oh! ¡oh!

—Y que hasta me alegró de haber salvado la vida á un hombre.—¡Un traidor!

—Sea, pero es un hombre, y un hombre de veinticinco años.—El duque frunció el ceño.

—Señores,—dijo con sequedad,—creo que la señora de Rochemause se ha vuelto republicana.

Armanda se mordió los labios, pero no bajó su altiva cabeza. El duque reanudó el juego.

Las palabras de Armanda y el malhumor del duque habían provocado algunos cuchicheos.

Los cortesanos son siempre cortesanos: en torno del caballero y de su esposa se produjo el vacío.

De improviso se abrió la puerta. Un joven entró llevando un fajo de papeles en la mano. Eran los periódicos que venían de Francia.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el duque interrumpiendo por tercera vez su juego,—veamos que hace esa buena República.

Y cogiendo el *Monitor*, lo hojeó con una risa que se esforzaba en hacer indiferente. Mas de pronto, su Alteza Real dió un salto en su asiento.

—¡Ira de Dios!—exclamó.—¿Qué es eso?

Y levantándose trémulo, leyó con voz entrecortada por la cólera estas líneas:

«La Convención nacional, oídos los servicios prestados á la República por el ciudadano Raúl de Roche-mause y la ciudadana Armanda de Vérinières, su esposa, decreta:

»Artículo 1.º Queda anulada la sentencia de muerte impuesta á dichos ciudadanos.

»Art. 2.º Dichos ciudadanos recobran todos sus derechos cívicos.

»Art. 3.º Les serán devueltos sus bienes confiscados en favor de la nación.»

Un rayo que hubiese caído en el salón del príncipe, no hubiese causado tanto terror y emoción como la lectura de esas cuantas líneas. Armanda y Raúl lanzaron un grito terrible. Al mismo tiempo el príncipe se levantó y se fué directamente hacia el caballero diciendo:

—;Explicaos, caballero, defendeos!

—Mas éste permaneció sombrío y con la frente inclinada. Armanda se había cubierto la frente con ambas

manos, y ambos, aislados, abandonados, se parecían á aquellos leprosos de la antigüedad, de quienes la gente se apartaban con horror.

El príncipe volvió á coger el periódico que había dejado caer, y continuó leyendo:

«La audacia, la sangre fría, la energía de que han dado pruebas el ciudadano Rochemause y la ciudadana Vérinières para arrancar á la muerte al bravo capitán Petit Jean...»

—¡Ah!—exclamó el príncipe,—ahora lo comprendo todo.

Y, violento como todos los de su raza, alzó el periódico y se lo arrojó á la cara del caballero.

Rochemause rugió, dió un paso atrás y llevó la mano al pomo de su espada. Mas luego, como si le hubiesen herido en el corazón, vaciló y cayó de rodillas murmurando:

—¡Ah, monseñor!...

Mas como una leona, que ve caer bajo el plomo del cazador al león su compañero, Armanda se lanzó yendo á colocarse, con los ojos ardientes, el cabello al aire y la cabeza altivamente atrás, entre su ultrajado esposo y el brutal príncipe.

—¡Ah, monseñor!—exclamó.— En un segundo acabáis de olvidar todas las tradiciones de vuestra heroica raza. Acabáis de herir el rostro de un caballero, y esta bofetada, apelo á toda la nobleza, es la condena-ción de la monarquía.

El príncipe rugía de cólera, pero se sentía dominado por la ardiente mirada de la señora de Rochemause.

—El hombre, prosiguió Armanda,—á quien vos, primo de Enrique IV y descendiente de Francisco I, habéis pegado, es uno de los que han dado toda su sangre á la monarquía. Mientras que aquí, monseñor, se os rodeaba, él intentó sacar al rey Luís XVI de la cár-

cel del Temple. Y vos, monseñor, le habéis pegado. habéis olvidado que todos los nobles son iguales, y que un príncipe de la casa de Borbón, no es más que un simple noble.

Aquella voz dominadora, aquella mirada centelleante, aquellas palabras tan nobles y justas, arrancaron un grito al duque de Borbón.

Pero no era ya un grito de cólera arrancado por el orgullo, era como un grito de desesperación. El hijo de los Condé se avergonzaba de su arrebató. Comprendía que acababa de pegar á la cara, en la persona de un solo gentilhomme á todos aquellos nobles que morían uno á uno por la espirante monarquía.

Entonces se produjo en la sala un fúnebre silencio; todo el mundo aguardó con ansiedad.

El caballero de Rochemause que parecía herido por el rayo, se enderezó, dobló una rodilla ante el príncipe y le dijo:

—Monseñor, suplico á Vuestro Alteza Real, que me haga fusilar mañana mismo; un noble deshonrado no puede vivir.

—Caballero,—contestó el príncipe,—la reparación devuelve la honra. Ante todos esos caballeros que están aquí, os pido perdón.

Rochemause lanzó un grito.

—Ahora que estáis rehabilitado,—prosiguió friamente el duque,—voy á castigaros. Habéis favorecido la fuga de un prisionero, habéis servido á la República; yo os arrojo de mi presencia y os borro de los cuadros del ejército de Condé.

—Monseñor, —contestó el caballero inclinando la cabeza,—pero hacerme matar mañana, lo cual evitará á Vuestra Alteza este trabajo.

—Y yo,—replicó colérico el príncipe,—os prohibo que saquéis la espada por nosotros.

El caballero de Rochemause se inclinó y repuso:

—Entonces iré á encontrar al rey Luís XVIII y le diré: «Señor, he salvado á un prisionero, porque los suyos me habían salvado á mí. Si he merecido la muerte, olvidad mis servicios, olvidad los de mi raza, hacedme fusilar, si he obrado según las leyes de la humanidad, si he pagado una deuda contraída, si Vuestra Majestad me perdona, permítame morir por ella...»

Y cogiendo á su esposa por la mano, salieron ambos con la cabeza erguida como leales servidores calumniados y vendidos por la suerte.

Después que hubieron salido, el duque permaneció largo rato con la cabeza entre las manos, como un hombre agobiado. Nadie osaba acercársele. Hubiérase oído volar una mosca en la sala.

—Pero, en fin,—esclamó,—¿qué interés tenían en salvar á aquel hombre?

Entonces un anciano se acercó al príncipe y le dijo:

—Monseñor, en París hay una sociedad misteriosa que se ha organizado y que se titula los *Antifaces rojos* que tiene por objeto luchar contra la guillotina.—¡Yá!

—Esta asociación salvó al caballero, á la señorita de Vérinières, y ha salvado al prisionero republicano.

—¿Y Rochemause forma parte de esta asociación?

—Sí, por ser una sociedad de socorros mútuos.

El príncipe cogióse la cabeza con ambas manos.

—Señores,—dijo,—mañana convocaré á doce oficiales, les reuniré en consejo de guerra y les someteré esta pregunta: «¿El caballero de Rochemause es culpable?» Si la respuesta del consejo es afirmativa se le fusilará; si es negativa, recobrará su rango y su grado en el ejército que tengo el honor de mandar.

Y con un gesto despidió á sus cortesanos.

XVIII

EL HOMBRE DEL CARRICK

Volvamos ahora á París.

París estaba muy ocupado desde hacía un mes. Había condenado á muerte y ejecutado á la viuda Capeto, llamada María Antonieta, ex reina de Francia. Era el estilo del día. Había enviado al patíbulo á los veintinueve Girondinos y al ciudadano Felipe Igualdad, á quien antes se llamaba duque de Orleans.

La reina, como todos saben, había muerto altiva, desdenosa, con centellas en los ojos y con varonil valor en el corazón.

No referiremos el festín supremo de los Girondinos; no nos proponemos escribir una historia de la revolución francesa, sino seguir paso á paso y en esta penumbra de la historia interna, una intriga olvidada hoy y que justifica una vez más esta máxima, que «los grandes acontecimientos tienen á menudo causas fútiles.»

Al dar las tres y media, un hombrecillo bien envuelto en una especie de carrick que le ocultaba las dos terceras partes del rostro, siguió á la orilla del Sena hasta el puente de Tournant, y fué á reunirse con la multitud que la llenaba.

La plaza de la Revolución parecía un mar de cabezas. Iba á sonar en breve la hora acostumbrada de la *fiesta del pueblo*. Aquel día, el instrumento del señor doctor Guillotín iba á ponerse en contacto con el blanco cuello y la abundante cabellera de una mujer.

El pueblo aguardaba con impaciencia la carreta. Tenía afán por saber cómo iba á morir la señora Roland, la amiga de los Girondinos.

Desde la mañana caía esa lluvia fina y compacta que semeja una espesa niebla, que tanto desagrada á los parisienses.

Un muchacho, á horcajadas sobre el parapeto del puente Tournant, gritaba á voz en cuello:

—El ciudadano Brutus se burla del pueblo: no está en su puesto, se ha retrasado.

Junto á él decía una vieja calcetera:

—Eso va mejor; ya empezábamos á hartarnos de aristócratas. Siempre nobles... ¡eso era soso!

—Pero tuvimos los diputados de la Gironda.

—¡Ah! esos han muerto bien; ¡canallas! Cantaban como en la Opera. Hasta uno nos endilgó un discurso.

—Lástima que no estuviese yo más cerca. No le oí bien.

—Parece,—repuso otra que se calentaba acurrucada en su braserillo,—parece que la ciudadana Roland es blanca y bonita.

—Habrá que ver el saludo que va á hacer al pueblo con su cabeza.

—¡Eh! madre Ghoton,—gritó el pilluelo,—¿seguís siendo portera en la calle de Saint-Denis?

—¿Te callarás, mala casta? ¡Holgazán aristócrata! —gritó furiosa la vieja.—Como si yo no tuviese de qué vivir. ¿Portera yo? ¡qué horror!

La madre Ghoton, que protestaba tan enérgicamente de haber tirado del cordón, era aquella misma calcetera que había colocado su braserillo debajo de las manos atadas del caballero de Rochemause.

—¿Aristócrata?—aulló el pilluelo.—Vaya,—que la aristócrata sois vos. ¡Buenas cosas se dicen de vos en la calle de Saint-Denis!... Dicen que habéis salvado á nobles...

La madre Ghoton se puso roja y después lívida, y luego invadió sus facciones una palidez mortal.

—¡Ah, bergante, miserable, asesino!—murmuró.
—¿Quiéres enviarme al patíbulo?

Pero nadie había oído la acusación del pilluelo ni la enérgica respuesta de la madre Ghoton. Un solo individuo, el hombre del carrick, había notado su turbación. La multitud miraba y escuchaba hacia otra parte. Aguardaba la carreta.

El pilluelo se puso á cantar un conocido y popular estribillo de la época.

—¡Pícaro muchacho!—exclamó á lo mejor el hombre del carrick, dándole una palmada en el hombro.—Tienes una voz magnífica, muy bonita.

El pilluelo así interrumpido, se volvió hacia él.

—Si tomases lecciones,—prosiguió su interruptor,—podrías entrar en la Opera.

El muchacho, engreído por el elogio, se llevó la mano á guisa de saludo á su gorra roja.

—¿Sois inteligente, ciudadano?—le preguntó.

—Soy el director de la Opera.—¡Ah!

—Y si mañana vienes á verme me encargo de tí.

Para dar más seguridad á sus palabras, el hombre del carrick puso una moneda de treinta sueldos en la mano del pilluelo, y se perdió entre la multitud.

De repente éste se puso á aullar.

—¡Ahí viene! ¡ahí viene!

En efecto, la éarreta acababa de aparecer en la plaza de la Revolución, y después de haber vociferado, callóse de pronto la multitud, y las ardientes miradas de todos se fijaron en los condenados.

El hombrecillo, siempre envuelto en su carrick, se había alzado de puntillas para ver mejor.

La señora Roland, vestida de blanco, con los hombros medio desnudos, estaba de pie en la carreta, paseando por la multitud una serena y tranquila mirada.

Un anciano trémulo, á quien le oscilaba la cabeza,

se apoyaba en ella: era el viejo la Marche, director de la fábrica de asignados. Otros varios condenados rodeaban á aquella mujer que había deslumbrado la aurora de la libertad con su talento y con su elevado criterio.

El hombre del carrick fijó en ella una mirada ardiente, extraña, imposible de describir.

—Esta mujer es una Romana,—murmuró.—¡Ah! si hubiese querido entenderse conmigo!

La carreta había avanzado hasta el pie del patíbulo.

La mujer del vestido blanco fué la primera en subir sus gradas. Mas en el momento en que el verdugo iba á poner las manos sobre ella, ella le rechazó con un gesto de reina, señalándole sus compañeros.

El hombre del carrick estaba demasiado lejos para oír las palabras que pronunció, pero adivinó éstas y las repitió á media voz:

—Todas las gentes tiemblan como mujeres, sólo esta mujer tiene corazón de hombre. Y lo adivinaba.

La señora Roland acababa de decir al verdugo:

—Dejad pasar á ese anciano y á esos hombres á quienes el suplicio aterra, yo no tengo miedo, ya me aguardaré.

En efecto, el hombre del carrick pudo ver como iban cayendo una tras otra las cabezas de los compañeros de la señora Roland. Esta permaneció siempre de pie, con la cabeza hacia atrás, bella y altiva como una reina que recibiera homenajes de sus súbditos.

Al fin llegó su hora suprema. Entonces el hombre del carrick desvió la cabeza por un segundo... Indudablemente le latió horriblemente el corazón.

Cuando volvió á dirigir las miradas hacia el patíbulo el vestido blanco había desaparecido.

Algo como un sollozo levantó entonces el pecho de aquel hombre; pero sus ojos permanecieron secos, Y

mientras la multitud se marchaba silenciosa, y se fué de prisa, llegó al extremo del puente Tournant, y se abrió paso entre el océano humano que llenaba la plaza de la Revolución.

El pilluelo había reanudado su canción, y esta canción que resonaba estridente, persiguió al hombre del carrick hasta el pie del patíbulo.

Allí, como la multitud era más compacta, vióse detenido por un momento, y un hombre en carmañola le empujó... Dió un paso en falso y sus pies resbalaron en la sangre de la señora Roland, que acababa de morir.

El hombre del carrick lanzó una especie de grito de terror, pero otro hombre que se hallaba detrás de él, le sostuvo y le privó de caer.

Entonces el misterioso personaje volvió á emprender su camino, sin ni siquiera dar las gracias al que le había sostenido, y así llegó hasta el ángulo de la calle Saint-Honoré.

Una vez allí, se detuvo un instante como para tomar aliento y sus delgados labios articularon estas palabras:

—Creo que si hubiese visto caer la primera cabeza que fué separada de su tronco en nombre de la libertad, habría puesto á raya la revolución... El juez que condena, no ve ejecutar sus sentencias.

Y después de pronunciadas estas palabras con voz febril, siguió su camino y penetró en la calle Saint-Honoré. Entretanto, unos pasos no menos acelerados que los suyos, resonaban detrás de él. Eran los del hombre que le había impedido caer en la sangre de la señora Roland.

Era tan extraño el aspecto de aquel hombre, que bien merece algunas líneas: bajo, jorobado hasta la exageración, su deforme cuerpo era sostenido por dos pequeñas piernas delgadas y torcidas; era además, de

una fealdad repulsiva y tenía grandes ojos redondos, orlados de rojo. Unicamente sus labios, delgados y descoloridos, denunciaban, con su frente despejada, cierta inteligencia. Vestido con una minuciosidad pretenciosa, completamente de negro, habríasele creído un hombre de iglesia ó algún procurador de provincia venido á París para estudiar las bellas maneras de los descamisados.

Hacía diez minutos que seguía obstinadamente al hombre del carrick.

Este apresuraba el paso á medida que avanzaba por la calle de Saint-Honoré. El jorobado echó á correr y alcanzó al hombre del carrick en el momento en que éste iba á desaparecer en el obscuro comedor de la casa número 366.

—¡Salud al más grande ciudadano de la República!

El del carrick se estremeció volviéndose con visible malhumor.—Os equivocáis,—dijo.

—No por cierto,—replicó el jorobado;—sé muy bien á quien me dirijo.—Y mientras el del carrick fruncía el ceño, añadió sin impresionarse.

—Acabo de prestar hace poco, un ligero servicio al ciudadano Maximiliano Robespierre; se ha privado de caer...

Robespierre, pues era él, hizo un movimiento de sorpresa é irritación.

—¿Qué me queréis?—volvió á preguntar.

—Ciudadano,—repuso el jorobado,—tengo el honor de ser colega vuestro en la Convención.

—¡Yal—dijo Robespierre con creciente malhumor:—¿cómo os llamáis?

—Resellière-Lepaux, diputado de Angers.

—Bien, ¿y qué puedo hacer por vos?

—Deseo hablaros de un proyecto eminentemente patriótico.—Es que no tengo tiempo ahora.

—Dispensad; permitidme llegar hasta el fin.

Resignóse Robespierre y se apoyó en el cancel que durante el día cerraba el corredor de su casa.

—Ciudadano,—repuso el jorobado,—vos habéis librado á la República de todos sus enemigos... Mañana seréis dictador si os acomoda.

—Callaos,—dijo Robespierre pálido de emoción.

Y abriendo bruscamente el cancel, arrastró tras sí al jorobado. —Entrad,—le dijo,—no todo se puede decir al aire libre.

Y entrando en la portería, cogió su llave, y subió con ligereza á su tercer piso. El jorobado le siguió.

Robespierre le hizo entrar en su dormitorio, que era á la vez su cuarto de trabajo. Las palabras del jorobado le habían impresionado, y su corazón tan tranquilo y frío habitualmente, latía con singular irregularidad.

—¿Vendrá ese hombre á ofrecerme, en nombre de todo un partido, lo que desde tan largo tiempo vengo soñando?—pensó.

Ofrecióle una silla, y quedóse de pie delante de él.

—Veamos,—dijo,—os escucho.—El jorobado apoyó majestuosamente una mano sobre su corazón.

—Ciudadano,—dijo,—gracias á vos, Francia es hoy una nación regenerada, que espera confiada sus nuevos destinos. Mas á pueblo nuevo, corresponden nuevas instituciones, y yo vengo á proponeros una nueva religión.

El procónsul retrocedió estupefacto.

—Acabo de inventar una religión que hará la felicidad de Francia y de su nuevo amo,—prosiguió el jorobado marcando su última frase.

Robespierre se estremeció de nuevo.

Mi religión,—añadió con énfasis el jorobado,—se llamará la *teofilaniropía* ó culto de la Razón.

El procónsul pensó si se las había con un loco. Pero éste había hablado de un *amo nuevo* para Francia y dominado por la adulación, le dijo:

—Continuad, ciudadano; explicadme vuestra nueva religión.

XIX

LA ÚLTIMA TENTATIVA

—Sí, ciudadano,—dijo el hombrecillo feo y jorobado, ante quien Robespierre seguía permaneciendo de pie,—á nuevo pueblo, amo nuevo y religión nueva. La de que yo tengo el honor de ser el inventor, está basada en la razón, en el buen sentido y en la lógica.

—Tres cosas que se parecen,—murmuró Robespierre con tono ligeramente irónico.

—Mi religión es tan simple como hermosa,—prosiguió Revellière Lepaux.—Suprime á Dios, porque Dios jamás ha sido bien definido, y es casi seguro que jamás existió. Suprimido Dios, sostengo empero una divinidad, última concesión á las ideas antiguas; la substituyo por el *Ser Supremo*.

—Es exactamente lo mismo,—observó Robespierre.

—Conformes, pero el nombre es distinto, y esto es una notable diferencia.

—Sea. ¿Qué más?

—Suprime igualmente el clero; es inútil tener sacerdotes á quienes hay que pagar: pero conservo las iglesias.

—Ya debéis saber,—dijo friamente Robespierre,—que hay algunas que han convertido en cuerpo de guardia.

—La metrópoli del nuevo culto,—prosiguió el jorobado á quien no turbaban las interrupciones de Robespierre,—será Nuestra Señora á que titularé el templo de la Razón.

—Muy bien, pero...

—Esperad, ciudadano;—he escrito el programa de la inauguración del nuevo culto, que, con vuestro beneplácito, fijo para el diez de Noviembre próximo.

El diputado por Angers sacó del bolsillo un rollo de papel.

Robespierre lanzó un suspiro; mas pareció resignarse á oír la lectura, y Revellière prosiguió:

«Párrafo 1.º La fiesta tendrá lugar en Nuestra Señora. Las imágenes de santos y santas, han sido substituídas por bustos de las imágenes de la Razón, [tales como el ilustre Marat, el mártir Chalier, el apóstol. Todos los chismes del culto, como casullas, estolas, púlpito, misales, etc., serán amontonados á las diez de la mañana frente al templo, un cañonazo disparado desde la casa Consistorial dará la señal, y enseguida se pegará fuego á todas esas antigüedades, y el último obispo de París, será conducido ante la hoguera, descalzo, con la cabeza descubierta y un báculo roto en la mano, y una vez allí, rendirá culto á la Razón y pedirá humildemente el bautismo civil, que es el único razonable.

»Párrafo 2.º En medio de la gran nave de Nuestra Señora se levantará un templo á la *Filosofía*, de arquitectura imponente y sencilla á la vez, y adornado con los bustos de algunos filósofos. En su puerta arderá una antorcha, debajo de la cual se leerá: *¡Antorcha de la verdad!*

»Párrafo 3.º La multitud cantará himnos á la *Razón*, mientras que la diosa, bajo la forma de una soberbia mujer, salga del templo para recibir los homenajes

de los mortales. Una música graciosa y ligera, expresará la alegría de los adoradores de la *que engendra la verdad*. Después la diosa Razón, sentada en un sillón, rodeada de guirnaldas de roble, símbolo de fuerza y de virtud, será llevada por cuatro hombres armados de picas, llevará cubierta la cabeza por un velo transparente, alegoría que significará que la Razón no está al alcance de todo el mundo.»

El grave Robespierre no pudo reprimir una sonrisa.

«La diosa,—prosiguió el jorobado,—llevará en la cabeza el gorro frigio de la libertad, y ondulará en sus hombros un manto azul. Uno de los miembros de la Convención irá á su encuentro, y la introducirá en la sala de deliberaciones. Entonces, el más grande ciudadano de la República...»

Pronunció con cierta complacencia el jorobado esta frase, que hizo estremecer agradablemente á Robespierre y prosiguió:

«El más grande ciudadano de la República, el que tiene los destinos de Francia, y que puede cambiar, á su antojo, la forma de su gobierno...»

El procónsul sintió palpar ligeramente su corazón.

«El gran ciudadano, continuó Revellière, proclamará la caducidad del culto católico, como incompatible con la moral, la humanidad y el buen sentido, y proclamará el culto de la Razón.

»—Caed,—dirá,—velo de la Razón, ante un gran pueblo y ante su augusto senado.

»¡Y el velo caerá.»

En este punto se hallaba de su programa, el respectable diputado de Angers, cuando sonó la campanilla de la habitación del gran ciudadano.

—¡Al diablo el importuno!—dijo Robespierre frunciendo el ceño.

Pero el gran ciudadano se había impuesto la obligación de jamás negarse á abrir su puerta. Recibía al más humilde ciudadano de la República; gustábale hacer ostentación de la pobreza monacal de su vivienda; y dejaba ver con orgullo á todos que era el ciudadano más indigente y más incorruptible de la República. Fué, pues, á abrir.

La aparición de su visitante le hizo retroceder de nuevo: era Dantón, aquel Dantón que, algunos días antes, había querido ahogarle entre sus nervudos brazos.

Afortunadamente, Robespierre no estaba solo, y la presencia del jorobado le dió valor para sonreirse y conservar toda su sangre fría. Además, Dantón, estaba sosegado.—Buenos días, querido colega,—dijo éste.

Y mientras Robespierre, mudo, se desviaba para cerrar la puerta, Dantón fué directamente á la segunda pieza, detúvose un instante en su umbral, y luego soltó una ruidosa carcajada.

Acababa de reparar en el ciudadano Revellière con su manuscrito en la mano. Este se puso colórado, levantóse y balbuceó una especie de saludo.

—¿Y eso, amigo mío?—exclamó Dantón volviéndose hacia Robespierre á quien aquella carcajada había desconcertado;—¿estáis loco por casualidad?

—Que yo sepa...

—Pero por Dios; ese es Revellière Lepaux, autor de un proyecto de religión.

El diputado de Angers saludó.

—Sí, me lo vino á consultar...—agregó Dantón.

—¡Ya!—dijo Robespierre dejando caer sobre el jorobado una mirada más fría, más acerada, más centelleante que el acero de la guillotina.

—Sí, querido,—dijo Dantón,—vino á leerme su proyecto.

—¿Y qué?—preguntó Robespierre.

—Nada, que le puse á la puerta.

Revellière-Lepaux se puso lívido.

—Me pregunté,—añadió Dantón,—cómo podían germinar tantos absurdos en cabeza humana, y cómo todo un departamento como Maine-et-Loire, podía enviar á semejante imbécil á sentarse entre nosotros.

Y apoyando su ancha mano en el hombro del aturdido jorobado, le dijo:

—Querido colega, siento interrumpir la lectura de vuestro interesante manuscrito, pero vengo aquí para cosas más graves que el culto de la diosa Razón, y os ruego que me dejéis á solas con mi colega del comité de salud pública.

Dantón acompañó estas palabras con un gesto imperioso que dominó al mismo Robespierre. El jorobado salió andando hacia atrás, más muerto que vivo, saludando hasta el suelo y sacudiendo su cabeza para asegurarse de que la tenía aún sobre los hombros.

Robespierre pálido y silencioso había apoyado la espalda contra el marco de la chimenea.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras el jorobado, Dantón miró á su colega y le dijo:

—Escucha, he venido para hablarte por última vez el lenguaje de la franqueza y de la razón.

—Te escucho,—contestó friamente Robespierre.

—¿Sabes que llevamos diez meses caminando constantemente entre sangre? Hemos guillotinado á Luís Capeto; está bien: su cabeza era el guante que arrojábamos á Europa. La nobleza ha subido al patíbulo detrás de él; también está conforme: para derribar el antiguo régimen, era preciso diezmar la aristocracia. Pero, cuando ya no tenemos aquí ni reyes ni nobles á quienes herir, hemos vuelto nuestras armas contra nosotros mismos. Ayer los Girondinos, días atrás la reina, hoy

la señora Roland... ¿Sabéis Maximiliano, que un pueblo delirante que guillotina mujeres, está en visperas de asesinar á los que han sido los primeros en hablarle de libertad? Francia camina hacia la locura, y los que la guían están locos ya. Si vengo hoy á tu casa, es porque impongo silencio á mis rencores, es porque estoy horrorizado y aterrado, es porque vengo á decirte: «¡Detengámonos!» Di, ¿lo quieres?

Dantón estaba conmovido, y miraba á Robespierre sin odio, sin cólera: éste entreabrió sus delgados y descoloridos labios, y dejó caer de ellos esas palabras:

—No se detiene un torrente; la revolución necesita un bautismo de sangre, y la República necesita tiranía para fundar la libertad. El hacha no ha terminado aún su obra...

—¿Pero á quién quieres herir aún?

—A todos los que, por cálculo, por debilidad ó por fastidio puedan dar alguna esperanza al régimen caído.

—Ten cuidado, Maximiliano; el pueblo se cansará...

Robespierre guardó silencio.

—He venido aquí,—prosiguió Dantón,—llevándote la paz ó la guerra: ¡escoge!

—Eso, según...

—¿Quieres detenerte? ¿Quieres que Francia respire? Que caiga el patíbulo y que aparezca realmente esa libertad siempre prometida y que hasta ahora sólo ha sido presentada por nuestra tiranía? Si lo quieres, te tiendo la mano y marchó contigo, seré tu amigo, te dejaré pasar adelante.

—¿Y si no acepto?—preguntó Robespierre estremeciéndose.

—Entonces, habrá la guerra, guerra á muerte, sin cuartel, entre los dos, un combate sin tregua, que sólo

concluirá en las gradas de la guillotina. ¡Ahora, escoge!

Robespierre entornaba los ojos y callaba:

—¡Vamos!—exclamó Dantón,—habla, contesta un sí ó un nó.

El procónsul levantó su empañada mirada, fijóla en su colega y contestó:

—No quiero ni la paz ni la guerra, quiero el bien del Estado y la salvación de la República.

—No es eso lo que quieres, Maximiliano,—replicó Dantón,—lo que tú quieres... ¡ya lo sé yo!... ¡Adiós!

Dió un paso hacia la puerta y la abrió bruscamente; mas antes de pasar su umbral, volvióse y dijo:

—Maximiliano Robespierre, hace tiempo que adiviné tu secreto pensamiento. Quieres reinar.

Robespierre ahogó un grito y dejó escapar un gesto de enérgica protesta.

—¡Oh!—agregó Dantón—cuando digo *reinar*, ya me entiendo: no te supongo tan estúpido que oses tomar el título de rey; pero sueñas en la dictadura vitalicia, que es exactamente lo mismo... ¡Adiós!

Salió Dantón, bajando rápidamente la escalera de la casa de Robespierre, como si estuviese infectada por alguna terrible peste, murmurando:

—Se siente aquí un olor á tiranía que apesta.

Había llegado la noche, cargada de niebla; la gente circulaba compacta por aquella gran arteria de entonces llamada la calle de Saint-Honoré, y que en breve debía perder su nombre.

Dantón se dirigió hacia los mercados.

De pronto le tocaron en el hombro: volvióse y vió delante de él á un hombre embozado que ocultaba el rostro bajo las anchas alas de un sombrero.

—¿Qué me queréis?—preguntóle bruscamente Dantón.

—Entregaros esto—contesta el desconocido.

Y tendió á Dantón un billete cerrado, alejándose con rapidez y yendo á perderse entre la multitud y la niebla.

Sorprendido Dantón, fué á colocarse debajo de un reverbero y examinó el billete en cuyo sobre se leía:

Al ciudadano D...

Lo abrió, y al pie de dos puñales en cruz colocados debajo de un antifaz que le servía de membrete, leyó:

«El ciudadano D... está perdido si no acepta el auxilio de los Antifaces rojos. Antes de un mes caerá su cabeza en el patíbulo.»

Ninguna firma acompañaba estas líneas: Dantón magulló colérico la carta.

—No,—dijo—esos hombres son realistas y no quiero su auxilio. ¡Antes caiga mi cabeza!

Y rompió el billete arrojando sus pedazos al suelo. Un hombre caminaba detrás de él.

XX

UN NUEVO LAZO

El hombre que seguía á Dantón se detuvo al ver á éste hacer trizas el misterioso billete, y tirar tras de él los pedazos.

Bajóse luego, y los fué cogiendo uno á uno.

Cuando hubo recogido el último pedazo, los estrechó en el hueco de su mano, y luego, retrocedió, y se encaminó á una especie de taberna lóbrega que había en la esquina de la calle del Roule.

El amo le saludó con respetuosa familiaridad.

—¿Está aquí el Dormilón?—preguntó el recién llegado.

—Sí, ciudadano, arriba en el gabinete.

Subió aquél con presteza al primer piso, ó más bien al caramanchón que servía de entresuelo al establecimiento, y abrió la puerta de una especie de chiribitil de cuatro pies cuadrados, adornado con dos sillas y una mesa grasienta.

El Dormilón, aquel ingenioso agente que había reconocido á su amo en el coche del ciudadano Isnard, estaba allí, con los codos apoyados en la mesa ante un jarro vacío é iluminado por una humeante vela.

—Chico,—dijo el Marsellés, pues este era el que recogiera los fragmentos del billete,—baja á buscar pluma, papel, tinta y cera.

Obedeció el Dormilón, y entonces el Marsellés reunió encima de la mesa los pedazos de papel, los ajustó y acabó por poder leer el billete que el club de los Antifaces rojos había remitido á Dantón.

—Me lo sospechaba,—dijo.

El Dormilón reapareció provisto de los objetos que el Marsellés le había pedido, y éste añadió:

—Ahora anda al droguero y pídele cinco céntimos de engrudo en un papel.

Volvió á salir el Dormilón, y durante su ausencia el Marsellés escribió, imitando lo mejor que pudo el carácter de letra del billete, las siguientes líneas.

«Ciudadano:

»Ha llegado para tí la hora de vencer ó de morir.
 »Robespierre ha jurado tu perdición, tu cabeza está
 »prometida al verdugo; si sucumbes, tu nombre pasará
 »deshonrado á la posteridad, y sucumbirás si rechazas
 »nuestro auxilio.

»He aquí lo que te proponemos: hazte realista, atrae
 »á la buena causa á todos esos hombres extraviados que
 »te obedecen aún, y mañana Robespierre y su cohorte
 »serán aniquilados.

»A tí, ciudadano, estamos encargados de ofrecerte, »en nombre del rey Luís XVIII, la dignidad y las funciones de gran canciller. Si tu ambición no está satisfecha, habla y se procurará en complacerte.»

Al pie de esta extraña carta, el Marsellés dibujó correctamente los dos puñales en cruz y el antifaz superpuesto, que era el membrete del club.

Volvióla á leer, sacó copia de ella, la dobló, y la selló con cera con un pequeño sello que el día antes había hecho grabar.

Hizo reblandecer después la cera y aplicó sobre ella, casi en frío el sello, para que se marcase mejor.

Y por último puso en el sobre: *Al ciudadano D...*

Reapareció el Dormilón con el engrudo. El Marsellés mojó en él las barbas de su pluma, y untó una hoja de papel encima de la cual reunió por orden todos los fragmentos del billete roto.

—¿Qué estáis haciendo ahí, mi amo;—preguntó el Dormilón.

—Oyeme bien,—contestó el Marsellés dirigiéndole una mirada oblicua,—si algún día llevo á recibir una cuchillada, ó rompo con el ciudadano Robespierre, ó por un motivo cualquiera dejo de ser jefe de la policía secreta, es probable que tú me substituyas.

El Dormilón saludó suspirando.

—Eres inteligente y haces como yo, no tienes escrúpulos. De modo que reunes las condiciones que desea Su Majestad el ciudadano Robespierre.

—He ahí una palabra que le gustaría,—observó el Dormilón.

—Cada día se lo repito yo,—contestó flemáticamente el Marsellés,—y eso te retrasa algo la herencia. Sería posible, pues, que llegases á reemplazarme... Pues voy á darte un buen consejo: si alguna vez te sucede, siendo jefe, que algún agente te interrogue, límitate á

contestarle: «Vos estáis aquí para obedecerme y no para preguntarme.»

Mordióse los labios el Dormilón, pero no dijo una palabra. El Marsellés acabó tranquilamente de pegar sus pedazos de papel con tal limpieza que apenas se notaba que estuviese roto; sacó copia también de él y lo guardó todo en su bolsillo, á excepción de la carta dirigida al ciudadano D... Mientras ejecutaba esto, Oliverio Brun se hacía esta reflexión:

—Es probable que el club de los Antifaces rojos deje á Dantón la noche para reflexionar, es de creer que hasta mañana no le enviarán nuevo emisario. Yo respondo de que será bien recibido.

Tendió entonces la carta al Dormilón, que se cuadró como un militar, y le dijo:

—Oye, vas á capuzarte en una capa de color de tierra y en un sombrero de anchas alas: te proporcionas luego un antifaz de terciopelo rojo, que los hallarás en casa del guardarropa de la Opera; y luego, á eso de las nueve de la noche, mientras el ciudadano Dantón juega al ajedrez en el café Foy, tú vas á su casa, echas rápidamente esa carta encima de la mesa de la portera, pero arreglándote de modo que ella pueda ver tu antifaz.—Está bien,—contestó el Dormilón.

El Marsellés se hizo llevar un vaso de aguardiente, lo bebió de un trago, tiró diez sueldos encima del mostrador, y se fué diciendo:

—Ahora vamos á ver lo que piensa el amo.

Y se dirigió hacia el número 66 de la calle Saint-Honoré.

—Subid,—le dijo la portera, que le conocía, haciendo una seña de inteligencia,—arriba está el ciudadano.

En vez de tirar de la campanilla, el Marsellés golpeó con la mano.

Era la señal convenida entre Robespierre y sus íntimos.

El procónsul fué á abrir. Estaba pálido aún, agitado é impresionado por su violenta entrevista con Dantón. En cambio el Marsellés entró risueño y tranquilo como quien lleva buenas noticias.

—Apuesto,—dijo con voz melosa y mientras Robespierre cerraba la puerta,—á que mi amo se las ha habido otra vez con esa fiera de Dantón.

—¡Dantón!—dijo Robespierre estremeciéndose.

—Estaba aquí hace media hora.

—¿Cómo sabes eso?

—Se ha encontrado aquí con el ciudadano Reveillièrre-Lepaux.

—Es verdad.

—Yo,—dijo modestamente el Marsellés,—lo he oído todo: tenía el puñal en la manga y me hallaba dispuesto á todo.

La mirada de tigre de Robespierre, se volvió afable.

—Está bien,—dijo,—eres un hombre con quien se puede contar, pero...

—Ya me esperaba el pero,—interrumpió el Marsellés;—veamos.

—Hay que acabar.

—Esto quiero yo.

—¿Pero cómo?

—Mi amo,—repuso el Marsellés que había inventado esa disidencia mezclada de respeto por haber sido abolidas todas las demás fórmulas de cumplido,—mi amo vá á ver claro enseguida. Tengo que darle una noticia.

--Venga.

—Al salir de aquí, el ciudadano Dantón ha seguido por la calle Saint-Honoré.

—¿Le has seguido?

—¡Claro! no da un paso sin mí.

—¿Y á dónde ha ido?

—Hacia los mercados. Por el camino, un hombre le ha detenido y le ha entregado un billete, de que os traigo la copia.

El Marsellés presentó dicha copia á Robespierre que se estremeció de gozo.

—¿Cómo te la has podido proporcionar?—repuso éste.

—La he tomado del original.

—¿Lo tienes?

—Algo deteriorado, porque el ciudadano Dantón, indignado, la ha roto; pero los pedazos están bien.

Robespierre se apoderó ávidamente del original.

—¡Ah!—dijo,—¡si pudiese aceptar! pero es honrado y no aceptará.

—Si aceptase,—dijo fríamente el Marsellés,—vuestra cabeza y la mía tendrían la misma suerte. Los antifaces rojos son más fuertes que nosotros.

Y sin embargo hay que exterminarlos,—exclamó con ira Robespierre,—hay que destruirlos á esos fantásticos conspiradores. Y aun cuando yo debiese...

Ciudadano,—dijo interrumpiéndole el Marsellés,—esa gente no se ocupa de política; lo mismo salva á los republicanos que á los realistas. Además, ahora necesitamos que existan.—¿Por qué?

—Nos ayudarán á perder á Dantón; después veremos.

—Sea.

—Lo que conviene impedir á toda costa, es que Dantón se ponga en contacto con ellos, y ved ahí lo que he imaginado.

Sacó entonces el Marsellés la copia de la carta y la otra carta que el Dormilón estaba encargado de llevar. Esta vez en los delgados labios de Robespierre asomó una sonrisa de satisfacción.

—Esto,—dijo,—es un golpe maestro. ¡Ciudadano, te felicito.

—Esto es nada aún,—repuso el Marsellés.—Necesito en París á los señores de Rochemaüse.

—No volverán.—Volverán.—¿Cómo?

—Si me dais amplios poderes es cosa mia.—Habla.

—Quiero ir al ejército del Rhin. Ahora que se ha enfrenado á Custina, estaré allí más á mis anchas. Ese republicano aristócrata me fastidiaba.

—Irás al ejército del Rhin.

—¿Con poderes secretos, tan amplios como los de un comisario de la Convención?—Los tendrás.

—¿Y si robo á una niña no me acusaréis de inmoralidad?—No.

—Podrá ser que haga fusilar á algunas.—¿Realistas?

—O republicanas—¿Y qué más?

—Después os juro que á los quince días el caballero de Rochemaüse y su mujer estarán en París.

El Marsellés quedó pensativo por unos instantes.

—¡Ah!—dijo al fin,—olvidaba una cosa.—¿Qué?

—Quiero una orden de prisión.—¿Para quién?

—Para el ciudadano Mario Gratiet, el marido de Farandola.

—¿Ya sabes que es capitán de la guardia cívica y que está en muy buenas relaciones con el municipio?

—Lo sé.

—Le soltarán casi enseguida, nada hay contra él.

—Me basta que pase una noche en la carcel.

—¿Y durante esta noche?...

—Tendré tiempo para llevarme á Farandola á las orillas del Rhin.

—Confieso que no te entiendo,—dijo Robespierre.

—Para ella,—contestó el Marsellés,—perdimos la primera parte, y con ella, ganaremos la segunda.

Está bien,—dijo Robespierre.

Y firmó la orden de prisión.

Despues guardó cuidadosamente el original y la copia del billete dirigido á Dantón por los Antífaces rojos y murmuró:

—Esta es la primera pieza de su proceso criminal.

Aquella noche, á las diez, Dantón regresó á su casa y se le entregó una carta. Al ver el sello se estremeció.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó.

—Un hombre que llevaba un antifaz rojo.

De momento estuvo tentado de tirar la carta al fuego sin leerla; pero le venció la curiosidad, rompió el sello, leyó y palideció.

—¡Oh! eso es demasiado,—exclamó.—¿Por quién me toman esos hombres? Mañana leeré esta carta en la Convención. ¡Es preciso que se les extermine pronto

Y Dantón subió á su piso rugiendo como un león.

XXI

UNA SORPRESA

Maria Gratiet acababa de cerrar sus almacenes y de despedir á sus dependientes: vivía solo, con su mujer, en su despacho.

Ya se recordará que su mujer no era otra que Farandola la bailarina, la pobre bailarina á quien tanto había amado, que por tanto tiempo había rechazado su mano y que solo la había aceptado para salvar á la señorita de Vérinières.

Volviendo á las últimas páginas de la primera parte de esta historia, ó sea del mes de Abril anterior, se recordará el cuarto de Baluche, la tabla que establecía una especie de puente entre su ventana y la de Faran-

dola, y por último, la audaz evasión de la señorita de Vérinières oculta bajo el traje de boda de la bailarina.

Preciso era que el honrado capitán de la guardia cívica amase mucho á Farandola para consentir en hacer traición á la República, salvando á una aristócrata.

Mario Gratiet era sinceramente republicano, creía en la libertad y quería la soberanía del pueblo. Además, hacía como todo comerciante concienzudo; no le gustaba comprometerse.

Imbuído en estas ideas, que forman la fuerza del tendero de París, y que tienen buen sentido lo que les falta de patriotismo, Mario Gratiet había querido mucho al rey, cuando el rey reinaba y el comercio iba bien. Después había acogido la República, primero con frialdad, después con entusiasmo, cuando se había visto proclamar capitán de la guardia cívica.

Su amor por Farandola había trastornado la existencia tranquila y tan bien calculada de Mario Gratiet. Durante algunos meses, el gran comerciante se había sentido rejuvenecer.

Después Farandola había consentido en ser su esposa, y ya se sabe con qué condiciones.

A su regreso de la frontera, que había pasado con su pretendida mujer, el ciudadano Mario Gratiet había encontrado á Farandola, su mujer legítima, tranquilamente sentada detrás del mostrador.

Tanto mayor fué su alegría, cuanto que todo hombre de negocio ha nacido desconfiado, y que durante sus ocho días de ausencia había sospechado á lo menos dieciséis veces que Farandola podía haberse burlado de él; y que no la volvería á ver. Pero Farandola era esclava de sus juramentos.

Cierta mañana, tres días después de su matrimonio, la habían visto llegar como si volviese de viaje. Había

entrado en la casa, que era la suya, habíase instalado en ella y les había dicho á los dependientes:

—Mi marido llegará dentro de algunos días. Entretanto voy á reemplazarle en todo y para todo.

Al llegar á su casa el comerciante, Farandola le había tendido la mano diciéndole:

—Soy vuestra mujer y cumpliré escrupulosamente todos mis deberes. Dispensadme si mi pobre y desgraciado corazón está muerto para el amor; pero creed que os profesaré un cariño fraternal.

Y Farandola había cumplido su palabra: desde aquel momento Mario se había convertido en dueño y árbitro de su destino.

A los tres meses, Farandola era el ídolo del barrio, la providencia de los pobres; ponderábase su virtud, su caridad y su afabilidad.

Los dependientes la adoraban y entre ellos el pobre Baluche, á quien había hecho una posición haciéndole entrar en la casa como dependiente principal. El pobre muchacho seguía amando á Farandola, pero su amor era tan respetuoso, tan mudo, que jamás lo había sospechado el comerciante.

Mario pasaba por el hombre más dichoso del mundo.

Una anciana marquesa, que se había encasquetado el gorro rojo para salvar la cabeza y había abierto un establecimiento de frutas en la calle de Ours, le había llamado el gran vencedor, un día en que pasase por delante de su tienda llevando del brazo á su mujer, y su uniforme de capitán á cuestas, y le había quedado ese nombre.

Y sin embargo, poco á poco el honrado tendero había vuelto á ponerse melancólico y receloso, como en la época que amaba á Farandola sin ser correspondido.

Un día, su joven esposa se había enterado de aque-

llos accesos de tristeza que se apoderaban de él; le había oído suspirar profundamente.

—¿Pero qué tenéis?—le había preguntado varias veces.

Pero Mario había esquivado la cuestión y no había contestado.

Ahora bien, aquella noche, después de cerrar la tienda, el comerciante, sentado junto á su mujer, ponía en limpio los asientos, suspirando á más y mejor.

—Escuchad,—le dijo Farandola cogiéndole de la mano,—ya sé por qué estáis triste.

Mario se estremeció.

—Os arrepentís de haberos casado conmigo,—añadió la joven.

Mario lanzó un grito. Ese grito fué todo un poema de amor.

Farandola comprendió que su marido seguía amándola apasionadamente.

—Entonces,—preguntó ella,—¿por qué estáis triste? ¿por qué suspiráis?

—No lo sé,—balbuceó él.

—No,—insistió ella con firmeza,—necesito que me abráis el corazón; quiero saberlo todo.

Mario pareció hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo.

—Pues bien,—dijo,—es que tengo miedo.

—¡Miedo!—repitió Farandola mirándole fijamente,—¿y de qué?

—De que un día se sepa mi traición.

—¡Ah!—exclamó Farandola comprendiendo,—¿os pesa el haberme ayudado á salvar á la señorita de Vé-rinières?

—No me pesa, pero temo que algún día me lleven por eso ante el tribunal revolucionario.

—¡Sois muy niño!—dijo Farandola sonriéndose.—

Por de pronto ya sabéis que el ciudadano Dantón nos protege.

—Sí, ya...

—Luego, nadie de los del gobierno, excepto él, posee el secreto de esta misteriosa evasión.

—Pero puede saberse cualquier día.

—Y luego,—añadió Farandola,—si hubieseis leído el *Monitor* de hace algunos días, habrías sabido que un decreto de la Convención autoriza á la señora de Rochemause á regresar á Francia, lo cual nos pone perfectamente á cubierto.

Mario respiró; mas su frente desarrugada por un momento volvió á ponerse sombría.

—A pesar de eso,—dijo,—tengo siniestros presentimientos.—¡Qué locura!

—Soy demasiado dichoso para que eso dure...

Farandola iba á replicar cuando sonaron dos golpes en la puerta de la tienda.

—¿Quién hay?—preguntó Mario con voz insegura.

—Un enviado del municipio,—contestaron desde fuera.

A su vez no pudo reprimir Farandola un movimiento de terror; pero fué á abrir la puerta, y entró un hombre con uniforme de guardia cívico. Este uniforme la tranquilizó.

—Ciudadano,—dijo el visitante nocturno,—te llaman en el municipio.

—¿Para qué?—balbuceó Mario,—no estoy de semana.

—Hay reunión extraordinaria de sección; ponte el uniforme, y sígueme.

El negociante fué á vestirse, púsose el sable y el tricornio empenachado, y rechazó por un momento sus opresiones y sus temores. Besó en la frente á su mujer y salió.

Una vez en la calle, se enderezó, echó atrás la cabeza y tomó un aire conquistador. Si temblaba detrás del mostrador, cuando se presentaba en público, quería pasar por el más bravo de los ciudadanos.

En aquellos tiempos las reuniones extraordinarias no eran raras; el municipio, que se creía siempre en peligro, convocaba á las secciones á cualquier hora del día y de la noche.

Encaminóse, pues, Mario con su guía á la casa municipal, y creyó deber hacer la pregunta siguiente, que era la de un buen patriota:

—¿Qué ha hecho Brutus hoy?

Brutus era el apodo del verdugo.

—Hoy han guillotinado á la Marche y á la señora Roland,—contestó el guardia cívico,—y á algunos aristócratas. A cada cual le llega su turno.

—Es de esperar,—murmuró Mario, que no le llegará nunca á los patriotas.

—¿Quién sabe?

¡Oh! Por mi parte, estoy bien tranquilo,—repuso el mercader intentando sonreirse.

—Tanto mejor para tí, ciudadano,—dijo el guardia.

En aquel momento cruzaban la calle Saint-Honoré y penetraban en la del Roule. De improviso, tres hombres que permanecían inmóviles bajo un soportal, desprendiéronse de él y salieron al encuentro del capitán.

—Ciudadano Mario,—dijo uno de ellos,—tengo que hacerte una comunicación de suma importancia en nombre del ciudadano Robespierre.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Mario enderezándose.

—¡Sígueme!—repuso el hombre.

—Es que me aguardan en el municipio...

—No le hace,—contestó el guardia cívico;—mas luego.

—Yo me llamo Oliverio Brun, el Marsellés,—prosiguió el hombre.

Al oír el temido nombre del jefe de la policía, Mario palideció.

—¿Qué puede quererme el ciudadano Robespierre?

—Sígueme y lo sabrás.

Y el Marsellés se dirigió hacia la taberna donde dos horas antes había reunido los fragmentos de la carta rota por Dantón.

Los dos hombres que estaban con él le siguieron poniéndose á los dos lados de Mario. Este se hallaba emocionado, pero seguía andando tieso y con la cabeza erguida.

—Entra,—le dijo el Marsellés haciéndose á un lado. Y como el capitán vacilase, le empujó hacia dentro.

La taberna estaba desierta. Únicamente el tabernero se hallaba en el mostrador.

—Haznos subir vino,—dijo el Marsellés.

Esto tranquilizó algo al marido de Farandola. Entraron en el gabinete, y entonces el Marsellés puso la mano en el hombro del capitán, diciendo:

—En nombre de la ley, te pongo preso.

Al mismo tiempo, el guardia cívico se apoderó del sable de Mario, sacándoselo de la vaina.

Después el Marsellés exhibió su orden de prisión.

Mario se había vuelto lívido.

—Ya ves,—dijo el Marsellés echándose á reír,—que el ciudadano Robespierre es un hombre prudente; no le gusta meter ruido. Si te hubiesen prendido en tu casa, el barrio se habría amotinado, el municipio se habría enterado... mientras que de esta manera, vamos á tenerte aquí hasta las dos de la madrugada; á las dos las calles estarán desiertas, y podremos llevarte á la Conserjería. Mañana por la mañana, serás el primero en ir al tribunal revolucionario, y á las cuatro estarás

despachado, antes de que el municipio haya tenido tiempo de dar la voz de alarma.

—¿Pero de qué se me acusa?— exclamó Mario que se vió perdido.

—De muchas cosas.

—Yo soy un buen ciudadano.

—Esto no es una rcomendación. Eres rico y de consiguiente, sospechoso.

—¡Oh! yo probaré mi civismo.

El Marsellés se encogió de hombros; después hizo una seña, y sus tres agentes salieron cerrando la puerta y llevándose la única arma del capitán.

El Marsellés había colocado junto á él una pistola montada.

—Amigo mío,—dijo entonces éste mirando á Mario, —¿te acuerdas de tu casamiento?

La palidez de Mario aumentó.

—Nos fastidiaste de lo lindo al ciudadano Robespierre y á mí... ¿verdad?

—No sé qué queréis decir,—balbuceó Mario.

—Ayudaste á la evasión de la señorita de Vérinières.

—¡Ah!—dijo Mario lanzando un grito,—¡estoy perdido!

—Sí,—contestó friamente el Marsellés,— en este momento tienes tan segura la cabeza encima tus hombros como ese tapón encima de la botella.

Y de un capirotazo hizo volar el tapón.

Mario alzó los ojos al cielo y pensó en Farandola.

—Mañana te guillotinarán,—agregó Brun con tono feroz.

Hemos dicho ya que Mario Gratiet no era un valiente á pesar de su uniforme de capitán de la guardia cívica.

El Marsellés acababa de pronunciar una palabra que había sido una revelación para él.

—Eres rico,—le había dicho.

Y por experiencia sabía que la fortuna es el crimen que menos perdona un pueblo en estado de revolución.

Comprendió, pues, que estaba perdido, que ya no volvería á ver á Farandola, y que le serían confiscados sus bienes; y aquel hombre se sintió abatido, balbuceó la palabra ¡perdón! y plegó las manos con aire suplicante.

El Marsellés pareció recrearse por un instante en la vista de aquel ingenuo terror; después miró súbitamente á la cara del comerciante, y le dijo:

—Oye, ciudadano: ¿no te parece que tenía razón aquel juez que, cada vez que le traían un culpable preguntaba: «¿Dónde está su mujer?» Si no hubiese venido á atravesarse en tu vida una mujer, no estarías tan cerca del patíbulo.

—¡Oh! ¡mi mujer!—murmuró el tendero lanzando un desgarrador suspiro.—¿No volveré á verla ya?

—Es probable.

—¡Tan sólo una hora!—suplicó Mario.

—Ni un minuto.

Un sollozo brotó del pecho del tendero, y un temblor nervioso agitó sus labios.

—¡Tu querida mujer,—prosiguió el Marsellés,—es quien te ha traído aquí. Si no te hubieses casado con Farandola, no habrías ayudado á la evasión de una aristócrata.—Es verdad,—gimió el comerciante.

—No habrías cesado de ser un buen patriota, y no habrías provocado la cólera de Robespierre.

—¡Ah!—exclamó Mario,—si él estuviese aquí, me arrojaría á sus piés, abrazaría sus rodillas...

—Trabajo inútil,—dijo el Marsellés encogiéndose de hombros,—el ciudadano Robespierre no es sensible.

—Le suplicaría que me dejase ver á mi mujer por última vez.—¿Qué ganarías con eso?

Mario ocultó la cabeza entre las manos y vió correr dos gruesas lágrimas por entre sus dedos.

—Ese pobre hombre,—murmuró á media voz y como hablando consigo mismo,—me conmueve á mi pesar.

Oyóle Mario, y espontáneamente tendió hacia él las manos.

—¡Oh!—dijo,—salvadme y seré agradecido.

—¡Es imposible!

—Os daré cien mil libras.

—Bonita suma,—murmuró el Marsellés, que pareció vacilar.

—Doscientas,—exclamó Mario,—¡pero salvadme!

—¡Silencio!—dijo el Marsellés, apoyando los codos encima la mesa y mirando de nuevo á su infeliz prisionero.

—Escucha, ciudadano,—dijo con aire grave y el ceño fruncido.

—Hablad...—murmuró anhelante el tendero.

—El hombre que quiere salvar la cabeza,—repuso Oliverio Brun,—ofrece buenamente ciento, doscientas, trescientas mil libras y hasta ofrecería todo lo que tiene; pero no calcula que el que aceptare esta suma no tendría tiempo de disfrutarla.

Mario se estremeció.

—El ciudadano Robespierre, ¿sabes?—prosiguió el Marsellés,—es un hombre incorruptible. Si yo tomase tu dinero, sería yo quien iría á la guillotina.

—¿De modo que no hay salvación para mí?—exclamó en desesperación Mario.

—Yo había encontrado un medio de salvarte,—contestó Oliverio Brun,—pero, sobre que no puede agradarte, es aun menos seguro que agrade al ciudadano Robespierre.

—¡Oh! ¡hablad, hablad! haré lo que queráis,

—¿De veras? —¿Podéis dudarlo?

—Y luego, sigo advirtiéndote que, aun admitiendo que ese medio te conviniese, no es seguro que el amo se avenga; de modo que es inútil que se lo proponga hasta que nos hayamos entendido nosotros, si es posible.

El acento del Marsellés era sosegado, casi amable: Mario estaba pendiente de sus labios.

—¿Por qué te comprometiste? —prosiguió el primero;—porque amabas á Farandola. Hiciste traición á la República, aprovechando el extraordinario parecido de tu mujer con la señorita de Vérinières.

—Es verdad.

—Si te sirvieses de ese mismo parecido para prestar un servicio á la República, tal vez se te perdonaria.

El comerciante lanzó un grito.

—Por desgracia,—agregó el Marsellés,—tu mujer no querrá.

—¡Oh! si es para salvarme, lo querrá.

—No, por que es realista con toda su alma.

Mario lanzó en torno suyo esa mirada consternada del marino que, perdido en un mar tempestuoso ha entrevisto un faro y le ve desaparecer entre la niebla.

—Vamos,—suspiró el Marsellés,—veo que no podremos librarte.

—¡Oh, salvadme!

—Es imposible. Para eso se necesitarían dos cosas.

—Decid.

—Primero, engañar á tu mujer.

—La engañaré.

—Y luego que el ciudadano Robespierre consienta.

—Me arrastraré á tus pies.

—¡Es singular!—pensó el Marsellés á quien inspiraba cierto disgusto el terror del tendero.—Los aristócratas se hacen menos rehacios á ir á la guillotina. ¡Eh, Dormilón! —dijo llamando á la puerta,

El agente disfrazado de guardia cívica, y que había hecho salir á Mario de su casa, entró en el gabinete.

Habíase quedado en la escalera con sus dos hombres, pronto á acudir si el tendero intentaba resistirse.

—Vas á guardarme con tus hombres al ciudadano Gratiet,—ordenó el Marsellés;—me respondes de él.

—Con mi cabeza,—contestó el Dormilón.

—¿Me abandonáis?—murmuró Mario con terror.

—No, voy á ver á la persona que tú sabes.

Salió el Marsellés, mas no fué á casa de Robespierre, quien como sabemos le había dado amplios poderes.

Una vez en la calle, echó á correr hacia el palacio Igualdad, y penetró en la calle de los Frondeurs sin detenerse hasta frente á la tienda de un prendero.

Todos los almacenes estaban cerrados, menos aquél.

En el fondo estaba sentado un hombre, repasando sus cuentas del día. La tardía visita del Marsellés, no le sorprendió. Era de la policía, y el Marsellés hacía gran caso de él.

—¿Estás dispuesto?—le dijo éste.

—Todo está listo.—¿A ver?

El prendero cerró la puerta, hizo pasar al Marsellés á la trastienda y le mostró un magnífico uniforme de capitán de artillería.

Desde el día en que se había quitado la barba en casa del ciudadano Isnard, Oliverio Brun no había creído conveniente dejarla crecer de nuevo: estaba pues completamente afeitado.

El prendero le trajo unas grandes patillas rojas y una peluca rubia.

Púsose las aquél, vistió después el uniforme de artillero, ciñóse la espada y se miró en un espejo.

—Ahora—dijo,—bruja ha de ser Farandola si me reconoce.

Y dirigiéndose al prendero, preguntó:

—¿Está dispuesta la silla de posta?

—Aguarda en la esquina de la calle Tiquetone.

—Corriente: hasta la vista.

El nuevo capitán se encaminó á la calle Saint-Honoré, y volvió al almacén de vinos; se dió á conocer, porque el tabernero ya no le reconocía, y subió al gabinete donde el Dormilón custodiaba á Mario.

Este se estremeció al ver entrar á aquel hombre con charreteras: creyó que iban á buscarle para llevarle á la Conserjería.

—Soy yo, imbécil—le dijo el Marsellés.—En nuestro oficio hay que cambiar á menudo de piel.

Y despidiendo al Dormilón, añadió:

—Ahora hablemos. Mario le miraba con ansiedad.

—¿Te sientes capaz para salvar tu cabeza y la suya, de engañar á tu mujer?—Sí.

—¿No la harás ninguna confidencia?—Seré mudo.

—Pues ven.—¿A dónde vamos?—Primero á tu casa.

Mario respiró.

—Harás levantar á tu mujer y le dirás: «Te presento al capitán Simonin, del cuarto regimiento de artillería. El municipio nos encarga á él y á mí, de una misión militar, y he obtenido permiso de llevarte conmigo.» ¿Crees que no opondrá objeción alguna ella?

—¡Oh!—dijo Mario,—jamás se ha opuesto á mi voluntad. Basta que yo desee una cosa...

—¡Esposa modelo!—dijo con tono burlón el Marsellés.

Sacó luego de su bolsillo la firma en blanco que Robespierre le había dado, y se la mostró á Mario diciendo:

—No quiero engañarte; ya ves que estoy bien provisto. De consiguiente, no trates de aceptar con inten-

ción de escaparme luego, porque te haré fusilar. Ahora vámonos.

El Marsellés hizo devolver su sable al capitán Mario, pero sin despedir á sus agentes, que le siguieron hasta la esquina de la calle Tiquetone.

Allí había en efecto una silla de posta tirada por caballos tordos.

—El postillón tiene pistolas en sus fundas, y yo tengo también en mi bolsillo,—observó el Marsellés haciendo subir á Mario. Después se colocó junto á él, y el carruaje rodó hacia la morada del tendero.

Farandola no estaba acostada: aguardaba con ansia el regreso de su marido.

Mario había tenido tiempo de poner buena cara.

—Ciudadana,—la dijo,—te presento al capitán Simonín.

Farandola miró al Marsellés y no le reconoció.

—Acaban de confiarme,—repuso Mario con tono ligero, una misión patriótica y lucrativa á la vez; estoy encargado de pasar al ejército del Rhin.

Y anunció á su mujer que la llevaba consigo, y que partían enseguida.

Farandola obedecía siempre. No opuso objeción alguna, y se apresuró á reunir algunas ropas indispensables para el viaje.

Mientras ella hacía esos preparativos, el Marsellés tiraba de la manga al tendero, diciéndole:

—¿Y mis doscientas mil libras?

—¡Ah!—dijo Mario estremeciéndose,—es verdad, pero...—¿Por qué?

—Me habíais dicho que el ciudadano Robespierre...

—El ciudadano Robespierre es incorruptible, y de consiguiente no son para él, sino para mí: yo soy quien he tenido la idea.

Mario suspiró, pero abrió la caja.

—No tengo esta suma en casa,—murmuró.

—Ya lo sé; pero vas á darme un bono de 150,000 libras sobre tu casa de Tourcaing, y 50,000 en billetes de Banco... A no ser,—prosiguió el Marsellés,—que prefieras ir á dormir á la Conserjería y hacer una voltereta mañana en la plaza de la Revolución.

El tendero le gustaban sus escudos, pero le gustaba más su vida y comprendía que la cabeza se balanceaba de un modo singular encima de sus hombros desde hacía una ó dos horas, y obedeció.

Un cuarto de hora después, Farandola subía al coche con su marido, y se sentaba junto al Marsellés, á quien no conocía aún.

XXII

EL CONSEJO DE GUERRA

Volvamos ahora á las orillas del Rhin, y penetremos en la casita habitada por el caballero de Rochemause, Armanda y su familia.

Había transcurrido un mes desde la evasión del capitán Petit-Jean: hacía tres semanas que el caballero de Rochemause se había sentido casi aterrado en el salón del duque de Borbón, con la lectura del *Monitor*.

Se recordará el insulto que le había hecho el príncipe, y la manera como lo había reparado. Pero se recordará también el pertinaz rencor que había demostrado, anunciando á Raúl que desde aquel momento estaba borrado de los cuadros del ejército de Condé. Y como se hubiese insistido junto á él, el príncipe había declarado que reuniría un consejo de guerra encarga-

do de juzgar al caballero, y que si el Consejo le reconocía culpable, se le fusilaría, y en caso contrario, se le devolvería su grado y su mando.

El duque de Borbón, había mandado que se reuniese el consejo al día siguiente, pero surgieron acontecimientos imprevistos. Bruscamente llamado á París el general Custine, fué guillotinado tres días después, siendo reemplazado por Dumaureiz.

Dumaureiz había dado un asalto á Coblenz. Varios días duró un encarnizado combate, siendo rechazado al fin el ejército republicano.

El príncipe parecía haber olvidado al caballero, y como éste era querido de todos, se había guardado bien de hablar de él.

Iban transcurridas pues tres semanas.

Rochemause y su esposa vivían en su casita, sin salir más que por las tardes. Mas una noche oyóse fusilería tan cerca de ellos y retumbó el cañón á tan corta distancia, que Rochemause no pudo contenerse.

—Soy soldado del rey,—dijo,—y mi sangre le pertenece.

Y subiendo á caballo, corrió á las avanzadas.

Durante toda aquella noche, y la mañana siguiente se batió como un león, fué herido tres veces afortunadamente sin gravedad, y se portó con tal heroísmo, que sus compañeros de armas gritaron á coro:

—Rochemause ha merecido bien del rey.

El rumor de su comportamiento llegó á oídos del duque de Borbón.

—Rochemause es un torpe,—dijo.—Mejor habría hecho en permanecer tranquilo. Ahora se le tiene que juzgar.

Precisamente el día en que volvemos á la casita de las orillas del Rhin, era el en que se reunía el consejo para decidir de su suerte.

El cielo estaba obscuro, llovía; el Rhin se deslizaba murmurando. Dos mujeres conversando tristemente, estaban sentadas junto á una ventana abierta desde la cual se divisaban los techos de la ciudad y los campanarios de sus iglesias.

Eran Armanda y su prima Clara de Azay.

—No estoy intranquila, —decía Armanda,—¿qué oficial se atrevería á condenar á Raúl? ¿Qué realista querría manchar así nuestra bandera? El duque de Borbón acaba de cometer el acto más impopular de la campaña, y, por fieles que seamos, acabaremos por cansarnos. ¡Qué! ¿un hombre que ha jugado veinte veces su cabeza, que ha querido salvar á su rey, que ha derramado su sangre por la causa real en diez campos de batalla, sería condenado por haber sido humano?

Clara estaba pálida y gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

—No,—proseguía Armanda,—eso no puede ser... ¡no será!

Clara estaba silenciosa; agitábanla siniestros sentimientos.

—¿Por qué lloras?—la preguntó su prima.—No sé...

—¿Temerías por él?

—No; pero esta mañana he visto á mi padre y á mis hermanos inquietos...

—Es que sienten cruelmente el insulto que se nos hace.

Mientras hablaba así, Armanda lanzó un grito.

—¡Ah!—exclamó.—Sin duda es él, absuelto y rehabilitado.

Clara miró; sus ojos eran perspicaces.

—No, dijo—no es él, es mi padre.

El caballero llegaba á galope tendido.

Las dos mujeres aguardaron presas de mortal ansiedad.

El caballero hendía los aires. En menos de diez minutos hubo entrado en el patio, saltado á tierra, y subido la escalera.

Mas esos diez minutos fueron diez siglos de angustia para aquellas dos mujeres.

Al fin, llegó el barón: estaba pálido y desolado.

—Hija mía,—dijo á Armanda,—hay que ir inmediatamente á Coblentz; es preciso.

—Pero tío,—exclamó Armanda—estáis agitado... ¡Dios mío! ¿qué ha sucedido?

—Se ha reunido el consejo de guerra.

—Ya lo sé, ¿y qué?—preguntó ella anhelante.

—Ese consejo formado por nobles recientemente llegados al ejército, que no conocen á vuestro marido, tal vez le condenarán.—¡Dios mío!

—Hay que ir: vuestra presencia lo puede salvar todo.

Armanda mandó ensillar un caballo y partió con su tío.

El día había sido tempestuoso.

El duque de Borbón se había visto en grandes apuros para reunir un consejo de guerra. Todos los nobles declinaban el honor de formar parte de él. Su contestación era invariable.

«Soy amigo del caballero y no puedo juzgarle.»

El duque era testarudo; su cólera no reconoció límites.

—Pues bien;—dijo—yo encontraré jueces.

El día antes habían llegado tres segundones de Gascogne.

Ambiciosos, ganosos de captarse las simpatías del general en jefe, aceptaron. Se les agregó un oficial suizo capaz de hacer fusilar á su propio padre, un alférez, soldado de la misma nación y del mismo regimiento.

Los suizos habían sido bastante maltratados en las

calles de París por su odio á todo lo que, de cerca ó de lejos, había pactado con la República.

Compuesto así el consejo, extendióse el terror por Coblentz. Según la equidad, según el corazón humano, bajo el punto de vista de la causa realista, el caballero era inocente: según las leyes de la guerra, era culpable.

Entonces, todos los que habían creído servir á Rochemause negándose á juzgarle, se consternaron y se arrepintieron. Como un rastro de pólvora, corrió por Coblentz una frase: «¡Rochemause está perdido!»

Conocíase al duque, sabíase que estaba irritado, que era testarudo y rencoroso. Desde aquel momento, únicamente se conservó una esperanza, la de la belleza y energía de la señora de Rochemause.

Eran las cuatro cuando se reunió el consejo y se declaró permanente. El caballero había ido por la mañana á constituirse prisionero. Presentóse ante sus jueces, vestido de negro, con la cabeza descubierta y sin espada.

Contestó con firmeza á las preguntas que se le dirigieron y contestó con entereza que había favorecido la evasión del capitán republicano Nicolás Petit-Jean.

Cuando terminaba su interrogatorio, la señora de Rochemause, vestida de negro como él, penetró en la sala del consejo. Daba la mano á su tío, pero fué á sentarse al lado de su marido.

—He sido su cómplice,—dijo,—y vengo á compartir su suerte.

Raúl protestó, mas el presidente contestó con sequedad:

—Tranquilizaos, caballero, la señora de Rochemause no ha muerto.

Una multitud compacta, simpática al caballero, había invadido la sala del consejo.

Después del interrogatorio del acusado, el consejo deliberó. Deliberó largo rato, con animación, con calor... Mas al fin adoptó una decisión unánime. Uno de los segundones de Gascogne fué quien pronunció el fallo; que estaba concebido en estos términos:

«El consejo de guerra, oídas las confesiones del caballero de Rochemause, conformes con la verdad, reconoce que se ha hecho culpable de traición favoreciendo la evasión de un prisionero, y, en su consecuencia, le condena á la pena de muerte.

»Pero teniendo en consideración los leales servicios de dicho caballero, los miembros del consejo le recomiendan á la clemencia del general en jefe del ejército realista, S. A. R. monseñor el duque de Borbón...»

Armanda lanzó un grito terrible.

—¡Oh!—dijo,—apelo á la justicia del rey.

Y cayó desfallecida en los brazos de su tío, que había acudido hacia ella.

En cuanto á Raúl, púsose de pie, paseó una mirada tranquila á su alrededor, y dijo:

—Suplico al consejo que no pida mi indulto. Su fallo me deshonra y no podría sobrevenir yo á mi deshonra.

—¡Desgraciado, cállatel—murmuraron cien voces en torno de él.

El caballero estaba tranquilo y desdeñoso hasta lo sublime, y repuso:

—¡Pido que me fusilen!...

Habíanse llevado á la señora de Rochemause desmayada; cuando volvió en sí, su familia le rodeaba.

—El duque le indultará,—le dijeron.

—No,—contestó ella sacudiendo con desesperación la cabeza. *El* le ha desafiado hasta el último momento, y el duque no le perdonará; quiero morir con él.

—Id á arrojaros á los pies de monseñor, hija mía,—dijole el barón de Azay.

—No,—replicó con altivez Armanda,—prefiero que muera... La bala que traspasará su pecho, herirá con el mismo golpe mi corazón... No; el príncipe pegó en el rostro á mi marido, le deshonoró y no debe hacerle la limosna de su clemencia.

Y cuando todo el mundo estaba silencioso en torno de ella respetando aquel dolor y aquella indignación, abrióse una puerta y entró silenciosamente un hombre, envuelto en una larga capa y con el rostro cubierto con un antifaz rojo.

Apareció como un espectro; encaminóse lentamente hacia la señora de Rochemause, sin que nadie pensara en detenerle, depositó una carta sobre sus rodillas, y se retiró.

Los espectadores estupefactos no osaron seguirle, y él cerró tras sí la puerta.

La frente de la señora de Rochemause se había animado, y en sus ojos brilló una súbita esperanza. Abrió aquella carta que tan misteriosamente llegaba hasta ella, y leyó:

«Los Antifaces rojos velan.

«¡Creed!...»

Los dos puñales y el antifaz acompañaban aquellas dos líneas.

Entonces miró de frente al barón de Azay, y le dijo:

—Odio la República, que me hizo huérfana; pero mi corazón está desligado para siempre de una causa ingrata á lo cual el orgullo ciega y endurece el corazón.

XXIII

COMBINACIONES

Mientras se juzgaba á Raúl de Rochemause, el buen Kauffmann, aquel oficial desertor que vendía tabaco en Coblentz, habíase encerrado á solas con dos hombres. En su traje, en su peluca rubia habríaselos tomado por dos alemanes del alto Rhin, en una de esas barcas que transportan géneros y viajeros desde Mayence á Dusseldorf.

Uno de ellos, sobre todo, era soberbio. Llevaba un holgado redingote azul que le llegaba á los talones, gorro de piel de zorra, chaleco encarnado y medias azules.

Fumaba con aire magistral una pipa de dos pies de longitud con cubo de porcelana. Llevaba además una gran barba roja y cabellos amarillos que le caían encima de los ojos.

El otro, provisto de vasto abdomen, era moreno, de cabello y barba algo grises, y aun cuando vestido á la alemana, no había podido disimular los principales rasgos en que todo el barrio de Saint-Lauveur habría reconocido al respetable ciudadano Mario Gratiet, mercader de paños y capitán de la guardia cívica.

Al otro ya se le habría adivinado; era Oliverio Brun, llamado el Marsellés. Salido de París, como un capitán de artillería, llegaba á Coblentz convertido en negociante de pieles de Heidelberg.

—¿Sigues respondiéndome,—preguntóle á Kauffmann,—del hombre que enviaste á llevar una carta á

la señora de Rochemause, y que se la entregó nadando en medio del río?

—Sí, es completamente mío,—contestó Kauffmann.

—Bueno, pues ahora déjanos.

Kauffmann salió, y entonces el Marsellés miró á Mario.

—Confiesa,—le dijo,—que nada entiendes de eso.

—Lo confieso.—¿Quieres comprenderlo?

—No deseo otra cosa.

—Pues escucha; mas antes recapitemos algo lo que llevamos hecho en estos ocho días. Hemos salido de París. Naturalmente hemos pasado por Tourcoing, donde tienes tus fábricas, y nos hemos detenido allí el tiempo razonable para que tu mujer quedase convencida de que realmente vas á proveer de trajes al ejército. Después hemos atravesado el resto de Bélgica y hemos llegado al campamento de Dumouriez. Ya has visto como se nos recibía, gracias á este pedazo de papel que tu sabes, firmado por Robespierre.

—Sí,—dijo Mario con un movimiento de cabeza.

—Una vez en el campamento, los sucesos han venido á modificar algo mi plan primitivo. La víspera se habían batido con los realistas; se habían hecho prisioneros, y por ellos supe que el caballero de Rochemause iba á presentarse ante un consejo de guerra.

—Sí,—respondió Mario Gratiet,—y desde ese momento es que ya no comprendo nada.

—Pues bien, voy á explicarme. Aquí necesito de tu mujer; es menester que durante una hora, en una noche oscura, pase por la señora de Rochemause.

—Sí, eso ya lo he adivinado.

—Por eso te he dicho al oído que había que advertir á tu mujer que el caballero de Rochemause corría riesgo de ser fusilado.

—Pero, interrumpió Mario,—¿crees que lo fusila-

rán.—No.—¿Será absuelto?—Será condenado.—¿Pues?
—O se le indultará, ó yo le salvaré.—¿Tú?

—¡Vaya! Pero déjame continuar. Ha sucedido pues lo que yo había previsto. Tu mujer ha exclamado: «¡Oh! hay que salvarle, es el marido de Armanda... ¡es mi salvador!» Entonces te has gloriado de que lograrías un salvoconducto del general Dumouriez para Mayence, y partiste ayer con tu mujer, disfrazados ambos de alemanes. Por cierto que le sienta muy bien ese traje... Me has vuelto á encontrar en la barca, pero yo había arreglado tan bien mi cabeza, que el mercader de pieles no se parecía ya al capitán de artillería. Ahora que estamos aquí, hay que obrar.

El fingido alemán consultó su reloj y añadió:

—Son las seis: sería muy raro que no se hubiese juzgado ya al caballero. ¡Y Nicolás que no vuelve!

—¡Ah, sí!—dijo Mario.—Nicolás, ese rubio alto, de cabellos largos, que estaba con nosotros en la barca.

—Ese mismo.

—Este si que es alemán.

—Cuando vuelva lo verás.

—¿Pero á dónde ha ido?

—Al consejo de guerra, á adquirir noticias... ¿Oyes? ahí está.

Llamaron á la puerta. Era en efecto el joven rubio, á quien Mario tomaba por alemán, y que hasta entonces no había pronunciado una sola palabra en francés. El mercader de paños, obedeciendo á las misteriosas instancias del Marsellés había exigido á su mujer que permaneciese cubierta con un velo durante su travesía de Mayence á Cloventz, de modo que el mozo rubio llamado Nicolás no había podido ver el rostro de Farandola.

Este entró sofocado.

—¿Qué hay?—preguntó el Marsellés.

—Se acabó;—contestó el joven rubio en muy buen francés lo cual sorprendió algo al mercader.

—¿Cómo se entiende? ¿le han condenado?

—Sí.

—¿A muerte?

—¡Vaya! Solo que sus jueces han firmado una petición de indulto.

—Pues este es el momento de ir en su auxilio.

—Estoy dispuesto á entregarme,—dijo Nicolás.

—¡Imbécil!

—No,—repuso con animación el joven rubio,—no quiero que le fusilen por mi culpa.

Al hablar así, Nicolás se arrancó la peluca rubia y se desembarazó de la capa que le llegaba hasta los pies.

Mario quedó estupefacto. Tenía ante él á un oficial del ejército republicano, al capitán Nicolás Petit-Jean, al ex caballero de Blénure, aquel, en fin, por quien los señores de Rochemause se habían tan seriamente comprometido.

—En fin,—dijo sonriéndose el Marsellés,—¿qué piensas hacer?

—Si subsiste la sentencia de muerte,—contestó francamente el capitán—si el duque de Borbón no le indulta iré á entregarme.

—¿Y después?

—Después me fusilarán, repuso sencillamente el hijo de París.

—Lo cual te figuras que impedirá que fusilen al caballero, ¿eh?

—Naturalmente.

—Capitán, eres un tonto.

—Sea, pero tengo corazón.

—Más vale ingenio que corazón.

—Podrá ser, pero cuando se tiene corazón, no se deja morir á un hombre que os ha salvado la vida.

—¡Tontería!—dijo el Marsellés.

—Iré á arrojarle á los pies del duque, y le tendrá que indultar.

—Ven,—dijo friamente Oliverio Brun,—si en vez de hablar me escuchases, ya nos habríamos entendido. ¿Quieres salvarle?

—¡Vaya una pregunta!

—¿Eres capaz de obedecer sin discutir?

—Soy soldado.

—¿Y sin preguntarme, por extraña que sea, la conducta que yo te haga observar?

—Con tal que salvemos al caballero...

—Se le salvará; te lo prometo por mi cabeza.

—Está bien.

—Entonces, espera,—dijo el Marsellés: y abriendo la puerta, añadió:—anda á fumar con Kauffmann, mientras yo hablo con este ciudadano.

Mas apenas había salido el capitán entró Kauffmann.

—Ya está dispuesto el hombre,—dijo.

—¿Tiene el antifaz y la capa?—Sí.

—Tráeme recado de escribir.

Kauffmann obedeció, y Oliverio Brun escribió y selló aquel billete que hemos visto entregar á la señora de Rochemause, una hora después de haber sido condenado su marido.

Cuando hubo terminado, miró á Kauffmann.

—Si le detuviesen, ¿no va á revelarlo todo?

—¿El? Se dejaría hacer añicos antes de soltar una palabra.

—Está bien. Y la señora de Rochemause, ¿dónde está?

—La han conducido desmayada á una casa de Co-blentz, que pertenece á la señora Kuntz.

—¿Estás seguro de que no volverá á su casa?

—No es probable; no querrá alejarse del sitio donde está preso su marido.

—¿Crees en esta condena?—preguntó el Marsellés haciendo una seña.—No, el duque le indultará.

—Pues eso,—murmuró Oliverio Brun,—hay que guardarse de decirlo alto delante de ese imbécil de Petit-Jean, porque ya no vendría con nosotros. Haz entrar á tu hombre.

Salió Kauffmann, volviendo luego con aquel enmascarado que tan rara sensación produjo entre los que rodeaban á la señora de Rochemause.

Mario Gratiet hizo un gesto de sorpresa. El Marsellés entregó la carta al desconocido, hombre de elevada estatura, y le dirigió algunas palabras en alemán. El desconocido se inclinó y salió, seguido de Kauffmann.

Entonces Oliverio Brun miró á Mario, y le preguntó:

—¿Has oído hablar de los Antifaces rojos?

—Sí,—contestó con terror el comerciante.

—Pues yo los reemplazo,—repuso el Marsellés soltando una ruidosa carcajada.—Y ahora voy á explicarte todo mi plan, y á enseñarte tu papel. Fíjate en que si mi combinación aborta, si no te fusilan aquí como espía, te guillotinarán en París.

—¡Oh!—contestó Mario suspirando;—he jurado no hacer traición á la República, y cumpliré mi juramento.

Entre tanto Farandola estaba sola en casa de Kauffmann, á donde la había conducido Mario, al desembarcar en Coblenz al amanecer.

—No os dejéis ver,—la había dicho;—vuestro parecido con la señora de Rochemause, podría seros fatal.

Estuvo pues sola, parte del día, con la mujer de Kauffmann.

De cuando en cuando iba á verla su marido y le decía:

—Parece que no condenaron al caballero.

Farandola respiraba.

Al fin, después de larga conferencia con el Marsellés, volvió Mario.

—Le han condenado á muerte,—dijo.

Farandola lanzó un grito.

—Pero le salvarán,—repuso el tendero.

—¿Quién?... ¿cómo?—preguntó desazonada la joven.

—Seguidme,—contestó Mario.

Y la condujo al cuarto donde había dejado al Marsellés.

Allí había un hombre con el rostro cubierto con un antifaz. Al verle, Farandola lanzó un nuevo grito.

—Los antifaces rojos, velan,—murmuró aquel hombre. Al mismo tiempo, entró otro personaje. Era Nicolás Petit-Jean.

Vió á Farandola, y retrocedió asombrado. Farandola iba á protestar, pero el enmascarado, que había ido á colocarse junto á ella, la dijo al oído:

—¡Cállate!—Y Farandola bajó los ojos y calló.

XXIV

EL RAPTO

El hombre del antifaz hizo una seña, como para recomendar el silencio á los tres personajes que estaban en su presencia y luego dijo:

—Los antifaces rojos jamás han faltado á los que creen en ellos.

—Lo sé,—murmuró Farandola.

—Venga de donde venga el peligro, los que han jurado fidelidad á la asociación son protegidos.

—¿Pero á qué viene todo eso?—interrumpió el capitán.

—¿Qué te importa?—dijo el enmascarado mirándole con chispeantes ojos.

Nicolás reconoció al Marsellés bajo aquel nuevo disfraz, y se calló.

—Al caballero de Rochemause,—prosiguió el enmascarado,—se le salvará, pero no sin dificultad. El mayor obstáculo para su salvación es él mismo.

Farandola hizo un gesto de sorpresa.

El del antifaz prosiguió:

—Si se le habla de huir, se negará á dejar su encierro, porque los suyos se quedarán aquí: conviene pues que los suyos salgan antes que él, del territorio ocupado por los realistas.

—¿Pero no está aquí la señora de Rochemause?—preguntó el capitán señalando á Farandola.

—La señora de Rochemause no es la única persona por quien él se interesa: hay otra joven; la señorita Clara de Azay, prima de su esposo, á quien quería llevarse á toda costa.

—Pero ella tiene aquí á su padre y sus hermanos,—observó Farandola.

—Os equivocáis: éstos están ya fuera de Coblentz. Los Antifaces rojos se han encargado de llevarles á la señorita Clara.

Todo esto era bastante confuso; pero Farandola recordaba los milagrosos efectos de aquel poder oculto que ejercían los verdaderos Antifaces rojos, y no hizo objeción alguna.

—Una barca nos aguarda,—prosiguió el enmascarado:—la noche es oscura, vamos á remontar el Rhin hasta la casa habitada por la señorita Clara, y por el camino os diré lo que hay que hacer.

Llamando luego á Kauffman, le preguntó:

—¿Está dispuesta la barca?

—Sí, dentro de ella están los objetos pedidos.

—Está bien, partamos,—repuso el enmascarado.

Y ofreció galantemente la mano á Farandola.

La casa de Kauffmann tenía jardín que, formando anfiteatro, descendía hasta el Rhin con una puertecita que daba á él.

Por aquella puertecita, que estaba abierta, salieron á la orilla, á la cual estaba amarrada una barca. A ella hizo entrar á Farandola, colocándose á su lado: Mario y el capitán se colocaron frente á ellos.

A una orden del enmascarado, el barquero se puso á remar con viento favorable.

—¿De modo,—dijo entonces el enmascarado tocando en el hombro del capitán,—que te figuras que esa señora es la señora de Rochemause?

—Positivamente,—contestó el capitán.

—Pues te equivocas.

—Y volviéndose á Farandola, agregó:

—Decidle la verdad, señora.

—No soy la señora de Rochemause, caballero,—dijo Farandola—soy una hermana, que como vos, quiero salvar al caballero.

El capitán ahogó un grito.

—Ahora,—prosiguió el enmascarado—hablemos.

La pobre Clara estaba sola y presa de mortal ansiedad. Armanda había salido; su padre y sus hermanos estaban en Coblenz, y pasaba el tiempo, y había llegado la noche y no venía noticia alguna de la ciudad.

Ante la inesperada condena de Raúl y la desesperación de Armanda, habíase casi olvidado á Clara; nadie pensaba en ella; nadie había adivinado el secreto de su corazón.

Veinte veces había sentido vivo deseo de ir á Coblenz: veinte veces se lo había impedido un vago terror, el terror de saber.

De pie, junto á la ventana, fija la mirada en aquel camino cuyo blanco surco empezaba á desaparecer en las tinieblas, escuchaba llena de angustia los rumores nocturnos que llegaban hasta ella.

A veces sonaba el andar de un caballo. Doblábanse entonces las piernas, esperando que fuese él; pero luego se alejaba de nuevo el ruido y acababa por extinguirse.

De pronto, oyó en el río el ruido del agua hendida por una barca: luego creyó oír voces en medio del Rhin. Una esperanza insensata se apoderó de ella: tal vez era Raúl que volvía con Armanda, el barón y sus hijos... Y su ardiente mirada trató de atravesar las tinieblas y acabó por divisar el trinquete de la barca.

Esta se dirigía hacia la casita.

Clara quiso salir y correr á su encuentro, pero sus fuerzas la abandonaron, y quedó anhelante, sin voz y con la mirada fija en la barca que acababa de encender un farol en la proa.

Al fin atracó la embarcación; salió de ella un joven y cruzó corriendo el jardín; penetró en la casa como un huracán, derribando á su paso á un criado, y llegó al umbral del cuarto donde Clara intentaba sacudir el entorpecimiento físico que la dominaba.

De repente, la joven lanzó un grito: había creído que aquel joven era Raúl, y al verle reconoció en él enseguida al supuesto caballero de Blénure, al espía republicano por quien él iba á morir acaso.

El capitán se acercó á Clara con la cabeza descubierta y el rostro animado.

—Señorita,—la dijo,—el caballero está condenado á muerte, y yo á mi vez vengo á salvarle.

Y como Clara, que había estado á punto de caer desmayada, le mirase con estupor, añadió con animación:

—Los Antifaces rojos trabajaban por él, y yo soy uno de sus instrumentos. Allí, en la barca, está la señora de Rochemause, y os aguarda.

—¡Armanda!—exclamó Clara.

Y se dejó llevar sin resistencia por el capitán, que la había cogido la mano y la había puesto su capa encima de los hombros.

—Mirad,—agregó el capitán cuando estuvieron ya en la orilla.

A la indecisa y rojiza luz del farol, Clara vió á Farandola, y creyó reconocer á su prima.

El capitán la cogió en sus brazos, y saltó en la barca: el barquero viró enseguida de bordo y siguió remando río arriba.

—¡Ah, querida Armanda!—exclamó Clara abrazando á Farandola.

—¡Silencio!—dijo una voz á sus espaldas.

Volvióse Clara y vió al hombre del antifaz apoyando un dedo en sus labios.

La pobre niña creyó que para salvar á Raúl convenía callar y no hacer preguntas, y permaneció muda é inmóvil, teniendo entre sus manos las de Farandola.

Armó el barquero su vela, inútil ya, cogió los remos, y la barca descendió hacia Coblentz.

Farandola se arrodilló y se puso á rezar: Clara la imitó. En menos de un cuarto de hora, la nave pasó por debajo los muros de Coblentz, pero no se detuvo. De pronto la joven vió que éstos quedaban atrás, y preguntó con terror:

—¡Dios mío! ¿á dónde vamos?

—A salvar al caballero,—contestó el enmascarado.

Farandola, el capitán y Maiio permanecían silenciosos: sólo se oía el ruido de los remos que azotaban el agua.

La barca descendió así hasta aquella línea de bar-

cos que cercaban el Rhin. Una vez allí, el enmascarado se echó el ancho sombrero sobre los ojos para ocultar su antifaz, y el capitán volvió á ponerse la capa para ocultar su uniforme.

—¿Quién sois?—preguntó una voz.

—La señora de Rochemause y su gente,—contestó el barquero.—Acercaos.

Obedeció el barquero, acercóse un hombre, Farandola se puso de pie y dejó ver su rostro en el espacio luminoso del farol.

—Está bien,—dijo el oficial alemán,—reconozco á la señora: pasad. Abrióse la línea, deslizóse la barca, y entonces el enmascarado díjole á Farandola al oído:

—Vamos á desembarcar á un cuarto de legua de aquí: allá encontraremos á la verdadera señora de Rochemause.

—¿Ha salido ya de Coblentz?—Sí, y está salvado el caballero.

Farandola ahogó un grito de alegría.

—Decid,—preguntó Mario en voz baja al Marsellés, —¿se salvará realmente el caballero?

—¡Imbécil!—contestó Oliverio encogiéndose imperceptiblemente de hombros.—¿Qué me importa que le fusilen? No es á él sino á ella á quien necesito en París; y lo que es ahora, tengo un buen medio de hacerla venir.

Mientras él decía esto, la nave atracó á la orilla.

—Saltad uno á uno,—dijo el barquero:—la nave es ligera y podría zozobrar.

Clara miraba en torno suyo y veía una ribera desierta.

El capitán fué el primero en saltar: siguióle Mario, quien ofreció la mano á su mujer.

Farandola saltó á su vez, y se volvió para ayudar á Clara de Azay á dejar la barca.

Mas, de improviso, el barquero dió un golpe de remo y se alejó de la orilla.

Oyéronse gritos: uno lanzado por Clara, á quien el enmascarado estrechaba impidiéndola lanzarse al agua: otro lanzado por Farandola, que había adivinado al fin la verdad.

Pero la barca estaba lejos.

—¡Ah, miserable!—gritó el capitán Petit-Jean comprendiendo que había sido juguete del Marsellés, y lanzándose al río para alcanzar á nado la embarcación.

Mas en aquel instante, se apagó la luz. Clara cesó de gritar y la barca desapareció en las tinieblas.

XXV

ENTEREZA

Cuando el capitán Nicolás Petit-Jean se había arrojado al agua, reinó un momento de terrible estupor.

—¡Dios mío!—pudo murmurar tan sólo Farandola, cayendo de rodillas.

Mario permaneció de pie, con la frente inundada de sudor, mudo, inmóvil, como si le hubiese alcanzado un rayo.

Era tan oscura la noche, que el capitán había desaparecido también, y el viento que soplaba con violencia, no dejaba oírle nadar.

De pronto alzóse Farandola, corrió hacia su marido, cogióle por los brazos y se los sacudió, diciendo:

—Caballero, explicadme lo que pasa, porque siento que me vuelvo loca.

—No lo sé,—balbuceó Mario.

—¡Oh! me he prestado á una acción infame,—exclamó la joven: estoy maldita.

Y permaneció en la orilla con los brazos caídos y la mirada fija por el sitio donde había desaparecido la barca.

Transcurrió cerca de media hora. Después se oyó resonar en las tinieblas un juramento y una blasfemia: era el capitán que, agotadas sus fuerzas, volvía á la orilla sin haber podido alcanzar á la nave fugitiva.

—¡Socorro! ¡me ahogo!—exclamó agarrándose á un grupo de hierbas que crecían en el río.

Corrió Farandola á tenderle la mano, y Petit-Jean salió del agua rendido, anhelante.

—¡Ah!—dijo,—el Marsellés me la pagará.

—¿El Marsellés decís?—exclamó Farandola lanzando un grito.—¿Ese hombre enmascarado?...

—Es el jefe de policía de la República.

—¡Traición!—exclamó Farandola.—Los verdaderos Antifaces rojos jamás se habrían servido de ese miserable.

—Y sin embargo es él quien me ha traído á Coblenz para salvar, según decía, al señor de Rochemause.

—¡El! ¡él!—Venía ayer en la barca disfrazado de alemán, y yo llevaba una peluca rubia...

Estas palabras fueron un rayo de luz para el joven: cogió de nuevo á Mario por el brazo, y le dijo:

—Pero vos habéis hablado ayer con ese hombre.

—Es cierto,—balbuceó Mario.

—Y parecíais conocerle.

—¡Ya lo creo!—dijo el capitán,—como que los he visto pasearse del brazo en el campamento; sólo que entonces el Marsellés se había transformado en capitán de artillería.

Estas últimas palabras hicieron caer el velo.

—Caballero,—gritó Farandola,—quiero saber la verdad toda entera.

Y centelleaban sus ojos y Mario, trémulo, desconcertado ante la cólera de su mujer, cayó de rodillas y

lo contó todo desde el instante en que le habían detenido en la esquina de la calle Saint-Honoré; contó sus terrores, sus angustias, su complicidad con el Marsellés...

—¿De modo,—dijo Farandola, que le escuchaba en silencio,—que me habéis engañado?

Mario inclinó la cabeza.

—Me habéis vendido.

Inclinóse más aún el tendero y no contestó.

—¡Habéis temido la muerte, habéis sido cobarde!— prosiguió la joven con aire desdeñoso. Y dando un paso atrás añadió:—¡Adiós! ¡os desprecio!

Luego volviéndose al capitán, le dijo:

—Venid caballero; vos que parecéis honrado y bueno, vos á quien han engañado como á mí: hay que salvar á toda costa al caballero de Rochemause.

—Señora... ¡por piedad!... ¡en nombre de Dios...— suplicó Mario que seguía de rodillas:—¡no me abandonéis!

—Os prohibo que me sigáis,—contestó ella.

Y arrastró al capitán á través de las tinieblas, echando á correr á través de Coblentz.

.....

Volvamos al caballero de Rochemause.

Libre hasta la hora de su condena, una vez pronunciada ésta, pidió que le llevasen á la cárcel.

Salió de la sala del consejo con la cabeza erguida y el desdén en los labios, sin articular una palabra, sin formular una queja.

Fuese orden del duque, ó fuese mera casualidad, el calabozo donde se le condujo era el que había ocupado el fingido caballero de Blénure. Al entrar en él, Raúl no pudo reprimir una sonrisa.

—Ya sabéis —dijo á los dos soldados que le acom-

pañaban,—como se evadió el capitán Nicolás Petit-Jean. Procurad tomar vuestras precauciones.

Sentóse luego en la cama de campaña reservada á los prisioneros, y ni siquiera volvió la cabeza cuando se cerró la puerta: pensaba en su mujer.

Largo rato permaneció absorto en profunda meditación. Ora se preguntaba si aquel partido, á que había dedicado su sangre y su alma, y que estaba ya al borde del abismo, no sería estúpido y loco, ora por el contrario, recordaba las leyes militares y se decía con resignación que era justa su condena.

Una hora después, abrióse la puerta y entró el marqués de Montanden, uno de los edecanes del duque de Borbón.

¡Ahl ¿sois vos, marqués?—dijo Raúl tendiéndole la mano,—dadme noticias de mi mujer.

Vuestra mujer,—contestó el marqués,—se ha desmayado de momento; pero luego ha vuelto en sí y ahora está más tranquila.

—Perfectamente,—repuso Raúl.—¿Podré verla antes de morir?

El Marqués miró al caballero sonriéndose melancólicamente.

—¿De modo que estáis resignado?—le preguntó.

—Naturalmente.

—¿Queréis... morir?

—¡Toma! si estoy condenado.

El marqués se encogió de hombros.

—Mi pobre Rochemause,—dijo—vos sois un loco y el señor duque es testarudo. De ahí el conflicto: ¿Queréis el indulto?—Eso según...

—Estoy encargado de traéroslo: el duque se ha calmado y hasta se arrepiente.

—Algo tarde es,—dijo irónicamente Rochemause.

—¿Por qué?

—Mi querido marqués,—contestó friamente el caballero,—¿no os parece que los nobles, príncipes de la sangre ó nó, son iguales?

—¡Oh!...—Yo, —prosiguió Raúl, —jamás he sido cortesano, no creo en el derecho divino, y estoy convencido de que el rey les debe á sus nobles las consideraciones que el labrador tiene á sus mozos. El día en que un príncipe de la sangre insulta á un noble, insulta á toda la nobleza de Francia.

—Os lo repito, caballero, sois un loco,—dijo suspirando el marqués.—¿Por qué?

—Porque, en resumen sois culpable por haber favorecido la fuga de un prisionero de guerra.

—Amigo mío,—contestó friamente el caballero,—hace algunos meses nos hallábamos sesenta nobles y otras tantas mujeres en la cárcel de la Force, en París. Nos aguardaba el patíbulo, me condujeron á mí allá, tenía el número trece y llegaron hasta el once. Unos hombres que no eran ni el duque de Borbón ni los cortesanos que le rodean me salvaron.

—Lo sé,—interrumpió el marqués.

—Siete meses más tarde, estos mismos hombres han tenido necesidad de mí, y les he servido.—Bien, pero...

—Ante mi conciencia, he cumplido un deber.

—Ya, pero...—Ante el consejo de guerra, soy culpable cuando me condenan.

—Pero yo os traigo el indulto.

—He tenido el honor de deciros que deseaba saber con qué condiciones.

—Hélas ahí: vuestros jueces han firmado una petición de indulto, y el duque exige que la firméis también vos.—Hace mal.—Bueno, pero...

—Hace mal,—respondió friamente Raúl,—porque me niego.

—¡Desgraciado!—exclamó el marqués con sorpresa y terror á la vez,—¡os fusilarán mañana!

—Lo presumo.—¿Y vuestra mujer?

Raúl alzó los ojos al cielo en señal de dolorosa resignación.

Monseñor hace mal,—añadió,—en jugar con el orgullo de los últimos campeones de la monarquía.

—Este orgullo se mantiene lo mismo ante sus iras que ante el patíbulo de Robespierre.

—¿De modo que os negáis á firmar?

—Sí,—contestó Raúl con firme sencillez.

El marqués suspiró y salió lentamente; mas al llegar á la puerta, se volvió.

—¿Deseáis ver á vuestra esposa?—preguntó:

—Sí,—respondió el caballero.

—Estará aquí dentro de algunos minutos... ¡Adiós!..

Poco después Armanda era conducida al calabozo de su marido, y el carcelero les dejó solos. Armanda estaba tranquila y no lloraba ya.

—Señora,—le dijo Raúl,—vos sois noble y animosa.

—Amigo mío,—contestó ella,—me conocéis ya y no debe sorprenderos; pero,—añadió,—si me veis sosegada y con la frente alta, es porque estoy tranquila sobre vuestra suerte.

—¡Cómo!—dijo Raúl,—¿también vos, Armanda, me pedís lo mismo que el marqués de Mentanden?

—No sé que queréis decir, explicaos.

—El de que quiere indultarme, pero con la condición de que firme la petición hecha por mis jueces.

—¿Y qué?—Que me he negado.

Armanda se echó al cuello de su marido, exclamando:—Eres noble y altivo, y te adoro.

Raúl miró con asombro á su mujer.

—Comprendo,—prosiguió Armanda,—que os sor-

prenda mi calma; pero es que no os fusilarán, y sin embargo no seréis indultado.

—¿Qué queréis decir, Armanda?

La señora de Rochemause sacó de su pecho la carta que había recibido, diciendo:—Los Antifaces rojos velan, y ya sabéis que se puede contar con ellos.

El caballero tomó la carta de manos de su mujer. Mas apenas la hubo examinado, lanzó un grito.

—¡Os han engañado!—dijo.

—¡Engañado!—replicó Armanda con azoramiento.

—Esta carta es apócrifa. No ha sido escrita por los Antifaces rojos. Este sello es una imitación grosera; vais á ver. Y sacando un sello que representaba igualmente un antifaz y dos puñales, añadió:

—Todos nosotros tenemos uno igual; pero además hay una divisa microscópica y que únicamente se puede leer con el lente, que dice: *La esperanza sólo muere con la vida*. Buscad esta divisa en el membrete de esta carta, y no la encontraréis. Es una mistificación, mi pobre Armanda.

La señora de Rochemause palideció y cayó en los brazos de su marido, exclamando:

—¡Dios mío! ¡entonces estáis perdido!

—Lo estoy, si cuento con el pretendido auxilio de los supuestos Antifaces rojos.

—¡Dios de bondad!—prorrumpió Armanda sollozando y cayendo de rodillas.

En aquel momento se abrió la puerta del calabozo y entró el carcelero.

XXVI

LA SALVACIÓN

El carcelero entró con aire misterioso.

La señora de Rochemause se acercó á su marido con aire de terror.

—¿Venís á decirme ya que tengo que salir?—le preguntó.

—Sí,—contestó el carcelero sacando al mismo tiempo de su bolsillo una carta que puso delante del caballero.

Ahogó éste un grito de sorpresa, y la cogió temblando convulsivamente. Aquella carta lleva un sello de cera roja, donde se veía marcados el antifaz y los dos puñales.

—¡Otra vez!—murmuró la señora de Rochemause.

—Esta es legítima,—dijo Raúl acercando el sello á la lámpara colocada encima de la mesa,—hay la inscripción.

—Caballero,—dijo el carcelero haciéndole una seña,—daos prisa de enteraros de esa carta: tengo orden de llevarme á la señora de Rochemause.

A Armanda le latía con fuerza el corazón: Raúl abrió la carta y leyó:

«Habéis sido víctima de una abominable intriga. Afortunadamente estamos aquí y os necesitamos tanto como vos podéis necesitararnos á nosotros. Despedid á vuestra esposa, que vuelva á su casa y haga sus preparativos de marcha. Quemad esa carta, y nada temáis.

Raúl entregó la carta á su mujer, cuyos ojos brillaron al leerla.

—Hay que obedecer,—dijo el caballero.

—¡Oh! creo en ellos,—contestó Armanda, echándole al cuello los brazos, dándole un ardiente beso y saliendo luego.

Ya solo, Raúl volvió á leer la misteriosa carta, aproximóla á la luz, y la quemó.

Era tarde, acababan de dar las diez de la noche.

—Mañana me han de fusilar,—se dijo Raúl,—porque el duque no cederá ante mi propia distinción.

Y avanza la noche... ¿Guardarán los Antifaces rojos el último momento? No es probable que mi fuga se efectúe por igual medio que la del supuesto Blénure. ¿Por dónde saldré yo?

Siguió esperando y oyó dar sucesivamente las once y las doce. Pero creía ciegamente en aquellos hombres que le habían librado del patíbulo y no tenía inquietud alguna.

Sin embargo, deslizábase poco á poco la noche; sucedíanse las horas y nadie acudía. Al fin llegó el alba. Sólo entonces se preguntó él si tal vez se habría descubierto el complot que los Antifaces rojos debían haber tramado para salvarle.

Mas casi en el mismo instante, se dejaron oír en el corredor los pasos del carcelero. Este, como hemos dicho ya, era cuñado de Kauffmann y tampoco era incorruptible.

—Caballero,—dijo éste entrando y cerrando tras sí la puerta, y dejando encima de la mesa un jarro de agua y una cesta, que contenía algunos alimentos,—he recibido tres mil florines para favorecer vuestra evasión.

—¡Ah!—murmuró Rochemause.

—Pero si vos no ponéis algo de vuestra parte, perderé mi destino, y tal vez hasta me pondrán preso.

—¿Qué debo hacer?

—Pues vais á echarme al suelo, á agarrotarme con esa cuerda que os traigo y á amordazarme,

—Está bien.

—Será cosa de un momento, como podéis suponer, porque no opondré resistencia alguna.

—¿Y luego?

—Os pondreis mi vestido, mi gorra, cogereis mi manajo de llaves y saldréis cerrando la puerta del calabozo. Hay tres guardias: la primera está en el corredor, la segunda en el descanso del primer piso, y la tercera en su garita al lado de mi habitación. Esta última os echará una capa en las espaldas y os ocultará en su garita.

—¿Y después?

—¡Oh! después ya no es cosa mía: os arreglaréis con ellas. Todo lo que puedo deciros es que dentro de un cuarto de hora vendrán á relevar las centinelas, y volverán al cuartel.

El carcelero se desnudó con presteza, se dejó agarrotar y amordazar, y luego Raúl se puso sus ropas, cogió el manajo de llaves y salió.

El primer centinela delante de quien pasó, dormitaba y ni se fijó en él; el segundo se hallaba en un sitio obscuro, y el caballero apretó el paso; al pie de la escalera encontró al tercero que se paseaba de un extremo á otro.

—Estás realmente guapo,—mi querido caballero,—le dijo éste,—con tu nueva vestimenta.

—¡Tú, barón!—exclamó Raúl estremeciéndose al oír aquella voz.

—Yo, contestó el centinela.—No te lo esperabas, ¿verdad?

—Confieso que no; pero...

—Silencio; más tarde te lo contaré todo. Coge mi capa, toma mi mosquete y dame tu redingote y tu casquete... Eso es. Ahora ponte en mi garita, y aguarda... Dentro de diez minutos te vendrán á relevar y saldrás

con los doce hombres de guardia. Una vez en la calle, te escurres y bajas al río por una callejuela que encontrarás al extremo de la cárcel.

Entretanto el centinela acababa de disfrazarse de carcelero y entraba en la portería de la cárcel

La evasión se efectuó exactamente tal como así había sido prevista y preparada. Releváronse los centinelas al amanecer. Raúl salió con ellos, escapó por la callejuela y bajó tranquilamente al Rhin, donde le aguardaba en una barca el Marchef, despojado ya de su traje de carcelero, y envuelto en una ancha capa.

Si se recuerdan las primeras escenas de la primera parte de este libro, se recordará al Marchef, que había formado parte de aquella gendarmería misteriosa que debía sacar del Temple á Luís XVI en la mañana del 21 de Enero.

El era, en fin, uno de los miembros más activos de la asociación de los Antifaces rojos.

La nave era pequeña y ligera; el Marchef dió un remo á Rochemause y cogió él el otro.

—Ahora,—dijo,—hablemos.

Y mientras se dirigían á casa de Rochemause, prosiguió:—Ante todo, debo decirte que no he hecho el viaje por tí.

—¿Pues de dónde vienes, barón?

—¡Toma! de París. ¿No soy el vicepresidente de los Antifaces rojos?—Ya, pero...

—Según nuestros estatutos, únicamente libramos de la guillotina, y como tú debías ser fusilado, tu asunto no nos correspondía; pero soy tu amigo, y como me encontraba aquí...

—Pero, ¿á qué has venido?

—He seguido las huellas del Marsellés.—¿Del Marsellés? dijo estremeciéndose Rochemause.

—Amigo mío,—repuso el Marchef,—hay empeña-

da una lucha á muerte entre nosotros y Robespierre, cuyo angel malo es el Marsellés. Este hombre es muy fuerte y te ha llevado engañado como á un niño ¿Te acuerdas del caballero de Blénure, de ese hombre á quien salvaste con el auxilio de tu mujer, con el solo bien de complacer á Dantón?

—He cumplido con mi deber,—dijo Raúl.

—¡Eres un simple! Dantón no conocía ni ha visto jamás al capitán Petit-Jean.

—¿Qué me dices?

—El Marsellés es quien te ha jugado esta partida. Siguiendo sus consejos, ese imbécil de capitán, que hizo de buena fe y concienzudamente su papel, pidió á la Asamblea nacional tu repatriación y la de tu mujer.

—Pero,—exclamó el caballero,—¿qué fin tortuoso tiene ese hombre?

—Quiere tener á tu mujer en París para perder á Dantón, ¿comprendes?

—Comprendo,—dijo Raúl estremeciéndose.

—Y nosotros también queremos tenerla en París,—añadió el Marchef,—para salvar á Dantón y perder á Robespierre, y echar abajo de una vez á ese patíbulo revolucionario para cuya ruína trabajamos sin descanso. Y como Raúl estuviese pensativo, repuso:

—El ejército de Condé será licenciado antes de seis meses. El orgullo y la ineptia de los príncipes, acabarán lo que no había podido hacer el cañón de Dumouriez. El sitio de los verdaderos realistas, de los que quieren el restablecimiento de la verdadera monarquía, no es aquí, sino en París, el punto de peligro, la brecha siempre humeante.

—Es verdad,—dijo el caballero.

Y luego, dándose una palmada en la frente, añadió:

—Entonces es el Marsellés quien escribió ayer á mi mujer.

—Sí, imitando groseramente el sello de los Antifaces rojos. El fué quien escribió también á Dantón para alejarle de nosotros.

El Marchef contó al caballero lo que sabemos ya respecto á aquel billete en el cual se ofrecía á Dantón, en nombre del Rey Luís XVIII, los sellos de gran canceller.

—Odio á Robespierre,—añadió el Marchef,—pero odio todavía más al Marsellés. Tú no sabes que le conozco desde niño, y que ha nacido bajo mi mismo techo.

Raúl miró con sorpresa al Marchef.

—Tú no sabes,—prosiguió éste en voz baja,—que ese hombre es un asesino y un incendiario, que mató á su padre y deshonoró á su hermana: tú no sabes...

Detúvose aquí vacilante, con la frente llena de sudor.

—Acaba,—díjole el caballero,—¿no somos amigos?

—Pues bien, dijo Marchef haciendo un esfuerzo y asomando á su rostro el rubor de la vergüenza,—ese hombre á quien detesto, ese ladrón, ese asesino, ese parricida, ese hombre que se oculta bajo el nombre de Oliverio Brun... ¡es mi hermano!

Rochemause lanzó un grito de terror.

—Nada digas,—prosiguió el Marchef—pero he jurado sobre la tumba de mi padre que morirá en el patíbulo.

En aquel momento la nave llegaba bajo los muros del jardín de la casita.

El caballero y su amigo, atravesaron el jardín, desierto en aquella hora tan temprana. Una lámpara ardía en el primer piso. La señora de Rochemause, el barón de Azay y sus dos hijos, vieron entrar al caballero y permanecieron sombríos y silenciosos como espectros.

—¿Qué significa eso?—preguntó asombrado el caballero—¿así me recibís?

—¡Clara ha desaparecido!—murmuró Armanda.

—¡Mi hija está deshonrada!—exclamó con desgarrador sollozo el barón.

Los dos jóvenes apretaban con ira el pomo de sus espadas. Arrodillada en un rincón, lloraba una mujer: el caballero reconoció en ella á Farandola.

—¡Clara desaparecida...! ¡deshonrada...!—balbuceó delirante.—¿De modo que he salido de mi calabozo sólo para ver caer el rayo sobre todos nosotros?

—Señora,—dijo el Marchef dirigiéndose á Farandola,—ahora tengo la clave de ese terrible enigma que en vano trataba de descifrar. Vos habéis servido para el rapto de la señorita Clara. El Marsellés es quien la ha robado...

—Sí,—contestó trémula Farandola.

Un rayo de luz pasó por los ojos de Marchef.

—¡Vamos!—dijo—de pie caballero; de pie señores; venid señora: hay que ir á París.

XXVII

LA CAUTIVA

Dejemos transcurrir ahora cuatro meses y pasemos al mes de Marzo de 1794 en París. Era en uno de esos días casi primaverales en que no hace aún calor, á pesar de que el sol brilla sin nubes en el cielo.

En el horrible barrio de Saint-Marcel, detrás del Panteón, en el ángulo de la calle del *Puits qui parle*, calle desierta y siniestra como la leyenda que le da nombre, elevábase una casa de seis pisos, de paredes

negras, techo musgoso, de ventanas rejadas y sin persianas, y teniendo las más, pedazos de papel untado en lugar de cristales.

En los bajos, una vendedora de legumbres secas, exponía aquel repugnante conjunto de guisos que el pueblo de París llama *arlequines*; á su lado, un carbonero ocupaba un chiribitil; dos traperos se partían el primer piso: una planchadora ocupaba el segundo, y los pisos superiores, poseían huéspedes sin nombre, sin profesión conocida, cubiertos de sórdidos harapos en su mayoría y que únicamente salían de noche como los buhos.

Helábase el corazón al pasar por delante de aquella casa, y más aún, si por casualidad, se tropezaba en el umbral con una mujer que andaba con muletas, por lo repugnante que era su aspecto. Aquella mujer era el terror del barrio, á pesar de amontonarse allí las miserias más horribles, y ocultarse los más osados bandidos.

Aquella mujer vivía en el quinto piso, ocupando dos buhardillas. No se le conocía profesión alguna. Cada mañana bajaba á casa de su frutera, compraba legumbres y un arlequín, que pagaba en calderilla, y luego se hacía servir una toma de ese abominable aguardiente que el parisiense llama *tord-boyaux*. A las tres en punto, salía apoyada en sus dos muletas, y decía:

—Voy á ver si Brutus sigue siendo digno de la confianza del pueblo.

Los vecinos de la casa la tenían miedo, sin saber por qué, pues no se le podía atribuir crimen alguno, por más que circulaban vagos rumores por la vecindad pretendiéndose que tenía secuestrada en su casa á una joven.

Algunos vecinos afirmaban haber oído gritos de do-

lor en la buhardilla que ella ocupaba. Otros juraban haber visto uno ó dos veces á aquella joven asomar á la ventana su rostro pálido y sus rubios cabellos.

El pueblo suele castigar bien y rápidamente esos crímenes. La multitud invade la habitación que se sospecha convertida en carcel, y pone en libertad al sér secuestrado.

Mas hasta entonces nadie había osado dar la señal. Al sólo nombre de la mujer de las muletas, temblaban hasta los más valientes. Era que había corrido otro rumor: decíase que aquella mujer *era de la policía*.

En los cinco meses que llevaba en el barrio, habían sido detenidas como sospechosas, juzgadas, condenadas y ejecutadas, muchas personas, y que no eran aristócratas ni ricachos, sino gente pobre. Citábase á un tabernero que cierta noche había echado de su tienda á la mujer de las muletas, que estaba completamente borracha, y el cual á la mañana siguiente pusieron preso y le guillotinaron al otro día.

Otro día también, fué presa una anciana que en voz alta había dicho que la coja tenía cara de asesino, y había pagado con la cabeza aquella opinión emitida con demasiada franqueza.

De modo que nadie osaba hablar recio de ella, y todos la temían.

Algunas noches iba á visitar á la horrible vieja un hombre en carmañola y gorro rojo. Aquel hombre, joven aún, tenía una belleza siniestra, algo de lobo y el ave de presa reunido.

Un trapero que se había encontrado frente á frente con él, junto á la lamparilla de la frutera, había dicho al día siguiente:

—Desconfiemos; ese que va á casa de la coja, es un polizonte.

Aquel día de mediados de Marzo, y con el magní-

fico tiempo de que gozaba París, la casa de la calle del *Poits qui parle*, parecía menos horrible á la luz del sol. Sus vecinos estaban, unos asomados á sus ventanas, y otros en la puerta de sus tiendas, todos en animada conversaci3n.

De pronto 3sta se interrumpi3 como por encanto, restableci3ndose el silencio. Acababa de aparecer la coja á la entrada de la calle, andando tan deprisa como se lo permitían sus muletas.

Pas3 majestuosa y sonriente como una reina, contest3 á los saludos de todos, y agarrándose á la cuerda y poniéndose bajo el sobaco una de sus muletas, subi3 los peldaños de la sucia y tortuosa escalera de la casa.

Llegada á la puerta de su buhardilla, se detuvo un momento antes de introducir la llave en la cerradura.

La puerta parecía s3lida, y era completamente nueva. La luciente, diminuta y trabajada llavecita que la coja sac3 de su bolsillo, dejaba adivinar una de esas cerraduras de sistema, á prueba de ganzúas. Puerta y cerradura, las había mandado poner por su cuenta la coja al tomar posesi3n de la buhardilla.

La llave di3 dos vueltas, y se abri3 la puerta.

Un espectáculo horrible se habría presentado á los ojos de quien hubiere penetrado en la buhardilla con la coja. Encima de un mont3n de basura, estaba acurrucada una joven, medio desnuda, y con la mirada calenturienta: al ver á la coja, se levant3 con temor.

Dirigi3se 3sta á la ventana y la examin3.

—¡Ah, malvada!—grit3 levantando su muleta: has abierto la ventana.

—Perdonadme,—balbuce3 la joven,—el aire est3 aqu3 apestado... He visto el sol, y he abierto por espacio de un minuto; pero no me he asomado, os lo juro.

—Har3 guillotinar á tu padre y á tus hermanos, te lo prometo, hija de arist3crata.

—Señora... señora... ¡apiadaos al fin de mí!, Bastante he sufrido en cuatro meses... bastante me habéis atormentado...

—Jamás se atormenta bastante á los canallas de aristócratas como tú; y á fé de Mayotte, que te he de hacer morir á palos.

La joven se había puesto de rodillas, plegadas las manos y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

La Mayotte, pues era ella, se sentó en el único taburete de la buhardilla, y tiró sus muletas.

—Créelo, mala pécora,—repuso,—si el Marsellés no te protegiera algo, y no tuviese sus ideas, sobre tí, tiempo há que habría roto mis dos muletas en tus espaldas, maldita aristócrata, y te habría dejado morir de hambre aquí.

Clara de Azay, pues ya se habrá adivinado que era ella, estaba anegada en llanto. La pobre niña estaba convertida en un espectro. Tenía hondos los ojos, parecía un esqueleto, y al verla se comprendía que Dios hacía un milagro conservando un soplo de vida á aquel cuerpo.

¿Qué terribles peripecias la habían hecho caer en poder de la infame Mayotte? Esto es lo que vamos á explicar en pocas palabras.

Se recordará que en la noche de su rapto, el Marsellés había hecho retroceder la barca de un golpe de remo, y que Clara había lanzado un grito. De improviso le había caído el antifaz rojo y la joven había reconocido al Marsellés.

—¡Vos!... ¡vos!...—había exclamado aterrada.

—Yo, querida niña,—contestó el Marsellés, —yo que os amo.

Clara hizo un gesto de horror, y redobló sus gritos; pero el Marsellés se le echó encima y le aplicó un pañuelo á la boca, al mismo tiempo que apagaba el farol colocado en la proa del barco.

Sintióse perdida Clara, y se desmayó. Cuando volvió en sí, empezaba á clarear, y la barca descendía con asombrosa rapidez hacia Dusseldorf.

Miró Clara á su raptor, recordó, y cayó de rodillas.

—¡Ah!—dijo,—me han dicho que erais más cruel que las fieras; si no tenéis que devolverme la libertad, matadme á lo menos.

—Hermosa mía,—contestóle el Marsellés riéndose,—sois una loquilla y os figurais que yo soy el coco. ¡Os equivocáis! soy todo lo que hay de más humano y de más buen muchacho del mundo.

Al hablar así, lo hacía con voz tan dulce, que la joven le miró con asombro.

—Desde luego,—repuso él,—creed que no atentaré ni á vuestra vida, ni á vuestra honra. Os necesitaba, y os he robado.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Clara juntando las manos,—y Rochemause á quien van tal vez á fusilar dentro de algunas horas...

—Tranquilizáos, está salvado.

—¿Salvado?—repitió Clara mirándole con aire de duda.

—Huyó ayer, os lo juro,—contestó el Marsellés poniéndose la mano sobre el corazón y haciendo sin dificultad este perjurio.

Creyóle Clara, y alzando hasta él sus ojos anegados en llanto, le preguntó:

—¿Pero qué quereis hacer de mí?

—Por de pronto, llevaros á París.

—¡A París!—balbuceó Clara,—¿á la guillotina?

—No, quiero que vivais, que seais dichosa.

Clara le volvió á mirar con sorpresa y terror.

—¡Os amo!—repuso él,—os amo desde el día en que os ví en la posada del *Cuervo vivo*... os amo y quiero haceros mi esposa.

—¡Eso jamás!—exclamó trémula la señorita de Azay.

—¡Bah!—contestó con cinismo Oliverio Brun:—me he puesto esto en la cabeza, y lo veremos.

La joven miraba verdaderamente consternada correr el agua del río y correr á ambos lados las orillas que paso á paso se perdían en el horizonte. Por un instante pensó en arrojarle al Rhin, prefiriendo la muerte á la vergüenza que le causaba oír á semejante monstruo hablarle de amor. Pero el Marsellés adivinó, sin duda, su pensamiento, pues se sentó junto á ella, dispuesto á rodearla con sus brazos al menor movimiento.

—Es inútil que pretendáis escapar,—dijo:—estáis en mi poder, y ni el diablo os arrebatará.

Clara lloraba y se torcía las manos desesperada.

—¡Vamos allá!—dijo el Marsellés señalándola una casa en la ribera izquierda.

Dió una orden al barquero, que puso la proa en aquella dirección.

No se veía poblado alguno en todo lo que alcanzaba la vista; únicamente aquella casa de apariencia lúgubre, que Clara no pudo contemplar sin terror.

En la orilla había un hombre que parecía aguardar la barca.

Vióle el Marsellés, y se dijo:—Vamos, el Dormilón es hombre con quien se puede contar.

XXVIII

UN FRENO

El Marsellés no se había equivocado; el hombre que estaba de pie en la orilla, en el umbral de la casa, era el Dormilón, que tenía cita en aquel punto con su jefe.

Dos días hacía que estaba allí, esperando paciente—

mente, porque el Marsellés, al dejarle, no había podido fijarle la hora en que se volverían á ver.

La barca tocó á la orilla.

—Hermosa mía,—dijo el Marsellés,—espero que vais á ser buena.

—¡Oh señor!—suplicó Clara por última vez.—Compadecedme de mí, volvedme á Coblenz, y olvidaré el mal que me habéis hecho, y rogaré á Dios por vos.

—Estoy persuadido,—contestóla el Marsellés cogiéndola por el brazo,—de que no teméis la muerte, y la amenaza de mataros si tratábais de huir, no os intimidaría; pero tenedlo presente: vuestro padre y vuestros hermanos vendrán á buscaros á París, y su vida estará entre mis manos.

Esta terrible amenaza anonadó á Clara: inclinó la cabeza y se dejó llevar sin resistencia, fuera de la barca.

El Dormilón se había acercado á su jefe. Los de policía hacen como los ladrones, hablan entre sí una lengua que nadie la entiende más que ellos.

Los dos policías combinaron una seña de inteligencia, y enseguida emplearon un lenguaje convencional que nosotros traduciremos en lenguaje vulgar.

—La posada es nuestra,—dijo el Dormilón,—el posadero es un buen alemán, sordo y ciego cuando se le paga bien. Es viudo y sólo tiene una criada, que me adora desde ayer.

—Muy bien.

—Pasaremos el día aquí. Esta noche tendremos caballos, y en una noche habremos vuelto á pasar las líneas francesas.

—Preferiría pasar aquí la noche,—observó el Marsellés dejando caer sobre la señorita de Azay una mirada aterradora de cinismo.

—No lo creo posible, dijo—con enigmática sonrisa

el Dormilón,—y creo además que andáis descaminado.

—¿Por qué?

—Pongamos la chica á la sombra y hablaremos.

La casa frente á la cual acababa de detenerse la barca, era la posada de que hablaba el Dormilón. El Marsellés hizo entrar en ella á Clara, á quien la terrible amenaza que se le había hecho, tenía sumida en una especie de atontamiento, y que se dejó llevar sin resistencia á un cuarto de la posada, donde la encerró él, diciéndole:

—Voy á haceros servir luego el almuerzo.

Reunióse después con el Dormilón.

—Pues sí,—le dijo éste llamándole fuera de la casa, —creo que no andáis acertado.

—¿Por qué?

—La chica os gusta ¿verdad?

—Estoy loco por ella y quiero hacerla mi mujer.

—No está mal pensado.

—Tiene un castillo, prados, bosques... Haré guillotinar al padre y á los hermanos... Será un buen partido, ¿eh?

—Sí, pero, permitidme una palabra. ¿Habéis consultado al amo, sobre este punto?

—¿A qué amo?

—Al ciudadano Robespierre.—No por cierto.—Pues habéis hecho mal.—¿Por qué?

—¡Toma!—dijo el Dormilón rascándose la oreja,—hay que ser justo; el amo no es escrupuloso para hacer caer cabezas, pero es fatal tratándose de la moral.

El Marsellés se estremeció.

—¿Qué quieres hacerle?—repuso el Dormilón,—hay gente así.

—Pero explícate, ¿qué quieres decir?

—¿Creeis que el amo se ha limitado á dejaros carta blanca, y que no conoce el objeto principal del plan

que acabáis de ejecutar? Lo sabe todo y ya se figura que robaréis á la señorita de Azay.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo,—contestó friamente el Dormilón.

—De modo que me has hecho traición, miserable.

—No tal; sólo que cuando hubísteis partido, el amo me llamó y como os mira de aquella manera que os arranca una confesión del fondo del alma, he hablado... y el amo ha parecido satisfecho.

El nublado rostro del Marsellés se serenó.

—Hasta ha dicho,—prosiguió el Dormilón:—«Ese Marsellés es un hombre que vale; haré algo de él.»

—¡Ah! ¿dijo esto?—Sí, pero ha añadido: «Quiero, sin embargo, que respete á esa joven.»

—¿Estás seguro?—Y lo ha escrito.

—¿El?—exclamó frunciendo el ceño el Marsellés.

El Dormilón sacó del bolsillo un papel que enseñó á su jefe y que decía:

«Si el Marsellés contraviene á mis órdenes, puede considerarse como destituido de su cargo, y reemplazado por el Dormilón, á quien le encargo haga respetar mi voluntad.»

El Marsellés lanzó un grito de coraje.

—Sí,—murmuró el Dormilón,—comprendo que es duro eso.

—¡Miserable! —dijo con altanería el Marsellés;—tentaciones me dan de clavarte mi cuchillo en el vientre.—Haríais mal.

—No, porque me desembarazaría de ti.

—Es que, siguiendo vuestras instrucciones, he traído dos hombres.

—Esos hombres me obedecen.

—Me obedecerán mejor á mí, puesto que como contravendrías las órdenes de Robespierre, yo pasaría á ser su jefe.

El Marsellés se mordió los labios.

—Y luego,—prosiguió el Dormilón,—ya sabéis que tengo sobrada fuerza y que no os aventuráis á jugar conmigo.

Oliverio Brun inclinó sumisamente la cabeza, y así fué como la señorita Clara de Azay llegó ocho días después á París, sin haberse visto expuesta á los odiosos propósitos del Marsellés. El Dormilón había cumplido escrupulosamente su deber: Clara de Azay estaba prisionera, pero su honra estaba á salvo.

El día mismo de su llegada, el Marsellés fué á casa de Robespierre. El procónsul, advertido del regreso de su agente y del rapto de la señorita Clara de Azay, le aguardaba con cierta impaciencia.

—¡Al fin!—dijo al verle entrar.

—Sí, ciudadano, y espero que estaréis contento de mí.

—Eso, según... Lo estaré si la señora de Rochemause llega inmediatamente á París, pero si tarda...

El Marsellés miró con curiosidad á Robespierre, y notó que estaba de muy malhumor.

El procónsul le señaló la mesa atestada de papeles, y encima de ella, el último número del diario de Prudhomme.

—Lee,—le dijo.

El Marsellés cogió el diario, y en el acta de la última sesión de la Convención, encontró esta frase:

«El ciudadano Dantón ha pedido dos meses de licencia por razones de salud. Ha anunciado su intento de ir á pasar ese tiempo en su país natal, en Arcis-sur-Aube.»

—Eso sí que desconcierta algo mis combinaciones,—dijo el Marsellés.

—Veremos,—murmuró Robespierre.

Y añadió bruscamente:

—¿De modo que has robado á la señorita de Azay?

—Estaba convenido así.

—Es verdad; pero ¿me has obedecido?

—Sí,—contestó bajando la cabeza el Marsellés.

—¿Qué piensas hacer de ella?

—Hacerla mi mujer.

Robespierre hizo un gesto de desagrado.

—Y á no ser que vos os opongáis,—repuso con cinismo el Marsellés,—se hará así.

—Escucha,—dijo el procónsul deteniéndose bruscamente,—hagamos un trato.—Decid.

—Ya comprenderás que interesarme en el matrimonio de un miserable como tú, con una joven pura y bella, me repugna.

El Marsellés hizo una mueca.

—Pero, como que si llevas á buen término nuestro asunto, te deberé una recompensa...

—¿Me casaréis, verdad?

—No, pero te dejaré libre de hacer lo que quieras.

—Está bien: yo me encargo de lo demás.

—Pero,—agregó Robespierre,—ten presente que mientras la señorita de Azay no sea tu mujer, te mando que la respetes.

—Bien, pero me dejaréis libre de emplear los medios que me acomoden para que me otorgue su mano.

—Sí.

—Corriente, pues yo saldré con la mía.

Y aquella misma noche, el Marsellés encomendó á la Mayotte el cuidado de la señorita de Azay.

En la fecunda imaginación del miserable, había germinado todo un plan tenebroso. Sabía que causaba horror á Clara y que sólo conseguiría realizar sus propósitos por medio del terror y del tormento.

Esa inesperada licencia, pedida por Dantón, segui-

da de cerca por su partida para Arcis sur-Aube, al poner provisionalmente á raya las combinaciones de Robespierre, vino así mismo á modificar los planes del Marsellés.

Como era de esperar, el caballero de Rochemause y su esposa habían llegado á París, y andaban buscando á Clara de Azay. Convenía, pues, substraerla á las investigaciones, para obligarles á permanecer en París; y al mismo tiempo para que prolongasen su estancia hasta el regreso de Dantón, convenía que tuviesen la certeza de que Clara no había abandonado la capital.

Cierta mañana, el Marsellés fué á ver á la Mayotte; la encontró atormentando á su víctima.

—¡Vete, mala cojal—la dijo,—quiero hablar con la señorita.

La Mayotte pasó á la segunda pieza de la habitación y luego aplicó el oído al ojo de la cerradura.

Clara quedó sola y trémula ante su perseguidor.

—Vuestro padre está en París,—dijo Oliverio Brun.

La joven lanzó un grito de alegría.

—Sé donde está,—prosiguió el Marsellés,—y puedo hacerle prender.

Al grito de alegría que lanzara, siguió otro de terror; Clara juntó las manos con desesperación.

—Sin embargo,—prosiguió el Marsellés,—si vos me obedecéis, no lo haré.

Clara se puso intensamente pálida, creyendo que aquel hombre iba nuevamente á hablarla de su odioso amor.

—Tranquilizaos,—la dijo éste,—no ha llegado aún la hora en que seréis mi mujer.

—¿Qué me queréis, pues?—preguntó trémula la joven.

—Quiero que le escribáis á vuestro padre cada dos días una carta que yo haré llegar á su poder, y que yo

os dictaré, y os prometo que mientras hagáis esto, se respetarán su vida y su libertad.

Dicho esto, el Marsellés dictó á Clara las siguientes líneas:

«Padre mío:

»Estoy prisionera, y me está prohibido haceros saber donde se halla mi prisión. Todo lo que puedo deciros, es que vivo, y que sigo siendo digna de vuestro amor y de vuestras caricias.»

Oliverio Brun cumplió su palabra. El barón y sus hijos, que habían seguido á la señora de Rochemause y al caballero, y que por desgracia llegaron después de la partida de Dantón, no fueron detenidos, por más que la policía no les perdió de vista un solo instante.

Transcurrieron tres meses. Durante estos tres meses, el caballero, el señor de Azay y sus hijos, registraron inútilmente París para encontrar á Clara, de quien cada dos días recibían noticias. Durante estos tres meses, hasta los mismos Antifaces rojos trabajaron en balde.

No se encontraba á la joven; el Marsellés desbarataba todos los planes de sus adversarios.

Clara era diariamente atormentada por la Mayotte, y el Marsellés esperaba triunfar de su desdén, mas para eso tenía que haber realizado su tarea, y Robespierre, por medio del Dormilón, velaba sobre la joven.

Y ahora volvamos á aquel día luminoso y tibio, inundado de los primeros rayos del sol de Marzo, y volvamos asimismo á la buhardilla donde hemos visto á la Mayotte penetrar y apercibirse de que Clara había entreabierto la ventana durante su ausencia.

XXIX

EL DORMILÓN

La Mayotte se enfurecía con facilidad. Empezaba por no gustarle los aristócratas, lo cual lo tenía en la sangre, como ella decía. Luego odiaba todo lo que era hermoso, con ese odio que las tinieblas deben profesar á la luz. Y por último veía en Clara de Azay, á la hija y á la hermana de aquellos dos hombres que habían matado á Nicolás Gourju.

No era que ella hubiese profesado jamás cariño á su antiguo amo y amante; la Mayotte no amaba á nadie; pero la costumbre la había ido ligando á aquel cómplice de sus crímenes y de sus crueldades, y su muerte había sido la disolución de aquella trinidad sanguinaria que por tanto tiempo había reinado en la posada del *Cuervo vivo*.

La Mayotte pues, á quien el Marsellés había dejado entera libertad, atormentaba á Clara con inauditos refinamientos de crueldad.

La alimentaba mal, le pegaba á menudo, la despertaba bruscamente durante la noche, si la pobre criatura acababa por reconciliar el sueño. Día y noche vomitaba torrentes de injurias contra ella y contra los aristócratas.

Por último, había inventado para la pobre niña un postrer y supremo suplicio. La horrible calcetera iba cada día á la plaza de la Revolución. Llegaba allá mucho antes de que la carreta de los condenados se hubiese detenido junto al patíbulo, y no se marchaba hasta que había caído la última cabeza. Luego volvía á su casa cantando la *Marsellesa*, y una vez encerrada

con su víctima, le contaba el sangriento drama á que acababa de asistir. Sabía el nombre de los ajusticiados, y hasta parodiaba sus últimos gestos y sus últimas palabras.

Clara se sentía morir cada día, á la hora de aquel siniestro relato. Para ella era un tormento que superaba á todos los demás.

Pues bien, aquel día, después de haber vomitado su habitual torrente de injurias, la Mayotte tiró sus muletas, se sentó, suavizó su voz y dijo con gazmofiería:

—Vaya, venid, prenda, y hablaremos un rato: he prometido al ciudadano Robespierre ¡hacer de vos una buena patriota, y quiero cumplir mi palabra.

Clara se puso á temblar.

—No vengo de la plaza de la Revolución,—prosiguió la Mayotte,—apenas es medio día, y allí la función no empieza hasta las cuatro. Pero hoy he hecho una calaverada.

Al decir esto, soltó una carcajada feroz y miró á Clara que entornó los ojos.

—Como hacía buen tiempo,—prosiguió,—he querido ver qué hacían en la ex barrera del ex trono, en lo alto del arrabal Antoine.

Clara escuchaba á su pesar.

—Debo decirte, ciudadana, que la República es una buena muchacha, que quiere á Brutus como á su hijo y que ha comprendido que el pobre hombre no lo podía hacer todo, porque el número de esos perros de aristócratas, se multiplica hasta lo infinito, y mira lo que ha hecho: ha creado una *sucursal de la institución*, es decir, una segunda guillotina. Como es una joven, la llaman la *Señorita*: la de abajo se llama la *Señora*, ó bien la *Viuda*. A la pequeña jamás la había visto, y la verdad desconfiaba de ella. Pues figúrate, ciudadana,

que trabaja desde la mañana, y canta como una alondra. A las seis en punto llega su galán, un joven ayudante en jefe de Brutus, el mismo que hizo la zancadilla á Capeto, cuando quiso hablar á pesar del redoble de tambores ordenado por el general Santerre.

A las seis y cuarto llegan los novios de la *Señorita*, la cual hasta las ocho no para, dando á todos un beso tan bien aplicado, que á todos les basta con uno.

Habíase vuelto á apoderar de Clara aquel temblor convulsivo que se apoderaba de ella cada día cuando la Mayotte comenzaba su infernal relato.

—A fe de descamisada, os aseguro que he quedado encantada. No creía que marchase tan bien la cosa, de veras.

—Pero señora ¡en nombre del cielo!—suplicó Clara.

—Deja ciudadana, hay que reir algo en este mundo, ya que la República ha suprimido el otro. ¡Ya verás que original! Esta mañana han empezado por un cura; una cabeza magnífica. Tenía el cuello todo blanco, como el aristócrata de tu padre que también irá á parar allá uno de esos días.

La Mayotte iba á continuar sin duda largo rato sobre esta tema, cuando llamaron á la puerta. Estremeciéndose la coja; pero como habían dado dos golpes y luego un tercero, y eso de un modo especial, no opuso dificultad alguna en ir á abrir, y entró un hombre.

A la vista de aquel hombre, el descompuesto semblante de la señorita de Azay, se serenó algo. Aquel hombre iba cada semana á ver á la prisionera. No la insultaba como la Mayotte, ni tenía la audacia de ultrajarla con proposiciones amorosas como el Marsellés; no, era triste, atento; la preguntaba con cierto respeto, y la joven había observado que la Mayotte se ponía más suave cuando aquel hombre había venido.

Era el Dormilón, el agente de la contra-policía de

Robespierre, encargado de velar por la honra de la señorita de Azay.

Saludó á Clara, y dijo rudamente á la Mayotte:

—Veo que llego á tiempo; siempre atormentando á la señorita.

—¿Yo?—dijo con tono hipócrita la Mayotte,—al contrario, la contaba bonitas historias... como la pobre niña se aburre algo...

—¡Cállate!

—¡Cómo me habláis hoy! Me quejaré con el amo.

—Abre la puerta de tu cuarto,—dijo el Dormilón encogiéndose de hombros,—tengo que hablarte á solas.

La Mayotte abrió la puerta de su buhardilla particular. Esta estaba limpia, casi amueblada, y no inspiraba la suprema repugnancia que inspiraba al penetrar en el departamento que servía de cárcel á la señorita de Azay.

—Aguárdame aquí,—la dijo el Dormilón haciéndola entrar.

Y cerrando la puerta, se acercó á Clara.

Había puesto un dedo sobre sus labios para encomendarla el silencio.

—Soy un amigo,—dijo en voz baja.

Clara levantó hasta él sus febriles ojos.

¡Hacia tanto tiempo que no tenía amigos ya!

—Se acerca la hora de vuestra libertad,—prosiguió en voz baja,—vuestro padre está sobre vuestras huellas: esta noche, él y los suyos, os salvarán... Y ahora, silencio, é id adonde os conduzca la Mayotte.

Clara escuchaba como escuchan aquellos que salen de un largo y penoso sueño.

El Dormilón pasó á la segunda pieza, y se encerró en ella con la Mayotte, que le aguardaba con el ceño fruncido.

—¿Sabéis,—dijo ésta,—que no me acomoda que me habléis así delante de la chiquilla?

—¿Sabes tú, bribona,—contestó el polizonte,—que si yo quisiese te quedarías sin la chica?

—Ya lo veríamos.

—Si el amo lo quiere, ya lo verás.

—¿Qué amo?—El ciudadano Robespierre.

—El ciudadano Robespierre,—dijo la Mayotte inclinándose respetuosamente,—sabe muy bien que soy fiel.—Porque tienes interés en serlo, que bien se te paga.

—¡Qué gracioso sois!—repuso la Mayotte encogiéndose de hombros.—Si yo hubiese querido, no hace veinticuatro horas que el Marsellés me habría dado tres mil libras.

—¡Ah! te ha hecho esa proposición... ¿y para qué?

—Para que le dejase una hora solo aquí con la chica.

—¿Y te has negado?—¡Claro!

—¿De veras?—dijo el Dormilón mirándola fijamente.—Tenía mis razones; en primer lugar porque me gusta reir, y me gusta ir cada día á ver estornudar á los aristócratas. Pero si tuviese que hacer' el paseo por mi propia cuenta, ya no me gustaría; y creo que el medio de hacerlo, sería desobedecer á mi amo.

—Eso positivo.

—Y luego, tengo otra razón. ¡Oh! esa es la más importante.—¿Se puede saber?

La Mayotte pareció vacilar. Pero luego, cediendo sin duda á una irresistible necesidad de expansión, dijo:

—Vais á ver. El Marsellés me ha dicho que el amo le dará carta blanca algún día.

—Podrá ser.

—Pues yo, para ese día, querría reunir á los parientes y amigos de la señorita, como si dijéramos á su padre, á sus hermanos...

—Basta, basta,—dijo el Dormilón, á quien la Mayotte causó horror.

La Mayotte se reía á mandíbula batiente.

—Pero esto,—repuso el Dormilón,—no es cosa mía; vengo á traerte la respuesta del amo, tocante á lo que me encargaste que le preguntase.

—¿Consiente?—Sí.

La Mayotte lanzó un grito de alegría y brillaron sus ojos como los de una hiena ante su presa.

—¿Para cuándo? preguntó.

—Para hoy mismo: tomarás un coche hasta la entrada del puente Tournant.

—¿Y si la chica tratase de escapar?

—Allí estarán nuestros hombres y no se os perderá de vista un solo instante.

Y salió: mas al volver á pasar junto á Clara, se inclinó á su oído y la dijo:

—Obedeced, esta noche estaréis libre.

Su acento tenía el timbre de la convicción, y Clara tuvo fe en la promesa de aquel hombre.

Al dar las tres, la Mayotte abrió un armario de donde sacó ropa blanca, un vestido y unos zapatos. Puso luego esos objetos delante de Clara y la dijo con tono amable:

—Niña, vamos á salir, hace buen tiempo.

—¿A salir?—exclamó azarada Clara.

—Sí. Hace ocho días que, viendo volver el buen tiempo, hice pedir permiso para sacarte á paseo: esto te hará bien.

Clara miró con terror á su verdugo.

—¿A dónde queréis llevarme?—preguntó.

La pobre niña temblaba de pies á cabeza; pero se acordó de las misteriosas palabras del Dormilón, y obedeció.

Quitóse los harapos que la cubrían, y se apoderó con avidez de las ropas que la daba la Mayotte.

—Ven, ciudadana,—dijo entonces ésta,—ya verás que contenta te vas á poner.

Y echó en sus espaldas un abrigo, ocultándola la cabeza con el capuchón, y diciendo:

—No quiero que te vean en la calle.—Mas la precaución era inútil. En la puerta había un carruaje, cosa nunca vista en la calle Puits-que-parle.

La Mayotte comprendió enseguida que aquello era un obsequio del Dormilón; miró al cochero, y reconoció en él enseguida á un polizonte.

—Sube, ciudadana,—dijo abriendo la portezuela.

Y cuando se hubo colocado junto á la niña, dijo al cochero:

—Plaza de la Revolución.

—Al dar este nombre, la joven palideció.

—Quiero agregar la práctica á la teoría;—prosiguió la Mayotte.—Yo te cuento como funcionan la *Señora* ó la *Señorita*; pero eso no basta; es menester que lo veas con tus propios ojos. Vamos á ver descabezar á algunos aristócratas: esto te formará, y luego, ¡quién sabe! tal vez veas algún conocido... ¿Qué sabe una?

Clara ahogó un grito y acudió á sus labios el nombre de su padre.

El coche echó á andar.

XXX

JUNTO AL PATÍBULO

La señorita de Azay era presa de un terror sin nombre.

¿A dónde la conducían? ¿Llevábanla al patíbulo?

¿Iba á morir? La muerte era para ella una libertad, después de los tormentos que diariamente padecía, de modo que esta última suposición era menos horrorosa que la otra que le vino á la imaginación.

Dijose que tal vez aquel hombre había aparentado interesarse por ella, la engañaba, como la habían engañado ya la Mayotte y el Marsellés, y que sólo la conducían á la plaza de la Revolución para hacerla asistir al suplicio de su padre ó de sus hermanos, ó tal vez de los tres juntos. Y al germinar en su cerebro esta idea, fué creciendo poco á poco y tomando consistencia en él, hasta presentársele como una aterradora verdad y desde aquel momento cayó en aquella postración moral y física que se apodera de los condenados en la hora del suplicio, y el coche le pareció ser la fatal carreta.

La Mayotte hacía grandes bromas. Había bajado el cristal delantero, y entablado conversación con el cochero, que en aquel momento recorría las solitarias calles del arrabal Saint-Germain.

—Oye, ciudadano, no te quejarás.

—¿Por qué, ciudadana?

—Porque te llevo á la gran función, á la comedia de la nación.

—La comedia de los aristócratas,—contestó afablemente el cochero.

Y la ganga que tienes de que en vez de pagar tu asiento, como es de costumbre, no solamente vas gratis, sino que aun te pagan.

—Estoy pagado ya,—dijo el cochero guiñando el ojo.

—Ya me lo figuro.

Y pellizcando á Clara en el brazo, prosiguió:

—Pero, ¿va á durar mucho esta cara que nos pones? Eso no está bien; te llevan á paseo y no estás contenta.

Dos gruesas lágrimas cayeron á lo largo de las mejillas de Clara.

—Vaya,—gruñó la Mayotte;—¿de modo que no te gusta la señora guillotina, la hija mayor y predilecta de la República, y haces melindres cuando te llevan á ver caer las cabezas de los enemigos de la nación?

—Señora, ¡por piedad!—suplicó Clara.

—Pues tienes que acostumbrarte, mala pícara,—repuso la Mayotte,—y que no vayas á cerrar los ojos; lo verás todo, ¿lo entiendes? todo.

Clara se estremecía y llamaba la muerte en su auxilio.

La Mayotte volvió á dirigirse al cochero.

—¿Sabes cuántos hay hoy?—le preguntó.

—Unos doce ó quince.

—Mejor, así la chica tendrá tiempo de ver.

—¡Dios mío! ¡apiadaos de mí!—murmuraba Clara.

El coche llegaba al fin de la calle del Bac, y desembocaba á orillas del agua.

Allí cesaba bruscamente la soledad del arrabal Saint-Germain; á la calle desierta, sucedía el muelle atestado de gente; al silencio, el tumultuoso ruido de la turba. Eran las cuatro menos cuarto, y los abonados á aquel sangriento espectáculo, se dirigían á su puesto. Las calceteras cantaban la *Marsellesa*, los chicos trepaban por los árboles para ver si llegaba la carreta. El coche se detuvo.

—¿Qué hacer, ciudadano?—preguntó la Mayotte al cochero.

—Me paro.

—¿Por qué?

—Porque no podemos ir más allá. entre tanta gente.

—Haz chasquear el látigo.

—No haré tal: nos tomarían por aristócratas.

—Mira que lástima,—murmuró la Mayotte buscando sus muletas debajo la banqueta del coche,—que no se pueda ir á la función en carruaje. ¡Y pensar que esos tunantes de aristócratas son causa de todo eso!

—Veo gente conocida tuya, ciudadana,—dijo el cochero con tono picaresco;—vas á tener compañía: baja.

En efecto, en el momento en que la Mayotte salía del coche, se acercaron dos hombres en carmañola.

De momento Clara no vió más que al primero, y respiró: era el que la había prometido su libertad.

Ofreciéndola la mano, y la dijo en voz baja: venid señorita, y nada temáis.

Mas apenas fuera del coche, la pobre niña ahogó un grito de angustia, y se apoderó de nuevo de ella el terror: el otro hombre en carmañola, se había puesto á hablar en voz baja con la Mayotte, y Clara reconoció en él al Marsellés.

—Tomad mi brazo,—le dijo éste acercándose á ella:

El Marsellés inspiraba á Clara un terror horroroso; la había arrastrado al fondo de un abismo sin que ella intentase resistirse. Aceptó pues aquel brazo, y le siguió.

La Mayotte iba delante y el Dormilón detrás.

Desde aquel momento, Clara se sintió presa de una soñolencia espantosa; zumbábanle los oídos, afluía la sangre en su corazón; un sudor frío acudió á sus sienes, y apenas llegaba á darse cuenta de cuanto pasaba en torno suyo; ni oía, ni veía; pero andaba.

El Marsellés, que la sentía medio apoyada en su brazo, creyó llegado el momento favorable de hablarla algo de su amor; una declaración en la antecámara de la guillotina, era una cosa delicada.

—¡Ah, mi querida señorita!—decía él,—vos sois la causa primera de todas vuestras desgracias, creedme. ¡En realidad vuestra existencia es bastante triste y mi-

serable! La Mayotte os persigue sin que yo pueda oponerme; porque creed que es el amo y no yo, quien ordena todo eso... El lleva su idea; el amo es un gran ciudadano y ve las cosas de lejos. Querría fusionar los aristócratas con el pueblo, y por eso se alegraría de que os casáseis conmigo.

Al oír estas últimas palabras, Clara volvió en sí y trató de soltar el brazo del Marsellés, repitiendo:

--¡Jamás, jamás!

Oliverio Brun, tenía sus momentos de violencia.

--¡Maldita hija de aristócrata!--dijo con un movimiento de furor,--te otrezco la libertad, la fortuna, la vida tranquila en tus antiguas tierras, ¡y rehusas! ¡y te causo horror!... Pues bien, sufre, no ha llegado aún el término de tus tormentas.

Y apretó el paso, añadiendo:

--Ven, ven, te llevaré hasta el pie del patíbulo, y verás caer de más cerca las cabezas de los tuyos.

Clara lanzó un gemido y volvió á caer en su atonía.

La Mayotte seguía abriendo la marcha. Empujaba á la gente con sus muletas, jurando, insultando, tratando á todo el mundo de aristócrata, de enemigos del pueblo, y la multitud se apartaba ante aquella furia.

Así llegaron hasta el puente Tournant.

--¡Razal--gritaba la Mayotte,--¡apartaos, aristócratas! dejad pasar á los patriotas.

Y la gente se apartaba en el puente como se habría apartado en el muelle.

--¡Ah! ¡es la pingo!--gritó una voz burlona en el momento en que la Mayotte llegaba á la plaza.

Volvióse ésta, y vió encaramado en el reverbero de la entrada del puente, á un muchacho que le hacía un palmo de narices, y le gritaba:

--¡Eh, marquesa! ¿no eres tú quien ha pedido al rey de Prusia en matrimonio?

La Mayotte le amenazó con su muleta.

—¡Eh! cuidado, ciudadana,—replicó el pilluelo,— mira que te vas á echar á perder el tocado.

—¡Ah, miserable pillastre!—rugió la Mayotte,—te haré matar á palos porque insultas á las buenas patriotas.

—Antes te van á descabezar á ti, abuela: tan cierto como me llamo Lolo. Mira, ¿ves allí abajo la máquina? Pues voy á cantarte la canción.

Y el muchacho se puso á cantar á voz en grito.

—Ese,—murmuró el Dormilón al oído del Marsellés,—es aquel pilluelo que el amo hace buscar por todas partes.

—¿De veras?

—Voy á verlo.

Y el Dormilón levantando la cabeza, gritó:

—¡Oye tú, Lolo!

—¿Qué quieres?

—¿Creí que debías entrar en la Opera?

—¡Ah! sí, pero el ciudadano de los treinta sueldos es un embustero... no es tal director, ¿qué ha de ser?

Entretanto, la Mayotte seguía su camino.

—No lo pierdas de vista,—dijo el Marsellés al Dormilón,—hasta que haya encontrado á uno de los nuestros para que le siga. Avancemos.

La Mayotte hacía jugar mucho la muleta, gritaba, juraba, insultaba, y así se habría paso. El Marsellés arrastraba á Clara detrás de ella y la hizo entrar en el círculo de la orquesta, así llamada en broma la media luna que las calceteras formaban mucho antes de la hora, en torno del patíbulo.

—Ya estamos en casa,—dijo la Mayotte:—ahora ya puedes mirar eso, prenda.

Clara, medio muerta, alzó los ojos hacia la guillotina, y los bajó vivamente. El Marsellés la sintió desfa-

llecer y creyó que iba á caer muerta: afortunadamente el Dormilón, que se había deslizado detrás de ella, murmuró á su oído.

—¡Valor!

Clara se agarró de nuevo á aquella palabra, y de nuevo esperó.

La turba murmuraba sordamente. De pronto estalló en gritos y aplausos, produciéndose aquel movimiento de flujo y reflujo que anunciaba siempre la aparición de la carreta. En efecto, aparecía la *hornada*, y el repugnante vehículo se detenía al pie del patíbulo.

—Buenos días, ciudadano, buenos días, prenda,—gritó la Mayotte al verdugo, que fué el primero en subir á la plataforma.

El verdugo reconoció á la *parroquiana* y la saludó: Las calceteras aplaudieron.

Mas apenas embriagada con esa pequeña oración, la Mayotte experimentó una decepción cruel. El cochero la había engañado, la República se burlaba del pueblo, la *hornada* era ruín: no había más que tres condenados en la carreta: dos hombres y una mujer.

—¿Pero qué hace esa gente?—exclamó indignada la Mayotte.—¿Ya no tiene más enemigos la República? ¿Está de vacaciones el tribunal? Para estorbarnos por tan poca cosa, valía la pena que nos avisasen.

—Te quejas siempre,—observó el Marsellés:—mira esa vieja.

Dirigió la Mayotte la vista al patíbulo. Un cura juramentado subía los escalones sosteniendo á la mujer que iba á morir. Era una mujer de elevada estatura, hermosa aún á pesar de sus cabellos blancos, y que contemplaba á la multitud con una tranquilidad desdeñosa.

—Pero mira,—dijo la Mayotte dando con su muleta un golpe en la espalda de Clara,

La condenada volvía la cabeza y no quería oír las exhortaciones del sacerdote apóstata.

El verdugo se acercó á ella y la quitó su fichú. Hizo ella un gesto de indignación, mas como si se hubiese arrepentido inmediatamente, alzó los ojos al cielo, y dijo al ejecutor:

—Cumplid vuestro deber.

La operación fué rápida: Clara desvió los ojos.

—¡Ah, perra aristócrata!—rugió la Mayotte,—¡no quieres verlo!

Y la dió un golpe de muleta.

Clara lanzó un grito de dolor que se perdió en un murmullo inmenso. El verdugo había soltado el cordón que sostenía la cuchilla; ésta había descendido rápida, y de pronto se había detenido á un pie de la media luna, á treinta pulgadas del cuello de la condenada. Esta, presa de terror, se había puesto á gritar y á sacudir sus ataduras, conmoviendo el patíbulo.

Era la segunda vez que sucedía esto: se había descompuesto la máquina.

Entonces Clara de Azay, se sintió poseída de una curiosidad ardiente, irresistible; volvió á levantar los ojos, y vió á los ayudantes del verdugo que volvían á levantar la plancha, desataban á la condenada y la hacían sentar en un taburete, al pie de los brazos rojos y siniestros de la guillotina. La condenada estaba pálida, pero ya no gritaba. Un obrero subió á toda prisa al patíbulo con un martillo y herramientas.

La condenada seguía con la vista todos sus movimientos.

La turba aguardaba silenciosa.

XXXI

RESCATADA

El obrero que acababa de subir á la máquina era carpintero de oficio, y natural de Clamecy-en-Nivernais, donde se había cubierto de gloria hacía unos seis meses: véase como.

Los departamentos no querían ser menos que la capital; y toda la ciudad algo respetable, por su número de población, poseía una pequeña guillotina que no iba del todo mal, y funcionaba lo más á menudo posible. La guillotina de Clamecy, estaba llena de buena voluntad: había mordido á toda la nobleza de los contornos, y la población de dicha ciudad, acudía al campo de la feria, donde estaba montada con una prisa digna de elogio.

Un día, se guillotina al marqués de Nagoret-sur-Nièvre, antiguo capitán de dragones. Fuese que la lluvia hubiese alterado la madera, ó que las ranuras estuviesen mal engrasadas, la cuchilla se detuvo por el camino. Palideció el verdugo, gritó el condenado, y la multitud rugió.

Mas el carpintero estaba allí. Cuissard, que así se llamaba, corrió á buscar sus herramientas, subió los escalones de la máquina, y la compuso en un santiamén.

—Ahora camarada,—dijo,—ya puedes seguir adelante.

Pero, el verdugo no contestó. se había impresionado de tal modo, que cayó de espaldas, preso de un ataque apoplético, lo cual visto por Cuissard, empujó al

marqués sobre la tabla, hizo jugar la media luna, tiró del cordón... y cayó la cabeza.

El municipio de Clamecy se entusiasmó por la conducta de Cuissard, se le cumplimentó, y obtuvo una mención cívica.

--Muchacho,--llegó á decirle el alcalde,--si esto te hubiese acaecido en París, se habría hablado de tí en la Convención.

Estas palabras entusiasmaron á Cuissard, que sintió la necesidad de probar fortuna. Pasó á París, y desde entonces pasaba todos sus días en la plaza de la Revolución, provisto de sus herramientas, y con la dulce esperanza de remendar algún día la máquina. Su esperanza acababa de realizarse.

Aristides Cuissard, porque se llamaba Aristides, buscó la causa del accidente, y al poco rato, enseñándole un gran clavo hundido en la ranura donde encajaba la cuchilla, le dijo al verdugo:

--¡Toma! Os han hecho una jugada, maestro, mirad...

Sansón comprendió que durante la noche anterior se habían acercado al patíbulo, y que sin duda, alguien, interesado en salvar á un condenado, se había valido de este medio supremo.

El carpintero hizo saltar la cabeza del clavo.

La condenada seguía mirando; la turba murmuraba; algunos hombres sentían compasión á la vista de aquella noble cabeza algo pálida, las mujeres pedían que empezase la función.

--¿Irá?--preguntó Sansón.

--Sí, tal vez se melle el cuchillo pero caerá.

El verdugo hizo subir uno de los manojos de paja que en la carreta servían de asiento á los condenados, demasiado débiles y abatidos para poderse tener en pie.

--No quiero que me destituyan--murmuró,

Y cogiendo el manajo lo puso en el sitio de la condenada.

Esta siguió con la vista la cuchilla que volvía á subir y que se detuvo un momento en lo alto de los dos brazos rojos; estaba trémula; pero su mirada brillaba con sombrío fuego y una sonrisa desdeñosa crispaba sus labios.

—¡Bien por la aristócrata!—la gritó la Mayotte.— Pero, ¿mirarás?—añadió empujando de nuevo á la infortunada Clara.

Cayó la cuchilla; el manajo quedó partido en dos.

—Va,—dijo triunfante el carpintero.

Sansón le dió un escudo y le hizo bajar: Cuissard se fué contrariado, había contado con la apoplejía de Sansón.

Entonces volvieron á coger á la condenada y la colocaron en la tabla. Su suplicio había durado diez minutos, más bien dicho, diez años.

Mas cuando ya se empujaba la tabla hacia la media luna, la multitud no se pudo contener, y de todas partes salieron gritos y aullidos de indulto, arremolinándose la gente junto al patíbulo. Efectuóse aquel movimiento de flujo y reflujo que se produce en las asambleas populares y que se hacen tempestuosas.

Sansón se detuvo indeciso.

En aquel momento, algunos hombres penetraron en el círculo de las calceteras, gritando:

—¡Abajo la guillotina!

—¡Canallas!—rugió la Mayotte.

Clara lanzó un grito: acababa de reconocer á uno de aquellos hombres.

Al mismo tiempo, el Marsellés la soltaba también el brazo y se perdía entre la multitud.

El hombre á quien Clara había reconocido, llevaba un gorro rojo y la cara ennegrecida como un herrero;

mas, ¿podía equivocarse? Aquel hombre era su hermano.

La Mayotte oyó el grito, vió aquel hombre que se adelantaba hacia Clara, adivinó que iban á quitarle su víctima, y gritó:

—No, no, no te me escaparás.

Y echándole sus huesosos dedos al cuello, añadió:

—¡A mí, á mí, patriotas!

De pronto dejó de gritar, soltáronla sus dedos, desplomóse pesadamente, aplastada por un vigoroso puñetazo que acababa de propinarla el Dormilón.

El hermano de Clara había podido atravesar la multitud y llegar hasta ella.

Cogióla en sus brazos y se la llevó.

El Dormilón, inmóvil, le vió alejarse, empujando á cuantos le privaban el paso; y luego, cuando le hubo perdido de vista, se sonrió.

—Ya está hecha la jugada,—dijo.

Mientras Clara era arrebatada medio muerta por su hermano, un oficial de guardias cívicas había hecho tocar generala.

Acalláronse los murmullos del pueblo. Sansón se reanimó y cayó la cuchilla. La mujer de los cabellos blancos acababa de morir después de doce minutos de una agonía sin nombre.

Entonces el Dormilón se abrió paso á su vez á través de la turba, y se encaminó al reverbero del puente. El pilluelo seguía allí.

—¡Eh, Lolo!—le gritó.

—¿Qué quieres, ciudadano?

—Pago de beber.—¡Embustero!

—Con tal que me enseñes tu canción.

—Pues ahí va,—dijo el pilluelo bajando de su observatorio cantando,

—Ven conmigo,—le dijo el Dormilón cogiéndole por un brazo.

—¿A dónde?

—A la *Manzana normanda*, una taberna de la calle de los Frondeurs.

—Aguardad, dejadme ver hasta el fin.

Y el pilluelo se levantó de puntillas para ver caer las otras dos cabezas.

El Dormilón, seguido del pilluelo, tomó la calle Florentín, después la de Saint-Honoré, y llegó á la de los Frondeurs, en cuya calle, que tiene á lo más cincuenta pasos de larga y que es aun hoy, como la avenida del barrio de peor fama de París, hallábase á la izquierda de la taberna de la *Manzana normanda*, un chiribitil infecto, frecuentado por mujeres de mal vivir, hombres sin profesión conocida, ladrones y petardistas, y el todo *empenachado*, como se decía entonces, de agentes de policía.

En este establecimiento el Dormilón hizo entrar al pilluelo.

—¿Cómo te llamas?— le preguntó.

—Lolo.

—Realmente eres tú quien debía entrar en la Ópera.

—¡Vaya! ¿también vos vais á hacerme esta broma?

—Yo no bromeo. ¿Qué quieres beber?

—Vino ¡toma!

El Dormilón llamó y acudió el mozo.

—Trae vino sellado, lacre amarillo.

—No tanto,—dijo el muchacho.

—Cuando hago las cosas, las hago bien.

—¿Es que también vos queréis hacerme entrar en la Ópera?

—No, pero quiero hacerte ganar diez pistolas.

Fué tal la emoción del pilluelo al oír estas palabras, que dejó caer el vaso: El Dormilón se lo volvió á llenar.

—Oye bien, — dijo, — no tengo tiempo de hablar largo rato: soy de la policía y voy al grano.

El pilluelo hizo un gesto de terror.

Puedo mandarte al sitio de donde venimos nosotros, y eso por tu cuenta; pero prefiero hacerte ganar diez pistolas, porque me agradas.

—¿Dónde vives, Lolo?

—En el arrabal Denis.

—Eso es. ¿Conoces á una portera llamada Gothon, una calcetera?

—¡Ya lo creo! y que no sé poco de ella... No es tan buena patriota como se la cree: salvó á un aristócrata.

¿Estás seguro de ello?

—Os diré, — contestó Lolo conteniéndose, — esto no es cosa mía.

—Te equivocas.

—¿De veras? — dijo Lolo con aire astuto. — ¿Acaso me prometéis esas diez pistolas para saber la historia de esa mujer?

—Eso es.

Lolo vaciló como quien cree que no le han de pagar. Adivinó el Dormilón, y sacando cinco pistolas, se las puso en la mano al chico.

—Ahí tienes prenda, — le dijo.

—Eso es otra cosa, — contestó Lolo.

Y guardando las cinco pistolas en una punta de un pañuelo que anudó cuidadosamente, empezó su relato.

—La madre Gothon, — dijo, — es una vieja avara, que quiere de todas, más á los aristócratas. El miedo de que no se eche la mano encima de su jergón, que tiene lleno de buenos escaños, la hace gritar: ¡viva la

República! pero yo me acuerdo de que el día en que descabezaron á Capeto, tenía llenos de lágrimas los ojos.

—¿Pero cómo salvó al aristócrata? — preguntó el Dormilón.

—Vais á ver. Era un día en que había una veintena de condenados al pie del patíbulo. La máquina no funcionaba, y se había suspendido la ejecución. La madre Gothon se colocó detrás de uno de los condenados, y con su braserillo le quemó la cuerda que le ataba las manos.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—La madre Gothon se lo contó á mi madre aquella misma noche. Como mi madre quisiese saber absolutamente que hombre había ido la víspera á su casa, un hombre alto, moreno, ancho de espaldas y con cabellos negros y patillas...

—¿Le viste tú á ese hombre?

—Sí.

—¿Le reconocerías?

—Positivamente.

—Pues ven conmigo.

—¿A dónde?

—A un sitio donde te enseñaré al que podría muy bien ser el hombre de que hablas.

—Le reconoceré perfectamente, si es él.

—Y ganarás tus otras cinco pistolas.

En el momento en que iban á salir de la taberna, entró en ella un hombre: era el Marsellés.

—Tengo al muchacho, —dijo el Dormilón en su lengua;— voy á enseñarle nuestro hombre.

—¿Sabes dónde has de encontrarle?

—¡Toma! en el café Foy.

—Anda, pues, te aguardo aquí,

XXXII

UN ALMA GRANDE

¿Por qué había favorecido el Dormilón la evasión de Clara?

Para explicarlo, hay que trasladarse á la mañana del día anterior.

Al dar las ocho, el coche de Troyas, tirado por tres caballos, entró ruidosamente en el patio de Bouloi, situado entre la calle de este nombre y la de J. J. Rousseau.

Un hombre provisto de un saco de noche, bajó del imperial con la capa en el brazo; é hizo seña al cochero de un cabriolé que estaba de parada en el patio. Este debió reconocer al viajero porque saludó con respeto, haciendo adelantar su caballo.

Sentóse el viajero junto á él, colocóse el saco de noche entre las piernas, y antes que indicase el camino que quería tomar, preguntóle el cochero:

—Pasaje del Comercio, ¿verdad, ciudadano?

—¿Me conoces?—preguntó estremeciéndose el viajero.

—¿Cómo no conocer al antiguo ministro de justicia, al diputado de París, al gran ciudadano Dantón?

—¡Chito! llévame y nada de entusiasmo.

El cochero echó á andar. Al principio Dantón permaneció pensativo y receloso; después, de repente, preguntóle al cochero:

—¿Qué se dice en París?

—El pueblo murmura,—contestó el cochero,

—¿Contra quién?

—Contra Robespierre y el Comité de salud pública. Frunció Dantón el entrecejo y dijo como hablando consigo mismo:

—*Vox populi, vox Dei*. El pueblo tiene razón: Francia debe estar cansada de esos hombres.

—El pueblo os aguarda y se queja de vos,—dijo el cochero.

—¡Ah!—murmuró pensativo Dantón.

Y se arrellanó pensativo en un ángulo del cabriolé. Después añadió á media voz:

—He hecho mal en volver: habrá que empezar de nuevo la lucha, y estoy cansado. Esos hombres me causan horror y me inspiran tedio... Debía haberme quedado en Arcis, en mi casa paterna, aguardar allá los sucesos, y hacerme con nuevas fuerzas en aquel apacible hogar de familia, que tan prematuramente abandoné.

Estas últimas palabras, nublaron su frente, y un nombre expiró en la punta de sus labios: después se sonrió sardónicamente.

—¡Qué loco soy!—dijo:—no es la ambición y la política lo que me trae á París, no; ¡es ella!

Y volvió á caer en su sombría meditación.

El coche acababa de llegar á la calle Saint-André-des Arts, y se detenía frente al pasaje del Comercio.

El tribuno pagó al cochero y bajó.

—¡Adiós, ciudadano!—le dijo.—Si hablas de mí, puedes decir á los que se quejan que he vuelto para ocuparme de los intereses del pueblo.

La portera de la casa demostró al verle una sorpresa mezclada de alegría.

—¡Ah, ciudadano!—le dijo,—mi marido y yo empezábamos á perder la esperanza de volveros á ver.

—Gracias, ciudadaná. Ahí me tienes, tranquilízate. ¿Está arriba mi oficioso?

--¡Quiá! Se fué al día siguiente de vuestra partida; con el dinero que le habíais dejado. Pero he registrado vuestra casa, ciudadano, y nada robó.

—Está bien. Sube, pues, conmigo y encárgate de mi maleta.

Obedeció la portera, abrió á su inquilino la puerta de aquella suntuosa habitación que conocemos ya, y cuyo mueblaje y decorado tanto irritaron á Robespierre.

—¿Ha venido mucha gente durante mi ausencia?

—El primer mes sí; después, sólo dos personas que vienen con regularidad todos los días.

—¿Vienen juntas?—preguntó Dantón estremeciéndose.

—No, hasta creo que no se conocen.

—¿Son un hombre y una mujer?—preguntó Dantón ligeramente emocionado.

—No, dos hombres, el uno viene cada día.

—¿A qué hora?

—A esta hora, casi.

—¿Y antes no le habías visto?—Nunca.

Dantón frunció el entrecejo: involuntariamente pensó en los Antifaces rojos.

—¿Y el otro?—preguntó.

—El otro no tiene hora fija. Entreabre la puerta, dice: «¿Ha vuelto el ciudadano Dantón?» y se vuelve.

Mientras la portera hablaba, sonó la campanilla.

—¿Abro?—preguntó la portera.

—Sí, contestó Dantón.

—Ciudadano,—dijo volviéndose á toda prisa,— es el que viene cada día.—Hazle entrar.

Hízose á un lado la portera, y apareció en el umbral de la puerta el visitante.

Dantón ahogó un grito: era el caballero de Rochemaize.

—Déjanos, ciudadana,—dijo bruscamente Dantón. Salió la portera, y el caballero entró en el gabinete.

Hubo un instante de largo silencio entre aquellos dos hombres que amaban á una misma mujer. Y quien más sufrió en aquel momento, no fué el amante sin esperanza, fué el marido dichoso, el hombre adorado.

A la presencia de Dantón, sintióse avergonzado y humillado por su felicidad; y al examinar á su pesar el rostro del tribuno, le afectaron los estragos que había experimentado desde el día en que se habían visto Dantón y él, por última vez.

—Ciudadano,—dijo Raúl,—dispensad que llegue á vuestra casa cuando acabáis de bajar del coche; pero el tiempo urge en el siglo en que estamos, y los minutos son á menudo años.

—Señor de Rochemause,—contestó Dantón;—sois el primer rostro conocido que encuentro en París. Sed bien venido.

La voz del tribuno estaba alterada.

—No vengo á vuestra casa á escondidas,—repuso el caballero,—sino á la luz del día y con el rostro descubierto. Ya sabéis que he sido borrado de la lista de los emigrados, añadió con amargura.

—Sé,—contestó Dantón,—que habéis sido víctima de una odiosa trama urdida por mis propios enemigos.

—Escuchad,—dijo el caballero inclinándose;—hoy existen entre nosotros demasiados secretos para que no vayamos en derechura á nuestro objeto.

—Hablad.

—No es el caballero de Rochemause quien viene á hablaros.

Dantón hizo un movimiento, y frunció el entrecejo.

—Es el enviado de una asociación que conocéis..

—Y de la cual no quiero oír hablar.

—Dispensad, una palabra.;

—Caballero,—dijo el tribuno, en cuyos ojos brilló un rayo,—yo soy esclavo de mis principios y de mis convicciones.

—Veo,—contestó Rochemause sonriéndose,—que necesitáis de mí una explicación que no escucharíais de boca del antifaz rojo.

—Es verdad.

—Pues bien, escuchad. Cierta noche, tropezásteis con un hombre enmascarado que os entregó un billete, que rompísteis, y cuyos pedazos arrojásteis al suelo.

—Verdad.

—Pues bien otro hombre los cogió, reunió y pegó; después imitó la letra, contrahizo la leyenda y el sello, y vos, al volver á vuestra casa, encontrásteis otra carta.

—Es verdad,—contestó Dantón estremeciéndose.

—Una carta absurda que nosotros jamás hemos escrito, porque sabemos que los hombres como vos no se compran.

—¡Qué decís!—exclamó Dantón.

—Tenéis un enemigo político, Robespierre; y un enemigo íntimo, el Marsellés.

—¡Ah! ya comprendo.

—Ahora que ya está disculpado á vuestros ojos el club de los Antifaces rojos, tal vez consentiréis en escucharme.

—Hablad.

—Habéis vuelto á París esta mañana. Nadie lo sabe aún, nadie os ha visto: volved á partir.

—¡Volver á partir!—exclamó Dantón,—¿porqué?

—Porque antes de ocho días os pondrán preso.

—¡Oh!—dijo Dantón con un soberbio gesto de audacia,—no se atreverán.

—No, si estáis con nosotros;—si seguís rechazando nuestros servicios, sí.

Dantón no contestó; mas pareció aguardar á que el caballero aclarase su pensamiento.

—Los Antifaces rojos,—repuso éste,—no se componen únicamente de realistas y nobles, entre nosotros hay hombres de todas las opiniones. Lo que nosotros queremos, es la caída de ese triunvirato manchado de lodo y de sangre que se llama Robespierre, Cauthon y Saint-Just.

—¿Y qué más?—preguntó el tribuno.

—Que un hombre como vos, consienta en ser nuestra bandera, y antes de un mes, habremos enviado á Robespierre á la guillotina, que romperemos después.

Dantón se levantó, dió dos veces la vuelta á su cuarto á grandes pasos, y fué á colocarse frente el caballero.

—Ahora, escuchadme á mí,—dijo.—También yo sueño, como vos, en la caída del despotismo que se ha abrigado bajo la capa de la libertad;—también yo quiero echar abajo ese odioso instrumento de suplicio que ha vertido la sangre más pura de Francia. Abatido, cansado de luchar y dudando de mi mismo por un momento, recobro mi audacia y mi patriotismo, y vuelvo á la lid.

Rochemause se estremeció de gozo.

—¡Ah!—dijo,—entonces os salvaremos y triunfaremos.

Dantón sacudió la cabeza.

—Pero quiero luchar solo,—dijo,—no quiero nada de vosotros.

Rochemause retrocedió con estupor.

—No quiero de vosotros,—repuso Dantón,—porque sois aristócratas, y porque una vez caído Robespierre, haríais caer la República... ¡Adiós, caballero!

Dantón hizo un gesto lleno de nobleza, que quería decir á su interlocutor que no escucharía más.

—Pues bien,—dijo éste último,—llevaré vuestra negativa á los que me envían.

Y levantándose dió un paso hacia la puerta.

Una emoción súbita se apoderó de Dantón.

—¿No tenéis más que decirme?—preguntó.

—El antifaz rojo ha cumplido su misión.

—¿Y el caballero?

—Este,—dijo Rochemause que volvió y cogió entre las suyas la mano de Dantón,—éste es y sigue siendo vuestro amigo. ¿Queréis escucharlo?—Sí.

—Pues volveos á Arcis... ó estáis perdido.

—Os digo que no se atreverán.

—Guardaos del Marsellés,—dijo Raúl sacudiendo la cabeza.

—¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Si necesitáis de mí, dejad cerrada la persiana de esta ventana, por la mañana, y volveré. Hasta la vista.

El caballero se fué después de haber estrechado la mano de aquel hombre que amaba á Armanda con toda su alma. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Dantón dejó caer la frente entre sus manos.

—¡Oh!—dijo,—habría dado toda (mi sangre que me hubiese hablado de *ella*.

Y dos lágrimas se deslizaron silenciosamente por sus ojos.

El caballero se iba. Acababa de llegar á la calle de Leine y se encaminaba al río. Un hombre que iba detrás de él le detuvo. Aquel hombre iba mal vestido y olía á la legua á agente de policía.

—¿Qué queréis?—preguntóle con altivez Rochemause.

—Caballero,—dijo el hombre,—soy agente de policía...

Raúl le miró de pies á cabeza.

—Me llaman el *Dormilón* y soy el brazo derecho del Marsellés.

Al oír esto, Raúl hizo un gesto de cólera.

—Yo soy quien ayudó á robar á la señorita Clara.

—¡Miserable! —exclamó Raúl intentando lanzarse hacia el espía.

—Callad,—repuso el *Dormilón*;—si os lo confieso es porque tengo mis razones y quisiera hablar con vos...

El caballero miró en torno suyo; la calle estaba casi desierta.

—No quiero llevaros á ninguna parte,—añadió el agente,—creeríais que os echo un lazo... estamos bien aquí.

—Explicaos,—contestó el caballero entre curioso y disgustado.

XXXIII

¡DIEZ MIL LIBRAS POR LA LIBERTAD!

—Os decía, pues,—repuso el *Dormilón*,—que soy agente de policía, el brazo derecho del Marsellés y el hombre llamado á reemplazarle, si llega á caer en desgracia. Trabajo para el gobierno y trabajo igualmente para mí. La señorita Clara de Azay fué robada por el Marsellés; yo le ayudé en esta faena; mas no por cuenta del gobierno; el ciudadano Robespierre no se mete en estas cosas.

El caballero escuchaba trémulo; el *Dormilón* añadió con cinismo:

—Dadme diez mil libras y os entrego la prisionera.

Raúl lanzó un grito de alegría, mas luego miró con desconfianza al espía.

—Me engañas,—le dijo.

—No, os lo juro.—¿Qué valor puede tener el juramento de un hombre como tú?

—El valor que le dan las circunstancias. Por degradante que sea nuestro oficio, no cierra nuestro corazón ni á las pasiones ni á las simpatías, ni á los grandes odios.

Tenía tal viso de franqueza el acento de aquel hombre, que impresionó á Rochemauser: el agente prosiguió:

—Tengo una pasión, el dinero; un odio violento, el Marsellés, que es mi jefe y no ha perdido ocasión alguna de humillarme, una simpatía, esa joven de quien se ha constituido en verdugo. Dadme diez mil libras y os entrego á la señorita Clara echando por tierra todas las codiciosas esperanzas del Marsellés.

Rochemauser escuchaba sin contestar: seguía desconfiando.

—¿Qué tenéis que temer de mí?—repuso el Dormilón;—¿no estáis protegido por un decreto de la Convención?... Y luego, no quiero que se me pague por adelantado. Al día siguiente al en que tengáis á la señorita Clara de Azay, se presentará un hombre en vuestra casa y le entregaréis las diez mil libras.

—¡Ah! eso es diferente.

Algunos transeuntes se cruzaban en la calle de Seine y el Dormilón había tenido que interrumpirse varias veces.

—Ven hasta el Rhin,—dijo Rochemauser,—y hablaremos con más libertad.

Descendieron ambos hasta el muelle, y se sentaron en el parapeto.

—Tendrás las diez mil libras,—dijo Raúl:—dime donde está Clara.—No lo sé.

—¿Entonces cómo nos la puedes devolver?

—Voy á ser franco hasta el fin: os lo diré todo. Robespierre sabe que el Marsellés salvó á la joven; pero no quiso meterse en este asunto. Pero ha jurado que el Marsellés la respetará; de modo que con estar la joven prisionera y expuesta á los malos tratos de la Mayotte..

—¡La Mayotte!—exclamó palideciendo el caballero.

—No quería haceros esta confesión,—repuso el Dormilón con aire pesaroso,—y por eso fingía no saber donde se hallaba.

—¡Pobre niña!—murmuró Raúl.

—Pues,—prosiguió el espía,—la señorita de Azay ha sido respetada hasta ahora, y si aceptáis mis ofertas, mañana será devuelta.—¿De qué manera?

—La conducirán á la plaza de la Revolución para que sea guillotina: es un nuevo tormento inventado por la Mayotte. Una vez en la plaza, la conducirán al círculo de las calceteras.

—¿Y qué más?

—Durante la noche, yo habré hundido un clavo en uno de los palos de la guillotina. La cuchilla se detendrá por el camino.

El caballero se estremeció al oír estas últimas palabras.

—Ya debéis saber por experiencia,—dijo sonriéndose el Dormilón,—que en tales momentos el condenado, sujetado á la báscula se pone á gritar y que los espectadores se arremolinan enseguida.

—Sí, yo he visto eso.

—Pues en aquel momento la Mayotte recibirá un puñetazo en la cabeza... y lo demás es cosa vuestra.

Y fijando en Raúl una picaresca mirada, añadió.

—Los Antifaces rojos no se apuran por tan poca cosa.

—¡Ah! ¿sabes también eso?

—Si, pero nada temáis... ¿Aceptáis mis proposiciones?

—Las acepto.

—Pues hasta mañana,—repuso el agente alejándose y dejando pensativo al caballero.

Ya sabemos que al día siguiente Clara fué conducida á la plaza de la Revolución, y que pasó lo que había anunciado el Dormilón.

Hemos visto al Marsellés eclipsarse poco antes de que el Dormilón derribase á la coja; después á este último reunirse con Lolo y conducirle á la taberna de la *Manzana normanda*, y cerrar con él un trato.

—Ven conmigo,—le había dicho:—voy á enseñarte el hombre que creo era el que iba á visitar á la Gothon.

Al salir de la taberna, el Dormilón se había cruzado con el Marsellés que entraba: ambos habían cambiado una mirada de inteligencia y algunas palabras, y después el Dormilón había conducido al pilluelo al jardín del palacio Egalité.

Había anochecido: el jardín estaba radiante de luz y atestado de paseantes que se ocupaban de las noticias políticas.

Habíase formado frente á la puerta del café Foy un grupo curioso, ávido, donde se cruzaban las palabras y las exclamaciones, donde se levantaban de puntillas para ver mejor.

—¡Ha vuelto!

—Le he visto.

—¿De veras es él?

—Vais á verle salir.

Estas palabras corrían de boca en boca.

—Ven por aquí,—dijo el Dormilón al pilluelo.

Cogióle de la mano, y se mezclaron en aquella turbulenta multitud.

De pronto, apareció en el umbral del café un oficioso, y dijo:

—Sitio, señores.

Los curiosos se apartaron algo. Dos hombres salieron del café, cogidos de la mano.

El uno era un guapo joven de ancha frente, de ojo dominador y triste á la vez, uno de esos hombres que pasan en la vida como meteoros y se extinguen en su juventud, después de haber llenado el mundo con la fama de su nombre: era Camilo Desmoulins.

El otro era Dantón, Dantón que se había rehecho en la soledad, que había meditado en un destierro voluntario, que volvía á París más fuerte y más audaz que nunca, dispuesto á fulminar torrentes de cólera y de elocuencia contra sus enemigos. Había entrado solo, una hora antes, en el jardín del palacio Egalité; había querido pasar desapercibido, y de pronto todo el mundo le había reconocido.

—¡Viva Dantón!—habíase gritado.

Entró en el café Foy, y la turba se agrupó en la puerta. Salió con Camilo Desmoulins, y la multitud batió palmas.

—Miradlo,—dijo el pilluelo al oído del Dormilón, —es ese, el más alto, el del cabello negro.

—¿Estás seguro?

-- Muy seguro.

-- Está bien, vámonos.

Y se lo llevó fuera del jardín.

—Ahora,—dijo el espía al niño,—tu fortuna depende de ti. Algún día te harán ir al tribunal, y te preguntarán si es cierto que viste á ese hombre en casa de la Gothon.--¿Y qué?

--Si dices que sí, tendrás lo que quieras. A ver, ¿qué deseas?—¿Yo? nada más que dinero.

—Con dinero se tiene lo que se quiere.

—Esto dice mi madre.

—Y tú madre, ¿qué desea?

—Quisiera poner una carnicería. Yo la ayudaría perfectamente, por que no podéis figuraros lo que me gusta la sangre.

—Lo conseguirá. Ahí van tus otras cinco pistolas. Cuando se te necesite, se te irá á buscar. Adiós.

Guardó el pilluelo su dinero, y se fué silbando, mientras el Dormilón volvía á la *Manzana normanda*.

El Marsellés le aguardaba, y se hizo contar el viaje al palacio Egalité.

—Esta noche,—dijo,—harás prender á la vieja Cothon y la conduces á la Conserjería. Iré á verla yo allá, y la interrogaré.

—Está bien, á las diez la habrán puesto á la sombra.

—¿Y dices que había entusiasmo en el palacio Egalité?—Mucho.

—¿Y qué gritaban? ¡viva Dantón!—A voz en grito.

El Marsellés se sonrió diciendo:

—No tendrá ocasión de oír por mucho tiempo esos vítores.

El Dormilón miró á su jefe.

—Permitidme una palabra,—le dijo.

—¿Qué quieres?

—Comprendo que detengamos á la Cothon, que nos aseguremos de la deposición del muchacho, que hayáis hecho volver á París á la ciudadana Rochemause para atraer á Dantón, pero lo que no entiendo...

—Es,—interrumpió el Marsellés,—que yo haya dejado escapar voluntariamente á la chiquilla, ¿eh?

—Cabal; y no entiendo una palabra del papel que me hacéis representar de dos días á esta parte.

—Habitualmente,—dijo sonriéndose el Marsellés,—no te cuento mis asuntos; pero como estoy contento de

ti, quiero enterarte en una palabra. Nos apoderamos de la señorita Clara, pero su detención no era legal.

—Es verdad.

—Si la hubiésemos entregado al tribunal revolucionario, éste la habría absuelto.

—Supongo que no querréis enviarla á la guillotina.

—No por cierto; pero quiero enviar á ella á su padre y á sus hermanos.—Ya comprendo.

—Sé donde están.—También yo.

—Y mañana por la mañana, yo mismo iré á ponerlos presos, y ya verás que bonita combinación he encontrado. Paciencia.

Y el Marsellés pareció gozarse en la meditación de algún plan diabólico.

XXXIV

EN PELIGRO

En el pasaje dei Comercio, poblado siempre de gen-tecilla, existía en aquellos tiempos una casa de hermosa apariencia; era la que ocupaba el ciudadano Dantón.

No eran más que casuchas abuhardilladas y viejas construcciones de argamasa.

Frente á la casa habitada por el tribuno, levantábase la más mezquina de todas: sólo tenía dos pisos. En los bajos había un zapatero, un prendero y una vendedora de caldo.

El primer piso lo ocupaban varios obreros. El segundo y último, constaba de un pisito único, de tres piezas, donde vivían tres hombres que decían ser alemanes, que hablaban apenas el francés, salían por la mañana muy temprano y no volvían hasta la noche.

Aquellos tres hombres, á quienes se tenía por un padre y sus hijos, vestían como la gente del país de Bade, y se titulaban tipógrafos. El primero era corrector de alemán en una imprenta de la calle Vaugérard, los otros dos trabajaban en otro establecimiento tipográfico. Vivían tranquilos, de nadie se ocupaban, saludaban á los vecinos y estaban en buenas relaciones con todo el mundo.

Hacía cuatro meses que habían llegado; parecían tan buenos y afables, que el vecindario había acabado por tomarles cariño.

El más viejo se llamaba Lehman, los dos jóvenes se llamaban Fritz y Walter.

Una noche los habitantes del pasaje, que se hallaban en el umbral de sus puertas, vieron volver al mayor de los hijos, á Walter, dando el brazo á una joven pálida, adelgazada por largos días de sufrimiento, pero notablemente hermosa aún.

—Es mi hermana que nos llega de Alemania,—dijo Walter.

Y la condujo á la estrecha habitación que ocupaba con su padre y su otro hermano. Estos volvieron apresuradamente uno trás otro, y los que les vieron pasar se dijeron:

—De seguro saben que ha llegado la niña.

Después, cuando aquellos tres hombres y aquella mujer se hallaron solos, vinieron los transportes, los abrazos, las exclamaciones de alegría. Realmente, aquella joven pálida, encorvada por el sufrimiento, era hija y hermana de aquellos hombres; y esos tres hombres que chapurreaban el alemán, fingían ignorar el francés y se titulaban obreros, sólo habían venido á París por ella. La joven era Clara de Azay, misteriosamente devuelta á su familia.

Hacía cosa de una hora que había vuelto, y cuando

refería sus dolores y sus tormentos y mientras el barón y sus hijos escuchaban con indignación y hacían el juramento tácito de descuartizar á la miserable que así la había perseguido, llegó un visitante: era Rochemause.

El caballero vestía carmañola y gorro rojo: había estado en la plaza de la Revolución, dispuesto á correr en auxilio del hermano de Clara, si éste hubiese tenido necesidad de él.

Desde que Clara estaba en manos de su padre, Rochemause no había perdido el tiempo.

—Todo está dispuesto,—dijo cuando entró:—mañana por la mañana, entre ocho y nueve, nos traéis á Clara en la fonda, donde Armanda y yo estamos. Armanda parte con su camarera y un viejo servidor, que seréis vos, barón... Va á Lorena, donde tenemos tierras que la República nos ha devuelto: esto consta por lo menos en este pasaporte extendido por el municipio.

Esto diciendo, enseñó al barón un pasaporte extendido á favor de los ciudadanos Rochemause, que se dirigían á Lorena con su oficioso y una señorita de compañía.

—Para vosotros dos,—repuso el caballero dirigiéndose á los hermanos de Clara,—tendré pasaportes durante el día: Dantón me los ha prometido.

Para no infundir sospechas, retiróse pronto el caballero, y la familia, reunida al fin, aguardó con impaciencia el nuevo día: ansiaba dejar á París, donde tanto había sufrido Clara.

La noche les pareció larga. Apenas amaneció, estaban ya de pie los fingidos alemanes: silenciosos rodeaban la cama de la joven dormida.

La pobre niña había acabado por ceder á esa laxitud que sucede á las emociones terribles; y por primera

vez desde hacía cuatro meses, no se había visto turbado su sueño por las brutalidades de la odiosa Mayotte.

No eran más que las seis de la mañana, y entre ocho y nueve, era cuando el barón y su hija debían ir á reunirse con la señora de Rochemause.

De vez en cuando, uno de los hijos se asomaba al parque, que, poco frecuentado durante el día, estaba animadísimo por la mañana. La población obrera que lo ocupaba, levantábase temprano, barría los frentes de las puertas, abría los aparadores y las tiendas. Hablaban entre sí los ancianos, é iban á beber en el almacén de vinos.

De pronto, el mayor de los Azay, se retiró vivamente de la ventana.

—¿Qué hay?—le preguntaron su padre y su hermano.

—Municipales,—contestó el mayor.

En efecto, media docena de esbirros del terrible municipio, entraban en el pasaje y penetraban en la taberna. Los tres hombres cerraron prudentemente la ventana.

Cuando los municipales aparecían tan temprano en alguna parte de París, cundía fácilmente la alarma. Sabíase que iban á efectuar una detención de sospechosos, y una detención era sinónimo de una sentencia de muerte.

El barón y sus hijos se miraron con ansiedad. Después tuvieron un mismo pensamiento, y lo pusieron en práctica: despertaron á Clara.

Esta abrió sus grandes ojos azules, miró sonriendo á su padre y á sus hermanos, y les preguntó:

—¿Es hora de partir?

—Tal vez,—contestó el barón que no quiso asustarla.

Mas de pronto se estremeció y fué á colocarse fren-

te á la puerta. Oía en la escalera pasos precipitados, que se detuvieron en el descansillo.

Enseguida se oyó llamar.

Padre é hijo estuvieron acordes en no abrir y en atrancar la puerta: pero volvieron á llamar.

Tenían puñales y pistolas, y estaban decididos á la resistencia.

El barón preguntó á través de la puerta, empleando su jerga alemana, quien era aquel visitante matinal, y qué quería.

Entretanto Clara se vestía á toda prisa.

El hombre que había llamado, contestó:

—Soy yo, Corentín, el zapatero de abajo... Abrid, padre Lehman, tengo algo que deciros.

El barón, reconociendo la voz del zapatero, que era tenido por un hombre excelente, y oyéndose llamar por su nombre supuesto, abrió.

—¡Dios mío! ¿que tenéis?—le preguntó en su jerga el barón al ver lo agitado de las facciones del zapatero.

—Es inútil que me engañéis,—contestó éste,—ya sé que sois el señor barón de Azay.

Al oír estas palabras, padre é hijo se estremecieron.

—Y yo,—prosiguió el zapatero cuya fisonomía respiraba franqueza,—soy un amigo que vengo á salvaros. Os vienen á prender á vos, á vuestros hijos y á vuestra hija. Para vuestra hija es para quien principalmente se vá.

Clara lanzó un grito, y creyó ver levantarse delante de ella á la horrible Mayotte apoyada en sus muletas.

—A vosotros —prosiguió el zapatero,—no harán más que juzgaros hoy y guillotinaros mañana.

—¡Oh padre mío!—exclamó Clara.—Huid con mis hermanos, y caiga sobre mí toda su cólera.

—Los municipales han entrado en la taberna,—agregó Corentín:—el cabo que les manda, es un amigo

mío y me ha avisado, enseñándome la orden de prisión, porque como es un hombre de bien, quiere daos tiempo para escapar... Con que, daos prisa.

—¿Pero dónde vamos? ¿cómo huímos,—preguntó el barón mientras él y sus hijos se disponían para una resistencia inesperada,—si están guardadas las salidas del pasaje?

—Yo sé muchas cosas, dijo el zapatero señalando la casa de enfrente:—ahí hay un hombre que es amigo vuestro... ó más bien, amigo de vuestros amigos. Mientras los guardias beben, bajad osadamente, atravesad el pasaje, y subid á casa del ciudadano Dantón. No será allí donde os irán á buscar.

El barón y sus hijos se miraron vacilando; después miraron á Clara y no vacilaron ya.

—Venid,—dijo el zapatero,—voy á dar el brazo á la señorita; bajad de uno á uno.

El barón fué el primero en bajar; pero no penetró en la casa habitada por Dantón, hasta que lo hubo efectuado Clara.

—¿A dónde vais?—preguntó la portera.

—A casa del ciudadano Dantón,—contestó el barón recobrando su acento alemán.

—Subid, está levantado.

Mientras fué ministro de Justicia, Dantón quiso ser accesible á todos: la puerta de su despacho, estaba abierta de par en par y se admitía á todo el que quería hacer alguna reclamación. En su casa había conservado las mismas costumbres: la portera tenía orden de dejar subir á todo el mundo.

El barón daba el brazo á su hija; los hermanos de ésta les seguían: el zapatero se había eclipsado.

Llamó el barón y el tribuno fué á abrir.

—Ciudadano,—dijo sencillamente el barón,—soy el barón de Azay, tío de Armanda.

—¡Vos!—exclamó Dantón retrocediendo y palideciendo á la vez.

—Estos son mi hija y mis dos hijos,—agregó el señor de Azay.

—Entrad,—dijo bruscamente el tribuno.

Y cerró la puerta tras ellos.

—Vivimos en esta casa de enfrente,—prosiguió el barón—y vienen á prendernos.

—¡A prenderos!—exclamó Dantón.

Asomóse á la ventana y vió el penacho de un municipal.

—¿En virtud de qué orden?—preguntó.

—No lo sé... pero no vengo á interceder por mí, ni por mis hijos. Hace tiempo que tenemos hecho el sacrificio de nuestra vida y sabemos morir; pero á esta niña, no la dejaréis ir al patíbulo... ¿verdad que no?

Y el barón suplicante señalaba á su hija.

Dantón permaneció silencioso un instante: después extendió la mano.

—Ni á ella ni á vosotros,—dijo.

Y señalando su habitación añadió:

—Este es un lugar de asilo.

Cuando el tribuno acababa de pronunciar estas palabras llamaron violentamente á la puerta y oyóse en la escalera el ruido de las culatas de fusil.

XXXV

PREPARÁNDOSE Á LA DEFENSA

Dantón miró á sus huéspedes.

Hubo entre ellos un momento de terrible ansiedad; mas el tribuno tomó luego su resolución. Abrió la puerta de su despacho, y dijo al señor de Azay.

—Éntrad ahí con vuestros hijos.

Luego, fué á abrir la puerta exterior de la habitación, y se encontró frente á frente con los municipales.

Tres poderes se disputaban París, como es sabido, la Convención, el Comité de salud pública y el Municipio, es decir, los municipales.

De los tres, el Municipio era la autoridad menos brillante, y la más temible. El Comité de salud pública perdonaba alguna vez, la Convención se inclinaba á la magnanimidad, el Municipio no perdonaba jamás.

A éste llegaban las denuncias anónimas, las acusaciones de incivismo y las declaraciones cobardes.

El Comité no les había atendido, la Convención había pasado á la orden del día, el Municipio no despreciaba nada. Escuchaba siempre, recogía cuidadosamente en el fango todas las imputaciones y todas las calumnias, formando del todo un manajo de probabilidades, y poniendo en seguida en campaña á sus municipales.

Estos, nunca soltaban su presa. Si el Municipio hubiese ordenado una pesquisa en casa de Robespierre, habrían obedecido.

Los que iban á prender á la familia de Azay, eran ocho. El que les mandaba era un zapatero de la calle Meslay, llamado Rolard, el terror de su barrio, que había enviado más de cien personas á la guillotina.

Rolard era un hombre de treinta y seis años, de nariz encarnada, de aspecto feroz, cuyos ojos brillaban de fanatismo, y que no perdonaba al universo el haber nacido jorobado.

Su joroba era un crimen que debía pagar, á la larga, la humanidad entera.

Sin embargo, después de haber llamado violenta-

mente, Rolard quedó algo cortado viendo aparecer á Dantón.

El zapatero del pasaje, que había aconsejado caritativamente al señor de Azay que se refugiase en casa del tribuno, no era más que un agente del Marsellés que había preparado todos estos sucesos, y le había dicho sencillamente á Rolard, señalando la casa de donde acababan de salir el barón y sus hijos, y luego la escalera de Dantón.

—Los pájaros han volado, pero no están lejos. Subid al primer piso... allí están.

Rolard enfiló con su tropa la escalera, y llamó sin saber á casa de quien iba.

—¿Qué queréis?—le preguntó Dantón.

El tribuno había tenido tiempo de recobrar la antigua calma de que daba muestras en los días tormentosos.

—Dispensad, ciudadano, —balbuceó Rolard;—tal vez me equivoque, pero...

—De seguro te equivocas, bribón,—replicó Dantón con su voz llena y sonora,—puesto que te olvidas de saludarme.

Rolard se quitó el sombrero, pero no se intimidó.

—Me envía el Municipio,—dijo.

—¿Y qué quiere de mí el Municipio?

—De vos personalmente, nada.

—¿Pues por qué te permites entrar en mi casa?

—Soy portador de una orden de prisión,—repuso Rolard.

—¿Se refiere á mí esta orden, por casualidad?—preguntó desdeñosamente Dantón.

—No, ciudadano.

—Pues, vete,—repuso el tribuno.

Y rechazando al zapatero, cerró bruscamente la puerta

Todo esto pasó en pocos segundos, y los estupefactos guardias, permanecieron un instante silenciosos, consultándose con la mirada, frente á la puerta cerrada por Dantón.

—Nos han engañado,—decían unos,—el ciudadano Dantón, es ministro de la República, es demasiado buen patriota para dar asilo á los aristócratas.

—Eres un tonto,—díjole á Rolard otro, á quien el miedo había hecho feroz:—el ciudadano Dantón irá al Municipio y nos licenciarán.

—¿Y si nos marchásemos?—preguntó un tercero.

El único que parecía decidido, era Rolard; Dantón, con una palabra y un empujón acababa de convertirle en un enemigo mortal. Sin embargo, fué el primero en bajar, y los municipales le siguieron, como sigue á su pastor un rebaño de corderos.

Mas Rolard no se daba por vencido; quería únicamente volver á ver á su colega el zapatero.

Este, como si hubiese presentido que se necesitaba de él, aguardaba abajo.

—¡Cómo!—dijo, ¿volvéis solos?

—Nos han engañado,—dijo el municipal.—¿Sabes dónde nos has enviado?

—Sí, al primer piso; no hay más que una puerta.

—¿Y sabes quien vive allí?

—¡Vaya si lo sé! El ciudadano Dantón.

—Pues estás loco,—dijo el patriota á quien el miedo fanatizaba.—Ganas me dan de traspasarte de un bayonetazo.

—Yo sé lo que me digo,—replicó Corentín:—los aristócratas están allí.

Rolard miró á sus hombres.

—Yo,—les dijo,—no conozco más que las órdenes del Municipio.

Y como siguiera retratándose la indecisión en los semblantes, añadió:

—Si no me seguís sois unos cobardes. . . .

Después de haber cerrado la puerta, Dantón había corrido á reunirse con los de Azay.

—Se han ido,—les dijo,—pero van á volver.

Dantón no se hacía ilusiones sobre la situación. Conocía de larga fecha á los municipales, y estaba convencido de que no abandonarían su punto sin dar el golpe.

Mas solo había rechazado á Rolard y cerraba la puerta, á fin de tener tiempo para prepararse á la resistencia.

Dantón, el tribuno, el convencional, estaba pensando desde hacía tres minutos, en sostener un sitio... ¡un sitio contra la República! Era el hombre que había dicho, un día, en la tribuna:

—Se necesita audacia, audacia, ¡y siempre audacial

Dantón acababa de encontrar, ó lo creía cuando menos, la primera tabla del tablado, encima del cual quería construir su popularidad. París estaba cansado de ver correr la sangre. El yugo del Municipio y la tiranía de Robespierre, pesaba á todos: Francia necesitaba un libertador, y él soñaba con este papel.

Desde hacía dos minutos, había comprendido, con su genio de rápida concepción y de fogosa iniciativa, todo el partido que podía sacar de la situación, que el azar acababa de crearle. Iba á distribuir armas á sus huéspedes; se defendería con ellos; los pistoletazos conmovrían el barrio; reuniríase la multitud bajo sus ventanas...

La multitud, es decir, ese mar tempestuoso, ese océano humano cuyas impetuosas olas con tanta frecuencia había agitado la sonora voz del tribuno, la

multitud á la cual él vengaría entonces, y á la cual diría:

—La primera de las libertades es la inviolabilidad del domicilio, el primer deber de la fraternidad, es la protección de los débiles. Estos hombres, á quienes no conozco, me han pedido protección, y se la he concedido. Si estos hombres son enemigos de la República, se les juzgará; mas hasta la hora de su juicio, yo extiendo sobre ellos mis dos manos.

Y Dantón veía ya á la multitud levantar, aplaudir y gritar: ¡Viva Dantón! Tal vez antes de una hora sería el rey del motín; una hora más tarde se habría apoderado tal vez de la casa municipal, y habría derribado el Municipio.

—Es jugar una última partida,—pensó:—¡adelante!

Y volviendo á reunirse con los proscritos, les dijo, señalándoles una panoplia colgada de la pared y compuesta de toda clase de armas.

—Señores, cojed estas pistolas...

—Ciudadano,—contestó el barón, con esa nobleza de los que han hecho el sacrificio de su vida,—defendernos es perdernos.

—¡Quién sabe!

—Salvad á mi hija... Mis hijos y yo vamos á entregarnos.

—Al contrario, os vais á defender,—replicó Dantón.

—¡Pero eso es perdernos!

—Es salvarme.

El barón y sus hijos estaban armados.

Cada cual colocó pistolas en su cintura, y cogió un puñal con los dientes.

—Vos, señorita,—dijo Dantón dirigiéndose á Clara, medio loca de terror,—vais á quedaros aquí, en el fondo de esta pieza, y no tembléis: respondo de vos con mi cabeza,

Y encerrando á Clara en su despacho, hizo salir al barón y á sus hijos á la antesala.

—La puerta,—dijo,—es sólida y resistirá largo tiempo.

Nuevamente resonaban en la escalera los mosquetes de los municipales. Rolard había decidido á sus hombres. Esta vez estaba seguro de ser apoyado, y su campanillazo revistió una insolencia extrema.

La puerta estaba provista de un ventanillo cerrado interiormente por un pestillo de hierro.

Abrióse aquél, y brilló la mirada de Dantón.

—¿Qué queréis?—repitió.

—¡Entrar!—dijo Rolard.

—¿Para qué?

—Para prender á los aristócratas que tienes ocultos en tu casa.

Pues te intimo que te retires.

—¡Abrid en nombre de la ley!—gritó Rolard.

—En nombre de la ley,—replicó Dantón,—te mando que respetes mi domicilio.

—¡Echad abajo la puerta!—ordenó Rolard.

Resonó en ésta un culatazo.

Instantáneamente, brotó un fogonazo, oyóse una detonación y silbó una bala.

Había vuelto á cerrarse el ventanillo.

XXXVI

SALVADOS

El *Pais latino* existe desde toda la eternidad. Desde la Edad Media, es el barrio de las escuelas y de la juventud turbulenta. La revolución había cerrado las es-

cuelas, pero no había suprimido los escolares. Estos son el alma del país latino; dominan al pueblo en los días de motín, y el pueblo les escucha y les sigue.

Aquel día, pues, el país latino se despertó al ruido de fusilería. La multitud guiada por los estudiantes, se precipitó hacia el pasaje del Comercio, donde se había empeñado un sangriento combate.

Los municipales habían invadido la casa de Dantón. Este y los tres nobles se defendían á pistoletazos.

Sorprendida é inquieta de momento la población obrera del pasaje, se había mantenido neutral; mas en breve unos se habían puesto de parte de Dantón, que se había dejado ver un momento en la ventana, y los otros de parte del Municipio.

La confusión se había hecho general.

Un municipal herido en mitad del pecho, había ido á caer bañado en sangre al pie de la escalera: la vista de la sangre había electrizado á la multitud, que se lanzó hacia la casa.

Dejábanse oír gritos de muerte. Dantón había reaparecido en la ventana y elevado su potente voz; pero aquella voz había quedado ahogada por las vociferaciones de la multitud.

De repente, se oyó un redoble de tambores. Eran las secciones que llegaban armadas, las secciones que hacían causa común con los municipales.

El sitio de la casa comenzó en toda regla. Dantón miró á sus compañeros y les dijo:

—Creo que habrá que morir aquí: estamos perdidos; Robespierre triunfa.

Mas de pronto, dejóse oír en el interior de la habitación un gran ruido, un ruido extraño, inesperado, que obligó al tribuno á retirarse de la puerta y correr hacia el cuarto donde había encerrado á Clara de Azay.

Había caído abajo un lienzo de pared de aquella

pieza, y por aquella brecha, abierta á toda prisa, acababan de lanzarse dos hombres: eran el Marchef y Rochemause.

Este último había cogido á Clara en sus brazos. El Marchef se dirigió á Dantón, y le dijo:

—Caballero, antes de diez minutos no quedará ni uno solo de los estudiantes que se baten por vos en la escalera. Aprovechad el tiempo, seguidnos. Si queréis salvar vuestra cabeza, hay que huir.

—¿Huir yo?—rugió el tribuno,—¡jamás!

—Tenéis que aceptar nuestras proposiciones si queréis triunfar.

—¿Vuestras proposiciones?—dijo el tribuno con un grito de indignación:—¿queréis que haga traición á la República? ¡Vaya! sabré morir.

Y apoderándose de él la melancolía, añadió:

—¡Oh! los hombres no hacen nada por nada.

Cogiendo luego las manos del barón, añadió:

—Partid con los vuestros, idos, salvad vuestra cabeza si podéis... ¡Yo nada temo!

Entre los cinco nobles y el tribuno entablóse entonces una lucha de generosidad. Los primeros no querían partir solos: Dantón quería quedarse.

—¡Partid!—dijo al fin con energía: á mí no me detendrán, y si lo hacen, la multitud me respetará, y yo sabré defenderme en el banquillo de la Asamblea.

Entretanto había cesado la fusilería, y se pegaban hachazos á la puerta: los partidarios de Dantón habían muerto ó habían huído.

—Partid,—repitió el tribuno.

El señor de Azay cogió á Clara en sus brazos y fué el primero en lanzarse por aquella brecha que los Antifaces rojos, ocultos en la casa inmediata habían practicado. Sus hijos le siguieron: luego el Marchef. En-

tonces Rochemause se acercó á Dantón, y le dijo al oído:

—En nombre de Armanda, ¿no consentiréis en huir?

Dantón se estremeció, brilló una lágrima en sus ojos, y luego sacudió silenciosamente la cabeza.

—¡Adiós, pues!—repitió Rochemause.

Estrecháronse silenciosamente la mano, y el caballero se fué. Dantón volvió á cerrar la puerta de su despacho y se quedó en la antesala en el momento en que un hachazo acababa de hacer volar la puerta á pedazos.

Entonces los municipales vieron á Dantón de pie, con los brazos cruzados sobre su vasto pecho y con la mirada tranquila y soberbia.

—¿Qué queréis?—les preguntó.

—¡Venimos á prender á los aristócratas!—gritó Rolard.

—Aquí, no los hay;—contestó Dantón—y si no, buscadlos.

Mas un hombre se adelantó por detrás de Rolard, y aproximándose á Dantón, y exhibiendo una orden de arresto, le dijo:

—Ciudadano, estoy encargado por el Comité de salud pública, de apoderarme de vuestra persona.

Aquel hombre era el Marsellés, que estaba radiante de gozo.

—Yo sabré defenderme,—contestó tranquilamente Dantón.



EPÍLOGO

Hay grandes acontecimientos políticos que son del exclusivo dominio de la historia, y á los cuales la novela, esta crónica intensa de una época, no tiene el derecho de tocar.

El proceso de Dantón y de sus amigos, la fogosa energía del tribuno en el banquillo de la Convención, los esfuerzos de sus amigos para salvarle, la perfidia de Hebert, procurador del Municipio, y por último la condena del hombre á quien tanto debía la revolución, no entran en nuestro modesto cuadro.

El 5 de Abril de 1794, á las cuatro de la tarde, Dantón y Camilo Desmoulins fueron conducidos al patíbulo.

Dos hombres con carmañola y gorro rojo se habían deslizado hasta el pie del tablado, acompañando á una mujer vestida con el traje de las mujeres del pueblo.

Esa mujer estaba pálida, pero en su mirada brillaba la energía al encontrarse con la de Dantón.

Este lanzó un grito al ver á aquella mujer: después

asomó á sus labios una sonrisa, la sonrisa del hombre que muere contento.

Los dos hombres le saludaron también.

Durante diez segundos, de pié sobre el tablado, Dantón contempló á Rochemause, á Armanda y al Marchef, que habían acudido á darle el supremo adiós.

Armanda había querido sonreírle, había querido que pudiese contemplarla por última vez.

—¡Adiós!—les gritó Dantón.

Y, mientras el verdugo le tendía encima de la tabla, dejóse oír por última vez su sonora voz, gritando:

—¡Viva la libertad!

Mientras el Marchef y Rochemause se llevaban á Armanda desmayada, tropezaron con un hombre que había acudido también á ver morir á Dantón.

Aquel hombre era el Marsellés.

—¡Ah, miserable!—dijo el Marchef,—el patíbulo sería demasiado dulce para tí.

Y le hundió en el pecho, hasta el puño, su estelete.

Luego, mientras el Marsellés caía, murmuró:

—¡Ahora á Robespierre!

FIN DE CLARA DE AZAY

Y DE LA SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE DE LAS MÁSCARAS ROJAS



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I—Un viajero y un mendigo.	5
II—Camino de las ruinas.	14
III—El espía.	23
IV—Entre traidores.. . . .	32
V—Una jugada.	43
VI—Tentativa de fuga.. . . .	51
VII—Otra gota de hiel.	59
VIII—En la emigración.	71
IX—El hombre de la pipa.	86
X—Un suelto de periódico.	93
XI—Un hombre que se venga.	100
XII—Condenado.	108
XIII—Los dos billetes.. . . .	115
XIV—Un aplazamiento.	122
XV—La evasión.	129
XVI—¡Salvado!.	136
XVII—Una ofensa.	143
XVIII—El hombre del carrick.	151
XIX—La última tentativa.	158
XX—Un nuevo lazo.	165
XXI—Una sorpresa.	172
XXII—El consejo de guerra.	186
XXIII—Combinaciones.. . . .	163

ÍNDICE	<u>Páginas</u>
XXIV—El raptó.	199
XXV—Entereza.	205
XXVI—La salvación.	212
XXVII—La cautiva.	218
XXVIII—Un freno.	224
XXIX—El Dormilón.	232
XXX—Junto al patíbulo.	238
XXXI—Rescatada.	246
XXXII—Un alma grande.	553
XXXIII - ¡Diez mil libras por la libertad!.. . . .	260
XXXIV—En peligro.	266
XXXV—Preparándose á la defensa.. . . .	272
XXXVI—Salvados.	278
EPÍLOGO.	283



La casa editorial MAUCCI

es la única en España que publica las obras completas de

Ponson du Terrail

Desconfiar de quien ofrezca libros de este autor en nombre de esta casa, sin presentar la debida autorización para ello.

Exijase que los libros tengan al pie esta dirección:

Casa editorial MAUCCI ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦
♦ ♦ ♦ ♦ ♦ Consejo de Ciento, 296.—Barcelona

Obras del Vizeconde Ponson du Terrail

El Herrero del Convento

2 tomos

Los Amores de Aurora

2 tomos

La Justicia de los Gitanos

2 tomos

Las Máscaras Rojas

1 tomo

Clara de Azay

1 tomo

El Paje Flor-de-Mayo

1 tomo

La Juventud de Enrique IV

8 tomos

1.º La Hermosa Platera

2.º La Favorita del Rey de Navarra

3.º Amores de la Bella Nancy

4.º Los Juramentados

5.º Enrique y Margarita

6.º La noche de San Bartolomé

7.º La Reina de las Barricadas

8.º El Regicida

Aventuras de Enrique IV

2 tomos

1.º Galaor el Hermoso

2.º La traición del Mariscal Biron

Colección completa Rocambole

Los Dramas de París 5 tomos

1.º La Herencia Misteriosa

2.º Sor Luisa la Hermana de la Caridad

3.º Club de los Explotadores

4.º Turquesa la Pecadora

5.º El Conde Artoff

Hasañas de Rocambole 4 tomos

1.º Carmen la Gitana

2.º La Condesa Artoff

3.º La Muerte del Salvaje

4.º La Venganza de Bacará

El Manuscrito del Dominó 4 tomos

1.º Los Caballeros del Claro de Luna

2.º La Vuelta del Presidiario

3.º Testamento de Grano de Sal

4.º Daniela

La Resurrección de Rocambole

5 tomos

1.º El Presidio de Tolón

2.º La Cárcel de Mujeres

3.º La Posada Maldita

4.º La Casa de Locos

5.º Redención!

La Última Palabra de Rocambole

7 tomos

1.º La Taberna de la Sangre

2.º Los Estranguladores

3.º Historia de un Crimen

4.º Los Millones de la Gitana

5.º La Hermosa Jardinera

6.º Un Drama en la India

7.º Los Tesoros del Rajah

Las Miserias de Londres 5 tomos

1.º La Maestra de Párvulos

2.º El Niño Perdido

3.º La Jaula de los Pájaros

4.º El Cementerio de los Ajusticiados

5.º La Señorita Elena

Las demoliciones de París

2 tomos

1.º Los Amores de Limosino

2.º La Prisión de Rocambole

La Cuerda del Ahorcado

2 tomos

1.º El Loco de Bedlan

2.º El Hombre Gris

La Vuelta de Rocambole

4 tomos

1.º El Compadre Vulcano

2.º Una Sociedad Anónima

3.º Amores de una Española

4.º Venganza de Rocambole

Las Tragedias del Matrimonio

2 tomos

Los Dramas Sangrientos

2 tomos

Casa Editorial Maucci—Barcelona—Buenos Ayres—México